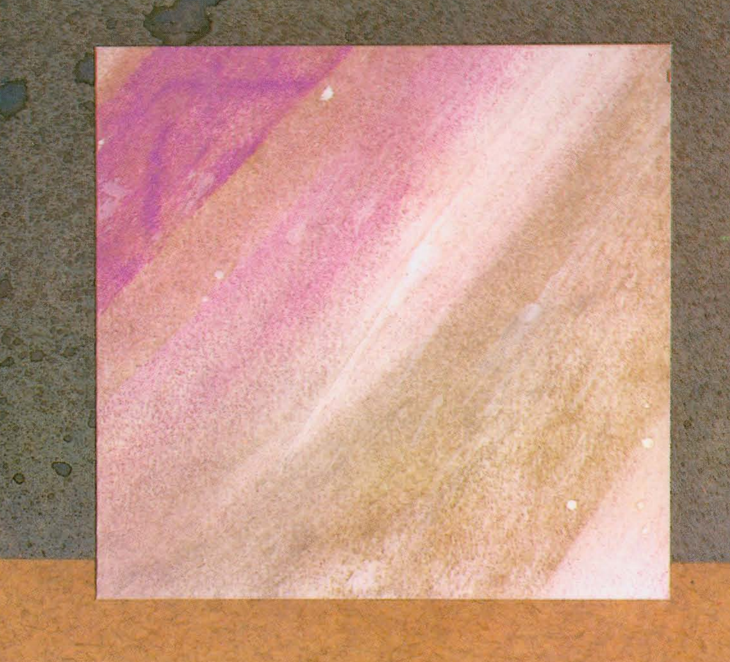
# La Realidad Interior






Paul Brunton

# LA REALIDAD INTERIOR



## OBRAS DEL MISMO AUTOR

La India Secreta
El Egipto Secreto
El Sendero Secreto
Un Mensaje desde Arunachala
Una Ermita en los Himalayas
La Búsqueda del Yo Superior
La Realidad Interior
Más Allá del Yoga
La Sabiduría del Yo Superior
La Crisis Espiritual del Hombre

8 30

LA REALIDAD INTERIOR

## NOTA PERSONAL

*Paul Brunton murió el 27 de julio de 1981, en Vevey, Suiza. Nacido en Londres, en 1898, escribió trece libros, desde* ***La India Secreta****, publicado en 1935, hasta* ***La Crisis Espiritual del Hombre****, en 1952. Por lo general, se lo reconoce como quien introdujo el yoga y la meditación en Occidente y presentó los antecedentes filosóficos de aquéllos en un lenguaje carente de tecnicismos.*

*Su modo de escribir consistía en anotar párrafos a medida que se sentía inspirado. Con frecuencia, los asentaba en los reversos de sobres o en los márgenes de diarios mientras paseaba por los floridos jardines que orillan el Lago Leman. Más tarde, ya mecanografiados y clasificados, él solía revisarlos y unirlos en una narración coherente.*

*Paul Brunton había vivido en Suiza durante veinte años; le agradaba el clima apacible y el majestuoso panorama de montañas. Llegaban hasta él visitantes y correspondencia de todo el mundo, y representaba un papel importante en las vidas de muchas personas.*

*"P.B.", como le conocían sus seguidores, era un hombre afable del que emanaba una aureola de benevolencia. Su erudición se había forjado en el crisol de la vida, y su espiritualidad refulgía como un faro. Pero, desanimando los intentos de formar un culto alrededor de su persona, solía decir: —Deben encontrar a su propio P.B. dentro de ustedes mismos.*

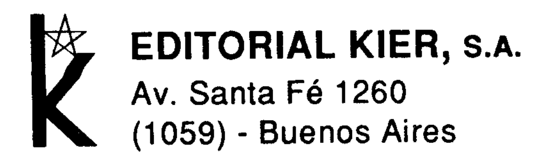
Kenneth Thurston Hurst

PAUL BRUNTON

# LA REALIDAD INTERIOR

*Versión española de la 9a. edición inglesa por:*
NESTOR MORALES LOZA

QUINTA EDICION



Título original inglés:
*The Inner Reality*
*Editado por Rider & Company (London)*
Ediciones en castellano:
Editorial Kier S.A.; Buenos Aires
años: 1966 - 1975 - 1978 - 1987 - 1994
Dibujo de la tapa:
*Graciela Goldsmidt*
LIBRO DE EDICION ARGENTINA
I.S.B.N: 950-17-0043-7
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina.
Printed in Argentina.

## Capítulo I

# A MODO DE INTRODUCCIÓN

De haberme dotado los dioses en mi nacimiento, hoy estaría representando el papel de un alegre y satírico filósofo como Demócrito, en lugar de este otro que realizo ahora, de buho sabio. Cuán placentero hubiera sido sostener el credo de que en la vida no es la materia lo que importa, sino la manera, y que la estupidez es la esencia de la dignidad De cualquier modo es una pobre pluma que nunca comete un desliz y que puede producir solamente una adusta progenie. Habría sido mucho más agradable para mí expresar algunas prosaicas trivialidades que exhibir la triste y saturnina faz del pájaro de la noche. Pero mis estrellas eran obscuras y me compelieron a cavilar sobre el misterio del espectáculo de la vida, cuando me hubiese agradado más divertirme con el *show* y ver su comedia antes que su tragedia.

Cuando el hombre pensante, en una noche prehistórica y no registrada, alzó la cabeza por primera vez y contempló la inmensidad sin límites y poblada de estrellas del cielo, su primer pensamiento debe haber sido el mismo que atosiga la mente del hombre pensante del siglo veinte, cuando reflexivamente contempla el misterioso dosel debajo del cual vive, se mueve, desgasta y galantea.

¿Cuál es el significado de todo esto?

La profunda dificultad de descubrir una correcta respuesta a esta cuestión es tal que incluso hoy en día nuestros más grandes científicos deben doblar las cabezas en su humilde

ignorancia, porque todas sus victorias de conocimiento no han logrado nada más que rozar el borde de este problema.

Las profundidades de este problema serían insondables si dependiéramos solamente del intelecto humano. Aquellas no pueden ser sondeadas sin la ayuda de una altísima revelación.

En consecuencia, hice una amplia investigación y mis estudios abarcaron los libros que se empolvan en los estantes de bibliotecas poco conocidas; incluyen mis conversaciones íntimas y mis largos debates con los maestros del conocimiento Occidental y, finalmente, estudié con el mejor de todos los preceptores: la experimentación personal y la experiencia de primeras aguas. Por último, el destino me hizo emprender extraños viajes a tierras cuyas altas y delgadas palmeras me invitaban con el agitar de sus alargadas hojas y me ofrecieron, como ofrecen a todos los hombres, atar de nuevo los lazos inmateriales que unen el alma reluctante del hombre a Dios. Pocos occidentales tenían el tiempo y el aprendizaje, la voluntad y el dinero, que esas investigaciones requieren; de modo que procuré hacer por ellos lo que ellos no podían hacer por sí mismos: procuré recobrar de la obscuridad de los tiempos idos algunos secretos que el mundo necesita hoy. Una y otra vez, mientras permanecía debajo de ese dosel cargado de estrellas de los cielos orientales, o en tanto solitario caminaba en el misterioso silencio de las amenazantes junglas, me sentí hechizado por la abrumadora sensación de la extraña paradoja de la vida humana. Seguí una solitaria senda estudiando los modos y la sabiduría de Oriente, y me empeñé más aún en exponer sobre bases científicas las misteriosas proezas y las doctrinas de los yoguis y los fakires.

Se han publicado mis escritos sobre las aventuras espirituales que tuvieron lugar bajo los soles calcinantes de Oriente; he tratado de revelar al hombre de la calle cuan profundas fuentes espirituales y cuan sorprendentes poderes psicológicos puede encontrar dentro de sí mismo; aun cuando se me obligó a reservar la inscripción de mis mejores pensamientos y de mis más divinas experiencias para un tiempo posterior. Mi

reticencia acerca de este punto se debe a las limitaciones de la sociedad que me rodea, de la civilización en la cual he nacido. Quise dirigirme al hombre de ordinaria experiencia, aunque la mía ha sido tan extraordinaria. Como lo he visto durante mis vagabundeos por el mundo, descubrí que realiza penosos esfuerzos para comprender el significado de la vida y para lograrlo a un costo ínfimo. Quise explicárselo y al mismo tiempo persuadirle para que asigne a su vida un propósito altruísta, para apartarlo de la espantosa infecundidad que es la característica sobresaliente de nuestra época, pero, ¡ay!, en toda oportunidad que lo intenté me asaltó el pensamiento de la respuesta que dio el griego Sócrates a Glauco:

—¿Quieres decir que puedes persuadir a aquellos que no quieren oír?

El hombre de ordinaria experiencia considera estas abstractas filosofías, estas abstrusas verdades y austeras prácticas, como materias que interesan a muy pocos y no benefician a nadie. La experiencia me ha demostrado —mejor incluso que la advertencia de mis Guías— el porqué la mayoría de los videntes mantienen sus más recónditos secretos sólo para unos cuantos elegidos. Quienquiera escriba sobre tan extraordinarios temas como los que he elegido para mi pluma, escribe bajo una gran desventaja. No se atreve a ignorar las misteriosas experiencias que constituyen su substancia y su meollo; problablemente no se le creería si las expusiera todas exactamente tal como ocurrieron; encuentra gran dificultad en describir acontecimientos psicológicos muy sutiles que son insignificativos para los intelectos meramente materialistas. Y con referencia al supremo objetivo, a veces parece una desesperante empresa para quien intente esta revelación de un inefable e intangible estado del ser, con palabras y frases frías, porque la mitad de esta altamente irisdiscente experiencia desaparece al trasladarla del cerebro al papel.

Al final, si es sapiente, terminará escribiendo para unos cuantos. Entonces, si otros empiezan a entenderlo y le dan

la bienvenida, se sentirá complacido; pero, de lo contrario, no se sentirá desilusionado. Pero los números no importan. No se toma en cuenta a la gente inerte. Ella sólo constituye la humanidad en masa. Todo lo que es realmente digno de ser hecho o descubierto, ahora y siempre, será obra de unos pocos.

—Ella creerá en mí cuando los demás hayan dejado de hacerlo —dijo Mahoma de su esposa Kadijah.

Durante tres años sólo encontró trece discípulos. Sin embargo su doctrina se extendió más tarde a millones. Estas ideas son nuevas solamente para el moderno Occidente, porque en el antiguo Oriente fueron divulgadas y comprendidas hace miles de años.

El destino decidió que la respuesta a mis libros se fuera marcando progresivamente. Comprendido como es debido, este no es un mensaje para unos pocos solamente; sus beneficios no son para los yoguis y los santos exclusivamente; son para todos nosotros, porque todos quieren *ser* lo que Dios quiso que fueran. Todo aquél que cree que estas páginas le presentan solamente meras abstracciones e ideas que carecen de un valor práctico, está grandemente equivocado. En respuesta sólo puedo decir que en verdad ellas tratan de cosas que son vitales para los seres humanos, porque constituyen *los fundamentos de las cosas de la vida.* Debidamente comprendidas, tales "abstracciones" ayudarán a los hombres a lograr una próspera existencia. He descubierto de que impusieron su fuerza en mi propia voluntad, indujeron a mi mente, otorgaron paz a mi corazón e insuflaron la verdad en mi alma. Y si algunas cosas parecen realmente sutiles, debo defenderme diciendo que hice todo lo posible en el intento de proporcionar explicaciones de los estados del ser que son generalmente inarticulados. Y aquel que se empeñe en trasladar las ideas de esta técnica psicológica a la acción, encontrará el premio en una existencia próspera, en la paz interior y en el poder espiritual.

De ese modo me vi forzado, poco a poco, a seguir por un

sendero por el cual jamás me había propuesto ir, la senda de escribir secuelas de mis propias obras y de explicar mis propias explicaciones. En suma, inconscientemente llegué a convertirme más y más en un tutor y cada vez menos en un investigador. Aunque todavía me mantengo estrictamente en mi primera actitud de independencia, demandando absoluta libertad de todo lo que puede interferirse en mi senda, y concediéndoles a todos, gustosamente, la misma libertad que exijo para mí, rehusando aceptar elogios o discípulos, organizaciones o cultos, no puedo, sin embargo, resistir las muchas demandas que me llegan para que amplíe mis conceptos e ilustraciones. Y así he cedido al llamado que indujo a pergeñar estas páginas en medio de una laboriosa existencia. Debo establecer claramente que no me coloqué en la posición de un maestro, que no tengo propósitos personales, no importa cual sea mi relativa posición espiritual, y que escribo solamente para dar una amistosa información y ayudar en lo que pueda, como pudiera haber hecho también cualquier otro viajero.

No deseo convencer a los demás, sino simplemente irradiar donde sea posible la verdad que he descubierto; luego ellos la recogerán o no, según su deseo. Deben acercarse a mí por su propia voluntad y no porque yo deseo actuar como un misionero para ellos. No es mi propósito convertir, menos obligar, sino enseñar a los otros lo que ellos también pueden encontrar dentro de sí mismos. Francamente, no he llegado a tener conciencia de poseer ninguna misión en este mundo, pero la única que me agradaría cumplir, si los dioses me concediesen la habilidad necesaria, sería la de instar a los hombres a que tengan conciencia del valor de su propia alma. Por otra parte, esta libertad personal no carece de un peculiar valor en su propia constitución. Porque soy independiente de todas las sumisiones y porque no obedezco ninguna otra autoridad que la de mi propio monitor interior, estoy en la absoluta libertad de establecer verdades que han sido egoístamente ocultas o estúpidamente distorsionadas en el pasado.

Quiero que mis verdades vibren. Quiero que sean verdades de a puño, no sólo por lo que a mí compete, sino también en beneficio de mis lectores. Quiero llenar mi pluma con temerarios pensamientos que luego inculcaré bajo la piel de los que no piensan. No está en mi ánimo halagar a ninguna clase en particular, a ninguna secta especial, ni a ningún determinado grupo. La aprobación de esas gentes no significa nada para mí.

* * *

Uno de los nombres que figura en la lista de los místicos religiosos del medioevo inglés es el de la madre Juliana de Norwich. Su testamento espiritual, el libro llamado *Revelaciones,* que describe algunas de sus visiones y proporciona la mayoría de sus enseñanzas, contiene algunas palabras explicatorias, que un escritor moderno debe incluir también en sus obras.

Ella confiesa que aquellas visiones y enseñanzas fueron establecidas para ayudar a los demás, porque ella vio que tal era la voluntad de Dios. "Pero —señala—, Dios prohibe que se diga o se me tome como a una maestra, porque no es mi intención serlo. ¡No, jamás tuve tal propósito! Pues aunque soy una mujer inculta, débil y frágil, sé bien lo que digo: he venido solamente a divulgar la palabra del Supremo Maestro".

Pero en una edición publicada algunos años después, esas palabras esclarecedoras fueron suprimidas. La madre Juliana habla entonces con serena autoridad y definida seguridad y confianza en sí misma, porque ya no teme que se la considera una maestra. El tiempo le había otorgado madurez espiritual.

De una manera más humilde, yo también me aparte un poco, paulatinamente, de mi antiguo posición y, quieras que no, me vi forzado a aceptar el hecho de que cientos de mentes hambrientas de espiritualidad desean ardientemente aprender lo que yo había aprendido ya como resultado de excepcionales oportunidades.

Libremente he entregado mi saber, mi tiempo y mi vida a la causa de la Verdad, porque estoy profundamente convencido de que es la mejor de las causas. Sé que su mensaje es digno de mi pluma, y su expresión trae paz a mi corazón. Repito, si yo, de corazón, no busco discípulos, no deseo continuadores ni es mi afán iniciar un nuevo culto, sin embargo, me veo en la obligación de aceptar temporalmente el manto catequístico y ponerme la capa de profeta, temblando a su solo roce. Yo, que me vi descorazonado cuando se pensaba que era una persona excesivamente escrupulosa y con aires de superioridad, que no quería ningún discípulo y que prefería tener unos cuantos y fieles amigos a muchos aduladores en papel de continuadores, me vi obligado, por una elevada ética, a poner de lado mis sentimientos personales y cumplir con lo que resultaba ser, claramente, mi deber. Estas páginas fueron escritas porque era mi deber escribirlas, y no porque confíe en atraerme la creencia de un modo incrédulo. Tomé la pluma no para intervenir en una guerra de opiniones, sino para establecer la verdad. En esta investigación me esforcé durante muchos años, sólo para que mis lectores obtuvieran los mismos resultados en poco tiempo. Muy en contra de mi deseo y voluntad, me he visto forzado a convertirme, en todas sus consecuencias, en una especie de tutor alejado de una distante tutoría. De esta manera yo retengo mi independencia y ellos conservarán la suya.

Tanto creyentes como escépticos pueden hacer lo que quieran con esta obra, porque he aceptado mi responsabilidad y cumplido con mi deber. Ha sido mi triste destino el nacer un escritor que ayuda a sus congéneres a entenderse a sí mismos, pero —¡dolorosa paradoja!— no se comprende a sí mismo; de ahí mi aversión a las demostraciones aclamatorias, pero he aprendido a aceptarlas. Una antigua máxima árabe me conforta con su promesa: "El paraíso es para aquél que ha usado debidamente su pluma, como para quien ha caído víctima de la espada".

Un cierto sabio oriental me hizo observar en una ocasión

que las obras antiguas eran más valiosas porque eran piadosas y condensadas, y que este estilo altamente concentrado tendía a despertar la intuición del lector. Debo decir algo sobre esta observación. Hoy en día, pocos libros son avaluados por su volumen. Nuestras modernas maneras han sido muy influenciadas por la ciencia; y habiéndose extendido, difundido y particularizado, tienden a desarrollar el intelecto antes que la intuición. Ciertamente, se demanda más amplitud que profundidad, extensión antes de condensación; en suma, minuciosa y detallada explicación.

Yo preferiría decir en una sola página todo lo que tengo que decir; o, mejor todavía, me gustaría comprimirlo en una sola línea del salmo bíblico: *En la quietud sabrás que soy Dios.* Preferiría también que fuesen los otros los que escribieran largos párrafos con aquellas palabras. Toda la cuestión de particularizar esta grávida frase, y escribir cientos de páginas cuando pude constreñirlas a una, no es una tarea agradable sino penosa. Sin embargo, por las cartas que recibo comprendo que la tinta no se ha gastado en vano ni la pluma se ha movido sin objeto.

Envidio la temeridad de aquellos pretendidos hierofantes que van y consiguen reunir a su alrededor a los crédulos. En lo que a mí respecta, hubiera preferido volar cientos de millas antes de permitir que nadie me elevase a la estatura de un "¡Maestro!". Yo sólo soy un pobre escriba; uno independiente entre los librepensadores. No tengo la pretensión de despreciar al mundo, ni de asumir una fingida indiferencia que no poseo y que sería tan indigna como la fingida castidad de aquellos monjes que ponían un delantal a las desnudas estatuas de Afrodita.

Establecido esto, quedo en mejor posición para analizar el otro lado de la cuestión. No me olvido de que empleo mi pluma al servicio de una grande causa. Y no me olvido que, si bien no busco discípulos, me agradaría mucho que mis esfuerzos literarios promovieran el interés de los lectores, que los llevara al deseo de conocerse a sí mismos y los incitara

a buscar al Dios que mora en las profundidades de su corazón. Prefiero sacudir a los apáticos y obligarlos a vigilar y esperar las manifestaciones de sus estelares egos y estar listos a la recepción de sus mandatos. Ésta es la obra que he concebido Mientras haya un álito en este cuerpo y tinta en esta pluma, ruego a Dios me otorgue la gracia de unirme a las filas de aquellos que no utilizan, como hacen otros, la sinceridad para satisfacer un desmedido egoísmo o para beneficio personal. Prefiero seguir siendo el proscrito espiritual que soy, no adherente a ninguna religión y no fanatizado en ningún culto; ¡mejor caminar en este oscuro mundo, como un exilado de las cómodas sociedades de los hombres, que eso!

Debido a que mis estudios en Oriente me han enseñado a dar un significado más profundo que la que tiene generalmente a la palabra "ayuda", y porque puedo manifestar modestamente el simple hecho de que he practicado por muchos años la meditación y que he llegado a cierta distancia dentro de mí mismo, mi propósito es que mis escritos establezcan verdaderas comuniones de la alta mente entre el autor y los lectores.

Los pensamientos que son presentados en las siguientes páginas son *verdaderos* pensamientos. Porque millones de personas en el mundo occidental no crean en ellas, las ideas no pierden una jota de su verdad. Se me ha dicho que asumo un aire de petulancia en mis aserciones. No asumo nada. Las verdades que estoy tratando de explicar han atravesado las rojas carnes de mi cuerpo y han llegado hasta mis huesos. Si no poseyera esta fija certidumbre y la convicción de hierro que poseo, ¿como podría hacer frente al colmado y escéptico mundo moderno, materialista hasta la punta de los dedos como es, sólo con ideas sutiles y altamente espirituales? ¿Por qué he de avergonzarme o temer que se me califique de trascendentalista?

De la misma manera en que un rayo de luz proveniente del oriente se extiende en un espléndido amanecer, así el más

pequeño interés de un hombre por estas ideas puede desarrollar en el amanecer que ilumine su profundo ser interior. Confío y creo que para el tiempo en que mis sensitivos lectores hayan leído parte de mis libros o todos ellos, prevalecerá un legado de definida y vital experiencia, no solamente a través de la lectura de sus páginas, sino gracias a la quieta reflexión que puede seguir a ella. Si leen no meramente para jugar o hacer jeroglíficos con las ideas, entonces algo se les comunicará a ellos telepáticamente, por decirlo así a lo cual, tarde o temprano, responderán. Y al responder ellos empezarán a sentir que han entrado en comunicación con la más profunda realidad que la vida les ha revelado hasta ahora. Debe haber receptividad para que el pensamiento y la idea obren como una fuerza interior del ser. Creo y espero, asimismo, que ellos volverán a repasar, en cuidadosa lectura, aquellos pasajes que pueden ser considerados como puntos vitales en la investigación espiritual. Sin embargo, ello depende en parte de la propia sensibilidad interior, de la propia e intuitiva vigilancia. No sólo deberán leer intensamente, para comprender los pensamientos y las ideas que el escritor expresa, sino que deben procurar captar la elusiva atmósfera que se oculta detrás de las palabras Y no solamente deberán leer entre líneas, sino algunas veces incluso en el blanco margen. No será suficiente comprender mis expresiones; deberán tratar de comprender también el espíritu que se oculta detrás de ellas. En lugar de presentar una avalancha de oculta información, adelanto y reitero unas cuantas y profundas verdades que nuestra generación necesita angustiosamente.

Debemos sentir por siempre la exquisita melancolía que llena esta averiguación del yo por el Yo Superior, una melancolía que ha sido perfectamente interpretada por el poeta chino, Yang Chi, en su encantador *Versos Escritos en el Exilio:*

Vi
Lejos en el lago una isla destellante,
Una guirnalda de nenúfares, roja y brillante;
Y con sueños lleno mi barca en busca de Ti.

Por manera que dejemos a mis libros como poste de señales para algunas personas de criterio, para aquellos que no encuentran un tranquilo puerto en medio del enloquecido trajín del siglo veinte. Ahora puedo decir a esas personas, confidencialmente: *existe* una manera de escapar, pero no hacia Occidente u Oriente, sino hacia el interior de nosotros. No obstante, si uno sigue este misterioso sendero, inevitablemente sufrirá un cambio la faz de nuestra vida exterior.

* * *

Si en mis primeras obras me vi forzado a acondicionar la oculta doctrina del Asia al concreto intelecto y a la popular experiencia, ahora me aventuro a dar un paso más hacia una exaltada plataforma, renunciando así un poco a tal adaptación. Indiferente al hecho de si será o no paladeable, dejo de lado algunas reservas y vacilaciones, y ofrezco la más pura Verdad que conozco. Pero la más elevada exposición de esta doctrina, que cubrirá científicamente el campo del universo mismo, aparecerá sólo en mi próxima obra.

Las páginas que siguen han sido seleccionadas y ampliadas de conferencias privadamente dadas frente a pequeños y selectos auditorios de cuatro continentes. Se buscó absoluta claridad de exposición antes que un complicado tratamiento del tema. Aunque las mismas tratan de importantes temas, procuré que esas charlas fueran lo más comprensibles para mis oyentes. Por ello, deliberadamente expresé las ideas en un lenguaje no literario.

Las grandes verdades son realmente simples, como lo demuestran paladinamente las palabras de Jesús. Pero el hombre moderno ha caído en tal confusión debido al desarrollo unilateral del intelecto concreto, que ha llegado a pensar que las más grandes verdades deben ser necesariamente difíciles y complicadas en extremo.

Tengo también vívida conciencia de la confusa condición del mundo contemporáneo para no tener la fuerte convic-

ción de que este no es el tiempo para adoptar las intrigantes metáforas de los místicos medioevales o la jerga poco familiar de los filósofos orientales; que innecesariamente se ha rodeado de mucho misterio las ideas del más alto valor para la vida humana, y que debemos tratar a la verdad con claridad, no solamente para el hombre de la calle, sino también para aquél que está en el callejón. La original simplicidad del estilo ha sido tan bien apreciada que la he mantenido durante la revisión de las pruebas de impresión.

## Capítulo II

# ¿QUÉ ES DIOS?

**Sin una creencia espiritual en un Ser Divino, solamente en el conocimiento y la obediencia del cual consiste el bienestar mortal, la raza humana debe degenerar.**

**Carlyle**

A través de los siglos, millones de palabras se han pronunciado y escrito sobre el tema de Dios. Pero parece que ni siquiera nos hemos acercado a la comprensión de este problema. Casi cada pueblo y cada raza tuvieron su propio Dios, lo que significa que tenían su propia *idea* de Dios. Las muchas variedades de la Deidad son tan sorprendentes en sus diferencias que un escéptico podría decir: "Todos vuestros dioses son alucinaciones, figuras de vuestra imaginación". En efecto, durante el siglo diecinueve, cuando mentes científicas hicieron un estudio sobre religión comparativa, descubrieron centenares de dioses a los cuales se rindiera culto tanto por los pueblos primitivos como por los civilizados. Es por ello que llegaron a la irónica conclusión de que el hombre ha creado a Dios según su propia imagen.

Si uno va a una tribu primitiva en el África Central, verá a Dios esculpido en una pieza de madera, contemplándolo a uno con rostro adusto desde el templo local. El pueblo que vive allí encuentra en la barbárica expresión la propia concepción de un altísimo o sobrenatural poder. Tal es su idea de Dios.

Por otra parte, si uno llega a una ciudad moderna, verá iglesias dedicadas al culto de Dios como Espíritu, lo cual quiere decir un Dios sin forma, intangible... una concepción muy remota de la del Dios del África Central. Incluso es posible hallar escritores de hoy, como Aldous Huxley, que describe a Dios como "un fuerte sentimiento en la boca del estómago".

Advirtamos que ninguno de esos Dioses puede ser el verdadero Dios. Sólo puede haber Uno, si por Dios estendemos al Supremo Creador. Aquél que creó el universo, aunque es posible que existan otras Deidades inferiores que pueden ser tomadas equivocadamente por Dios.

Si se va a un país como la India, encontraremos de nuevo las mismas diferencias y la misma multiplicidad de deidades. Pero los más ilustrados e intelectuales de los hindúes han reducido el problema a la cuestión de elegir entre un Dios personal y otro impersonal.

Dios significa muchas cosas incluso para una misma persona en la diferentes etapas de su evolución. Para el niño, casi invariablemente, es una deidad personal, algún ser a quien se representa con una figura humana o angelical, alguien al cual él puede orar y formular peticiones. Pero si el niño crece y se desarrolla intelectual y espiritualmente, el viejo concepto se desvanece y uno nuevo lo reemplaza. Dios es visto entonces como un Poder que pasa a través del universo.

La figura a la cual los piadosos divinizan debe lograr identificación con la presencia que ellos sienten. Dios debe ser descubierto dentro de nosotros; no es suficiente verlo exteriormente. Cuando el investigador y el visionario se mezclan en una eterna unidad, entonces el conocimiento se convierte en una aspiración realizada y perfeccionada. Porque la condena a la ignorancia espiritual no debe ser impresa para siempre en la frente del hombre.

Los más avanzados científicos que representan al hombre en su más alto desarrollo, han empezado a descubrir que la

vida existe en todo y está presente en cada átomo de materia existente en el universo. Ellos se representan a Dios como este infinito poder y la corriente de vida.

Si uno se detiene a contemplar la religión ortodoxa, no importa en qué país o en qué fe, se observará que el Dios al cual se rinde culto está generalmente representado como un Dios personal, un ser individualizado que, creen ellos, recompensa a los adherentes a esa fe particular a la que ellos rinden culto y pleitesía. Si, no obstante, empiezan a creer en un nuevo concepto de Dios como Poder al cual la ciencia introduce en el mundo gracias a un conocimiento superior, entonces su fe en la original idea del Dios personal comienza a desaparecer. Ambas Deidades no se identifican ni mezclan muy bien.

La mayor parte de la confusión en el mundo religioso surge debido a su dependencia sobre los sentimientos solamente, los cuales no han sido comprobados por la razón. No existe, en este sentido, una prueba adecuada para establecer la Verdad. No necesitamos ser candorosos creyentes de la religión cuando aceptamos la perspectiva del significado de la vida en su cuarta dimensión. Las puertas están cerradas, los cerrojos han sido corridos y nuestros piadosos amigos no están ya en libertad de sostener un verdadero pensamiento. Cada místico puede levantarse y decir: "He visto a Dios", ¿pero cómo sabe que lo ha visto? No existe parangón, y si lo hubiera, ello no significaría su identificación con Dios. Este es un tema que indudablemente ha sido más incomprendido que ningún otro. No; debemos encontrar una prueba universal para la Verdad, que sea siempre aplicable y acerca de la cual no exista jamás una diferencia de opinión.

Todo el concepto de Dios depende enteramente del lugar que uno ocupa, y la idea que uno abriga es la que lo ayuda más. Y porque el pueblo cambia sus conceptos, ya sea cuando niño o como adulto, como ignorante o científico —porque ellos cambiarán sus ideas en diferentes oportunidades y bajo diferentes circunstancias— estamos obligados a llegar a la

conclusión de que el concepto de Dios es uno relativo. En otras palabras, no parece existir ninguna *idea* absoluta, inmutable, ultérrima.

El hombre no conoce a Dios cual realmente es, sino que sólo se imagina cómo es. "Ni con éste ni con aquél atributo —dice el divino sabio Krisna en *La Escritura de los Yoguis*—, sino en esencia". Sin embargo, si admitimos que el concepto de Dios es puramente relativo y no eterno, entonces debemos admitir también que en tal Dios no hemos encontrado realidad. Hemos hallado lo que *pensamos* es real, pero no la Realidad en sí misma.

El creyente, en un templo, una mezquita o una iglesia, lleva en su mente la imagen de lo que él cree es Dios. Tal imagen es una figura puramente mental y a ella le rinde culto y no a la Realidad. Esta imagen le ha llegado por tradición, quizá a través de centenas de años, y aunque está respaldada por la fuerza de las grandes y organizadas religiones involucradas, no deja de ser solamente una idea que pasa a través de su conciencia, un retrato que él ha conservado porque otras gentes se lo han sugerido.

Debido a que rinde fervor religioso a una *idea*, a algo que por su misma naturaleza no es eterno, sino que viene y, eventualmente, debe irse, como todas las ideas, él lo ha encontrado Realidad, y si partimos del punto de vista de una profunda investigación, incluso se puede decir que ha estado adorando una ilusión, si por la palabra "ilusión" queremos decir "aquello que no es real", en tanto que por "realidad" queremos significar "aquello que es estrictamente cierto y perdurable".

Puede parecer una espantosa declaración decir que millones de personas han estado rindiendo culto a su propia idea, es decir, a la que ellos toman por Dios. Ciertamente, argumentarán algunos, en los recintos religiosos presentimos una sagrada presencia. ¿Cómo es que en tales sitios nos sentimos maravillados, y cómo, en fin, esas religiones, en sus festividades, ejercen tal hechizo sobre la multitud?

Ello es debido al poder que el hombre ha encontrado en la religión; el poder que lo ayuda, que lo eleva, proviene del *mismo hombre*. El hombre se ha entregado en sí mismo a la propia guía, ayuda, exaltación y al consuelo espiritual que él cree encontrar en su iglesia, en su fe o en su idea de Dios. Cuando el hombre haya aprendido a construir un quieto templo en el interior de su corazón y a oficiar el sacerdocio de su propio yo, entonces la religión habrá realizado su verdadera obra.

El hombre se ha engañado a sí mismo, inconscientemente, al suponer que un poder extraterrenal, o algo que está fuera de él mismo, ha venido en su ayuda o para guiarlo. Ésta ha sido su creencia, una creencia a todas luces errada. Con ayuda de la concentración, el hombre puede por sí mismo apelar a sus reservas interiores, extrayéndolas de sí mismo, de *su propio espíritu*, lo que él cree proviene de Dios. al cual supone que está en el exterior.

No importa de dónde provenga el poder en tanto el hombre común obtiene algunos resultados. Él debe ser práctico y si cree en deidades externas, y supone que lo ayudan, todo está bien para él. No importa que esta idea siga su curso mientras no empiece él a inquietarse por la verdad... cuando comienza a preguntarse y a tratar de saber el significado *interior* de la vida y del universo.

Aquellos que están contentos y satisfechos aceptando la fe de las supersticiones de una época superada, o de las suposiciones de la época presente, pertenecen a una raza que desaparece. Cada credo debe estar ahora en condiciones de probar sus puntos de vista, y no mediante referencias a biblias caducas o a amarillentos pergaminos, sino mediante los hechos de los tiempos presentes, por la vida, la ciencia y el conocimiento. Los angustiosos horrores de la última guerra han sido la causa de que la religión doble la cerviz ante el realismo; aquéllos han trasladado el escepticismo del laboratorio de los científicos a la vida popular de la calle.

Cuando llegue el tiempo en que el Hombre no desee seguir

siendo un niño, sino crecer y convertirse en un adulto, entonces él habrá de comprender y nunca se engañará a sí mismo o engañará a los demás. Entonces verá que a Dios no se lo puede encontrar en una determinada forma, sino en todas los formas; no en un sitio en particular, sino en todas partes; no en un solo vehículo —fe, culto, religión, edificio u hombre—, sino en lo Infinito.

Jamás hallaremos a Dios excepto en tales condiciones; el resto sólo es una *idea* de Dios, un retrato mental. Estas son cosas puramente intelectuales, no son Dios ni Realidad.

Si el hombre desea despertar, si quiere comprenderse a sí mismo, debe encarar el hecho de que la verdadera avenida para ponerse en contacto con Dios no está fuera de él, sino dentro, directamente en su *Interior*. Debe encontrar a través y dentro de sí mismo el camino para llegar a Dios Esto es en el caso que *realmente* esté buscando a Dios; pero si lo que busca son ideas, conceptos o imágenes mentales, entonces puede adoptar cualquier religión ortodoxa o cultos que se le ofrezcan. Y debido a que hay mucha gente que deja que los demás piensen por ellas, aceptan contentas tales condiciones.

Durante los dos o tres últimos siglos, la mente y la inteligencia del hombre empezaron a despertar a un ritmo extraordinario, y desde entonces él ya no ha podido sentarse quieto dentro de las prisiones mentales que se construyeron para él. Ahora quiere saber por sí mismo. Y desde el momento en que la mente empieza a investigar en tal sentido, entonces no hay esperanza a encontrar otra satisfacción; los antiguos dogmas que convencieron a las pasadas generaciones ya no son suficientes. No hay duda de que aquéllos satisfacían la más simple mentalidad de las primitivas generaciones, pero de ningún modo satisfacerán la nuestra. Nosotros queremos la Verdad... es decir, lo que es científicamente verdadero.

Pero primero debemos apartarnos de la noción de que la Verdad es un credo, una establecida afirmación que debe tragarse como una píldora. La Verdad no puede ser prerro-

gativa de una sola época. Los períodos de Cristo y de Buda fueron sagrados en la historia del mundo, pero a menos que haya una nueva revelación en nuestro tiempo, no podrá haber una nueva regeneración.

El vino nuevo no puede ser vaciado en viejas botellas sin que éstas revienten. La Verdad no es para las existentes organizaciones. El mundo está cansado de árido intelectualismo. Quiere oir nuevas y frescas voces, voces vivientes de hombres que han tenido el privilegio de ver cara a cara a Dios, o que pueden dar cuenta de vitales experiencias espirituales que tuvieron lugar en esta época, hoy.

El científico es el hombre que comanda esta época y cuanto uno ve a su alrededor, desde la luz eléctrica a casi todo lo que se toca y usa en la vida diaria, es el resultado de la ciencia aplicada. Si se recuerda que el objetivo de los científicos es establecer la ultérrima Verdad, se comprenderá cuál habrá de ser el destino de aquellas creencias y dogmas que alimentaron a la humanidad por miles de años. Sin embargo, los científicos no han hecho sino empezar. Al presente han alcanzado una frontera en el mismo límite de otro mundo; pero han llegado allí y tarde o temprano darán el paso para cruzarla. Y cuando encuentren la Verdad, será la misma Verdad que el sabio y el vidente han encontrado también, porque sólo existe una *Verdad Esencial.*

Si es así, ¿qué será lo que los científicos descubran acerca de la cuestión de Dios? Ellos han empezado por darse cuenta de que no hay lugar en el Universo para un Dios personal. La fuente del Universo debe ser infinita, porque los científicos saben que el universo no puede ser medido, y que la parte no puede ser más grande que el conjunto, ni la creación más grande que el creador. Por lo tanto, este Infinito Universo debe tener un Infinito Creador, y ninguna forma, ningún ser personalizado —lo cual significa una forma— puede ser el Creador. El Creador es algo que está más allá de la forma, es una *Fuerza,* si se quiere. De ahí que Dios debe ser una Infinita Fuerza.

Los científicos comprobarán esto. Acaso lo ven ahora, sólo que no lo llaman Dios; le han dado varios otros nombres. ¿Es que no hay un lugar en esta creación para el mismo Creador? ¿Es tan ciego el hombre que no viendo las diversas etapas evolucionarias en la confección de una bota ha de sostener que no hay el zapatero? Debido a que ignorantes teólogos y clérigos cegajosos le han enseñado, ¡ay!, que Dios es un hombre glorificado, al no existir tal ser, no lo encuentra. Dios es vida, inteligente fuerza viva, y todos los evolucionarios ciclos de este Universo meramente despliegan la acción de este poder, no los arbitrarios movimientos de un hombre.

—Barrí los cielos con mi telescopio y no encontré a Dios —anunció Lalande.

Debió haber prescindido de su telescopio, aquietar su mente, y allí habría encontrado a Dios.

* * *

El materialista no debe ser reprendido porque no tiene conciencia de las verdades esenciales. Debería serlo sólo en el caso de que no la investigara. Si lo hace y no tratara de inquirir, jamás encontrará la verdad. Se engaña a sí mismo y se empeña en hacerlo. La ignorancia es a veces excusable, pero no la voluntad de seguir siendo ignorante.

Si la materia es, finalmente, una unidad, como lo han descubierto los científicos, entonces todas las diferentes clases de materia, todos los elementos pueden ser fundidos en un *solo elemento*, y toda la materia en una sola Fuerza. Eventualmente se verá obligado a decir, como ya lo está haciendo, que "La fuente del universo es una unidad de la cual surge y se esparce la multiplicidad de objetos y fuerzas que vemos a nuestro alrededor".

Hay una raíz, una sola raíz, y de tal raíz ha crecido, desarrollado y evolucionado todo. Los científicos también tendrán que admitir que la Infinita Fuerza que es Dios es una

sola fuerza... sólo hay una Fuerza, y un Dios, no dos. Y porque es una Infinita Fuerza y no algo que se puede moldear o dar ninguna forma, tendrán que buscar a Dios más allá del laboratorio. No quiero decir que deban volar por el espacio, sino que tendrán que volcarse hacia *sí mismos*, a su propia mente. Porque cuando hayan agotado todos los instrumentos de su laboratorio, *tendrán que sentarse a contemplar al hombre que ha estado usando tales instrumentos*, y encontrar su camino sólo con la ayuda de la mente.

Sin embargo, si proseguimos otra investigación científica de la Verdad y encontramos la Fuerza Esencial que debe existir en la raíz de todo, entonces descubriremos, para nuestra sorpresa, que estamos verificando las más antiguas enseñanzas del mundo, enseñanzas que se impartieron primero verbalmente y luego escritas en planchas de metal, en papiros o pergaminos, declarando que Dios, el Sol y la Luz eran sinónimos. La Biblia dice que la primera creación fue la Luz, y que después vinieron todas los otras formas. En otras palabras, Dios no podía crear Su Universo hasta no haber hecho primero la Luz.

Y si uno se pregunta cómo Dios, siendo entonces una sola unidad en existencia, creó la Luz, ¿cómo pudo crearla excepto de *Sí Mismo*, de Su Propio Ser, como una araña que segrega su hilo de su propio cuerpo? La tela de araña no es diferente del cuerpo que lo creó; realmente, es parte de él. Y así Dios creó la Luz de su propio Ser, lo cual quiere decir que la Luz no es otra cosa que Dios, el *Ser de Dios*. *La Luz es Dios.*

En los más antiguos escritos hindúes, como son los *Upanishads*, se encontrará la misma declaración: que en el principio Brahma, que quiere decir el "Creador", hizo la Luz y que la Luz hizo todas las otras formas. En las Tablillas de Babilonia se repite la misma afirmación.

Los sacerdotes druidas y egipcios, entre muchos otros antiguos pueblos, rendían culto al sol, porque lo consideraban como al Padre de toda la vida circundante. Para ellos era

el visible apoderado en la tierra de una deidad invisible; no Dios, sino un agente de Dios. Su esplendor era una cosa viviente y sus rayos estaban llenos de vida divina.

Para los antiguos egipcios, la Luz era la más espiritual de todas las cosas materiales. Lo llamamos "material" porque está presente y es visible en el universo, y por tal razón podemos decir con los antiguos egipcios que la Luz es el elemento de un universo material que más se aproxima a la divinidad.

Durante los dos o tres años últimos, la investigación científica ha revelado la creciente confirmación de que toda materia es esencialmente la condensación de la radiante energía, esto es, de la Luz. En efecto, en pruebas de laboratorio es posible convertir la Luz en materia, y convertir la materia, a su vez, en Luz. En otras palabras, esta maravillosa estructura del universo material que vemos nos rodea, y del cual los científicos del siglo diecinueve suponían que no era otra cosa que materia —substancia sólida y dura— se ha disuelto, no existe cuando uno lo busca y trata de descubrir su verdadera naturaleza. Se ha disuelto y se ha convertido en la más intangible de todas las cosas: la Luz.

Hasta hace relativamente poco, la monisma visión de la naturaleza era por lo general una materia de especulación, creencia y opinión. Hace treinta años, sin embargo, el profesor J. Arthur Thomson, en su *Introducción a la Ciencia*, se aventuró a declarar que "modernos investigaciones (sobre el átomo) hacen suponer que exista una base común para la materia de todas las clases". Los últimos descubrimientos de laboratorio moderno confirman esta teoría. Considérense los grandes adelantos logrados en nuestro conocimiento de la estructura atómica. El sólido átomo, considerado en un tiempo la piedra fundamental del universo, ha sido dividido en circulantes electrones. Se dieron los primeros pasos cuando la materia desapareció en energía eléctrica.

Nuestra sólida y material substancia se ha disuelto en una niebla de electrones, protones y deuterones. La materia ha

sido perseguida hasta que se desvaneció en energía. Los resultados de estos desarrollos son descritos por el doctor Karl K. Darrow, investigador físico de los Laboratorios de los Teléfonos Bell, en una conferencia que él ofreció en el Instituto Lowell y reproducida en su libro *El Renacimiento de la Física.*

"Excepto por el contraste entre la vida y la muerte, ningún otro contraste en la Naturaleza puede ser más grande entre la materia por una parte y la luz por la otra. Desemejantes como son el fotón, que es el corpúsculo de la luz, y el electrón, que es la más pequeña partícula de la materia, sin embargo pueden desvanecerse y ser reemplazados por el otro... La materia ha crecido de la luz, pero ni siquiera en esa reacción no hubo completa creación de una nueva pieza de materia de la luz. ¿Podemos aspirar a convertir un corpúsculo de luz en un corpúsculo de materia allí donde antes no había nada? Esta es una vasta ambición que debemos morigerar en el mayor grado posible. Las energías en reposo de un núcleo que son como las he descrito, requerirán un fotón de más de un billón de electrones voltios para crear un núcleo o un átomo entero. Ningún aparato nuestro, ni ningua substancia natural radioactiva de la tierra, puede proporcionarnos tales fotones. Quizás sea posible hallarlos entre los rayos cósmicos, pero si es así, están fuera de nuestro comando. Pero la energía suficiente para crear un solo electrón se halla contenida en el más modesto corpúsculo de luz y uno solo de ellos posee medio millón de electrones voltios y fotones como ésos hay obtenibles a voluntad... Dichas partículas fueron descubiertos en 1932 y la manera de su descubrimiento permitió inferir que habían nacido de la luz en la misma forma. Estos electrones positivos fueron encontrados en los rayos cósmicos. Cuando exponemos una plancha de densa materia a una corriente de fotones como aquéllos, descubrimos electrones que surgen de dos en dos de la plancha, negativos y positivos, saltando del mismo punto, y cuando computamos la energía quinética de los miembros del

par, descubrimos que se agregaban a la suma ya indicada. Un fotón había muerto al dar a luz a cada uno de los pares. Por consiguiente, ésta es la reacción en que los electrones se forman de la luz. ¿No es posible que ocurra la reacción reversa, en la cual un electrón positivo y otro negativo se encuentran mientras flotan en el espacio, se funden el uno con el otro y forman un corpúsculo de luz? La fijeza de la materia ya no existe, porque hemos sido capaces de convertir su substancia, de la forma de partículas eléctricas en la forma de luz. Ningún elemento, ninguna materia en sí misma, ni siquiera la luz, es permanente. Todo lo que es perpetuo es algo de lo que todos ellos están hechos, encarnándose en todos ellos por turnos y pasando incólume de forma en forma. Esta inmortal substancia, lleva el nombre menos adecuado, presumo: "energía"; pero el nombre no es lo que concierne. A este resultado hemos llegado aplicando los métodos de la física de estregar el ámbar y continuando con lo que sigue; ¡qué grandioso resultado para tan humilde principio! La piedra que muchos rechazan convertida en la piedra angular del templo; el pequeño efecto que parecía tan trivial a muchos sabios convertido en la llave de la sabiduría y proporcionando un significado físico a los dos más antiguos dogmas de la filosofía. Las teorías atómicas existían de mucho ha, pero es nuestra generación la que, por primera vez en la historia, ha visto al átomo. La creencia de que todas las cosas están hechas de una sola substancia es tan antigua como el pensamiento mismo, pero nuestra es la generación que, por primera vez en la historia, es capaz de recibir la unidad de la Naturaleza no como un dogma sin base o una aspiración sin esperanza, sino como un principio de ciencia basado sobre prueba tan precisa y clara como ninguna otra cosa conocida".

He dado a este extracto tal extensión porque es de la más alta importancia. Si las pruebas de laboratorio, como ahora parece probable, vindican la teoría de una sola substancia subyacente en todas las manifestaciones de la naturaleza

material, nos veremos obligados a reconocer que las afirmaciones de los filósofos hindúes sobre este punto, hechas hace miles de años, no son primitivas e indignas creencias sino lo resultados de la investigación interior practicada por mentes agudamente perceptivas y muy concentradas.

Si Dios es la Luz, y todos los objetos materiales sin una sola excepción —sea que tomemos como ejemplo nuestro cuerpo o la silla en que estamos sentados—, si todas esas cosas no son sino condensaciones de esa radiante energía de la Luz, ¿no es posible ver que Dios está, por tanto, presente en todas partes? No se trata meramente de una fatasía poética, sino de un hecho literal que no podemos apartar de Dios, no importa a dónde vayamos. Todo el mundo material está hecho de Dios y se llena de Él, y nosotros estamos cerca y dentro de Dios todo el tiempo. No hay escape posible de Él, se vaya donde se vaya. Él es infinito.

Después de todo, ¿no es ésta una más satisfactoria concepción que la noción teológica de un Dios que sólo es un ser humano glorificado, un Dios hecho a semejanza del hombre, que arbitrariamente hace lo que Él quiere con los seres humanos y con el Universo? ¿No es mejor creer, y no solamente creer sino ser capaz de probar intelectualmente, y no sólo ser capaz de probar intelectualmente sino de saber intuitivamente, que Dios es un Infinito Poder, el Poder que se encuentra en todas las otras Fuerzas, en toda cosa materialmente creada; un Poder que está presente en todo y por lo tanto dentro de nosotros y siempre a nuestro alcance, porque donde uno vaya *allí está* Dios?

Tal es, yo creo, la concepción de Dios hacia la cual nos movemos y que no está muy lejos. De este modo el círculo se completará, y las más antiguas enseñanzas acerca de Dios retornarán, pero lo harán reforzadas y sostenidas por el apoyo científico. Ellas serán fuertes porque estarán construidas no solamente sobre los cimientos de la fe, de la intuición, sino también del intelecto y de la razón. Dios es digno de que se le rinda culto, y tal concepto de Dios puede sostenerse

seguramente, porque no es meramente uno relativo, sujeto a cambios o desplazamientos. Es la final y ultérrima concepción que el hombre puede sostener. No puede concebir una más elevada, por lo tanto su mente tendrá que descansar en esta noción de Dios. Y tal es el Dios, la sempiterna y omnipresente Luz, que el mundo hallará mediante el uso de la inteligencia y su propia investigación de la Verdad.

Y ahora veamos la cuestión desde un ángulo con el cual estamos más familiarizados. Cuando la gente practica la meditación, sean religiosos místicos, que se llaman a sí mismos ocultistas, o que lo sean, eventualmente empiezan a tener ciertas visiones y experiencias dentro de sus corazones y de sus mentes. Se ha oído hablar de aquellos más afortunados místicos que tuvieron visiones de una luz enceguecedora.

—El propósito último en la práctica del trance es hallar la visión de Dios como Luz. Esta Luz es tan intensamente poderosa que si fuera vista de pronto, sin adecuada preparación, se podría quedar ciego a través de la acción refleja de los nervios ópticos —me dijo una vez un adepto del Himalaya.

Los místicos que han tenido esta experiencia se sienten sumergidos en la luz y aseguran que es la más elevada de las realizaciones. Se pueden leer otras descripciones en el libro de Bucke, *Conciencia Cósmica*, y en la literatura del misticismo religioso de la Edad Media, donde el meditador, o el místico, parecen engolfados en un mar de luz, y con tal luz viene una sensación de extraordinaria libertad y comprensión, de felicidad, paz y quietud.

Y de este modo, porque les parece la más elevada experiencia que puede tener un hombre, especialmente a los místicos que buscan a Dios, descubrimos que esas gentes, cuando retornan a la conciencia ordinaria y empiezan a describir sus experiencias y porque no han sido enseñados por un competente maestro ni iniciados en la práctica esotérica, a menudo informan que han tenido la visión de Dios en medio de la Luz, o de haber oído una voz interior, o que ciertas cosas les han sido reveladas dentro de la Luz. En otras pala-

bras, ellos consideran la Luz como un estado o una condición dentro de la cual ellos tenían que buscar algo, encontrar una forma, la forma de Dios. Ellos no sabían que la Luz en sí misma *era* Dios, y que no era necesario esperar o buscar ninguna imagen, ningún retrato u oir ninguna voz.

Moisés se acercó a las zarzas ardientes y Dios le habló. Las ramas ardían en llamas. Las llamas eran la Luz de Dios, pero la voz que le llegó a Moisés no era la voz de Dios... era la voz de su propia mente, inspirada, sí, pero sin dejar de ser por ello una mente. Porque Dios es Infinito Poder, no puede ser comparado con seres humanos que hablan, ni puede ser limitado por definitivas formas. No se puede imaginar a Dios como un Infinito Poder sin formar, y por eso se procede a imaginarlo y a limitarlo como a un hombre con el cual se pueda conversar. Lo que realmente sucede en esas informaciones de voces o visiones es que la mente del místico es de tal modo iluminada por la Luz con la cual está en contacto que sumerge su conciencia en la supermente planetaria, la cual le otorga capacidad de visión o predicción, o le permite toda suerte de cosas maravillosas, pero sin abandonar por ello la región de la mente.

Recuérdese que solamente la Luz es Dios. Y sin embargo, aunque esta Luz es Dios para los místicos y para el meditador, debe ser correctamente interpretada por ellos. Si esta experiencia no es debidamente comprendida, en lugar de ser ayuda, podría convertirse en un impedimento. Quiero decir que si uno quiere la Verdad, se debe estar preparado a no detenerse ante nada hasta que se haya encontrado la *Verdad Esencial*. No debemos detenernos a la vera del camino porque hayamos hecho algún admirable descubrimiento. En tanto se piense que la realidad se encuentra en cualquier *experiencia*, uno se está engañando a sí mismo.

Para la mayoría de nosotros, si no para todos nosotros, tal experiencia sería suficiente. Sin embargo, debo decir francamente que ella no es la última, y que después de esta glo-

riosa experiencia que sucede en la senda de la meditación, tarde o temprano se abrirá otra senda, y ella no será otra que la Senda Esotérica... el Sendero que conduce a la Realidad Esencial, a la Absoluta Verdad.

En ese Sendero no hay ni Luz ni Obscuridad, ni experiencias, porque entonces se habrá aprendido a trascender el tiempo. Las experiencias que empezaron deben tener también un fin. Se debe encontrar lo Eterno, lo que no tiene ni principio ni fin. Y cuando se lo haya encontrado, entonces se habrá descubierto *Aquello* de que el mismo Dios extrae su propia Substancia. Entonces nos sumergiremos con Dios en la Realidad Esencial.

Ahora podemos ver cuán lejos está el verdadero concepto de Dios de las nociones barbáricas que a menudo hemos encontrado en varias partes del mundo. Sin embargo, esas nociones han sido de gran ayuda para diversas gentes que no pueden hallar una más elevada comprensión Todo lo que pueda ayudar al hombre dondequiera se encuentre es bueno para él. Por eso es que el hombre que conoce la Verdad no riñe con nadie. Él sabe que todos encuentran juntamente la suma de verdad que sus experiencias en la vida les han proporcionado, y ve precisamente lo que debiera ver en esa etapa.

Incluso aunque diferentes personas tienen diferentes pensamientos acerca de Dios, ello no importa en tanto se comprenda que esos son meros pensamientos y que ellos dependen del lugar donde el individuo esté colocado. Luego se verá que el hombre evoluciona a través de sus varios pensamientos e ideas, hasta llegar a los últimos y elevados conceptos de Dios. Cuando se descubra eso, entonces todas las ideas se desvanecerán y uno se habrá *armonizado con Dios* en lugar de pensar en Él. Aunque es una sombra, algo de segunda mano, el *ser* significa que uno se ha unificado con Dios, y entonces será realmente posible conocerlo. De modo que renunciemos a pensar *acerca* de Dios y empecemos a *ser*

Dios, lo cual significa que somos una sola cosa con Él. Entonces el conocimiento y la inteligencia se fundirán con Dios.

Aunque pone un velo entre nosotros y Dios. Cuando se pueda hacer a un lado ese velo, entonces nos sumergiremos en Dios. Para cualquiera es posible encontrar su camino de regreso a Dios, porque Dios está presente en cada uno de nosotros. Pero debemos empezar a buscar e investigar, pero el lugar preciso es dentro y no fuera de nosotros. Primero debe mirarse hacia adentro y encontrar el átomo sagrado en el corazón... dentro del yo espiritual. Cuando se haya encontrado el yo espiritual interior, entonces se podrá mirar de nuevo exteriormente, y se encontrará el sol, en otras palabras el Yo Universal. Se verá a Dios en todo y en todos... ¡pero *después* que uno lo haya encontrado dentro de sí mismo!

De este modo, luego de seguir a otros dioses, después de creer en una multitud de deidades, el Hombre finalmente comprende que sólo hay un espíritu detrás de toda la creación, y luego de creer en un espíritu personal, un Dios personal, por último se da cuenta de la Verdad, de que la más alta Deidad es Impersonal y Universal.

## Capítulo III

## UNA SANA RELIGIÓN

Si uno examina la definición de la palabra religión, se sabrá que deriva de la palabra latina que significa "vincular". ¿A vincularse con qué? Por supuesto, a vincularse con Dios. Es obvio entonces que lo que vincula al hombre con Dios es la religión.

En tanto se mira alrededor el estado de las religiones ortodoxas imperantes en el mundo de hoy, ¿se diría que han tenido éxito en el intento de unir a la humanidad con Dios? Si se es franco y honrado con uno mismo, se deberá admitir que han fracasado en ello. Y puesto que han fracasado, veamos por qué.

Primero, debemos comprender cómo se desarrolla la religión históricamente. Las religiones originalmente se centran alrededor de un hombre, una personalidad que recibe de algún modo una revelación o una iluminación de Dios.

Entonces o bien escribe acerca de esta revelación o la trasmite de palabra a un número de personas, generalmente a muchas, porque si tiene conciencia de su misión como profeta, procurará interesar al mayor número de gente posible. Habiendo hablado a todos los que pudo, él encontrará unos cuantos que lo entiendan y de este modo esos cuantos se constituirán en sus discípulos y apóstoles. Los otros, las masas, son simplemente seguidores.

Cuando tal hombre se digna presentarse ante el público, lo hace con un claro sentido de la misión que el mismo Dios

le ha encomendado, a saber: traer un nuevo impulso espiritual al mundo. Él sabe demasiado bien que no es su poder personal, o su sabiduría, el factor motivador, sino que es un instrumento a través del cual se pronunciará el Altísimo Poder. Sabiéndolo, dirá, como dijo Jesús: "No soy yo, sino mi Padre quien me ha enviado". De ese modo se convertirá en el mejor mensajero de Dios para la humanidad. Si aquellos que lo escuchan son sabios, si todos ellos son compensivos e intuitivos, lo aceptarán. Si son estúpidos, densos, o materialistas, lo rechazarán.

Una cosa peculiar resulta que la fuerza que informa tal proyecto de Dios es como una espada de dos filos. Ayudará a todos aquellos que lo escuchan, a los lastimará. Si lo rechazan, lo harán a su propio riesgo. Serán castigados, no por un arbitrario mandato de Dios, sino por su propio y elevado yo.

Si, por otra parte, lo aceptan, entonces recibirán las bendiciones de Dios y los frutos del espíritu. Pero eso no interesa al Mensajero. Él sólo se ocupa de trasmitir el mensaje; el mundo puede recibirlo o dejarlo. Si lo acepta, el mensaje reportará alegrías y bendiciones, y tal vez algunos peligros; pero si lo rechaza, habrá muchos peligros y desastres. Si se quiere verificar esto sólo hace falta estudiar la historia.

Los continuadores especiales, o discípulos, de un profeta, recibirán no solamente las enseñanzas que él les imparte, sino también lo que hay detrás de las palabras, o sea, el Espíritu que fluye a través de él.

De ahí que, si los discípulos adoptan la correcta actitud de absoluta fe que rechaza todas las dudas, ellos recibirán su premio por medio del Espíritu que fluye a través del profeta y a través de sus palabras, y ello los llevará al cumplimiento del verdadero propósito de la reencarnación. Sólo hay una razón por la cual estamos aquí en la tierra, y ella es encontrar al verdadero Yo Espiritual, a nuestro verdadero Ser Interior. A menos que lo hayamos hallado, volveremos una y otra vez, sufriendo hasta encontrarlo.

La obra de un profeta consiste realmente en plantar semi-

llas, el crecimiento de las cuales serán vistas por las futuras generaciones. Cuando el profeta ha completado su tarea, desaparece y es entonces que se ve la iniciación de la religión organizada. En su propia existencia el profeta no se interesa por la organización; él no ha venido a otorgar ninguna cosa material, sino a que su mensaje perdure por siglos en los corazones de aquellos que son comprensivos y sensitivos a su causa. Ni viene a fundar ningún tipo de organización externa; ello lo hacen sus continuadores y generalmente después de su muerte. Los discípulos se juntan después, como ocurrió en el caso de Jesús y de Buda, y forman una hermandad, o una iglesia, algo que los mantenga unidos y les permita ofrecer una expresión exterior de la Enseñanza Interior y la Presencia que ellos han sentido.

Tal es el origen de cada iglesia y de cada religión externa. en los días cercanos al fundador, la religión es generalmente pura. Está expresando lo que el profeta ha venido a enseñar. En tanto transcurre el tiempo, sin embargo, ella se degenera y a menudo se convierte en una meramente organizada superstición. Empieza por perder el Espíritu y se hace más fuerte en la letra. Los continuadores empiezan a reñir entre sí sobre lo que el profeta dijo realmente, o lo que quiso decir. Poco a poco las disenciones son mayores y por fin se separan.

Es natural que suceda esto, porque ellos discuten sobre el cuerpo, no sobre el espíritu. La cosa verdadera —el Espíritu Interior— se quedará donde está, por un tiempo. Este lapso puede durar siglos y entonces la religión irá desvaneciéndose, gradualmente, hasta desaparecer por último. Ninguna religión durará eternamente. Aquello que está *detrás* de la religión solamente puede durar por siempre y siempre hallará nuevas encarnaciones.

Las visiones y revelaciones originales de los grandes sabios se han visto mutiladas por sus ignorantes continuadores o limitadas por sus fanáticos intolerantes. Sin embargo, no debemos descorazonarnos si descubrimos que la religión tiende a quebrarse y a desintegrarse. Esto es inevitable. Primero

surgen, crecen y luego desaparecen. De modo que si uno comprende que sencillamente se está cumpliendo una ley de la naturaleza, se acepta el hecho, sabiendo que si una religión se desvanece pronto vendrá otra a tomar su lugar. Si se echa una mirada al mundo de hoy, se advertirá que la mayoría de las religiones ortodoxas existentes, empezaron a seguir, más o menos, el mismo arco descendente. Se están desintegrando y perdiendo a sus continuadores y fieles. No hay ninguna duda al respecto.

¿Por qué los primeros cristianos iban jubilosamente hacia su martirologio? Fueron arrojados a los leones... o quemados vivos. ¿Cómo es posible que pudieran soportar tales sufrimientos?

Estaban muy cercanos los tiempos de Jesús y muchos de ellos podían hablar incluso de Su Sagrada Presencia, para darse mutuo aliento. Esto los capacitaba para soportar su martirio, de modo que cuando debían enfrentar a la muerte habían perdido por completo, físicamente, su conciencia de ser, debido a lo cual no tenían sensación de sufrimiento. Sus mentes estaban en otra cosa. Sus cuerpos eran torturados, pero ellos morían como en un trance, sin ninguna conciencia del sufrimiento físico.

Pero antes de que abandonaran los míseros cuerpos, la fe de ellos debía ser probada, y si su fe era lo bastante fuerte, un Altísimo Poder vendría a liberarlos, apartando las mentes de los cuerpos. Durante el hipnotismo o cuando se está bajo la acción del cloroformo, la mente se retira del cuerpo y éste no llegará a sentir la más drástica operación quirúrgica. El Espíritu Divino retiró también sus mentes y se obtuvo el mismo resultado.

Hoy en día nadie siente el llamado del martirologio por ninguna religión *. El hombre ya no está vinculado a Dios,

* Esta afirmación no es totalmente exacta, porque en los últimos años se han visto sacrificios voluntarios entre los que profesan el budismo. Sin embargo, a juzgar por la actitud de los suicidas religiosos, por su sistemática y prolongada quietud previa al

porque la religión ya no es un instrumento usado por el Poder Divino. Es ahora una organización hecha por el hombre, que depende de los testamentos humanos.

Antiguas escrituras y filosofías son de inestimable valor y podrían ocupar un lugar de privilegio en nuestras bibliotecas, pero ello no quiere decir que la Verdad hablaba solamente para esos hombres ya desaparecidos.

Es imposible vivir en el pasado para quienes buscamos solamente la Verdad. El presente es justamente tan real, justamente tan útil para la investigación .Por tal razón, podemos utilizar esos textos antiquísimos, pero no ser utilizados por ellos. Podemos suscribirnos a todo lo que contenga en sí los pasos de la prueba universal de la Verdad; pero debemos ser vacilantes y reluctantes en aceptar todo aquello que no ha pasado por el tamiz de esta prueba.

Esto no quiere decir que nos pongamos en una posición de falso orgullo respecto a las antiguas luces, pero sí quiere decir que valoramos la Verdad como un Espíritu y no como una reliquia que se guarda en infolios. En consecuencia, no podemos esclavizarnos aceptando todo simplemente porque nos fueron legados por ilustres personajes del pasado.

Y por una razón: sabemos que esos escritos muy raras veces nos han llegado en toda su pureza, pues los ignorantes y los intolerantes los han mutilado y cercenado a su paladar. Por manera que podemos tomar esos textos antiguos, esas viejas escrituras, como valiosas ayudas en la investigación, pero negándonos a ser engrillados a ninguno de ellos. Porque la verdadera investigación nos llevará finalmente hacia el interior de nosotros mismos y no hacia las páginas impresas de un libro. Primero debemos perder la fe en todas las biblias antes de que realmente podamos creer en ellas.

Espiritualmente vivimos en "el crepúsculo de la incerti-

acto del sacrificio y de la cremación de sus cuerpos, no cabe duda de que caían previamente en el trance autohipnótico que menciona el autor. (Nota del traductor)

dumbre", para prestarnos de la frase de Charles Lamb. La religión es un sujeto rodeado de misteriosas sombras.

Sin embargo, debemos tener alguna especie de religión. Si no aceptamos ningún culto ortodoxo, tenemos que buscarla en alguna clase de relación entre nosotros y Dios, y me gustaría expresar algunos pensamientos y sugestiones de lo que me parece a mí una sana religión para él hombre moderno.

Antes que nada, la religión debe ser una cosa personal —una relación entre uno mismo como individuo, y Dios, el Infinito Espíritu— y no entre uno y cualquier organizada institución. La última es una cosa hecha por el hombre y, ciertamente, no es Dios. Es decir, Dios como un espíritu, de manera que uno debe buscar a Dios como espíritu; es puramente una relación personal la que uno debe buscar... algo que no requiere de ninguna demostración externa. Ninguna iglesia, ningún templo son necesarios. Uno puede hallarlos dentro de su propio corazón y en la secretud de sus más íntimos pensamientos. No es una cuestión para debatir o discutir con otras personas. En tal sentido nadie puede ayudarnos.

El único modo de establecer una religión es por medio del culto, no mediante la argumentación o la discusión. Y se debe rendir culto a Dios en nuestro propio departamento, donde sea posible establecer una actitud de pensamiento y de emoción hacia el Infinito Espíritu. Mejor la actitud que se adopte que el verdadero culto; aquella habrá de ser, sobre todo, humilde, sintiéndose como un pequeño niño frente a la presencia de ese Gran Ser que es el Sostén de todo el Universo.

La humildad, por tanto, es el primer paso, no solamente en religión sino en cualquier estudio digno de emprenderse. Tan pronto como un hombre cree que conoce todo el tema, o nada más que la mitad del mismo, pone mucha limitación entre él mismo y la obtención de su objetivo. Pero si adopta la actitud de un niño que sabe que no sabe nada, entonces se encontrará en la situación de alguien que necesita aprendar y es posible que realmente aprenda algo

No se rinda culto, en consecuencia, con la idea de *dictar* al Infinito Espíritu lo que él habrá de hacer por nosotros, o decirle lo que ha de enseñarnos. Ni siquiera se le deben pedir mercedes. Si el Infinito Espíritu es sabio, debe saber cuáles son nuestras necesidades. Es necesario otorgarle tal beneficio a su mucha inteligencia. Si uno conoce sus propias necesidades, cuánto más las conocerá el Ser Supremo.

De modo que la humildad debe ser el principio de nuestro culto. No es necesario expresar oraciones ampulosas. Dios no necesita esto. Y uno no debe solicitar nada, a menos que sea espiritual: más luz, más comprensión, más fuerza. Una pacífica existencia debe ser también una paciente. Haberse dado cuenta de que todo lo bueno es la oculta base de la existencia, no es dar lugar a la rebelión.

Aquietando el cuerpo y los pensamientos, se preparan las condiciones en las cuales el Espíritu Infinito nos hablará y se manifestará en sí mismo. Los esfuerzos para lograr esto constituirán una forma de culto, y Dios vendrá a nosotros en ese gran silencio. No vendrá si estamos demasiado ocupados pensando en nuestros problemas personales.

Si se hace un esfuerzo para aquietar la mente, eso quiere decir que se está empezando a olvidar la vida personal. El ego personal no es otra cosa que la totalidad de nuestros pensamientos. Si uno tuviera que escribir todos los pensamientos que se le ocurren a uno durante el transcurso del día, sumándolos luego, se obtendría una cantidad aritmética, el total de la cual se podría llamar "Personalidad". Si no hay pensamientos no existe el ego personal. El silenciamiento del pensar es el aquietamiento del yo personal.

* * *

Antes de empezar a rendir culto a Dios, uno debe olvidarse de sí mismo, y antes de olvidarse de sí mismo se debe aprender a controlar los pensamientos y a silenciar a la mente. Resulta una tarea ímproba realizar esto completamente, pero

debe ser hecha, al menos en alguna extensión. Si se puede aquietar la mente en un cincuenta por ciento, ya se habrá logrado algo. Pero hágase el esfuerzo y después de haber practicado durante un tiempo, cierto día se tendrá la sorpresa del éxito.

Se habrá de tener pocos pensamientos durante los períodos de meditación. Cuando Dios vea que se está haciendo suficientes esfuerzos, Él vendrá a nosotros y nosotros empezaremos a sentir, gradualmente, el influjo de Su presencia. Se tendrá la sensación de una atmósfera de Divina quietud, y los pocos pensamientos que queden serán probablemente los más exaltados.

El Infinito Espíritu está en todas partes; ¿por qué son tan pocos los que tienen conciencia de ello? ¿Por qué es que los hombres parecen cerrados a la presencia de Dios? La primera y más evidente razón es que ellos se han hundido tan profundamente entre sus cuerpos e intelectos que han perdido la costumbre de recordar qué son ellos realmente, y a dónde en verdad pertenecen. Ellos se han formado el hábito de pensar de sí mismos como cuerpos e intelectos. El Infinito está allí, presente en ellos, y en todas partes, pero, habiendo perdido la costumbre de recordar que ellos son realmente Espíritu, no habrá para ellos ninguna esperanza a menos que encuentren alguna persona que les recuerde lo que han perdido.

Tales personas representan el papel de pastores de la humanidad. Si la religión fuera efectivamente a realizar su función, cada clérigo, cada sacerdote, sería un pastor de Dios para recordar al hombre lo que realmente es. Los predicadores deben convertirse en profetas antes de que puedan acumular algo digno de valor. El hecho de que la humanidad parece desesperanzadamente perdida en materia es un signo de que los sacerdotes no tienen ningún conocimiento de lo que ellos mismos son. De este modo tenemos lazarillos ciegos para los no videntes. Esta es la verdadera razón de por qué ha fracasado la religión hoy en día. El Infinito Espíritu nece-

sita un orificio de salida, un foco a través del cual pueda pasar para entrar en el intelecto del hombre que habrá de ser redespertado. El Espíritu está presente en todas partes, pero debe concentrarse a través de una salida para resultar efectivo. La electricidad existe, pero a menos que se la convierta y se la concentre a través de un generador, no fluirá a través de los cables ni nos dará luz.

Ocurre de un modo similar con el Espíritu. Debe encontrarse un medio, un cable a través del cual pueda fluir y revelarse a sí mismo en todos aquellos que necesitan luz. Si el Espíritu va a ayudar a los seres humanos debe encontrar una salida a través de otro ser humano. De este modo, cuando Dios decide que Su presencia sea sentida, generalmente se vale de algunos individuos para utilizarlos como cables de conducción.

Esto nos trae al tercer elemento en la rendición de culto. Necesitamos pastores, pero ellos, para serlo, deberán haber encontrado primero a Dios. Si no lo han logrado, no pueden ayudarnos; de lo contrario, sí, pueden sernos necesarios, convertidos en eslabones entre nosotros y Dios. De esta manera, la tercera condición del culto es un intermediario entre nosotros mismos y Dios, el que servirá de un hilo conductor hasta que uno mismo esté suficientemente fuerte e iluminado para hacerlo sin ayuda. Cuando haya llegado el momento, el intermediario se retirará humildemente, dejándolo solo a uno, porque no desea interponerse en nuestra luz ni entre nosotros y Dios. Pero hasta que uno no se haya puesto directamente en contacto con Dios, estará allí pronto a ayudarnos. Por esta razón, la tercera condición en el verdadero culto es un eslabón interior con alguien que ya ha descubierto a Dios. Por manera que si uno tiene estas cuatro calificaciones: humildad y actitud infantil al empezar; olvido de la vida personal durante el tiempo del culto; quietud mental, y relación propia y personal con algún intermediario humano, que nos ayudará a efectuar la conexión con Dios hasta tanto uno sea capaz de lograrlo por sí mismo, entonces

querrá decir que se está preparado para el culto. Se tendrá creciente olvido de la vida personal y crecientes momentos de divina quietud, cuando se sienta que dentro de ese Silencio está el Altísimo Poder que desciende sobre uno. Tal es el secreto del verdadero culto: la sensación de que se es elevado por una fuerza superior.

No se busque nada psíquico, ni ninguna manifestación de oculta naturaleza, por maravillosa que nos parezca. Ellos pueden llegar también, pero no debe asignárseles un valor superior a lo divino. Esas cosas sólo probarán ser un impedimento a la realización del culto; son atajos que nos apartarán del sendero del culto verdadero. Si se los sigue, nos llevarán tal vez a fascinantes veredas, pero eso no será el verdadero culto. Cuando se encuentre el verdadero culto, algo dentro de nosotros nos lo dirá, algo impersonal, infinito no material, porque perderemos, durante breves momentos, la sensación de nuestro cuerpo.

Es en tal momento en que uno se siente arrebatado por un poder superior y cuando la respuesta llega hasta nosotros; es el instante en que uno está rindiendo verdaderamente culto. Cuando se sienta esto, debe uno abandonarse; no se debe resistir o estorbar haciendo ningún esfuerzo propio. Abandónese y déjese que este Poder nos lleve a donde desee. No nos llevará a ninguna parte, pero si nos aportará de nuestro yo personal y parcialmente de nuestro cuerpo físico, y en cierta medida también de nuestro intelecto.

Es posible que en tales ocasiones, no siempre, pero tal vez fortuitamente, se vea una Luz... una gran Luz que nos envuelve y que parece extenderse en el espacio sin límites. Darán la impresión de que lo atraviesa a uno. Se flotará con ella, informándose con su naturaleza, de tal modo que uno no sabrá si es la Luz o ha desaparecido uno con ella.

Si esta experiencia llegara a ocurrir, no se atemorice dejando que la personalidad de uno se aleje. No hay nada que temer. Se tendrá la sensación de que uno se desvanece en el espacio... de que hay un peligro de muerte. Incluso aun

cuando hubiera peligro de muerte, sería digno de morirse por tal revelación. Pero no se morirá; ésta es sólo una experiencia temporal. No se presentará a menudo, de modo que acéptesela con gratitud cuando llegue.

Esa Infinita Luz Universal es como si uno llegara al punto de *ver* a Dios. Nunca se verá a Dios de otro modo que no sea en forma de Luz; Dios es Infinito y es Espíritu Sólo puede aparecer ante uno de un modo infinito, sin límites aparentemente finitos. La cosa más próxima a la Infinitud que conocemos es el espacio. No se puede saber hasta dónde se extiende el espacio. Uno *cree* que ve el horizonte, pero si se trata de alcanzarlo se descubrirá que siempre retrocede en el espacio. Espacio y Luz sólo son emblemas por medio de los cuales se manifiesta Dios a uno. La Luz es la forma de Dios, el espacio es Su morada.

Si Dios se revela a uno como Luz, estése agradecido. Es una experiencia hermosa y bendita. No se presentará a menudo. Hay una explicación respecto al porqué no se puede tener esta experiencia frecuentemente.

Si se ha de ver a Dios como esa gran Luz Universal, se lo verá como a alguien más fuera de uno, es decir, algo que está en el exterior de uno, *aunque permanece en quietud dentro de nuestra mente.* Uno se sentirá como parte de esta Luz, pero ella estará realmente fuera de uno, de modo que seguirá *viendo esa Luz.* En otras palabras, existe una relación de dualidad; Dios es considerado como algo aparte de uno mismo. Ver —sea un ángel o un objeto material, o incluso Dios mismo Manifestado como Luz— es ver algo exteriormente de uno. El mismo acto de ver connota dos cosas: un "vidente" y aquello que se ve... lo cual significa dualidad.

Si Dios nos ha recompensado otorgándonos la visión de Su Substancia, y si proseguimos en nuestros esfuerzos para rendirle culto, Él nos permitirá dar un paso más adelante. Él quiere que nosotros alcancemos el punto más alto que pueda alcanzar el hombre. ¿Y cuál es ese Altísimo punto? Es descubrir y saber que *uno mismo es espíritu.* Ver a Dios

"fuera" de uno mismo es todavía verlo *aparte*. La visión de la Luz que uno llega a tener es una visión que tiene lugar dentro de nuestro cuerpo. Cuando se llega a ver la Luz, uno está todavía en el más alto plano mental. Es necesario elevarse más aún.

En consecuencia, después que Él nos ha mostrado la Luz, Dios se retira tal como una Luz, dejándolo a uno en libertad y en condición de encontrar su verdadero yo. Entonces no se debe buscar más a Dios como *Luz*, sino como al *propio yo*. Es preciso encontrar a Dios, a partir de ahora, no como una visión, sino como un *ser*... como algo que uno *es*. Cada hombre es un Rayo de Dios. Conocer a Dios es ser Dios, no ver a Dios. Verlo implica dualidad, la relación de aquél que ve con lo que está viendo; pero *ser* no implica relación con nada, sólo la fusión del rayo con el sol. Éste es el más elevado estado de unidad espiritual que se puede lograr.

* * *

Cuando se encuentra al verdadero ser interior, entonces se está rindiendo verdaderamente culto a Dios. Pero no se puede lograr este estado con el propio esfuerzo; sólo es posible lograrlo por medio de la Gracia, tal vez con la ayuda de un maestro. Cuando se ha probado a sí mismo que se es completamente devoto y la mente ha madurado suficientemente, se está en condición de merecer esa Gracia, y entonces se descubrirá el Sol del cual emana el rayo que uno es.

Cuando se ha completado, por tanto, esta condición de cuatro bases —actitud infantil de humildad, olvido del yo, aquietamiento de la mente y conexión con algún intermediario humano que sea competente para conducirnos hasta Dios—, entonces se podrá rendir culto, pero el culto será en la secretud y el silencio. ¡La Voz del Silencio es mejor que la voz del Sacerdote!

"El ruido desagrada a Dios. ¡Hombres, orad en silencio!", fue la admonición de uno de los sagrados libros de Amon-Ra, el Dios Sol.

Abandónense los caducos dogmas largamente sostenidos, éntrese en el sublime silencio y se podrá esperar el amanecer de luz. Es innecesario emplear la oración verbal, excepto bajo la presión de gran emergencia; por lo general el culto debe ser conducido en silencio. Este es el verdadero culto que nos vinculará a Dios, y puesto que nos vincula con El, es verdadera religión.

No es necesario, entonces, suscribirse a religiones ortodoxas o ir a la iglesia. Uno puede hacerlo si desea, si se cree que ello ayudará a los otros estableciendo un ejemplo para aquellos que necesitan esta forma y para quienes puede resultar necesario. Queda librado al propio criterio. La religión tiene el fin de soltar al hombre de sus deseos materiales, hacer que él trabaje no solamente por cosas materiales sino por cosas super físicas. Cuando se halla la *verdadera religión*, todo lo demás será sólo un substituto e incluso una degradación. La verdadera religión nos vinculará a Dios, y esta es la verdadera esencia del culto.

¿Cómo obrará esto en nuestra reacción interior hacia la vida? Antes que nada, se adoptará una actitud de buena voluntad hacia todos los hombres, porque sabremos que todo ha surgido de un origen común. Somos rayos del Sol Desconocido, y cuando se comprenda que cada creatura viviente, hombre o animal, es un rayo de la Luz Primigenia, y tiene, por tanto, en esencia, tanto de divino como uno mismo, entonces se la tratará con respeto y reverencia; y puesto que es así, no importa cómo proceda la gente, o lo que pueda decir, o cuánto ha olvidado su naturaleza espiritual y su origen, o cuán bestial es su conducta, nos daremos cuenta de que lo hace sólo por ignorancia.

Sólo se puede tener una actitud con nuestros congéneres, y es comprenderlos quiénes y lo que son, y verlos cual *son detrás* de la temporal personalidad que están manifestando. Sólo se puede tener piedad de su ignorancia y un deseo de ayudarlos si dieran un solo paso hacia el recobramiento de lo que han perdido: su divina Memoria.

El mejor modo de ayudar a los otros es sabiendo que son esencialmente divinos. El único modo de hacer esto por las masas que no comprenden la terminología espiritual directa, es a través de la buena voluntad. No importa si se trata del peor criminal o del santo más grande; ambos son merecedores de nuestra buena voluntad. Tal es la primera expresión activa de verdadera religión. La buena voluntad no debe ser limitada; no se puede reservarla sólo para los buenos, ocultándola a los malos. Por consiguiente, la segunda manifestación de verdadera religión es la *tolerancia.*

Tolerancia significa entender el plan que hay detrás del Universo. Y ese plan comprende la evolución de todas las creaturas. Así como la materia se ha desarrollado de la Luz Primigenia, así los seres humanos deben crecer y desarrollarse, vacilando y cayendo. Todos estamos en diferentes tramos de una escalera, y si hoy están en el último escalón, mañana se hallarán en la parte superior. De modo que debemos ser *pacientes.* La naturaleza tiene una enorme paciencia. Esperó millones de años antes de convertirnos en humanos y así puede esperar millones de años más hasta hacernos perfectos.

De tal modo, si la Naturaleza, que sólo es una expresión de Dios, tiene una tremenda paciencia semejante, puede empezarse a copiarla en nuestras relaciones con los otros seres humanos, y no importa cómo procedan con uno, procúrese tener un poco de esa paciencia que es *tolerancia.* La tolerancia debe extenderse a todo, pero esto no quiere decir que nos expresaremos así:

—Está bien, si esta ciudad está manejada por una banda de criminales, dejemos que lo hagan; debemos ser tolerantes con ellos.

Si el destino nos ha colocado en una situación en que debemos prestar un servicio público, sea que se trate del más humilde de todos, cual es el voto, o sea que se actúe como Gobernador o Presidente, se debe cumplir el deber asumido y ver que la justicia sea administrada por igual para todos

La buena voluntad y la tolerancia deben combinarse con el sentido común.

La tercera manifestación es la *esperanza.* La esperanza quiere decir que uno sabe o, por lo menos tiene una fe enorme, que detrás de las peores condiciones y circunstancias existe un plan divino en acción. Se sabe, en medio de las más negras desesperaciones de uno mismo y de la humanidad, que se está cumpliendo la buena voluntad de Dios. Browning dijo: "Dios está en los cielos; todo está bien en el mundo" Todo está bien en el mundo, si, en la más elevada interpretación, porque Dios está en todas partes; Él no nos ha abandonado y suceda lo que suceda, ello tiende hacia la última evolución de la humanidad.

Si uno tiene fe y ve en el primitivo y divino plan de todas las cosas —lo cual incluye la propia existencia de uno—, se mantendrá una inconmovible esperanza. No importa cuán desesperazadas parezcan las cosas de uno o del mundo, todavía se tendrá esperanza y se la retendrá, sabiendo que la rueda dará su vuelta. *Debe* dar la vuelta. Las peores experiencias son a veces medios de completar un bien no advertido, y los más duros sufrimientos tienen un positivo y constructivo elemento detrás de ellos.

Nuestra vida es simplemente una educación espiritual, y el sufrimiento forma parte de ella. Debemos mantener la esperanza, sea que nosotros suframos o que el mundo padezca, y comprender que nada puede durar eternamente. Todo sufrimiento debe llegar a un término como termina la noche al llegar el amanecer.

Esperanza significa también creencia en la presencia de un divino poder que está aquí para ayudarnos si lo queremos. Si uno quiere divino poder, debe buscarlo. No siempre nos ayudará en el modo que uno lo desea, pero se puede estar seguro de esto: si nos acercamos debidamente, sin imposiciones, nos ayudará.

Ahora llegamos al cuarto y último de los determinantes de la verdadera religión, y el mismo se llama *servicio.* No en

el sentido de que se corra de un lado a otro, armando un alboroto en nuestro afán de ser serviciales. Debemos alcanzar una dedicación interior, un deseo de ser constructivo en la vida, y de hacer algo digno para la humanidad, no importa cuán insignificante pueda ser el servicio, cuán limitado su alcance. Se debe aprender que todos tenemos un solo origen y debemos expresarlo esto en un plano material, por medio de la buena voluntad y una actitud interior servicial. Deliberadamente digo "interior", porque eso es para cada persona individualmente, de acuerdo a las circunstancias en las cuales lo ha colocado el destino, para descubrir cómo o de dónde tendrá que venir la expresión *material;* pero la actitud interior será la misma para todos, y eso es dedicación a los más altos poderes para servir a la humanidad.

Qué forma puede tener ese servicio exterior no hace a la cuestión. Se puede ser un obrero, o nuestro campo de utilidad estar muy limitado. S[illegible] posee el debido espíritu, se sabrá que no importa lo que se [illegible] sino *cómo se lo haga,* porque la actitud que se adopte hacia la tarea y la eficiencia con que se trate de hacerlo será la expresión de nuestra religión. Se puede ser un peón o un presidente de la república; la actitud interior siempre será la misma.

Se tenga un gran lienzo para trabajar o uno pequeño, no es de nuestra incumbencia. Eso nos ha sido otorgado por el destino. Pero la actitud interior sí *es* de nuestra competencia. Esta confianza en sí mismo es el único y verdadero culto por la humanidad. Todas las otras religiones no son sino escalones que llevan a este conocimiento supremo.

Estamos viviendo hoy en una edad en que las fuerzas psíquicas y las fuerzas mentales, que se hallan ocultas detrás de las escenas de la evolución, son extremadamente activas en la agitación de las fuertes emociones y pasiones de la humanidad. Porque el destino ha impuesto que se ajuste las cuentas de las naciones, esas cuentas deben pagarse, y que se paguen por completo o en parte, depende enteramente de ellas. Mediante un cambio en la actitud mental o del

corazón, la mitad del destino fatídico podría ser barrida al instante. Pero si no cambiamos, o sino comprendemos la necesidad de un cambio, entonces las fuerzas ciegas del destino seguirán adelante y realizarán su obra.

Para lograr este aquietamiento del destino, todo lo que está oculto debe ser sacado a la luz, todo lo que está en el fondo debe salir a la superficie, y nosotros vemos muchas cosas en el alma de la humanidad que son buenas; pero también hay muchas cosas malas e incluso algunas que son detestables.

Debido a que este es un período que se cierra, una transición de una época a otra, las fuerzas psíquicas para lo bueno y para lo malo son más activas y más abiertas que antes. De modo que se pueden ver muchas cosas que se desaprueban, o la gente decir o hacer cosas que nos causan disgusto. La presión sobre la mente de la humanidad provoca hoy tanto gusto activo como disgusto activo, amor u odio, y fuerza a la humanidad a que se divida en dos bandos, cada uno de los cuales odia activamente al otro.

Las ciegas fuerzas psíquicas están tratando de reproducir sus propias condiciones en este plano material; han creado un mundo dividido en dos campos, cada uno de los cuales odia activamente al otro. No importa los nombres políticos que se den a esos campos. Lo que es psicológicamente importante es que la mitad de la humanidad está siendo urgida a odiar a la otra.

¿Cómo podemos ser tolerantes en tales condiciones?, se preguntarán. Es aquí donde debemos hacer uso del sentido común y, sobre todo, de sabiduría. Jesús dijo una vez: "Sed mansos como palomas, pero astutos como serpientes". Definitivamente se puede afirmar que tales palabras fueron aplicadas a las condiciones tales como las que estamos viviendo. Cuando uno se tropiece cara a cara con un individuo o con un grupo que represente las destructivas fuerzas de la Naturaleza, entonces se debe aplicar la segunda mitad del consejo de Jesús, ese de ser tan astuto como una serpiente.

Cuando se esté con aquellos que representen el lado constructivo, entonces uno puede ser manso como una paloma.

Siempre se debe ser tolerante interiormente, comprendiendo que las ocultas fuerzas se están expresando de la única manera en que *pueden* expresarse. Son ciegas y destructivas porque la vida y la experiencia los han llevado o tal punto. Así que debemos compadecerlos en su ignorancia y hasta tal extensión ser tolerantes. Pero si el deber de cualquier clase nos obliga a enfrentarlas y tener una relación activa, se debe ser astuto como serpiente y hacer lo que dicta el buen sentido. De este modo no se hará ninguna violencia sobre la propia tolerancia, pero *dentro* de tal tolerancia se cumplirá el deber resueltamente.

Si uno se da cuenta de cuáles son las esencias de la religión, se descubrirá todo lo que se necesita saber. Si se toma parte en el juego de la sociedad, o se deben cumplir los rituales de la religión ortodoxa, debe hacérselo. Pero la verdadera religión está más allá de esas cosas. No solamente es verdadera, sino *sana*, porque no demanda de uno nada que no pueda aceptar la inteligencia. No exige ciega adhesión a dogmas que hasta lós más ingenuos de los niños rechazan por inciertos; no exige el cumplimiento de costumbres y hábitos que son anticuados, futiles, vacuos e irrazonables. Por todo ello, es una religión sana, racional y práctica.

Algo dentro de nosotros está satisfecho y reclama una más elevada existencia. Debemos buscar nuestra propia experiencia espiritual en lugar de vivir de los resultados de otras. Debemos orar, no por más verdad sino por más voluntad para vivir fuera de la verdad que ya poseemos; no para que Dios nos ame, sino para nosotros amar a Dios más y ayudarlo permitiéndole actuar a través de nosotros, a través de nuestros cuerpos. Dentro del corazón mora la suprema divinidad; a menudo se nos permite saber que allí reina soberanamente; pero a menos que cumplamos la voluntad de esa divinidad en los actos de nuestra vida diaria, no seremos verdaderos discípulos de ella.

## Capítulo IV

# EL MISTERIO DEL REINO DE LOS CIELOS

El Sermón de la Montaña tiene una peculiar importancia entre todos los dichos de Jesús. Informa la mayoría de los mensajes que Él debía entregar. Antes de que pueda ser correctamente interpretado, debe comprenderse que Él estaba hablando desde un plano muy alejado de aquél que disfrutaban sus oyentes. Jesús debía hablar al pueblo en un lenguaje que éste entendiera. Hablarles como hubiera hablado a otros que estaban en su mismo plano, habría asombrado a esas sencillas gentes. De modo que les habló en parábolas, símiles y en símbolos.

El Sermón de la Montaña representa el primer y culminante movimiento por parte de Jesús para presentar Su mensaje al mundo. Antes de este vital acontecimiento en su carrera, Cristo fue sujeto a gran tentación. Se escondió en el monte y fue "tentado del demonio" El "demonio" entonces, como ahora, es ese adverso elemento en la Naturaleza que busca mantener aprisionada la conciencia del hombre en las formas más bajas de la materia. Ese elemento adverso ha existido desde los mismos principios de la creación. No es nada nuevo, y tiene su lugar porque nos da la oposición que necesitamos para exteriorizar la fuerza latente que tenemos en nuestro interior. Sin tal contienda nosotros nunca hubiéramos desarrollado Lo malo tiene su lugar, pero debe ser vencido. Y esta es una batalla que no se termina apenas se empieza; continúa de plano en plano. En tanto aumentan

nuestras experiencias, ganamos más comprensión de las fuerzas que están en trabajo en la vida; y en tanto las comprendemos podemos conscientemente tomar una posición y trabajar por nuestra reencarnación, hasta que hayamos obtenido finalmente la liberación total.

Jesús tenía que vivir primero su humana experiencia. Lo hizo en sus primeros años. Luego debía vivir a través de una sobrehumana experiencia, y la experiencia en el sendero de la iniciación, antes de que Él estuviera en satisfactorias condiciones para emprender la misión que se le había impuesto. Podía haber exaltado su personalidad y adoptado una posición semejante a la que ocupan hoy en día los Estados totalitarios. Rehusó esto. No tenía interés en exaltar su personalidad. Tenía algo más que hacer. Porque pudo pasar la prueba final estuvo listo para empezar su obra. Reunió al pueblo y le dirigió el más famoso de los discursos. El Sermón de la Montaña. La esencia de este sermón está contenida en las beatitudes con que se inicia. Las he comentado en otro capítulo.

Resultó difícil para el pueblo comprender esta doctrina. Se les había enseñado a odiar a sus enemigos y he aquí que venía Él a decirles: "Amad a vuestros enemigos y bendecid a quien nos maldice". Requiere coraje cambiar de un punto de vista a otro más elevado.

Sin embargo, las pruebas de la vida son las mismas que las pruebas sobre el sendero. Llegan naturalmente, a través del curso ordinario de los sucesos, y pueblos enteros son sometidos a la prueba del mismo modo que los individuos, y por cierto que cada palabra de un maestro como Jesús no era simplemente una palabra sino una fuerza... casi un ultimátum que desafiaba al pueblo. Aquellos que encuentran satisfactorio el desafío, serán dignos de una gran recompensa. Los que no, serán dejados de lado. Y en tal sentido Jesús puso una espada en la tierra, y la fuerza que operaba en él, la fuerza desafiante, descendió sobre aquellos que se negaban a aceptar su mensaje cuando entraron en contacto con Él.

Existe una ley científica que concierne al lado práctico del proceso de consecución. Jesús dijo: "Pero tú, cuando ores, entra en tu reservado, y cuando estés allí cierra la puerta, reza a tu Padre en secreto; y tu Padre, que se sienta en secreto, te recompensará ampliamente". ¿Dónde está el reservado al cual Él se refiere? En primer término en nuestro cerebro, de donde desciende al corazón. El corazón es el centro de la conciencia espiritual del hombre y la cabeza es el centro de la conciencia intelectual. Orar en secretud es ir de lo intelectual a lo espiritual, de lo personal a lo impersonal. Debemos depositar toda nuestra conciencia, toda nuestra energía en el corazón, porque éste es el umbral de un más elevado yo.

*Y es por ello que oramos:*
*"Padre Nuestro que estás en los cielos..."*

Antes de esto, Jesús había dicho claramente: "Cuando oréis no uséis vanas repeticiones". Por tanto Él no quiso decir que las palabras del Padre Nuestro tenían que ser mecánicamente repetidas día tras día y para siempre, cuando casi en el mismo instante de dar el ejemplo de la oración decía a la gente que no se debían repetir vanamente sus palabras. Sin embargo, a pesar de la clara advertencia, la Iglesia Cristiana repite reiteradamente las palabras del Padre Nuestro. Él enseñó, como una guía para la oración o la meditación, que nada debía ser fijo o formal, y que la repetición era vana.

*Padre nuestro, que estás en los cielos...*

Padre nuestro, que es, en realidad, en lo eterno. Debemos olvidar el yo, expresamente, y en el propio olvido de sí está el secreto del éxito en el principio de la oración o la meditación.

*Bendito sea el Tu nombre...*

No existe ningún nombre que se pueda dar a Dios, o al Yo Superior, en ningún idioma. ¿Qué quiere decir entonces la frase?

En el antiguo Egipto el nombre de una persona, o de una cosa, se consideraba como que tenía un mayor valor, de modo que se tenía gran cuidado en seleccionar un nombre justo y apropiado para cada cosa o persona. El nombre de Dios nunca será hallado, porque es un nombre silencioso —no puede ser pronunciado verbalmente— y se encuentra solamente en el Silencio. Por tanto, es un nombre sagrado. No debe ser pronunciado; ni siquiera musitado. Debe ser hallado, oído y hablado sólo en el Silencio. El nombre de Dios es el único sagrado. "Bendito sea el Tu nombre..." significa: "Demasiado sagrado para pronunciarlo es tu nombre". No debemos pronunciarlo. Debe ser hallado, oído y hablado sólo en el Silencio. Debemos silenciar nuestros pensamientos y sentimientos, aunque sólo sea por unos segundos, cuando queremos pensar en Dios, y en ese completo silencio estamos bendiciendo el nombre de Dios.

*Vénganos el Tu reino;*

El reino de Dios ya ha venido. Está aquí, es el único reino que habrá de venir jamás. Pero hasta que no comprendamos esto, querrá decir que no ha venido a nosotros. Nuestra actitud de aspiración o de oración es el deseo de tener conciencia de la llegada del reino. Esto no significa que iremos a tener un perfecto estado utópico en esta tierra material. No es eso lo que Jesús quería decir. Jesús se interesaba solamente en las cosas espirituales, y para Él el mundo material era un mundo ilusorio. El reino por venir no es de esta tierra; es el reino de los cielos, ese reino puramente intangible e invisible que cada uno puede encontrar por sí mismo, y en un solo lugar: en el corazón.

*Hágase Tu voluntad así en la tierra como en el cielo...*

El ego debe hacerse tan unido, tan rendido al Yo Superior, que solamente debe haber una voluntad: la del Padre. En-

tonces su voluntad se hará en la tierra. La tierra es el cuerpo; el cielo es ese estado sempiterno que vive dentro del cuerpo.

*Danos hoy el pan de cada día...*

¿Qué pan necesitamos? ¿Requerimos alimento para nuestro cuerpo? Lo tendremos de cualquier modo. Mientras vivamos habremos de tener nuestro pan de cada día, y cuando llegue el momento en que ya no habremos de tener ansiedad de nuestro pan diario, entonces debemos aceptar esto: quiere decir justamente que la hora señalada de la muerte que debe llegar de todos modos ha llegado ahora. No puede querer decir que Jesús vino a nuestro planeta a pedirle al pueblo que rece por algo que lo tendrá de todas maneras. El "pan" mencionado en la oración sólo es un símbolo del pan que realmente necesitamos. ¿Cuál es ese pan? ¿El que alimenta nuestro cuerpo? Jesús no estaba interesado en el cuerpo; sólo tenía interés por el alma. ¿Y qué es lo que mantiene viva al alma? El diario despertar de la realidad y a la verdad, así como contra la ilusión y la falsedad. En tanto vivamos en la ilusión, mientras seamos engañados por las falsas apariencias, espiritualmente nos estamos muriendo de hambre. Para alimentarnos a nosotros mismos debemos reflexionar profundamente, meditar del mismo modo, aun cuando sea sólo por algunos minutos, acerca de lo que realmente somos y por qué estamos aquí, hasta que tengamos una comprensión intuitiva de esa realidad. Si hacemos esto por diez minutos cada día, pedimos nuestro pan diario y lo recibimos.

*Y perdónamos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores...*

Esta es una nueva ilustración de la ley del destino, la cual, es bueno recordar, es la fuerza más grande que domina hoy la vida humana. El destino está siempre en trabajo. Necesitamos recordar su poder porque recordaremos el modo justo como debemos proceder con las otras personas.

*Y no nos dejes caer en la tentación y libéranos de lo malo. Porque tuyos son el reino, el poder y la gloria, eternamente. Amén*

Estas palabras no representan adecuadamente lo que Jesús dijo. Es posible, sin embargo, que eventualmente encontremos una respuesta correcta. La persona que está buscando a Dios no debe temer la tentación, porque es a través de la tentación y de las pruebas con las que tiene que luchar para encontrar el camino que busca. No es que haya nada de malo en la tentación en sí; todo depende del estado interior, o del corazón y la mente de la persona que enfrenta la tentación. Pero sí importa lo que hace esa persona inducida por la tentación. Si la teme, en ese caso sólo está resistiendo aquello que le dará más fuerza cuando consiga vencerlo. Dejarse llevar por la tentación o huir de ella, no tiene ningún valor para nosotros. Debemos enfrentar nuestros problemas, nosotros mismos, porque es venciéndolos que creceremos en poder y comprensión. Cuando Jesús dijo: "libéranos de lo malo", Él no quiso decir "libéranos de la tentación". Esta tentación debe llegar —no tenemos que orar por ello—, los elementos adversos vendrán a realizar su obra y ellos se ocuparán que seamos inducidos por la tentación. Lo malo no es la tentación; es la inhabilidad para comprender qué fuerzas representa la tentación. No existe una cosa que se pueda llamar tentación universal, porque aquello que tienta a un hombre en un período de su vida, no lo tentará en otro. Por manera que no existe una definición fija de la tentación. Lo que necesitamos es obtener un estado de mente que nos capacite a comprender y valuar las fuerzas situadas en ambos bandos en este conflicto.

*No pienses en tu vida, ni en lo que vas a comer, vas a beber o has de ponerte.*

¿Acaso quiso decir Jesús que debemos hacernos negligentes, descuidados en nuestros deberes, de nuestros medios? De

ninguna manera. Lo que quiso decir fue que debemos cesar de preocuparnos, de ser ansiosos; que abandonemos los pensamientos turbadores y que dejemos todos los problemas al Yo Superior, al más alto poder. Por lógica, mediante el pensamiento racional se puede hallar una solución humana, pero cesando de pensar, no dejándose dominar por ningún pensamiento, y traspasando nuestro problema al alto poder, es precisamente tener una oportunidad para tratar con él.

No dejarse dominar por los pensamientos significa aquietar la mente; sentarse y entrar en una verdadera meditación. De ahí que el Yo Superior tendrá una oportunidad para venir y hacerse cargo de nuestros conflictos.

Si uno somete su problema con la idea de recibir alguna determinada solución, entonces no se ha sometido, porque someter los problemas significa literalmente no preocuparse por ellos; significa manejarlos y sin ansiedad esperar lo que sucede.

Con las cargas personales y los problemas propios, muchos de nosotros nos encontramos en la posición del hombre que viaja en un compartimiento de ferrocarril llevando su equipaje sobre la cabeza y rehusando dejarlo en el piso para que el tren lo lleve por él.

Quizás se piense que no debe llevar y soportar sus propias cargas, olvidando al alto poder; olvidando que éste, en su sabiduría, nos da lo que necesitamos. Sometiéndole nuestros problemas personales, debemos estar preparados a aceptar lo que en su infinita sabiduría nos ha de otorgar.

Si uno pone su problema en manos del altísimo poder, siempre llega la debida solución y la que en definitiva será para lo mejor.

Esta no es fe ciega. Es algo más, que ha nacido de la investigación, a través de la continua búsqueda interior, la que nos induce a saber que debemos obedecer su mandato.

*Busca primero el reino de los cielos y todas las cosas te serán otorgadas.*

* * *

El misterio del reino de los cielos es una poética y simbólica frase, que a distintas mentes puede significar diferentes cosas. Pero sólo puede tener un único y verdadero significado. El cielo, para algunos, significa el estado después de la muerte. Para otros quiere decir que pueden gozar la felicidad de la presente vida. Pero ninguna de esas interpretaciones responde adecuadamente a la profundidad de la frase.

Si se supone que el reino de los cielos es un prolongado estado de bendición al cual entraremos después de la muerte, se pasa por alto el hecho de que el hombre, en su estado mental y en su naturaleza emocional, no puede cambiar tan fundamentalmente. Porque sólo la mente y las emociones sobreviven a la muerte, y ellas seguirán siendo precisamente como eran durante la vida. Si aceptamos que el estado del cielo es un estado después de la muerte, entonces, es obvio, no es un estado eterno, porque éste tuvo un principio y por consiguiente tendrán un fin. Si ello depende de la muerte del cuerpo para su principio, entonces es algo que está vinculado con el cuerpo, aunque sea negativamente, y algo que no tiene ninguna manifestación externa propia. Cada condición, cada objeto que tiene un nacimiento, debe tener una muerte. Esta clase de cielo nunca podría ser un cielo eterno.

Otra prueba radica en los cuadros que las religiones ortodoxas, tanto en los países occidentales como el oriente, han pintado el cielo, describiéndolo como un lugar poblado por los mismos seres que vivieron en la tierra y que llevan su misma naturaleza terrenal. Este resulta un cielo verdaderamente imperfecto, lleno de seres también imperfectos. Si se restringe el significado del cielo a tal estado, será un cielo puramente efímero. Nunca podrá ser un estado permanente. Pero, por cierto, aquel que inventó la frase "el reino de los cielos" no puede haberse referido a uno puramente efímero, a una condición falsa e imperfecta, considerándola como el objetivo ideal de la vida.

Muchos consideran el cielo como una perpetuación del placer de la terrenal existencia. Pero ésa, también, es una con-

dición imposible porque la vida aquí, en este mundo material, es una mezcla de placer y dolor; nunca llega uno separado del otro.

El cielo como un estado de permanente felicidad y perfección debe ser un estado eterno e inmutable. Si es algo que nace hoy y muere mañana, entonces es imperfecto, efímero y fugitivo. Debe ser algo inmutable y eterno, no pseudoeterno.

Segundo, el cielo debe ser una cosa *real*. Si no se trata nada más que de un sueño o de una alucinación psíquica o mental, entonces no es *real*. Realidad significa lo que *es*, no lo que parece ser. El hielo no es realmente hielo. Puede derretirse y convertirse en agua. El agua no es realmente agua. Desaparece convertida en vapor. De la misma manera, cada estado de la mente, esto es, cada serie de ideas, cada exposición de cuadros mentales, son ilusorios, porque ellos también vienen y van. El soñar durante el sueño no es nada más ni menos que una serie de ideas conectadas; pero cuando uno se despierta comprende cuán irreal ha sido todo. De la misma manera, un cielo que se basa en una serie de cuadros mentales, tales como un cielo psíquico, un cielo espiritual, un cielo ortodoxo o religioso, debe ser una ilusión.

¿Qué queda de todo esto? Ninguna materia, ninguna mente, puede constituir un cielo. Pero hay algo que existe *detrás* de la mente, *detrás* de la materia, del cual ambos surgen, al cual retornan y en lo cual tienen sus raíces. A eso podemos llamarlo Espíritu. O podemos llamarlo el Yo Superior. Es algo que no tiene forma ni aspecto, pero del cual se han creado todas las formas. El siguiente elemento de tal estado es la Luz, porque la Luz no tiene forma, ni aspecto. La Luz es lo que los místicos contemplan cuando ven a Dios, y Luz es lo que los científicos deben encontrar cuando buscan el origen del universo. Y sin embargo, la Luz en sí misma es un velo impuesto sobre ese estado... no el estado en sí. Es el último de los velos.

El cielo de la religión ortodoxa es un lugar donde aparecen

las gentes y las formas, y por lo tanto es una ilusión. Un verdadero cielo sólo puede estar en el mundo de la realidad. Todas las formas pertenecen a la ilusión, porque todas las formas son condensaciones y limitaciones que surgen de la realidad y las cuales no pueden existir eternamente. La materia de la cual está hecha una silla, por ejemplo, toma forma, o aspecto de silla. Cuando la materia es analizada por el científico, éste descubre que es energía una serie de radiaciones eléctricas. Y más tarde estará en condiciones de ir más allá en su investigación.

De tal modo podemos ver que la substancia original, y la energía original que hay detrás de la materia, pueden adquirir miriadas de formas. Son reales por una hora, o durante mil años, pero eventualmente habrán de desintegrarse. Si el cielo es digno de algo, y Jesús quiso decir que sí, es algo que no cambia su naturaleza ni desaparece ni se desintegra. Debe ser algo realmente eterno, y eso sólo puede ser en un mundo no material, no mental y sin forma.

Esta concepción del cielo nos lleva a un gran vacío, a una aparente vacuidad donde no pueden entrar ninguna idea, ningún pensamiento. A esto es a lo máximo que puede llegar la mente humana al tratar de describir el cielo: un gran vacío donde nada ni nadie aparece, y que sin embargo es la suprema realidad.

¿Cuál es la ventaja de obtener tal estado? Antes que nada, es el mismo propósito de la reencarnación. Es la razón por la cual hemos nacido, y hasta tanto y a menos que hayamos adquirido tal comprensión, tendremos que continuar el cansador ciclo de la vida y de la muerte. Debe ser hallado en la carne, no en el mundo mental, psíquico o espiritual, ni siquiera en el sueño profundo, sin ensueños. El espíritu, el Yo Superior, simbolizado por Jesús como el reino de los cielos, debe ser encontrado aquí en la tierra y en la plenitud de la conciencia despierta.

El sueño profundo es lo que más se parece al cielo que una persona común puede alcanzar. ¿Cuáles son, en conse-

cuencia, las condiciones en las cuales encontramos el sueño profundo? Ante todo, el yo personal desaparece. No existe el *ego*, ni el *yo*. Segundo, la mente desaparece; no hay movimiento mental, ningún pensamiento, ni ideación, durante el sueño profundo. Tercero, el mundo desaparece. Uno queda en un gran vacío. Es necesario hallar estas tres condiciones. ¡Y sin embargo es preciso hallar algo más! Cuando se comprenda el misterio de la conciencia en sí mismo, entonces se sabrá lo que realmente es el reino de los cielos. *Sólo hay una conciencia*, no tres: conciencia material, mental y espiritual, sino Una sola. Una Luz brilla a través del ser humano, y esa Luz es divina.

Pensar, moverse, obrar en este mundo material son simplemente diferentes manifestaciones de la conciencia espiritual. Cuando se deja que una luz brille a través de una ventana hecha de vidrio de color, los rayos que aparecen en el otro lado semejan también ser de color, en tanto que en el lado propio son blancos. De modo que cuando la Luz del Yo Superior brilla a través del intelecto, ello no cambia su naturaleza, sólo cambia su apariencia. Se manifiesta como pensamientos e ideas, o como energía física, pero sigue siendo conciencia espiritual. No puede cambiar su verdadera naturaleza. La luz de una lámpara blanca que proyecta sus rayos a través de una ventana con vidrios de colores no está emitiendo diferentes clases de rayos, sino una sola y la misma clase. Si se colocara un vidrio rojo al otro lado de uno amarillo, se podrían diferenciar dos series de rayos de color diferentes. Pero en el interior de la habitación seguiría brillando la luz original, la blanca. ¿Se dirá que hay tres clases de luces? No, porque fundamental y realmente una sola luz se está manifestando en las tres.

Así ocurre con la conciencia del espíritu. La conciencia de sí mismo con la cual se trabaja, se mueve y obra una persona durante el día, es esencialmente espiritual, sólo que viene a través de unos vidrios alejados y empañados, a través del intelecto, a través del cuerpo, y por eso no la reco-

nocemos como la luz interior. Por eso es que se necesita la meditación. La meditación es el proceso de la *interiorización*, o aislamiento. Imagínese ahora que se atraviesa primero el vidrio coloreado exterior, se llega al siguiente y por último a la luz blanca, para entonces invertir el proceso y a través de los cristales superpuestos volver al exterior, y se tendrá una perfecta idea de lo que es la meditación. Lo mismo ocurre con la conciencia replegándose en sí misma y olvidando los cinco sentidos, aislándose del mundo exterior, que es la morada de la conciencia en su más alejado estado, para sumergirse más y más profundamente en el ser interior. Así se llega a la mente, o al intelecto, para adentrarse todavía más. Al final se llega al fondo y se encuentra cara a cara con el yo, su propia y pura luz blanca, y todavía seguirá siendo la misma conciencia de siempre.

Se habrá oído hablar de personas que se refieren a cuerpos astrales, a diferentes estados y a diversas clases de conciencia, pero todas esas cosas sólo son ilusiones, no realidades. Estas diversas conciencias parecen existir, pero realmente no hay ninguna consistente. Si se capta el total significado de esto, se verá que, así como el científico descubre que sólo existe una substancia, que aparece como materia, o energía, o luz, en realidad sólo existe una conciencia que aparece como despertar, soñar o sueño profundo. Todas ellas no son sino variaciones de la conciencia original.

El Yo Superior es el fundamento sobre el cual se construyen las experiencias del despertar, las experiencias oníricas y del sueño profundo. Y no sólo es el fundamento, sino lo que comunica existencia y realidad a los mismos Es el hilo de oro que corre a través de ellas y que allí permanece aunque las tres se hayan desvanecido. Es la luz blanca más profunda de la conciencia espiritual.

Si el reino de los cielos es un eterno o absoluto estado y no uno relativo, no podría tener ninguna relación de dependencia con ninguna de las tres condiciones de despertar, soñar y dormir profundamente. Ellas dependen de Él, en cam-

bio el cielo no depende de ellas sino de sí mismo; de otro modo no sería absoluto.

¿Por qué entonces es necesario para nosotros obtener la realización del yo espiritual en el estado de vigilia o despertar? Si uno retira la conciencia del dormir profundo, ¿qué sucede? Se descubriría que no hay nada de qué tener conciencia, nada por qué mantenerse en vigilia, nada por qué estar alerta. Esto es porque uno ha entrado en un absoluto estado donde no hay dependencia, ninguna relatividad. La palabra "conciencia" como normalmente la empleamos, difícilmente se aplica a este estado, porque uno siempre piensa en términos de alguien que tiene conciencia de algo; en otras palabras, de un yo personal y su conciencia de algún objeto. El yo personal es nada más ni nada menos que la totalidad de todos los pensamientos y sentimientos. Si uno deja de sentirlos, como ocurre en el dormir profundo, no puede haber un yo personal. Es por ello que uno debe pasar a través de él y trascender el estado de sueño profundo para encontrar al Yo Superior, porque solamente de este modo se puede trascender y pasar el yo personal.

Si uno hace esto, ¿qué sucede a nuestra conciencia personal? Desaparece como forma, como conciencia personal, pero aquello en lo cual estaba el principal impulso, la realidad dentro de ello, eso subsiste. Subsiste como *conciencia liberada*, imposible de describir de otro modo que no sea mediante metáfora, símil o por negativas. Ello es el verdadero y eterno reino de los cielos, que no puede desvanecerse, y no puede perecer No depende de las limitaciones del ser personal, ni de la existencia de un mundo material o mental. Es enteramente autosuficiente, y no existe tiempo en este estado, ni sensación de tiempo.

La gente no entiende lo que la palabra "eternidad" significa. Generalmente lo representan como un estado dentro del cual ellos mismos, los yo personales, van a sentarse y no hacer nada, y de esta manera piensan en un estado de perpetua monotonía y fastidio. Por supuesto, eso es lo que pien-

san de la "eternidad"; pero en verdad no es así. Desde el momento en que uno se desprende del yo personal, no queda nadie que llegue a gozar de la eternidad. Uno desaparece y, de esta manera, pensar en alguien que se sienta a disfrutar de la eternidad es una imposibilidad, una ilusión. La gente piensa: "¿Cómo voy a vivir en el cielo sin hacer nada?'" Pero cuando el "Yo" personal desaparece, ese problema desaparece también con él. Entonces se habrá alcanzado el reino de los cielos.

Parece que es la voluntad divina que el hombre deba experimentar las profundidades de la ilusión para alcanzar las alturas de la realidad. Tenemos que pasar a través del círculo del ensueño, del sueño profundo y del despertar, para poder encontrar el centro del círculo, el inmortal, el eterno centro. Ahora bien, el misterio del reino de los cielos es un misterio porque no nos damos cuenta de que existimos dentro del cielo en todos los momentos de nuestras vidas. Aquí radica el paradójico misterio. Si llegáramos a tal conclusión, no existiría ningún misterio; pero entonces no habría cielo, ningún ser interior que buscar, nada que nos lleve lejos del estado imperfecto, que resulta ser el estado normal humano. Es un "misterio" porque nos hemos cubierto con pensamientos y deseos. Nos han cubierto como el embrión es cubierto por la membrana y no puede nacer hasta que ésta se rompe y lo deja salir. De la misma manera tenemos que romper a través de la membrana del pensamiento y el deseo, que están exteriormente objetivados como el cuerpo material.

Aquí tenemos necesidad una vez más de la meditación, que nos aparta de esa membrana por medio del alejamiento de la dominación del pensamiento, del deseo, y del cuerpo. El esfuerzo para volcarse hacia el interior en meditación, es un esfuerzo para liberarnos de esas coberturas y encontrar el verdadero yo interior. Meditación, en el sentido de volcarse hacia adentro, es un esfuerzo para desatarnos a nosotros mismos; de ahí su necesidad. Si tal esfuerzo no es hecho, y si uno no se da cuenta de su necesidad, entonces, ciertamente,

la vida es un misterio. El más grande secreto de la vida, el reino de los cielos, es el más grande misterio dentro del misterio cósmico. Debe ser comprendido el más importante propósito de nuestra existencia.

Nos encontramos tan cubiertos que la mayoría de nosotros ni siquiera hace un esfuerzo para liberarse a sí mismos. De aquí que deban surgir de la humanidad aquellos que señalan el camino, los que son guías espirituales y religiosos. Sea que lo sepamos bien o muy poco, esos guías aparecen de cuando en cuando para demostrar al hombre que no necesita permanecer siendo un prisionero, a menos que lo prefiera. Tan misterioso es el estado humano que sin una ayuda exterior es casi imposible develar este misterio por nosotros mismos. Es por ello que se hace necesaria la ayuda. Ella puede venir de cualquier parte, de cualquier lugar de la tierra. Alguien, en el mismo tiempo o en otro, debe aparecer inevitablemente para impedir que la humanidad olvide el objeto por el cual está aquí.

Hablando a sus discípulos, Jesús dijo: "A vosotros os he dado conocer los misterios del reino, pero para aquellos que no poseen tal don, les hablaré en parábolas". Con esto quería decir que unos cuantos —los comparativamente pocos que lo seguían— consiguieron romper las membranas y revelar el estado del Yo Superior. Pero los otros, particularmente las masas, no podían lograr esto, pero algo se podía hacer con ellos. Así empezó a hablarles en parábolas, como un medio para iniciarlos en el principio del sendero que finalmente conduce al reino de los cielos.

Esas gentes no estaban preparadas para la última verdad, pero debían tener un principio, de modo que se les dio códigos de ética, demandas de moral, aspiraciones espirituales y algunos pocos elevados principios, para su información.

Las parábolas son para los niños que todavía no están maduros para percibir la Verdad y, lo que es más, están en medio de ámbitos materialistas que se toman por la Verdad. Aquellos que han desarrollado suficientemente, que desean

la Verdad con ardor, y sobre todo que lo quieren para beneficio de su ser y no por las recompensas materiales que se puedan lograr, ellos están listos para convertirse en discípulos. Y de ese modo Jesús reveló sólo a ellos, a los que estaban listos, los misterios del reino..., lo cual quiere decir los misterios de su propia naturaleza espiritual. Él les dio oportunidad de que vieran su propio ser eternal. Y lo hizo rápidamente, sin parábolas y sin circunloquios, porque ellos estaban preparados.

¿Por qué estaban preparados? Para empezar, debido a su *fe,* su intensa y completa fe en Él y en su doctrina. Segundo, Él explicó: "A menos que os convirtáis en niños, no entraréis en el reino de los cielos". La segunda condición que los hizo aptos fue la *humildad.* Ellos, internamente, eran humildes, lo cual significa que tenían la aptitud de enseñar. El hombre común no es humilde; exteriormente puede parecerlo, pero en lo interno opone una resistencia mental y las barreras, las murallas del prejuicio, contra la verdad. Humildad consiste en tener una mente perfectamente abierta, como si fuera un recién nacido, capaz de recibir con absoluta fe no solamente las palabras de aquellos que conoce, sino, lo que es todavía más importante, eso que está detrás de las palabras, que es el Espíritu.

Además de fe y humildad, había una tercera condición que hizo posible que Jesús abriera los misterios del reino de los cielos a sus discípulos. Esa tercera condición, tan vitalmente importante como las otras dos, era su intenso deseo, su abrumadora sed de verdad, por la completa luz que debía extenderse sobre los misterios de la vida. Con esas tres calificaciones era relativamente fácil para Jesús abrir la puerta a sus discípulos y entonces ellos descubrieron *quiénes* y *lo que* eran realmente. Luego, a su turno, empezaron a enseñar a las masas. Toda persona que tuviera esas tres cualidades, fe, humildad y ansias de verdad, eventualmente puede encontrar su camino hacia el cielo. Si tales cualidades son suficientemente desarrolladas, tarde o temprano el poder divino que

cuida el universo lo llevará a ser un buen maestro. Si tal iniciador no se encuentra, entonces el poder divino se encargará de iniciarlo.

Por lo general, es una ley de la naturaleza que el poder divino se haga manifiesto a través de otro ser humano. Porque uno es humano, porque se es viviente en la carne, se debe buscar otro ser humano que sea también viviente en la carne, a través de quien puede manifestar a uno el poder divino.

El Yo Superior está presente en todo en el Universo, sin embargo casi todos lo ignoramos. Está en todas partes alrededor de nosotros, pero son muy pocos los que lo encuentran. ¿Por qué ocurre eso? Requiere de un foco o una salida en este plano material para llegar hasta uno. Esa salida es nada más ni nada menos que un instrumento humano que puede poseer o no una virtud propia, pero sin duda se convertirá en un canal para el Yo Superior. Como Jesús dijo: "No soy yo, sino mi Padre, que está en el cielo, quien hace estas cosas". Pero allí estaba Él. Tenía que haber una salida, un canal, un instrumento, a través del cual pudiera hablar el Padre.

Parcialmente debido a que son pocos esos canales humanos, tan escasos los instrumentos a través de los cuales pueda hablar el Padre, es que la humanidad se encuentra en tan lamentable estado de ignorancia y obscuridad. Hay muchos que se autotitulan como maestros, pero a menos que hayan entrado completamente en el reino de los cielos, sólo están en condiciones de exponer sus ideas personales, sus opiniones. Los últimos pueden ser exaltados y de utilidad, pero todavía no son el poder real y la expresión del Yo Superior, por la sencilla razón de que son mentales.

Aquellos que han obtenido la verdadera comprensión del misterio del reino de los cielos, son muy raros en estos días, en esta época, tan raros que uno puede buscarlos a través de muchos países sin encontrar ninguno. Esto explica por qué el alma de la humanidad vive en una obscura y casi impenetrable noche. Sin embargo, en este sombrío cuadro se ve

un buen lado, que consiste en esto: cuando el hombre que atraviesa esta intensa obscuridad sufre suficientemente —porque su ignorancia lo obligará a proceder equivocadamente, atrayendo sobre sí, innecesariamente, por ley del destino, enormes sufrimientos—, cuando él perciba la presión de tales sufrimientos, se lamentará y clamará. ¿Por qué? En demanda de un alivio, lo cual significa paz. Y en tanto este anhelo de paz interior crece, se hace más fuerte, debe haber una eventual respuesta de aquellos que existen dentro del universo que puedan contestarle, y cuanto más intensa sea la llamada, más poderosa y más amplia será la ayuda que se le otorgue.

Todo en este universo tiene su lugar apropiado y cada evento su hora adecuada. Todos los mayores acontecimientos deben suceder de acuerdo con el destino —la obra de causa y efecto—, y en ese preciso momento habrá una respuesta. Si aparentemente encontramos vastos espacios donde imperan la ignorancia y la obscuridad y el más feo materialismo, y al mismo tiempo son advertibles las ansiedades y los clamores por una luz espiritual, los que aparentemente no se satisfacen, sabremos que repentina y milagrosamente aparecerán aquí y allá aquellos que pueden dar una respuesta. Ello *debe* suceder; es una ley de la naturaleza. No debemos desesperar nunca; debemos ser pacientes. La historia de la humanidad es, y tal vez lo siga siendo, una historia de alternar el día y la noche, del flujo y reflujo del materialismo y la espiritualidad.

He dicho antes que una de las calificaciones que atraían los discípulos a Jesús, y que finalmente fue responsable de su iniciación dentro del reino de los cielos, fue su ardiente amor por la Verdad... La Verdad en su más elevado sentido. ¿Qué es lo que tal verdad significa? Significa afán de saber cuál es el lugar del hombre en la existencia, un deseo de comprender el verdadero significado de la vida, para qué y por qué estamos aquí, y cuál es la verdadera base del universo. ¿No es curioso que el hombre, una vez que es despertado, despliegue tal ansiedad por saber y comprender? ¿Es porque cada uno tiene potencialmente, dentro

de sí mismo, el estado de reino de los cielos, y si ha perdido conciencia de tal estado, qué podría ser más natural para él que anhelar el retorno a él? Sin embargo, inconscientemente, él siente que está perdiendo algo, aunque no sabe qué, y así busca aquí y allá por lo que ha perdido. Primero busca en cada condición material y mundana experiencia; luego investiga a través de las experiencias mentales, sin sentirse jamás satisfecho. Algo lo elude. ¿Por qué? Porque está buscando en un lugar equivocado. Está buscando *fuera* de sí mismo. El cuerpo no es su yo; la mente no es su yo. Tiene que sumergirse más profundamente. Tiene que encontrar al Yo Superior y entonces descubrirá la respuesta que lo elude.

De modo que se llegará a saber que el ansia de Verdad es en realidad un ansia por retornar al estado que se ha perdido aparentemente, pero que realmente *somos*. Este anhelo puede ser cubierto o enterrado por años, por lapsos de vida enteros, bajo las pruebas y las tentaciones de la mundanal existencia; pero siempre existirá en alguna parte y deberá reaparecer. Y *debe* reaparecer porque el hombre nunca encontrará la Verdad, la Verdad esencial y final, en el mundo material. El científico está demostrando que es así. Avanza y empuja y ya está llegando a los mismos límites de la materia y luego se hundirá, a través de la exploración de la mente, en sí mismo.

Es lo que sucede cuando se busca la felicidad. Se tratará primero con una cosa, luego con otra, para retornar al único y eterno refugio que está dentro de uno mismo. Una vez que se ha encontrado este refugio interior, entonces se ha ganado el reino de los cielos.

La paradoja es que, después de haber encontrado allí la paz y la felicidad, uno puede volver a la mundana existencia y gozar, si se desea, de sus halagos. No hay nada perdido, porque ahora uno está interiormente desprendido, pero ya no se siente desengañado. El aislamiento del mundo es enteramente un proceso interno, a condición de que se haya comprendido la verdad. Es algo que está muy profundo den-

tro del corazón. No tiene nada que ver con el gesto exterior ni con la demostración. Los monjes que huyen del mundanal ruido en un esfuerzo por hallar espiritualidad, indudablemente encontrarán algo, pero no necesariamente verdadera espiritualidad. Ellos pueden encontrar la paz.

Si uno quiere hallar espiritualidad, debe encontrarla en tanto vive en este mundo, y sin embargo no perteneciendo a él. En otras palabras, habiendo renunciado y separándose interiormente, pero viviendo y gozando en lo exterior como lo hacen los demás. Ni retenido en el corazón por las cosas materiales, ni mentalmente aprisionado por ellas, pero pronto y capaz de renunciar a ellas en cualquier momento. Si puede hacer esto, uno es libre, no es más un esclavo.

En el antiguo Egipto, en las escuelas esotéricas agregadas a ciertos templos, las personas que buscaban conocimientos místicos o una vida espiritual superior, y eran admitidas, debían practicar por varios períodos de años. Después de esta capacitación —a menos que se fuese ordenado para el servicio del sacerdocio— eran devueltos a la vida activa y normal del mundo exterior, para que viviesen como las otras gentes, siguiesen una carrera, se casaran y tuviesen hijos. La vida en el mundo podía continuar por muchos años después del aprendizaje en la escuela esotérica. Y entonces, cualquier día, podía llegar un llamado del templo y el iniciado recibir la orden de regresar inmediatamente y reemprender su monástica existencia. Si habían aprendido bien sus lecciones, cumplían rápida y gustosamente la orden de regreso, porque el mundo no podrá tenerlos cautivos, no importa los atractivos del medio ambiente que ellos pudieron crear a su alrededor. Aunque hubiesen llegado a la más alta posición en la sociedad, tenían que renunciar a ella y abandonarla en el día, retornando al templo. De este modo estaban en el mundo, pero no dependientes de él. Si el mundo los hubiera capturado, no habrían tenido fuerzas para regresar; y entonces habrían fracasado en pasar la prueba.

Pero esas antiguas escuelas esotéricas y esos sistemas de

aprendizaje espiritual no existen hoy en día; han desaparecido. La vida misma se ha convertido en nuestra escuela esotérica. Ella nos enseña y nos entrena.

La vida es nuestra escuela moderna. Encontramos nuestras sagradas lecciones y nuestras divinas iniciaciones a través del diario vivir. Entramos aquí en nuestro campo de batalla de fuerzas materiales y económicas, pero que es también una batalla del alma. Debemos procurar vivir nuestras vidas en el mundo, entera y completamente, y sin embargo se debe procurar espritualizarla del mismo modo. No hay razón para que no descubramos el reino de los cielos aquí ahora. No es necesario retirarse del mundo, pero es necesario apartarse de la *esclavitud* del mundo.

Este estado de ser, que Jesús llamó el reino de los cielos, es enteramente un estado interior. Primeramente, no tiene nada que ver con nuestra vida exterior. Que uno coma carne o no, si es casado o un célibe, nada tiene que ver con ello. El reino de los cielos es un estado de ser interior y uno lo encontrará *dentro de uno mismo*. Ha sido llamado con muchos nombres y en diferentes tiempos y en distintos países, de tal modo que los pueblos se vieron confundidos y discutían violentamente acerca de la religión. En todo el curso de la historia, los continuadores de una religión han criticado o condenado a los continuadores de otra. Si se coloca la cuestión de la religión a un lado, se descubrirá que los filósofos de Oriente y los de Occidente han dado muchos y diferentes nombres a lo Absoluto. Lo Absoluto de los filósofos debe ser lo mismo que el reino de los cielos de los cristianos, y sin embargo se ve que esos hombres discuten, venamente, porque nunca han llegado a una conclusión sobre lo que debe ser el verdadero objetivo de la vida. Discuten, a veces violentamente, porque no saben. Hay sólo una *experiencia* del más elevado estado de vida, y esto es lo mismo para todos los hombres, en todas las épocas y en todos los países. Hay muchas y diferentes experiencias, según el modo como se las lleva a cabo. Pero cuando se obtiene la Esencial, la realidad

en Sí misma, y no nuestra *idea* de ella, entonces puede haber una experiencia cósmica universal. Aquellos que han sido iluminados perciben la Verdad; todos los otros sólo perciben sus propias opiniones de la Verdad.

Es obvio que si alguien ha logrado obtener la más alta percepción jamás discutirá con otra persona que también la haya obtenido. Se limitarían a reconocerlo como existente en uno y en otro. Jesús y Buda se hubieran sonreído comprensivamente. Pero aquellos que los siguieron —y a veces en el término de sus vidas—, no habiendo logrado tan trascendental experiencia y esa alta y divina percepción, empezaron a discutir y algunas veces llegaron a perseguir a aquellos que disentían con sus puntos de vista. Es necesario reconocer que, en este sentido, los más intolerantes fueron los cristianos. ¿Por qué? Simplemente, porque no habían experimentado la realidad. Ellos discutían y aun peleaban por *sus ideas* de esta experiencia, lo que *ellos creían* o pensaban que podía ser, cuál debía ser el modo de vida de aquellos que seguían a su líder espiritual, etcétera, todas ellas meras opiniones personales. Ellos *no sabían*. Estas controversias y discusiones, y de hecho todas las discusiones entre aquellos que no saben realmente acerca de lo que discuten, son futiles en su propósito y estériles en sus resultados.

El único modo de establecer esta cuestión es *obteniendo la directa experiencia* de la divina iluminación, y no mediante discusiones o riñas. Y aquella es una cuestión personal. Cada persona, hombre o mujer, puede obtenerla por sí misma. Solamente de tal modo sabrán ellos lo que significa el reino de los cielos. Y obtener esto no es tan difícil como parece, porque uno no lo busca a cientos de miles de kilómetros de distancia; se busca algo que está aquí —*aquí mismo*—, dentro de uno. No se busca algo que es extraño a uno, sino algo que está en nuestra propia naturaleza interior, nuestra *esencia*.

¿Por qué, entonces, habría de ser difícil hallar el reino de los cielos? La dificultad radica en la persistencia de las costumbres de fuerza mental que se han venido arrastrando

desde antiguas encarnaciones, hábitos de falsa creencia y de pensamiento ignorante que nos ató al "no-yo". Nosotros somos los creadores de esos hábitos; pero puesto que los hicimos, podemos deshacerlos. Si su eliminación dependiera enteramente de nuestros esfuerzos, no habría duda de que resultaría muy difícil el proceso de desahacerse de ellos, pero tenemos ayuda. *Los altos poderes existen. Ellos nos ayudarán, pero solamente después de que uno haya realizado los más duros esfuerzos personales.*

## CAPÍTULO V

## LAS SIETE BIENAVENTURANZAS

¿Qué es lo que encontramos al final de esta investigación del Yo Superior? ¿Hacia dónde se dirige el propósito de toda esta aspiración? ¿Por qué nos mostramos tan interesados en estas elevadas cuestiones y qué esperamos decubrir en caso de que tengan éxito nuestras prácticas espirituales?

El objetivo ha sido pintado para una humanidad dormida, por los maestros, videntes y profetas del pasado, en diferentes trazos. Para nosotros, el modo más simple de decirlo es que consiste en realizar el propósito de la encarnación humana sobre la tierra. Por eso estamos aquí, hoy: para encontrar nuestra perdida noción del divino yo, el ser del mejor y del más hermoso aspecto mientras pasamos a través de esta transitoria vida terrenal. No hemos perdido a este ser, recordémoslo; solamente hemos perdido los *rastros* de él, lo que es una cosa completamente diferente. Hemos retenido conciencia de otras cosas. Tenemos siempre conciencia del cuerpo y por lo general del intelecto; pero no tenemos, ni siquiera momentáneamente, conciencia de ESO que anima a aquellos dos.

En la parte con que inicia su Sermón de la Montaña, Jesús ha representado el elevado objetivo y las elevadas recompensas de esta investigación. Las nueve sentencias en las cuales trató esas bienaventuranzas podrían haberse reducido en su número uniendo la primera y la segunda, por una parte, y la penúltima y última sentencias, por la otra porque en ellas

existe una íntima conexión. De esta manera tenemos siete bienaventuranzas, las cuales dan una condensada declaración acerca de lo que ha de encontrarse al final de esta averiguación, y una concisa descripción de aquellas cualidades que florecen en la más plena floración en la etapa final de la búsqueda. Estas afirmaciones no son una simple serie de abstracciones, sino expresiones de fuerzas latentes dentro del mismo meollo de la vida en sí.

Las primeras palabras de este sermón dicen:

> *"Bienaventurados los pobres en espíritu porque de ellos será el reino de los cielos. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados".*

Cuando un gran vidente como Jesús hablaba, los oyentes de su época se complacían. Pero la mente moderna, en particular la mente moderna occidental, no se satisface con tan poca afirmación. Quiere saber por qué, cómo, dónde. Quiere conocer todos los detalles, los cuales habrán de ser debidamente explicados. Quiere razones, hechos, pruebas, explicaciones y argumentos. No así la mente oriental, que se contenta con llegar a establecer conclusiones sin demostrar el proceso de acumular pacientemente los testimonios y las razones válidos para ellos. Esas sentencias llegan hasta nosotros desde un plano elevado no material. Nos quedamos preguntándonos ante estas revelaciones si son inaceptables sólo porque no podemos seguir los pasos que nos llevan hacia ellas. Ambas actitudes son razonables y ambas pueden ser útiles si se las adopta. Debemos, por tanto, reconciliarlas.

Estas palabras de Jesús intrigaron a muchas personas. Incluso reacondicionándolas y diciendo: "Bienaventurados en espíritu son los pobres", resultan harto difíciles de entender, por lo cual subsiste la intriga. ¿Qué es lo que realmente quiere decir esta sentencia? ¿Quiere decir literalmente que toda persona que es pobre en el sentido material, que en lo económico carece de totales recursos, es una persona bienaventurada? Se comprenderá lo que quiso decir Jesús si se com-

prende correctamente lo que significa la pobreza desde el punto de vista subjetivo, profundo o, lo que es lo mismo. desde el punto de vista del espíritu, y lo mismo respecto a lo que significa el reino de los cielos. Sólo entonces se sabrá el significado de esta frase en Verdad, y no simplemente como aparece en la superficie.

La significación habrá de ser comprendida sólo desde el punto de vista esotérico. La doctrina esotérica no es algo con la cual el mundo ha trabado conocimiento amplio. Algunos fragmentos se han esparcido por él, pero no así su completa filosofía. Para hallar el punto de vista esotérico uno debe ser iniciado por un competente maestro, por un competente adepto. Verdadera iniciación significa el iniciar de una nueva vida, una nueva comprensión, y esto se puede lograr solamente si se ha aprendido algo del arte de la meditación.

Todo aquél que practica la meditación y trata de apartar la mente de sus externos alrededores llevándolos hacia el divino elemento que hay detrás, puede lograr éxito en sus esfuerzos solamente si logra desvanecer los más poderosos pensamientos que le recuerdan la existencia del mundo material. Entre ellos, algunos de los más fuertes están relacionados con las cosas, las propiedades y las personas que pertenecen a este mundo exterior. A menos que se consiga desvanecer estos pensamientos y olvidar incluso, temporalmente, su existencia, será imposible lograr ese estado de quietud mental que constituye una avanzada meditación. No obstante, si logra vencer esos pensamientos durante la meditación, tal desconexión desaparece cuando se ha retornado al diario vivir y por tanto cambia también la actitud hacia los bienes terrenales. Una renunciación interior a la existencia material se verá entonces oculta detrás del interés exterior por ella. Si renunciamos de corazón a las cosas materiales, es porque en lo profundo las consideramos pobres a pesar de su eventual riqueza.

En tanto se tenga una posesión, sea una material, o mental, o emocional; en tanto uno permita que esa posesión

domine exclusivamente nuestra conciencia, entonces no se es "pobre en espíritu". Si se poseen bienes que no son espirituales y no se puede renunciar a ellos, olvidándolos por completo a la divina llamada, entonces no se podrá alcanzar ese punto y proceder con la meditación. Para convertirse en "pobre en espíritu", se debe, conscientemente, renunciar al mundo. Sin embargo, se pueden tener posesiones sin dejar que ellas dominen nuestra conciencia. En tal caso se habrá logrado realmente el estado de pobreza espiritual. Se debe sentir fuertemente, desde lo más profundo del corazón, que, no obstante cuán atractivo es el mundo, a pesar de lo hermosas que son nuestras posesiones, de lo atrayentes que son nuestras relaciones y amistades, todo eso en conjunto no es sino parte de un fugaz *show*, y los múltiples sucesos, los varios acontecimientos, son simplemente figuras o aspectos de la vida que pasa. Son temporarios, flotantes. No tienen verdadero arraigo.

Ahora bien, cuando se entiende que todo lo que pasa a través de nuestra mente es pensamiento o idea, o sea una ilusión, se está pronto para realizar el último descubrimiento, el cual por lo general se mantiene en secreto en el oriente, porque uno debe tener una cierta suma de coraje mental para enfrentarlo, y pocas personas la tienen, en razón de la clase de adiestramiento que han recibido.

Este último descubrimiento es que la vida, el universo, la vida humana, no son nada más que un sueño, una visión, una ilusión. Es como una película; no tiene realidad en sí. Es como una representación mental que pasa a través de nuestra conciencia. Este mundo en conjunto que nos rodea tiene el mismo valor que el sueño que uno ha tenido la noche anterior... nada más. Cuando uno despierta se da cuenta de que fue un sueño, pero hasta que despierta el sueño parece una realidad.

Parece tan espantoso decir que este mundo, que se nos muestra tan sólido, tan substancial, y tan real, es en verdad un sueño; y sin embargo, esa sensación de irrealidad del universo y de la vida humana es bien fácil de probar. Tómese

en conjunto la vida hasta esta mañana. ¿Qué es lo que hay de ella? ¿Dónde se ha ido? Se ha ido a la memoria. Se ha convertido en un recuerdo.

Aquellos años en los que uno vivió intensamente a través de las más grandes exaltaciones, de las emociones más intensas, de las pasiones más fuertes y de los más terribles sufrimientos, ¿dónde están ahora? Están en el recuerdo, en la memoria. ¿Pero qué es la memoria? Una memoria es un simple pensamiento... una idea de nuestra mente. No es nada más que eso, es decir, a lo sumo, una representación mental.

Si todos los años pasados se reducen a una fugaz visión de fugitivos y cambiantes pensamientos, ¿qué serán los años del presente que estamos viviendo, o del futuro? ¿No será lo mismo, puesto que el presente se convierte en pasado y el futuro también se convertirá en pasado? Y puesto que pasado, presente y futuro constituyen el conjunto de la existencia humana. ¿qué es lo que queda de nuestra vida? No es nada, excepto una serie de pensamientos que vienen y se van; por lo tanto, desde el más elevado punto de vista, son ilusorios.

De esta manera, cuando uno despierta a la Verdad, ve que la vida humana y el universo entero son lo mismo que un sueño, nada más que ideas que pasan a través de nuestra mente y que uno las desdeña porque lo son. Uno sabe que un sueño es un sueño sólo después de haber despertado y entonces cree que el haber despertado es el estado real. Entonces se tiene una norma de comparación. Así la vida parece real hasta que uno tiene una norma de comparación, y esa norma sólo puede ser la misma Realidad.

¿Pero qué es la Realidad?, se preguntará. Para entender esta pregunta se debe entender primero qué son los pensamientos. Pensamientos, ideas, recuerdos, todos los cuadros mentales, opiniones, fantasía, imágenes, deseos, sentimientos y pasiones, todos ellos son ideas en la mente. No se tiene un sentimiento o una emoción acerca de cualquier cosa a menos que uno piense en ello, de modo que, finalmente, todas esas

cosas son ideas en la mente. Pero esas ideas se amontonan constantemente unas encima de otras, yendo y viniendo, fugitivas.

Comprender qué son, es comprender lo que hay detrás de ellas. Trátese de imaginar un pensamiento que existe sin uno, sin que uno tenga conciencia de él. Esto, simplemente, no podría ocurrir. Entonces comprendemos que la *conciencia del ser,* o el *conocimiento de sí,* es una parte fundamental de la naturaleza del pensamiento.

Ahora bien, si uno retira la conciencia del pensamiento, el pensamiento desaparece. ¿Pero qué sucede a nuestra conciencia? Ella permanece aún. Y si la conciencia permanece todavía, y ha sido la substancia de la idea en nuestra mente, se descubrirá que sólo fue la conciencia la que dio realidad a nuestro pensamiento. Por lo tanto, la conciencia, en su más puro estado, *es* la Realidad. entonces debe ser el Espíritu y la Verdad. Sin embargo, debe tenerse cuidado en recordar que la conciencia en sí asume varias formas, de manera que si uno quiere hallar lo Esencial debe encontrar la conciencia final, o lo que es lo mismo, la Conciencia Absoluta.

Centralizando la atención con ayuda de la concentración, se puede convertir la Conciencia Absoluta en la punta de un alfiler, y por el momento, entonces, se convierte en el punto de la conciencia. De la misma manera, es posible, por medio de la concentración sobre los cielos, extender nuestro conocimiento hasta cubrirlos. Pero todas estas son meras formas de la conciencia. Si uno quiere la verdadera conciencia como está en su última naturaleza, es necesario liberarla de toda forma; es preciso liberarla de toda idea. La liberación de la conciencia constituye la obtención de la verdadera vida.

Cuando se comprenda esto se sabrá que todo el conjunto de la vida sólo tiene el valor de un sueño, un fugaz, un cósmico sueño. Uno ve clara y completamente a través de su carácter ilusorio, y entonces se encuentra separado de ella; se puede renunciar a todo. Uno ve la verdad acerca de ello y se niega a ser tomado como un ciego en esa visión espiri-

ritual. No es necesario un profesor para probar este punto. Si uno se puede desprender completamente, al punto de que se comprenda el valor efímero de nuestra vida exterior, entonces se es "pobre en espíritu" y sólo entonces, ciertamente, se puede emprender el camino de la iniciación.

Tal desprendimiento no tiene nada que ver con nuestras apariencias exteriores. Exteriormente se puede ser muy rico, o muy pobre; eso no atañe a la cuestión. Lo que importa es, ¿cuál es nuestra *actitud interior* hacia nuestras riquezas o hacia nuestra pobreza? Si se es dominado por cualquiera de ellas, entonces no se puede entrar en el reino de los cielos. Además, la alabanza de la pobreza exterior no es necesariamente espiritual. El ascetismo puede ser fácilmente practicado por aquellos individuos que sienten una profunda vocación a ello, pero no es ni puede ser una idea social. Necesitamos simplicidad, pero no ascetismo. Las actitudes externas o los renunciamientos a las posesiones mundanas son impracticables en Occidente, y no son tampoco necesarios. Lo único necesario es la actitud de la mente hacia el mundo. El reino de los cielos no es nada más que una condición de liberación interior. Si uno está afligido por posesiones, hasta el punto de mostrarse ansioso por ellas, o abrumado, si se siente temeroso por el futuro, o lamenta el pasado, o se está igualmente afligido por la falta de posesiones, entonces no se está en condiciones de lograr esta liberación.

Lo que realmente importa es la reacción interior hacia los acontecimientos exteriores, y solamente eso determinará si uno es "pobre en espíritu" o no. Si uno se desprende profundamente, dentro del corazón, de las experiencias de la vida, entonces se está listo para entrar en el reino de los cielos, entonces se es bienaventurado, y en tal caso nuestro estado interior será celestial.

De todo aquél que logre este desprendimiento de espíritu, dice Jesús: "...será el reino de los cielos". Lo que quiso decir Él se puede ver también en otra de sus manifestaciones, cuando explicó que "...el reino de los cielos está *dentro* de

ti". El renunciamiento del mundo es en realidad un cambio interior de visión de él; una actitud exterior, tal como la que puede adoptar un monje o una monja, como la de ofrecer todas las propias riquezas a los pobres, no es interpretar lo que quiso decir Jesús.

Cuando se comprende de este modo la naturaleza transitoria de las cosas externas, cuando se da cuenta de lo ilusorias que finalmente son, se está en condiciones de recibir la bienaventuranza que Jesús nos promete. Lo opuesto a la ilusión es la *realidad*. De aquí que el premio que nos espera dentro del reino de los cielos es el encuentro de la Realidad. Esto quiere decir que viviremos en un elemento que será perdurable. Todo lo demás que conocemos, sea este vasto universo que nos rodea, o sea un deseo, un recuerdo o un pensamiento que fluye a través de nuestra mente, y que parecen reales, son reales solamente en un sentido limitado y relativo. Vienen y van; son transitorios. Nacen, permanecen un tiempo, y luego desaparecen. La muerte y el cambio son las últimas condiciones de vida en los mundos material y mental, pero la Realidad que se encontrará cuando se llegue al final de la investigación, no vendrá ni se irá; desafía al tiempo y de ahí que sea *eterna*. Es la subyacente substancia que *es* por siempre. Es abrumadoramente difícil describirla, y sólo puedo decir lo que es cuando uno entra en el reino del Lo Superior; entonces la Realidad se hace evidente y no requiere de ningún argumento o explicación.

Lo llamo Realidad porque todo lo demás es de segunda o tercera reflexión, una manifestación y una apariencia de ella... real mientras dura, pero el período perdurable es temporario y tiene una fecha. Algo en nosotros nos impulsa a buscar, ya consciente o inconscientemente, ese estable, incambiable y durable elemento en el que está escondido el secreto de la existencia.

Se podrá ver las realidades temporales, las apariencias materiales,, comprenderlas por lo que son, usarlas por lo que son, y sin embargo tener conciencia de lo Absoluto, que es

el reino de los cielos. Si uno busca por debajo de las apariencias e indaga por esa oculta realidad, se habrá liberado de sus temores. Es la ilusión la que causa temor, y uno experimenta temores en la vida porque es engañado por aquella; como un hombre que camina por la noche en la jungla india puede confundir un cabo de cuerda con una serpiente. Si se comprende realmente que la vida en lo esencial es un poder benevolente, no se experimentará ningún temor; aunque llegara el sufrimiento, no habría por qué temerlo. Esta alta comprensión dará fin al sufrimiento. Si uno atisba debajo de las apariencias del mundo y encuentra la Realidad que yace debajo de ellas, entonces todos los deseos no gratificados, todos los anhelos no satisfechos, perecerán y desaparecerán. Se habrá descubierto que tal es la raíz de todas las cosas, lo cual nos apoyará adecuadamente en el curso de la vida, la cual sabemos que será eterna. Es absolutamente esencial aprender la verdad acerca de las apariencias de la vida y del mundo si uno quiere deshacerse del temor y de la miseria.

Los pocos que piensan y los muchos que sienten profundamente se muestran cada vez más descontentos con nuestra mecanizada y materializada existencia. La ilusión del progreso nos ha fascinado. Hemos aprendido a hacer cien mil cosas que nuestros desdichados antepasados jamás conocieron, y sin embargo no hemos avanzado casi nada hacia la felicidad. Hemos apilado nuestros deseos pero la mayoría se refieren a objetos materiales. Todavía tenemos que aprender la lección de que la mera propiedad de *cosas* jamás podrá supeditar la consciente propiedad de nuestro propio corazón, de nuestra mente, como un medio de lograr la felicidad. Somos incapaces de subordinar las cosas a nosotros, pero nosotros nos rendimos a ellas.

Debemos ser capaces de distinguir el hecho interior de la fábula exterior. El hombre está comprometido realmente en un peregrinaje hacia el interior de sí mismo, y sea que lo realice a pie, o vuele en un avión supersónico, la velocidad exterior no dará una medida de su verdadero progreso. Esta-

mos acostumbrados a la mediana y mortal perspectiva de lo puramente efímero, cuando debiéramos solazar nuestra vista con la ancha y eterna expansión de lo divino que hay en nosotros.

* * *

Jesús dijo algo que fue a menudo mal interpretado e incomprendido, porque sólo se tomó su sentido puramente literal para su interpretación.

"Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados". Esta sentencia es realmente una continuación de la anterior, porque trata precisamente sobre el mismo tema, y está igualmente destinado a reiterar y dar mayor énfasis a la necesidad vital de emprender un debido principio. El único y debido principio en la vida espiritual es "ver a través" de la ilusión de la vida material. De ahí que yo haya acoplado estas dos frases, computándolas como una sola bienaventuranza.

¿Quiénes son los que lloran? ¿Aquellos que lloran por los muertos? Llorar y lamentarse sobre algo que se ha perdido, o sobre los que se han perdido, no nos traerá ningún consuelo, a menos que la lamentación tenga lugar en el debido modo, en el momento oportuno y en el justo propósito. Llorar por los muertos, ya sea por las personas muertas, por el pasado que se ha ido para siempre, o por las posesiones perdidas, o por las ambiciones igualmente fenecidas ...llorar por todo lo muerto, en fin, no traerá ningún consuelo a nadie, a menos que su lamentación se anide en el corazón.

Antes de que nadie pueda encontrar el reino de los cielos, debe encontrarse el estado de total desprendimiento. Si no se lo halla voluntariamente, lo cual se debe admitir como lo más difícil, es posible encontrarlo involuntariamente —y ello sucede a menudo—, de tal modo que los que están destinados a entrar en el reino de los cielos tienen con frecuencia la oportunidad de encontrarse a sí mismos desprovistos de sus bienes y posesiones, sea que los mismos comprendan a per-

sonas vivientes, como padres, esposos, hijos, etcétera, o a pertenencias personales, como dinero, casa, muebles, coche, y así por el estilo.

Muy pocos son los que poseen sazonada sabiduría, maduro entendimiento y necesario coraje para hacer frente a la dura verdad de que este mundo es solamente un lugar de recreo. No estamos aquí para vivir por siempre, y por tal razón todas las posesiones mortales y las glorias terrenales debieran ser sabiamente usadas y maduramente comprendidas; ellas no debieran esclavizarnos jamás. Si no podemos comprender esto, entonces corremos el riesgo de que nos priven de todo y de tal manera llegaremos a llorar y lamentarnos involuntariamente. Somos pajarillos capturados en la red de la existencia externa, y nos gloriamos de nuestra cautividad. Sin embargo, enfrentando esta verdad y retirándonos de la esclavitud de las cosas parecibles, si podemos pelear la batalla en nuestros corazones y llegar de este modo a un estado de desprendimiento, entonces ya no hay necesidad de librar otra batalla en el mundo exterior. No será necesario perder nada más; la pérdida ha tenido ya lugar en nuestro profundo interior; por lo tanto ya no ocurrirá una nueva pérdida en lo externo. Tales personas son las que lloran *voluntariamente*.

Por consiguiente, aquellos que lloran por lo que han perdido en el sentido de dejar ir todas sus pertenencias, todos sus parientes, dentro de las profundidades de su corazón —aquellos para quienes todos los bienes y todas las personas amadas están como muertas—, ellos solamente son los que Jesús menciona cuando habla de "los que lloran". Ellos tienen que renunciar *interiormente*. Ellos deberán ser consolados, como Él dice en su promesa; a ellos se dará un nuevo tesoro.

Tal lamentación es digna de verdad, porque a través de ella se encontrará la Eterna Realidad, lo que los convertirá en bienaventurados y consolados. Sin embargo, aquellos que no tienen ni la sabiduría ni la fuerza para estar preparados en

las profundidades de sus corazones, para llegar de este modo al desprendimiento interior de todas las cosas efímeras, y quienes, por consiguiente, deberán soportar el desgarrante proceso por medio de las desgracias que la vida proporciona generalmente, tratarán de convertir sus penurias y sus desgracias en estriberones que los lleven al desprendimiento, y entonces incluso ellos serán consolados y su involuntaria lamentación no carecerá de algún valor.

Se debe empezar con la fe, y el tiempo traerá gradualmente la comprensión de estas verdades. El primer paso debe ser necesariamente un acto de fe, de confianza en las palabras de Jesús, pero tal fe no significa ciega aceptación; es una fe inteligente que en realidad es una sensibilidad a algo que asegura de que existe un alto poder y una alta realidad. Así se tendrán fugaces destellos que afirmarán la existencia de un objetivo digno de alcanzar.

Si habiendo tenido esta oportunidad de nacer en la carne, de nacer como ser humano durante los pocos años de nuestra permanencia aquí en la tierra, no tenemos la oportunidad de realizar este elevado propósito, querrá decir que hemos perdido lastimosamente nuestra encarnación. Nos hemos debilitado aferrándonos a las cosas transitorias, materiales. No estamos ganando la verdadera vida. Estamos logrando la muerte. ¿Cuál es el final de la vida: comer, beber, dormir y pasarla alegremente? Es solamente tener conciencia de *Quien* y de lo *Que* está detrás de eso. Si no aprovechamos esta oportunidad, carecemos de sabiduría; somos necios. Aquí estamos todos, aparentemente tomados en esta gran rueda que es la vida con sus interminables revoluciones a través de nacimientos y de muertes. *Ahora* es nuestra oportunidad de buscar al eterno Yo Superior, porque el sentido de separación del divino centro que hay en nuestro interior mantendrá siempre al hombre inquieto y agitado. Por esto es que el millonario, capaz de comprar todo lo que hay en este mundo, *todavía* sigue buscando la felicidad. Yo estuve tanto con los millonarios como con los más desharrapados mendigos, y lo se. Cier-

tamente se que no podría vivir sin este sentido de la divina presencia cerca de mí, siempre a mi alrededor. Sin ello, la vida sería difícilmente digna de vivirla.

No obstante, hay una razón todavía más sutil por la cual Jesús empleó la palabra "llanto" a este respecto. El llanto ha estado siempre asociado con la lamentación; en las tierras de Oriente, ambos términos son sinónimos. Cuando el despertar del alma, ésta es conducida a estado de desprendimiento interior, llega a un punto en que los espasmos de llanto no son poco frecuentes. Cuando el corazón ansía el retorno a su hogar espiritual, las lágrimas poseen una peculiar importancia. En efecto, Jesús posee el poder de intensificar estas ansias espirituales en los corazones de sus discípulos, en tal intensidad que provoca en ellos frecuentes eclosiones de angustia interior o de audible llanto. Incluso hoy, adeptos vivientes poseen el mismo poder y generalmente lo aplican a un método similar para apresurar el progreso de sus discípulos. Tales lágrimas, por tanto, son bienvenidas. De ahí que se pueda decir que aquellos que se lamentan por su hogar espiritual son realmente bienaventurados, porque la gracia de Dios ha caído sobre ellos.

Pero aparte de eso, es digno de notar que ninguno encuentra el reino hasta después que ha caminado por el sendero de las lágrimas. Creo en las lágrimas. El llorar, como la risa proverbial, es bueno para el alma. Goethe tenía razón, una pavorosa razón, cuando escribió:

*Quien no pasó las horas nocturnales*
*Llorando y esperando el amanecer,*
*No sabe, ni tú, que existen poderes celestiales.*

Cuando de este modo se aprende la transitoria naturaleza de las cosas externas, cuando uno se da cuenta de cuán ilusorias son finalmente, se está listo para recibir la bienaventuranza que Jesús promete. El prolongado llanto nos proporciona la iniciación en la sabiduría. No hay duda al respecto. Lágrimas de lamentación por los pasados errores, lágri-

mas de desesperación por las próximas calamidades, lágrimas de dolor físico, lágrimas de desilusión por la traición de quienes se llaman nuestros amigos, lágrimas por la separación de aquellos a quienes amamos, dejemos que caigan; ellas nos proporcionan sabiduría. Dejemos que ellas inunden nuestro corazón y no las despreciemos ni las forcemos a reprimirse.

Jesús dice luego:

*Bienaventurados son los mansos, porque ellos heredarán la tierra.*

He dicho frecuentemente que el primer paso en este sendero, e igualmente el último, es la humildad. Pero la humildad no significa una debilidad que lo coloque a uno a los pies de los otros; no significa una actitud claudicante en la presencia de otros seres humanos; no significa una plañidera suplicación de favores, como la del mendigo que suplica una moneda en la esquina de la calle; y, ciertamente, no significa un cobarde temor del mundo. Todo eso es despreciable. La verdadera humildad quiere decir que uno es humilde hacia los altos poderes del Espíritu, pero nada más. Se debe ser tan sumiso, tan reverente como puede serlo un niño hacia la divinidad, pero hacia el mundo en grande, y hacia la humanidad, se puede ser tan fuerte, tan osado y tan confiado en uno mismo como se desee.

En todo ser se requiere un cierto temperamento. Es el temperamento el que combina la veneración con la receptividad. El futuro discípulo debe acercarse al Yo Superior en un espíritu de humilde disposición para aprender. No debe venir a imponer sus ideas personales, ni menos a que se las verifiquen. Por el momento se deben suprimir todos los prejuicios y someter todas las críticas propias. Ser verdaderamente humilde es tener este sentido de una más elevada existencia que llama al hombre; es sentarse como un niño a la orilla del Infinito, lleno de asombro, de maravilla y de culto. Esta es la mansedumbre a la cual se refiere Jesús, y

si uno puede obtenerla, entonces, gracias a una maravillosa paradoja, el mundo se hace nuestro.

Sometámonos a ese alto poder que secretamente gobierna el mundo, que retiene a esta tierra con su invisible asimiento, postrémonos ante él, y entonces no habrá nada en esta tierra que no haga algo por nosotros.

Empecemos este sendero cultivando una actitud interior de asombro y veneración por nuestro divino ser, siendo interiormente manso; terminemos convirtiéndonos en un canal del poder cósmico, por tanto, "heredaremos la tierra", como Jesús dijo.

El Yo Superior es el Poder que está detrás de todo poder. Cuando encontramos este secreto Poder, no necesitamos buscar otro. Porque todos los otros son finitos, pero aquél es infinito. Aquél que posee tal fuerza interior que lo hace independiente del ambiente que lo rodea, puede encontrar la liberación dentro de la celda de una prisión. De este modo surge la paradoja de que el premio de la humildad es el poder; poder en el sentido de que se ha encontrado un estado de ser que está en la raíz de toda la existencia, que es la última causa creativa de las condiciones tanto material como mental. Se ha encontrado la secreta fuente de todos los otros poderes.

Sólo hay una Fuerza en el universo, pero ella bifurca en sí misma, luego bifurca de nuevo, una y otra vez, hasta que se muestra en la forma de muchas fuerzas aparentemente diferentes; pero sígase su huella hasta la fuente original y se descubrirá que sólo se trata de una fuerza. La gente llama a ésta Dios, el Creador. Mora escondida detrás de todas las otras fuerzas. Cuando un hombre puede humillarse lo suficiente para reconocer su espiritual ignorancia, su debilidad emocional, y sus limitaciones mentales, se está capacitando y preparando para la divina visitación, siempre que lo haga con el debido espíritu.

Conscientemente se puede entrar en contacto con esta fuerza convirtiéndose en su instrumento, cooperando inteligentemente con ella. Uno no puede usar el poder divino, pero él

puede utilizarlo a uno. Tal poder es capaz de manifestarse en toda forma posible, en todos los planos posibles. Obrando por intermedio de uno, hace que se tenga conciencia de la parte constructiva de la gran elemental creación de la Naturaleza, de modo que ya no se actúa mediante la comprensión y la fuerza personal solamente, sino como su agente. Se llega a tener, literalmente, conciencia de este alto poder, que actúa a través de uno, dándole sensación de una fuerza que está más allá y sobre todo lo conocido por la vasta mayoría de los hombres. En la secuencia se verá que se suceden los milagros ante nuestros ojos, sean de tipo material, mental o espiritual, porque ese poder no tiene limitaciones ni ataduras.

Cuando se comprende el propósito de la encarnación y el propósito de la evolución, y cuando obramos conscientemente con el alto poder, nos convertimos en co-agentes en la gran obra universal que la Naturaleza está tratando de realizar. Entonces nuestro propio poder se hace sublime, inmenso. Ese poder se convierte en nuestro premio cuando se permite que obre debidamente a través de nuestra intervención. Nadie puede mandarlo. Uno debe someterse y rendirse, y luego dejar que obre como quiera.

* * *

*Bienaventurados sean aquellos que han hambre y sed de justicia, porque serán satisfechos.*

¿Qué es lo que significa justicia? No es lo que las gentes de mentes estrechas de este estrecho mundo piensan. No tiene nada que ver con lo que el mundo piensa acerca de uno. El mundo no es competente para juzgar qué constituye la justicia.

Una cosa es justa cuando es correcta. En el idioma francés se emplea una misma palabra para indicar la cualidad de justicia en un hombre y la calidad de justeza en una medida. Tanto la medida como el hombre son justos cuando

existen en verdad. De ahí que hambre de justicia quiere decir realmente hambre de ajustarse uno mismo a la Verdad.

En esta revolucionaria época, cuando muchos de nosotros estamos cansados de las viejas fórmulas y enseñanzas gastadas, las personas inteligentes no se suscriben a ningún culto o credo especial, sino quieren la Verdad que trasciende a todos ellos. Este es el misterioso El Dorado que yace más allá de las fronteras del conocimiento común. Es una tierra de leyenda sobre la cual muchos han escrito, pero a la cual muy pocos han llegado. Personalmente aprecio la sabiduría de la antigüedad. Me fascinan las antiguas religiones, las filosofías antiguas, las literaturas añejas. Pero las deploro y las niego cuando alguien trata de emplearlas como cadenas para atarme los pies y la mente. Esa es la paradoja de amar lo antiguo: verse obligado a expresar lo nuevo. Y hay muchos otros que piensan y sienten como yo, que busca entender de una manera moderna por qué estamos aquí y cuál es el propósito de la vida.

Justicia significa que uno se ha alineado con el propósito de su propia encarnación, la cual es la realización de la verdad que hay detrás de ella. Si nuestra hambre de ese objetivo, si uno siente consciente o inconscientemente de que estamos aquí para un sagrado propósito y que uno quiere realizár tal propósito, si se siente hambre aguda, la intensa aspiración de descubrir la Verdad espiritual, cueste lo que costare, entonces, eventualmente, se nos dará la verdad o como dijo Jesús, seremos "hartos" de Verdad.

Esto significa que si uno nunca renuncia a su aspiración, si se inicia la investigación y se persevera, años tras año, hasta el mismo límite de la tumba si es necesario, entonces seremos hartos, entonces se habrá cumplido finalmente nuestra aspiración. Dios ha implantado esta aspiración en nuestro corazón porque es Su intención verla realizada en la hora predeterminada; de modo que será necesario esperar. Mientras tanto, nunca se renuncie a esa aspiración, nunca se abandone esta búsqueda del Yo Superior, y eventualmente se

hallará aquello que ha sido digno de esperar. Quienquiera persiga este sendero de investigación introspectiva, cualquiera tenga el coraje de desprenderse de sus penas y alegrías personales, ese podrá verificar por sí mismo la verdad que hay en cada una de las palabras de Jesús. Así podrá obtener la más completa demostración y la más clara experiencia de su realidad.

El hambriento y el sediento, en el sentido de Jesús, nunca abandonará la investigación, no importa lo que suceda. "Si el camino que he mostrado conduce hasta aquí parece muy difícil, debe sin embargo seguirse. Ciertamente, debe ser difícil, puesto que muy raras veces ha sido descubierto. Porque si la salvación está al alcance de la mano y puede ser descubierta sin gran dificultad, ¿cómo puede venir a nosotros si todos la descuidamos?", dijo Espinoza.

Tenemos mucha fe, pero poca fidelidad. Muchos hombres creen en un ideal, pero pocos lo siguen hasta el final. La realización sólo sigue a la lucha. La disciplina de la vida está siempre presente. Cada hombre tiene un problema detrás suyo. Si la vida fuera fácil año tras año, cesaríamos de evolucionar. El mundo representa oposición, esperando ser vencida. Aquél que logra debe vencer y no someterse.

¿Cuán fuerte es nuestro deseo de conocer la Verdad? La Verdad es tan sutil e ilusiva que a menos se posea una aguda determinación y ese agudo anhelo por ella persiste años tras años, nunca se la encontrará. No importa lo que suceda, no se debe permitir que los desengaños de la vida nos aparten de esa búsqueda, sino que se debe continuarla no importa lo que venga, y si se hace así, eventualmente se atraerá aquello que se busca. Sin embargo, búsquese la verdad por amor a ella solamente. Se debe estar preparado para evitar los atajos. Si se la busca esperando beneficios materiales o experiencias psíquicas, se está buscando algo que es fugaz, y se perderá la verdad.

La Verdad es el más elevado objetivo, porque desde la cima de su montaña se puede ver todo *tal como es realmente*. Se

puede ver que las muchas etapas que suponíamos objetivos no son nada más que pasos sucesivos en el camino. Demostrará que las verdades a medias y a cuartas y las imitaciones de la verdad han sido tomadas como verdades absolutas. Nos dará un entendimiento cabal acerca de la verdad de uno mismo, acerca de la vida, y el universo en conjunto, lo cual nos ayudará a eliminar todas las dudas.

Nunca jamás volveremos a tener la menor duda acerca de las bases fundamentales de tales misterios. Si uno llega a experimentar una duda en el curso de un año, o en el de diez, querrá decir que no se encontró la verdad espiritual. Cuando se ha encontrado la verdad, jamás se conocerá ni siquiera la posibilidad de que nuestra mente juegue con dudas o contradicciones; se sentirá absoluta, fija e inalterable certeza. Tal es la naturaleza de la verdad esencial.

*Quien navega con rumbo fijo*
*Llegará, aunque esté lejos, a buen puerto.*

El mundo material es la gran cámara letal del alma. Solamente los héroes espirituales pueden elevarse suficientemente para escapar a su estupefaciente efecto sobre la conciencia.

La mente del hombre ha bebido de la copa de Artemisa y perdió la brillante memoria de una más divina vida, hasta que todo lo que lo rodea le parece tan inestable como el agua en ebullición y tan solitario como el mar por la noche. La agonía de su pérdida estelar presiona sobre su inconsciente memoria y lo obliga a buscar satisfacción en la religión, la filosofía, el misticismo y otras manifestaciones de lo Abstracto. Ello lo perseguirá resueltamente hasta el fin, oculte donde se oculte, huya donde huya. Cuanto más se obscurece el mundo, más necesidad existe de luz. Por eso es que surge una voz en lo más profundo del hombre que piensa y que ilumina su corazón brillantemente con una gran esperanza; una voz que le dice que *él mismo* es inmortal a pesar de llevar un cuerpo; que un Poder que es esencialmente benevolente sostiene al poderoso universo; y a menos que en su

vida tome a este Poder como fiscalizador de todos sus pensamientos y acciones, su vida no valdrá nada.

De un extremo a otro del mundo, desde el lejano Japón al familiar continente europeo, desde los sucios trabajadores de fábrica hasta los elegantes hombres de riqueza, todos buscan, consciente o inconscientemente, esa Verdad.

Los velados portales de la Infinita Verdad están delante de nosotros. Multitud de hombres han pasado antes por allí, se han detenido un instante, unos esperanzados o angustiosos, otros escépticos o cínicos, y se alejaron. Unos cuantos —espíritus valientes y resueltos— cuya tremenda hambre y sed de verdad los impulsa e inspira a cruzar el convencional umbral y osan avanzar por aquellos esplendentes escalones, encuentran finalmente su recompensa. Desaparecen detrás de las acortinadas entradas, se pierden a nuestra vista, y retornan satisfechos, "hartos", y serenos.

* * *

La cuarta bienaventuranza de Jesús dice:

> *Bienaventurados son los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.*

¡Cuánta verdad, se la tome en su sentido literal o se la interprete en su oculto significado! Sea lo que fuere lo que uno de al mundo, a su prójimo, inexorablemente volverá a uno. Esta es una ley cósmica de hierro. Aquél que engaña a otro, se engaña a sí mismo. El hombre que es siempre cruel para otros, algún día encontrará a otros que serán crueles con él, y si la retribución no le llega en este nacimiento, le llegará en el próximo. No hay evasión posible. La clemencia se pagará con clemencia. Del mismo modo con la misericordia, la justicia, la honradez y con todas las demás cualidades humanas; sea lo que fuere a lo cual se renuncia, llegará el momento en que nos será devuelto, no por una fuerza o deidad arbitrarias, sino por uno mismo —el propio y elevado ser

que mora en nosotros y que nos premia con buena fortuna o decreta nuestro castigo—, pues nadie más lo hace.

El destino y la justicia están siempre en trabajo, y no importa cuánto demore el ajuste de cuentas, será inexorablemente inevitable. Nos podemos levantar en rebelión contra la noción de una ciega fatalidad que nos persigue a todos durante nuestras vidas, mas debemos someternos humildemente a la noción de recoger la cosecha que hemos sembrado.

Todo lo que somos o demostramos ser, tanto en nuestros actos como en nuestra conducta, nos será devuelto, a veces con creces; por lo tanto, debemos tener mucho cuidado con lo que hacemos a los otros, porque la ley del destino está trabajando siempre, devolviéndonos siempre lo que le mandamos, pagándonos en la misma moneda.

Cuando se trata de comprender el significado oculto de esta ley se comprenderá que ello implica la aceptación de la doctrina de la reencarnación, la cual a su vez nos obliga a aceptar la doctrina de la relatividad de la moralidad. La existencia humana es una escalera que nos lleva del estado bestial al de un ángel benigno; cada escalón de tal escalera es una separada encarnación en la tierra. Aprendemos lenta, penosamente, mientras subimos. Pero el último y glorioso objetivo es inevitable y debe ser alcanzado, incluso aunque el destino prefabricado por el hombre sea usado como un instrumento para efectuar esta educación y llenar de este modo un propósito más elevado que el suyo propio.

Una implicación de esta doctrina es que no basta decir: "esta cosa es buena, y aquella otra mala; yo tomaré el lado bueno". Nadie sabe lo que es "bueno" o " malo". Porque ambos términos son completamente relativos. Alguna cosa puede ser buena para uno en este momento, y ser mala en otra etapa. Lo que es "bueno" para el hombre primitivo resulta frecuentemente "malo" para el hombre civilizado. El mismo código de ética que impulsa al salvaje hacia el progreso, y que es por lo tanto bueno y conveniente para su evolución, se convertirá más tarde para el evolucionado salvaje en un

código malo, retrógrado y obstruccionista. El código no ha cambiado, pero, en una etapa más alta, lo retiene y no lo deja progresar en su evolución. No podemos poner la etiqueta de bueno o malo de otra manera que en relación a las circunstancias de una persona en particular y en una determinada época. La estampilla de relatividad es impresa sobre la vida humana. De modo que debemos ser tolerantes con los otros, como lo recomienda Jesús en esta bienaventuranza.

Pero antes de que uno sea realmente tolerante y misericordioso, uno debe saber justamente lo que es sabio y lo que es necio, lo que es justo y lo que es errado, lo que es un deber y lo que no lo es, lo que es bueno y lo que es malo para cualquier persona y lo que debe saber para conocer todo el plan del universo; y debe ver también en qué escalón está cada uno en la escalera de la reencarnación en este asombroso drama cósmico. Se debe ser capaz de percibir lo que no se ve, las corrientes inmateriales que están obrando dentro del universo, y de la misma manera se debe conocer el principio y el fin de todo ello. Cuando se sepa todo esto, se podrá practicar verdaderamente la misericordia, entonces se podrá tratar en verdad con los diferentes sucesos de nuestra vida personal, o de nuestra vida nacional, tal como ellos ocurren, sin la ilusión de que existe una prescripción universal que se ajusta a las conveniencias de cada uno.

* * *

El quinto de los dichos de Jesús establece:

> *Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios.*

Esta frase no será correctamente interpretada si no se conoce el significado espiritual de la pureza, y lo que el término "corazón" quiere decir en verdad. La pureza no debe limitarse a su estrecha connotación. Es inmensamente más grande que eso. Significa que uno debe estar purificado del

egoísmo personal, de los deseos personales —todas las indulgencias propias, las pasiones y los odio— que nos encadenan a la tierra. Cuando ellos llegan a tener alguna fuerza nos mantienen prisioneros.

Aquí hay un misterio oculto. El divino átomo del Yo Superior, el alma que vincula al hombre con Dios, está oculto bien profundamente en el cuerpo humano, en el lado derecho del corazón. Todo aquél que aspira a "ver a Dios", como lo dice Jesús, debe pasar a través de una iniciación, de una experiencia donde su atención es concentrada en el centro de su ser, en su corazón, en efecto, donde su conciencia se ha reducido temporalmente al tamaño de una punta de alfiler. Si se pudiera medir la dimensión de la punta de un alfiler se sabría cuan sutil resulta esta experiencia. Cuando el hombre se ha convertido casi en nada, existiendo como una punta de alfiler en el centro de su corazón, sólo entonces habrá logrado el estado de verdadera pureza.

¿Por qué? Porque, antes de que uno se pueda reducir a este punto, se debe estar dispuesto a renunciar a todo deseo, a todo pensamiento y a cada idea que trata de impedir dar este paso, lo que probablemente puede mantenernos en la conciencia de este mundo material. Uno debe alcanzar el punto desde donde se pueda considerar los deseos personales con los ojos de la ecuanimidad, aunque no se hayan eliminado totalmente esos deseos.

De modo que se ve que la palabra "puro" a los ojos de un adepto o de un avatar como Jesús, no se relaciona simplemente con lo que el mundo asocia por lo general con la dicha palabra. Ésta no tiene ninguna relación especial al sexo, como el uso convencional lo ha establecido. Tiene referencia a *todo* lo que puede definirse como personal.

El hombre que es en extremo egoísta, demasiado indulgente consigo mismo, que está lleno de violentos deseos, no puede lograr esta experiencia, porque es incapaz de renunciar a su ego personal. La pureza es una cualidad que viene por medio de la renunciación a todo lo personal.

Se debe liberar al yo personal antes de intentar el paso de nuestra mente en el divino átomo del Yo Superior que está dentro de nuestro corazón. Esto se puede lograr durante un profundo estado de nuestra meditación, cuando se ha llevado la energía mental a nuestro seno, hasta llegar a este microscópico átomo secreto donde mora nuestro yo divino. No se puede hacerlo a menos que se logre olvidar la orgullosa personalidad del momento, a menos que se pueda liberar al ego y al deseo. Solamente a través de tal renunciamiento del yo humano se podrá alcanzar la resemblanza del yo divino.

Se debe analizar la vida y practicar la discriminación. Los impensados logros de las cosas externas transitorias constituyen una servidumbre, pues obligan a tomar una cosa por lo que no es y a vivir como si la existencia humana y el ego personal fueran eternos. Un día llegará la muerte y todo lo material se desvanecerá. ¿Cuál es, estonces, el beneficio de vivir solamente para las cosas transitorias? Eso es servidumbre. Es preciso dejarlos, abandonarlos, si se quiere penetrar en el pequeñísimo punto que ocupa el Yo Superior dentro del corazón humano. Ser puro significa que uno se ha quedado completamente vacío de todo lo personal, para que se pueda cruzar el minúsculo portal del átomo sagrado residente en el corazón, que viene a ser la puerta angosta que Jesús menciona frecuentemente. Si uno no puede liberarse, entonces no puede cruzar el portal y ver a Dios. Para ver a Dios uno debe verlo *dentro de sí mismo,* que es donde está el Yo Superior, en el corazón, pues es imposible verlo de otra manera. No hay dualidad en la divinidad; se puede ver a Dios solamente uniéndose a Él, y esto sólo se puede lograr apartando todo aquello que impide tal unificación.

Un hombre puede ver solamente una reflexión de su rostro; puede percibir una imagen reflejada de él, pero nunca verá su verdadero rostro. Él es este rostro, y si trata de verlo sólo llega a tener una imagen de él. De la misma manera, tenemos a Dios dentro de nuestro más profundo Yo, y si deseamos verlo sólo tendremos una imagen mental en visión

nunca la verdadera Alma Divina. Se puede tener esta visión fuera del yo interior, aunque permanecerá dentro de la mente, como algo aparte. Pero aun cuando uno no llegue a ver al Yo Superior verdaderamente, uno se puede *convertir* ciertamente en él. De ahí que la primera visión de Dios se experimentará cuando uno sienta que *es* el rayo de Dios dentro del corazón.

* * *

Jesús dice luego:

> *Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios.*

¿Quiénes son los pacificadores? Son aquellas almas avanzadas que han alcanzado un determinado punto en su evolución interna. Mediante una constante aspiración, por medio de la frecuente meditación y la reflexión constante sobre el propósito de su encarnación, esos seres han alcanzado el punto de una comparativa quietud mental y de control. Su principio dominante y primordial no es la codicia, el odio o la pasión, sino una alta cualidad. Ellos moran más en lo interno que en lo externo. De este modo han encontrado paz para sí mismos y automáticamente lo trasmiten para los otros.

Esta investigación acaso no nos traiga felicidad en el sentido ortodoxo, generalmente comprendido como la realización de deseos, pero ciertamente nos traerá paz interior, el solvente estelar de todas las ansiedades. Aquellos que se ven turbados por fuertes deseos de poseer todo aquello que no tienen, no han encontrado todavía la paz. Felicidad significa diferentes cosas para distintas personas. Su definición depende de lo que ellas necesitan, de lo que más anhelan en la vida. Por lo general, la provisión de ese anhelo constituye su idea de la felicidad.

Olvidamos, sin embargo, que tal realización no puede durar; puede irse de nuevo. La riqueza frecuentemente toma alas, como lo demuestra la historia de las pasadas genera-

ciones, y el amor nace para ser enterrado. La fortuna es un jade engañoso, mientras que las existencias regaladas se desvanecen como partículas de polvo.

No obstante, existe una cierta condición que se pone a tono con el Infinito, a la cual se puede apelar y que siempre produce una sensación interna de extrema satisfacción, de plenitud sin ansias, de perfecto contentamiento. Nuestros deseos deben descansar en el Yo Superior como los niños se refugian en los brazos de sus madres. No lo perturban a uno por la sencilla razón de que hay mucha paz interior y se repliegan y aquietan. ¿Cómo pueden moverse si adentro todo es inmovilidad, cómo pueden agitarse si allí todo es sublime quietud? ¡Cuánto reposo y cuánta felicidad se logran liberándose del deseo! Nada más que permanecer en sosiego. Verse libre de los inquietantes deseos, no importa donde uno esté; estar en paz. Esta es una calma inquebrantable y eterna que no depende del estado de nuestras finanzas o del estado de paz del mundo, sino únicamente de la Realidad Eterna, que está siempre presente en el interior de uno. Esta es la verdadera paz. El deseo de constante excitación desaparece en un hombre poseído por la quietud del alma.

Tengo mucha más fe en una filosofía que otorga paz al hombre, que lo obliga a reírse de las cosas que una vez consideró vitales para su existencia, que en otra que lo enseña a fomentar pequeños deseos y grandes ambiciones. La primera tiene en sí algo de burlona, posee un verdadero sentido de proporción, en tanto que la segundo es oscura y lóbrega. Este hermoso sosiego ya no puede desaparecer una vez que se lo ha logrado. Es más digno que la convencional felicidad, porque se la puede mantener no importan cuáles sean las condiciones externas de la vida. Vestido con los harapos de un mendigo o con la rica y elegante vestimenta de un príncipe, la paz interior permanece inconmovible. Esto debe convertirse en un hecho básico en nuestras vidas.

No se dependerá, para nuestra íntima satisfacción, de cosas o circunstancias externas. Se encontrará tal sosiego, entera-

mente dentro de uno mismo, y una vez hallado podrá transportárselo a las cosas exteriores. Entonces podremos dominarlas. Si sobrevienen cosas agradables, las apreciaremos mejor; de lo contrario, si nos molestan las preocupaciones o los problemas, con la paz interior sabremos superarlos.

Nos daremos cuenta de que permanece un estable estado de ánimo en medio de los inquietantes y súbitos cambios de nuestra época. La verdadera paz interior es algo que no va a ser rudamente turbada un día de esos; es un logro que habrá de perdurar para siempre jamás y sobre el cual podemos descansar en seguridad, eternamente.

No se vaya a imaginar que el logro de la paz interior se encuentra *solamente* en el trance místico o en la meditación yogui. Por el contrario, se la puede encontrar en cualquier parte, en cualquier momento, después que se haya completado realmente esta investigación. El trance es meramente una etapa en el sendero hacia el Yo Superior. No es el Yo Superior en sí mismo. Varios místicos, yoguis y aspirantes que han alcanzado un estado avanzado, llegan a lo que podríamos llamar el penúltimo plano, donde experimentan extraordinarios éxtasis, gran beatitud interior. En tal estado, aquellos que creen ser Dios, que suponen ser lo más elevado, creen también que han hallado al Yo Superior. Por cierto, han llegado muy cerca de él, pero sin encontrarlo. Si se detienen allí, todavía están en el mundo de la ilusión. Es verdad, es la más exaltada ilusión posible, pero no por ello deja de ser ilusión, significando por "ilusión" aquello que es temporal y que lo es en apariencia. Místicos y yoguis deben ir más allá. Y deben hacerlo porque la beatitud estática empieza y termina. La extraordinaria beatitud de tal estado no puede durar. Debe llegar a un fin, y entonces a ello puede seguir una triste reacción, aquello llamado "la oscura noche del Alma". Todos los éxtasis deben morir fatalmente. Pero si los iniciados siguen buscando, cada vez más profundamente —y eso sólo puede hacerse con ayuda de un compe-

tente guía—, entonces hallarán una paz inconmovible e inquebrantable.

No hay retorno, no hay lapso, y una vez que uno ha logrado este premio, lo llevará dondequiera vaya. Nunca se perderá esta maravillosa calma, sea que se trabaje duramente en una oficina, haciendo fuego en un campo de batalla, yendo a la muerte en un barco que se hunde, o aceptando los entusiastas aplausos de la multitud; aunque sea un rey cuyo trono ha vacilado y caído, o un plebeyo repentinamente ascendido al trono de un rey. Uno lo retendrá, sin debilitamiento alguno, bajo cualquier circunstancia. Tal es la clase de calma que uno debe encontrar. El objetivo de esta investigación no está acompañada de una tremenda beatitud, sino de una portentosa paz. Los éxtasis místicos son como caramelos, por cuanto le dan a uno valor y lo entonan, pero no se puede masticar y comer caramelos todo el tiempo. Las elaciones de los místicos deben pasar, los éxtasis de los artistas deben desvanecerse, entonces permanecerá inalterable la calmosa compostura del sabio.

Ni la meditación ni el trance ni el misticismo solamente pueden conferir la posesión de esta verdadera paz. Se debe emerger de las tres eventualmente, y cuando se haya salido se encontrará de nuevo en el flotante y visible universo, el cual nos hará frente reclamando nuestra participación. Quienquiera haya dominado la séptima etapa puede caer a voluntad en un profundo trance, si le complace; pero eso significa menos para él que la capacidad de actuar en el mundo material como lo hacen los otros mientras se tiene plena conciencia de la oculta paz espiritual.

Empezaremos a despreocuparnos acerca de las opiniones y las críticas de otras personas cuando lleguemos a tener conciencia del valor de las nuestras. No permitiremos más que personas desagradables nos irriten o lastimen cuando nos cubramos con una armadura de sublime independencia. En resumen, la verdadera paz nos hará libres.

Se tendrá una comprensión de armonía incluso cuando la

gente diga de nosotros que somos necios o hablan mal de nosotros. Incluso pueden halagarnos o adularnos, pero esto no será de nuestro interés. Si la gente nos adula, puede hacerlo, pero en nuestro fuero interno seremos indiferentes. Desde el momento en que se acepta la adulación, debe aceptarse también la crítica. No importa lo que se diga de uno, sea en alabanza o en vituperación, no lo aceptaremos. Debemos dejar que el pasado siga su curso y se cuide a sí mismo, mientras uno vive en la punta del alfiler de un momento. Vivamos allí por siempre jamás, y entonces encontraremos verdadera paz. Dejemos que el pasado se vaya. ¿Qué es ahora sino una memoria, y qué es sino un pensamiento, una idea? No tiene realidad consistente. Nuestro futuro es todavía sólo un pensamiento, por lo tanto, también, no tiene realidad. Dejemos que se haga cargo de sí mismo. ¿Y qué decir acerca del presente? El presente parece real. No podemos negar esto. Pero miremos el calendario en una fecha adelantada. Mañana pensaremos en este momento, este presente momento... ¿qué pensaremos entonces de él? No será nada más que un recuerdo, una idea, y entonces tendrá el mismo valor que todos nuestros otros pensamientos.

De ahí que nuestra presente realidad sólo sea una idea. Es así cómo la vida que estamos viviendo es sólo una mental, no material. Si dijera que el mundo es solamente una idea de nuestra mente, incluye eso también al mundo en el cual estamos vivendo en este momento. En consecuencia, es verdadera sabiduría vivir en el presente como si fuera eterno. Vivamos en lo eterno ahora; vivamos en la punta del alfiler del momento. ¿Y qué es eso? La punta de un alfiler no tiene valor mensurable, porque la punta se extiende hacia alguna parte y desaparece. Ello quiere decir que vivimos en el terreno vacío de nuestro ser interior, donde todo es vacuo. Tal es nuestra verdadera morada y es allí donde debemos vivir, aunque podemos ubicar la parte frontal de nuestra atención para enfocarla sobre el mundo. Enviemos nada más que un mensajero, una parte de nuestra mente, y eso tiene que ver

con el mundo exterior. Pero nosotros todavía seguimos viviendo en ese sempiterno vacío. Una vez se ha logrado esta paz, uno se despreocupa y se desprende de todo.

Se puede lograr esto solamente después de un curso en una buena práctica de yoga, porque el yoga es el vaciar la mente de todas las cosas, es decir, la creación de un vacío mental. Cuando se ha encontrado ese vacío, es necesario retenerlo, aun cuando uno se vea atosigado por asuntos mundanos. Aun cuando un actor vive otra personalidad en la escena, en alguna parte de su mente siempre tiene conciencia de quién y de lo que es. De la misma manera, se debe representar nuestra parte en la vida como el yo personal, pero en el fondo de nuestra conciencia recordaremos quiénes y qué somos. De este modo se obtiene la paz. En nuestro ser más íntimo afirmémonos en este estado de vacío y dejemos que el personal ego viva como si sólo fuera una parte de nosotros. Recuérdese siempre que él no es nuestro esencial *yo*. Reténgase esta memoria en alguna parte de la mente.

Descánsese en el vacío interior, y se haga lo que se tenga que hacer será lo mismo. Pero se hará espontáneamente a través de uno y no existirá la creencia de que nosotros, como el yo personal, somos responsables por hacerlo. Es nada más que la corriente de la vida que lo lleva a uno. Si tenemos que matar a un hombre, impersonalmente, como un soldado que defiende a su patria, será preciso hacerlo. No se hará ningún mal destino, porque ningún destino puede entrar en el vacío interior. Se tendrá paz perpetua, porque nada hay que nos conturbe en el vacío. Las personas que creen que deben llevar todas las cargas de sus vidas personales no pueden encontrar la paz. Si ellas comprendieran, sin embargo, que en el fondo de su mente está la gran quietud del Yo-Testigo y trataran de encontrarlo, y lo lograran, entonces sabrían esas personas lo que quiere decir la calma interior, mientras el mundo exterior se agita activamente. No conozco ninguna otra merced más importante que esta: la obtención

de la verdadera felicidad. Si unos cuantos alcanzan este seráfico estado, es porque la mayoría no lo busca.

Jesús llamó, a quienes poseían esta merced, los "pacificadores", porque ellos establecieron una armonía propia e hicieron la paz con ellos mismos, porque en sus corazones ya no existe ningún conflicto interior, y la interminable tensión de una existencia dividida contra sí mismo ha cesado. Y, por supuesto, Jesús alude también al hecho de que ellos llevan la paz a otros. Esto no tiene nada que ver con la intervención en las riñas de otras personas. Jesús no quiso decir eso, porque ese tipo de pacificación es sólo una derivación de la paz interior. Tuvo otra y profunda razón para llamarlos pacificadores. El vacío dentro del divino átomo de corazón se ha llenado literalmente de quietud y de paz completa. Este escondido umbral del Yo Superior se revela en sí mismo por la extraordinaria quietud con la cual la mente se llena cuando se acerca ella durante la meditación.

"Ellos serán llamados hijos de Dios", continúa Jesús. El Padre es el Yo Superior, y todos cuantos han entrado en comunión con él, todos aquellos a quienes el Yo Superior arroja su luz mística, y que reflejan esa luz, poco a poco, a través de sus vidas, son sus hijos. Este parentezco no es algo que se aplica hoy, pero no mañana. Es una constante realización, porque es eterna. Uno de esos hijos de Dios fue el Hermano Lawrence, quien vivió como monje y trabajó en la cocina del convento. Él jamás perdió la sensación de la divina presencia. No tenía que orar ni meditar para que ello sucediera. Estaba siempre allí, incluso en medio de sus humildes tareas. Explicó que ante esa presencia se establecía en él una paz inquebrantable. "El tiempo de la felicidad no difiere conmigo. Desde el momento de la oración, en el ruido y el ajetreo de mi cocina, yo poseía a Dios en gran tranquilidad, como si me hallara prosternado", escribió.

* * *

*Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sois cuando os vituperaren y os persiguieren, y dijeren de vosotros todo mal por mi causa, mintiendo.*

De nuevo combino estas dos frases haciéndola una sola sentencia, porque en verdad tienen una muy estrecha relación entre sí. De esta manera llegaremos a la séptima y última bienaventuranza. Hay una profunda razón por la cual puso Jesús este pensamiento en particular como el final. En la misteriosa matemática que gobierna el cosmos, el número siete es el número de la culminación evolucionaria, el número de la consumación espiritual. Se habrá observado que tanto en la bienaventuranza primera como en la última, Jesús menciona el reino de los cielos, que es la Eterna Realidad. Aquél que ha obtenido la divina Conciencia, por tanto, identifica sus propios intereses con aquellos de El Todo. La lucha de todas las criaturas vivientes está muy cerca de su corazón. La sutil unidad de vida que hay detrás las miradas de vidas individuales es conocida por él con ayuda de la realización personal. De ahí que su propia actitud hacia todos es de perfecta simpatía. No puede hacer ninguna excepción a esta regla. Así como el sol brilla tanto sobre lo bueno como sobre lo malo, del mismo modo ocurre con el hombre cuyo corazón mora en el reino de los cielos irradiando su propia luz, equitativamente, sobre lo bueno y sobre lo malo. Esto es, existe dentro del elemento del amor divino.

De ello resulta que, hasta que nuestra vida no se haga divino, no descubre la divinidad que hay detrás de las vidas de otros. Cuando uno se da cuenta de la Verdad —cuando se descubre el Yo Universal, o el Yo Superior, cuando uno comprende que lo conoce realmente, entonces se descubrirá que sólo hay un Yo, un Ser— entonces se comprenderá el verdadero significado del amor. Se tendrá una tolerancia y simpatía que "transcenderá todo entendimiento".

El amor que viene de la comprensión es la más elevada expresión del amor y no se basa sobre la mera emoción o el sentimiento. El amor basado en el entendimiento es la habilidad para colocarse en la armonía con cada criatura, para saber cómo piensa y sienten todos, y hacerlo con absoluta simpatía. De la reserva de sabiduría del amor uno extrae capacidad para pensar y actuar en perfecta armonía con todas las criaturas vivientes.

El amor es una palabra muy gastada, pero yo la empleo en el mejor de los sentidos, lo cual, simplemente, significa esto: que uno experimenta armonía con todo el universo, con todos los seres vivientes, con todas las creaturas manifestadas. Se los ama a todos porque se ha encontrado en ellos la misma y divina esencia que está en uno. Todos surgen de la misma raíz, y esa raíz es la del Yo Superior. Ellos están humanamente emparentados y divinamente relacionados con uno; por medio del Yo Superior se puede comprenderlos perfectamente y simpatizar con ellos del mismo modo. Realmente, sólo hay un Yo Superior, y al encontrarlo encuentra uno el Yo Superior de otra persona, y cuando uno descubre que, automáticamente, entra en perfecta armonía con la otra persona, *lo sepa o no dicha persona.* De ahí que uno dé y reciba amor. Se manifiesta hacia esa persona una actitud que es idéntica con el sentimiento que uno manifiesta hacia su propia personalidad. Habrá una completa y perfecta armonía con todas las personas en el sentido de que otros no son básicamente diferentes de uno mismo.

Este es el séptimo fruto de la obtención. Amor verdadero existe cuando hay una verdadera identificación interior con la vida de otra entidad. Inevitablemente se hará que la mayoría de los intereses de los otros sean apreciados como los propios. Una gran compasión por la humanidad sufriente e ignorante necerá dentro de uno. Las luchas de todas las criaturas serán nuestras. Ningún estrecho nacionalismo puede circunscribir el amor que por sus paisanos siente el adepto. Todo el mundo es su hogar. Además, se recibirá también

amor —no de todos, aunque uno se lo dará a todos, sino de algunos que serán suficientemente sensitivos para discernir la invariable actitud interior hacia ellos—, pero será sólo de unos cuantos. Pero, ciertamente, se recibirá el amor de todos en un sentido, porque todos están buscando esta divina existencia, lo sepan o no. Al buscarla ellos nos amarán, necesaria e inevitablemente, aun cuando sea inconscientemente, si uno la ha encontrado antes, porque de ser así automáticamente se les muestra el sendero que ellos también buscan. No es necesario hacer ningún esfuerzo para ayudarlos. La mera presencia de uno bastará, porque se es el canal de vinculación entre el Infinito y los congéneres mortales. Si ellos buscan conscientemente entonces su comprensión es mejor, y aun puede ser que nos amen conscientemente.

¿Pero por qué previno Jesús a sus discípulos que esperaran la persecución? ¿Por qué, en otra ocasión, envió a sus doce apóstoles al mundo con una clara prevención? "Tened cuidado, os envío como corderos a una manada de lobos; sed, por tanto, astutos como serpientes e inofensivos como palomas". El vagabundo maestro de Galilea quería decir que no basta ser bueno, ni inofensivo. Se debe ser también tan astuto como una de las más sutiles criaturas: la serpiente.

¿Por qué?

Porque este mundo entero, este vasto universo y el panorama de vida que se mueve en su superficie, es el interjuego de dos fuerzas cósmicas, involución y evolución, creación y destrucción, los que se conoce como bueno y lo que se dice malo. De la brumosa atmósfera del origen cósmico surge la interminable procesión de estos dos poderes gemelos. Siempre están en tarea y así será hasta que el universo desaparezca. Se percibirá por qué, mediante esta porfía, este constante interjuego e inevitable conflicto, este asombroso conflicto de fuerzas, la maravillosa corriente de vida fluye a través de los más variados escenarios, y de este modo recibe las más ricas experiencias. De este modo *se hace* el hombre; su carácter se forma a través de sus luchas con los elemen-

tos adversos de la Naturaleza, y en la oposición encuentra finalmente su oportunidad. Sus vacilantes pasos lo llevarán por último a su divino objetivo. De este modo la historia se ha convertido en algo más que una simple serie de aislados sucesos, más que una fortuita cadena de acontecimientos, y más que un apagado catálogo de ruinosos imperios.

Ahora estamos preparados a comprender lo que quiso decir Jesús al advertir de este modo a sus apóstoles. El elemento adverso de la naturaleza existe, ya sea para destruir la mano de obra de las mentes divinamente constructivas, o para oponerse a los guías portadores de luz divina. Ningún verdadero profeta, ningún apóstol de la Divinidad se aventura por el mundo llevando una sagrada misión de ayuda espiritual sin provocar la hostilidad y el antagonismo de aquellas oscuras fuerzas. Éstas encontrarán ciegos e inconscientes instrumentos humanos a través de los cuales será posible obstaculizar o destruir las desinteresadas actividades de los iluminados. Con no poca frecuencia esos extraviados enemigos se lanzan furiosos a una tarea de crítica, falsedad, calumnia, malicia, odio, y finalmente en actos de violencia personal, como lo prueba la propia crucifixión de Jesús.

No es que Jesús temiera la muerte. El hombre que conoce la Verdad acerca de la vida no se preocupa si vive o muere, porque no se identifica con su cuerpo. La muerte para él no significa más que el nacimiento. La única vida es eterna. No ha nacido ni nunca morirá. Seguirá su curso por los siglos de los siglos. Comprendiendo esta infinita paz, ¿por qué había de rendir culto a su cuerpo el que conoce la Verdad? Está enteramente preparado a partir en cualquier momento, porque para él la muerte ha perdido su horror.

La larga lista de los místicos que fueron martirizados, y de profetas que fueron castigados porque se atrevieron a hablar de la sorprendente verdad desde lo más profundo de sus corazones, lo explica en sí misma. La elevada verdad destruye el poder de los credos y disuelve la composición de castas; viene a liberar al hombre y a aliviarlo de sus propias

cadenas. ¿Por qué, entonces, los de mentes mundanas, que retienen sus atrincheradas posiciones, temen las voces divinas y procuran acallarlas?

Ningún hombre que se atreve a promulgar un mensaje recibido de una elevada fuente, que se atreve a expresar una visión que no es de este mundo, puede lograr ese conocimiento sin sufrir una serie de críticas, innumerables antagonismos e incomprensiones, las agudas flechas de la envidia y las amargas falsedades de sus enemigos. Pero, si es sincero, surgirá por amor de unos cuantos del enclaustrado y calmo retiro que siempre está abierto para él. Aquellos estarán prontos a recibir, agradecidamente, con toda simpatía y comprensión, aquello que él les ofrezca. Es por causa de ellos que él soporta las heridas y lastimaduras que le infieren los otros. Él no intenta formar conversos. Ha venido para que la gente conozca ciertos hechos, no ha convertirlos. Porque

Un hombre convencido contra su opinión
Seguirá siendo de la misma apreciación.

Pero nos encontramos en el medio de los apabullantes aconteceres mundiales. Los gemidos de desesperación de millones de hombres y mujeres, el torturante interrogante de cientos de miles de seres perplejos pero sinceros, se elevan a las altas esferas y llaman tumultosamente en las mismas puertas del Olimpo. De este planeta teñido en sangre se alza una roja nube que cubre los ojos de los dioses; se alza acompañando los incesantes gemidos que llegan al Olimpo.

El Buda es representado en todas sus estatuas con largas y descendentes orejas, porque como un dios con forma humana, posee la sobrehumana sensibilidad con la que oye todas las espantosas agonías de la humanidad. Así que no podemos sorprendernos si seres menores que Buda oyen los gemidos del mundo y vienen entre nosotros a traernos paz, verdad y amor.

Tales son las siete bienaventuranzas que se espera encon-

trar al final de la búsqueda. Pero, recuérdese, es realmente un solo premio, un divino estado del ser. Al examinarlo, analizarlo, criticarlo y abreviarlo, el intelecto produce esos siete aspectos. Esencialmente sólo hay un estado, y siempre, espontáneamente, se lo encuentra toda vez que se lo demande por alguna circunstancia. No se niega; es todo comprensión.

Después de todo, las palabras simplemente son nombres y rótulos. Sólo hay una última conciencia que encontrar, y la variedad de nombre no hace a la cuestión. Lo que el científico llama la Desconocida Realidad, lo que los budistas llaman Nirvana, lo que el hindú denomina Liberación, lo que Jesús llamó el reino de los cielos, lo que los yogas llaman lo Absoluto Inanimado, lo que los místicos dicen Unión con Dios, y lo que los sabios califican como Propio Conocimiento, todas esas designaciones y nominaciones son las mismas en su esencia: es decir, clara y consciente comprensión de lo que realmente somos. Esto trae consigo el cumplimiento de nuestro propósito aquí en la tierra, en toda forma, ya sea física, mental o espiritualmente. Es un ser trascendente, una vida que está por encima de la materia y de la mente. Si encontramos esta elevada existencia —y realmente no existe el "sí" porque no hay escape posible, es el único destino final abierto al hombre, incluso aunque la naturaleza es paciente y puede esperar millones de años si es necesario para su cumplimiento— cuando lo encontremos, habremos ganado la bienaventurada condición descrita por el Maestro Jesús en sus expresivas y sin embargo esotéricas sentencias.

¡Cuántas cargas inútiles de palabras llevan nuestros libros! ¿Qué significa toda nuestra realización intelectual en comparación con esta realización espiritual? Los pretensiosos *literati* de ambos hemisferios aparecen como pigmeos en el desfile de la vida al lado de los hombres divinos que se han encontrado a sí mismos. H. G. Wells dijo en alguna parte que las grandes y universales verdades son tan pocas que podrían escribirse en una tarjeta postal. Si hubo un hombre capaz de condensarlas en tan pequeño espacio, ese hombre fue Jesús.

## Capítulo VI

## LA AYUDA PRACTICA DEL YOGA

En los tiempos antiguos, la meditación se practicaba como un aparte vital del diario vivir. En las más antiguas culturas, ella empezaba cada mañana con el culto al sol. El sol no era sino el símbolo de esa Gran Luz que el hombre esperaba encontrar dentro de sí mismo. Después de ver al visible sol el hombre solía cerrar los ojos y buscar en sí el sol interior, la Luz interior del Yo Superior. La práctica fue una necesidad de la vida en aquellos tiempos y todavía es necesaria.

Porque hemos olvidado mirar hacia adentro de nosotros buscando la iluminación que está allí, somos tristemente ignorantes, perdidos en una oscuridad espiritual. Vamos de aquí para allá, pero sin llegar a ninguna parte. Considérese la siempre creciente prisa y la distracción de la vida moderna. Dios no es tan negado como aceptado por convencionalismo. Justo cuando llega Cristo, en la noche de Navidad, las tabernas están llenas de gentes que lo celebran, en medio del ruido y la animación de la tumultuosa vida moderna.

En efecto, las voces roncas que oímos en el mundo de hoy, esas horribles voces de la ciega pasión y el odio cruel, de irritabilidad, de rivalidad e incomprensión, son las voces de los hombres que nunca han mirado hacia el interior, que han perdido la comprensión de su relación con el alma divina. La única cura radical para este ruido es encontrar el silencio interior. Y una vez que la gente haya aprendido a encontrar la paz interior, estaremos seguros de haber logrado

la paz exterior y de haber abolido las insensibles guerras. Ello vendrá como un perfecto y natural resultado, y es el único medio por el cual habremos de hallar paz. Los sueños de los hombres que anhelan una paz exterior perdurable nunca se materializarán a menos que ellos la encuentren previamente en sí mismos. Es la naturaleza humana en su estado degenerado la que crea las guerras. Ninguna pieza de papel escrito, llamado tratado, evitará al mundo el peligro de la guerra.

Meditación, el arte de la quietud mental, o yoga, como lo llaman los hindúes, es acaso la práctica fundamental de esta indagación interior. Es esencial para todo aquél que busca hallar su yo espiritual. El principio básico que lo sustenta es simple: durante el día nos hallamos tan absorbidos por la atención de las cosas externas y de las actividades mundanas que nunca tenemos conciencia de *quién* es el que atiende todas esas múltiples actividades. Nos sumergimos tanto en ellas que no se nos ocurre pensar siquiera quién es el que está sumergido.

La meditación tiene como objeto primario la separación de esta entidad o persona que está actuando, trabajando, caminando, moviéndose, de las actividades en sí mismas, para así tener una oportunidad de ser verdaderamente *consciente*, de conocerse a sí mismo. De ahí que el fundamental método de la meditación es dirigir la atención deliberadamente fuera de las actividades exteriores y volcarse hacia adentro en oposición.

Ya sea en el trabajo como en la diversión, estamos constantemente comprometidos en una actividad externa. Y por externa significó también la actividad mental, la cual, aunque en apariencia es interna, es realmente externa, porque el trabajo del intelecto es algo que el ser o la verdadera persona que mora en nosotros ha de considerarla como externa a sí misma. En otras palabras, *aquél* que piensa y aquél que obra no es ni pensamiento ni es actividad.

Por lo tanto, si uno quiere encontrar al ser que mora en

lo más recóndito de nosotros, no solamente que debe volcar su atención hacia la mente, apartarla de la acción, sino que debe penetrar más profundamente alejándola del intelecto y llevándola hacia lo que está *detrás* de él. A menos que captemos la necesidad vital para la práctica de la meditación, e intentemos hacerlo, ¿cómo podemos abrigar la esperanza de liberarnos de la existencia superficial que nos esclaviza?

Muchas personas se dejan llevar por las prevenciones y malas interpretaciones acerca del yoga y la meditación. Algunos creen que la práctica de la meditación necesariamente va a conducirlos a las maravillosas y sobrenaturales prácticas. Bien, puede suceder esto o no. Otros creen que con la meditación van a desarrollar poderes ocultos. Puede ser que sea así, o no. Otros piensan también que es preciso someterse a los regímenes más ascéticos y de disciplina para que la meditación dé resultado.

Quienes vivimos en el mundo occidental, en Europa y América, nunca hemos tenido ni el placer ni la oportunidad, a veces ni siquiera la voluntad, de practicar dicha meditación durante aquellos períodos prolongados de tiempo que los yoguis hindúes y los místicos medioevales podían dedicarle. Las disposiciones de la sociedad moderna apenas nos permiten tener pequeños momentos de expansión, de modo que nos vemos en figurillas para aprovechar en lo posible los escasos minutos que aún podemos disponer.

No es necesario derrochar todo un día en la quietud mental para encontrar el yo espiritual. A juzgar por lo que he visto durante mis frecuentes viajes por el Oriente, no es ni siquiera aconsejable, porque la prolongada meditación es la más difícil proeza que un hombre pueda realizar. La extrema tensión del esfuerzo para lograrlo durante todo un día es demasiado para la mayoría de los hombres, con el resultado de que muchos que lo intentan decaen en la pereza, el egoísmo o la hipocrecía. Es mejor dedicarle un corto período durante cada día, y constituir *vital* dicho período, para que el resul-

tado sea realmente significativo, y entonces suspender la meditación y retornar a las actividades diarias.

Muchos se quejan de la falta de tiempo.

—Me gustaría mucho practicar la meditación —aducen—; pero, realmente, no dispongo de tiempo.

Después de una somera investigación llegamos a la conclusión de que, efectivamente, no disponen de tiempo, porque todo el día lo pasan haciendo cosas rutinarias y a veces sin importancia, realizando tareas triviales, insignificantes, frívolas, con las cuales llenan los a veces grandes vacíos que hay en sus vidas. En ocasiones rehusan dejar su participación en una mesa de juego, cuando el más grande de todos los juegos —la vida— está esperando todavía que se juegue. Primero está lo primero. A esas gentes les falta tiempo para visitarse a sí mismos y van de casa en casa haciendo visitas intrascendentes, con el sólo propósito de perder su escaso tiempo en charlas insulsas. No se dan cuenta de que es mucho más trascendente y necesario emprender la tarea de buscarse a sí mismo y que no se ha descubierto aún otra más importante.

Si no podemos encontrar tiempo para lo divino, ¿cómo lo divino va a encontrar tiempo para nosotros? El hombre que se olvida de Dios durante el día no debe quejarse cuando llegue el momento de saber que ha sido completamente olvidado por Dios.

Todo el mundo tiene tiempo para las cosas que estima en mucho, y si uno valúa la quietud mental suficientemente, tendrá el tiempo necesario. No importa mucho si ese breve momento es de mañana, de tarde o de noche. Y tampoco importa mucho el lapso que uno pueda dedicarle, aunque tal vez un período de veinte minutos sería realmente el mínimo más conveniente, simplemente porque toma esos minutos el empezar, el iniciar la práctica, antes de que se pueda entrar en ella propiamente. Y seguramente veinte minutos no es mucho pedir incluso para la persona más ocupada.

Pero aun cuando no los disponga —no puedo imaginarme

a ninguna persona en tan desgraciada situación—, entonces doce minutos podrían ser vitales, si uno se sienta y se dice a sí mismo:

—Durante este breve momento me olvidaré de todo y pondré mi mente en blanco, olvidando por completo mi vida personal; y me volcaré hacia adentro, buscando allí la liberación...

Si se hace esto con suficiente intensidad y la más decidida determinación cada vez, eventualmente no se fracasará en hallar algo realmente digno

Nosotros no alcanzamos a comprender el tremendo valor de la existencia física o la importancia de emplear sabiamente nuestro tiempo. Al cielo se puede entrar después de muerto sólo si se ha entrado en vida en él. Tal es el valor de la vida en la carne; no existe otro valor semejante.

Debemos hacer lo posible para hallar una justa proporción entre la actividad y el reposo, o perderemos el único objetivo real que la vida puede ofrecernos. Es cierto que muy raras veces nos encontramos en una situación en que podamos darnos el lujo de gozar del tiempo libre. Pero por esto no debemos culpar a nuestras estrellas, al medio ambiente, o a los amigos. Nosotros aceptamos sin protestas la sociedad en la cual hemos nacido; nos sometemos libremente cuando ella nos impone o nos encarcela. Para obtener un lugar destacado en la sociedad, ya sea como un simple ciudadano o un rey, debemos pagar por fuerza el precio de la libertad. Solamente aquéllos que están dispuestos a despreciar los reclamos de la ambición y las críticas de la sociedad ante los intentos por encontrar el verdadero yo, están prontos a dedicar su tiempo al ensueño. Y los dioses les conceden las cosas que ellos buscan.

Realmente no hay restricción en lo que a tiempo se refiere, o a lugar, para comenzar esta práctica. Empezar al momento, no importa dónde se halle uno, y hacerlo de acuerdo a las reglas prescritas, y se habrá iniciado en el intento de bucear dentro de uno mismo en busca del Yo.

* * *

Aunque no tiene mayor importancia la hora del día o de la noche en que uno pueda empezar esta práctica, sin embargo, si se tiene una oportunidad, entonces es mejor elegirlo en uno de estos tres períodos:

Hay una ventaja al practicarlo en la mañana, porque la mente está libre, menos recargada, y más fresca. Además, si se tiene éxito en romper la membrana de la existencia personal y física durante la meditación, se encontrará algo de la paz y la quietud que envuelve el profundo ser interior. Luego, cuando se inicien las actividades del día, se descubrirá que la quietud y la paz persisten como un definido eco, todavía ligados a uno como una especie de destello celestial, de modo que se pueden realizar las tareas cotidianas en medio de su hermosa presencia. Esta es la particular ventaja de practicar por la mañana.

Además, el período subsiguiente al amanecer es uno de gran quietud en la naturaleza exterior, y para aquéllos que buscan la quietud interna del Alma, es consecuentemente más fácil practicar con mayor éxito en ese lapso. La mente, en el momento del despertar, es como un delicado hilo atado al yo espiritual. Por tal razón, la primera actividad del día viene a tener mucha importancia. Dejemos entonces que nada más que el esfuerzo de ponernos en contacto con nuestra espiritual naturaleza ocupe nuestros pensamientos, porque en este momento el esfuerzo encontrará menos resistencia. No se haga nada más; no intente vestirse, o asearse, porque ello distraería nuestra concentración, obligando a la mente a saltar como un simio, de pensamiento en pensamiento.

El segundo período más conveniente a los propósitos del buceador del alma es la misteriosa hora de la puesta del sol o crepúsculo vespertino, por la razón de que la naturaleza experimenta de nuevo el silencio, hace una pausa en su actividad externa durante la unión del día con la noche.

El tercer período, no tan bueno como los dos anteriores, es el de mediodía. Cuando el astro está en el cénit tenemos la posibilidad, durante algunos minutos, de ponernos en con-

tacto con el yo espiritual, un tanto más fácilmente que en otro momento. La razón radica en la misteriosa conexión entre el sol y la vida espiritual de este planeta.

Pero si la vida de uno está dispuesta de tal modo que ni al amanecer, el anochecer o el mediodía se puede aprovechar unos momentos para la práctica, entonces no importa. Búsquese unos minutos a cualquer hora del día, cuando se esté solo, quieto y sin peligro de ser turbado, y empiécese en el intento de poner la mente en contacto con el infinito. Es aconsejable, siempre que ello sea posible, encontrarse en un medio ambiente que facilite y no obstaculice la práctica. Tal ambiente podría ser uno donde la naturaleza se muestre hermosa, quieta, tranquila, donde el clima no sea extremo, pues tanto el calor como el frío perturban el esfuerzo de la mente.

Después que se haya dispuesto de un determinado período durante la jornada, es aconsejable mantenerlo siempre. Entonces, automáticamente, se empezará a meditar al llegar esa hora en particular. Si se puede lograr esto, si se puede afirmar este tiempo regular, no se vacile; nos resultará de mucha ayuda y, eventualmente, hará más fácil la práctica de la meditación.

Es conveniente que se tenga, a ser posible, una habitación reservada, o por lo menos el rincón de un aposento, no importa el tamaño, donde se pueda practicar regularmente la meditación. Si se puede lograr esto, se construirá una invisible pero real atmósfera mental dentro de sus paredes. Cada vez que se entre en la habitación se sentirá automáticamente la tendencia a volcarse hacia el interior de uno mismo. La habitación se convertirá así en nuestro altar. Cada vez que lleguemos a ello surgirá la vibración mental sin que sea necesario realizar ningún esfuerzo por nuestra parte.

Es de suma importancia que uno no sea turbado durante la meditación; de ahí que convenga correr el cerrojo de la puerta. Se debe dar el adiós al mundo exterior por el período del aislamiento, y junto con él se dará también el adiós temporario a nuestra vida personal. Se tratará entonces de qui-

tarse las cargas particulares, las preocupaciones domésticas, las ansiedades de los negocios, las ambiciones, las esperanzas y los placeres personales. Procúrese la calma y apárentese todos los pensamientos relacionados con la familia, el ambiente circundante, y los asuntos mundanos, no importa cuán necesarios y exigentes puedan parecer. Olvídense todos los lazos que nos ligan a la actividad externa. Ahora bájense las cortinillas y ciérrense las celosías. Apáguese la luz, porque el destello de la luz cuando presiona sobre los ojos tiende a distraernos y hacernos retornar a las cosas físicas.

Si no se puede disponer de una habitación para la práctica de la meditación, entonces medítese en cualquier otra parte. No es necesario hacer una demostración pública de ello; incluso se puede meditar mientras se va por la calle. En efecto, cuando uno se ha familiarizado con la meditación, se aprenderá a practicarla no solamente en fijos y determinados períodos durante el día, sino en cualquier momento, de tal modo que se puedan aprovechar los ocasionales instantes en que no se tiene nada que hacer. Uno puede hallarse en determinado lugar, esperando el cumplimiento de una cita, o viajando en un tren; empléese algunos minutos de esos períodos. Déjese que la mente retorne a la búsqueda del yo interior, pero hágase esto sin ninguna aparatosa demostración exterior. No debe permitirse que la gente sepa lo que está haciendo; es nuestro secreto íntimo.

Luego búsquese la postura del sentado que le resulte más cómoda. Si es posible, mirando hacia el norte, porque el aspecto del norte es mejor para todo culto cuando el objeto es *absorber* poder, mientras que el aspecto del este es mejor para el culto de *dar* poder o adoración. No se moleste en adoptar una postura tal como la señalada por el yoga. Si se ha experimentado con alguna de sus posiciones recomendadas y le resulta a uno fácil, entonces empléesela sin vacilar, porque ayudará mucho. Si no se ha encontrado difícil la posición de sentado en el piso y con las piernas plegadas, por cierto, se hallará una ventaja en su uso. Relajará todo el

cuerpo; disminuirá la corriente sanguínea concentrándola en las extremidades inferiores, y ayudará a lograr lo que se busca en la meditación, porque también afloja la tensión nerviosa.

Tales posturas, sin embargo, se practican especialmente por los orientales porque las sillas se usan raras veces, y menos se las usaban antes; y los orientales, siendo tan conservadores, todavía mantienen esa costumbre antiquísima. La postura de sentado en el piso con las piernas cruzadas resulta perfectamente natural a los del Este, pero los occidentales no estamos acostumbrados a ella.

Es difícil para los occidentales adoptar las posturas del yoga y, por lo demás, no es absolutamente necesario. Lo importante es que uno debiera sentarse en tal posición durante el período de quietud mental, para que se olvide que uno tiene un cuerpo físico. Si uno se sienta en una posición extraña e incómoda, entonces el cuerpo le recordará a uno, a cada instante, su existencia, y eso obligará a la distracción; la mente se apartará de las profundidades a las cuales pretende llegar y de este modo la meditación habrá sido derrotada. Por consiguiente, búsquese una posición, cualquiera, que resulte fácil y cómoda, ya sea sentándose a la manera oriental, o sobre un diván, en una silla o donde sea.

El siguiente paso consiste en cerrar los ojos y cerrar también la mente a cada impresión de los cinco sentidos. Como el disminuir la respiración tiene un profundo efecto sobre la mente, de la misma manera la actitud de calma, el no apresuramiento en la preparación para la meditación, es una buena ayuda para el logro del propósito. Ello crea la justa atmósfera inicial para la verdadera meditación.

* * *

¿En qué va a pensar uno? Aunque hay muchos y diferentes temas que uno puede usar en la meditación, el primer esfuerzo concierne fundamentalmente con el desarrollo de la

concentración. Esto implica habilidad para llevar a la mente a una señalada condición, controlando todos los pensamientos, de tal modo que uno los dejará ir en fila por una sola vereda. Esta es la primera etapa. Para el propósito de la concentración no importa que uno piense en cosas mundanas o en otras espirituales, pero puesto que uno está procurando ponerse en contacto con el ser espiritual interior, es preferible que uno se concentre sobre un tópico elevado —algo que lo ayude a evadirse del mundo exterior—, algún ideal o idea que lo lleve a reinos abstractos.

Existen diferentes modos de meditación porque todos estamos hechos de diferentes modos. Tenemos diversos temperamentos, distintos modos de pensar, así como diferentes constituciones físicas; por manera que debemos buscar lo que mejor se ajuste a nuestro modo de ser y de pensar, para que no haya oposición alguna en nosotros mismos. Tampoco debemos buscar un tema que esté en contradicción o sea extraño a nuestro temperamento. Si lo hacemos, el fracaso será el resultado de nuestras preocupaciones. Si se tiene la impresión de que por medio de la oración o la aspiración, antes que por medio del análisis intelectual, se puede lograr mejores resultados, entonces empléese tal medio. Después de todo, recuérdese lo que es la meditación. No se trata de ningún mágico birlibirloque. Es simplemente un medio que nos capacita a cerrar la mente consciente: esa parte de nuestra mente que está por siempre comprometida en prestar atención al mundo exterior y tratar con nuestros deseos y placeres. Tal es la parte de la mente que trabaja con nuestros cinco sentidos y la que interfiere constantemente con nuestros pensamientos; tal es la mente que nos mantiene esclavos a la noción de que el mundo material es el único y verdadero mundo, porque uno presta completa atención al mundo exterior y a los cinco sentidos. La meditación es o debiera ser todo lo que lo capacita a uno a obtener liberación de esta atadura.

El artista absorto en la ejecución de un instrumento, está

meditando, porque se sume y se pierde en la música hasta el punto de que olvida el mundo exterior. Esta hermosa condición lo ha llegado al mundo interior. No es el estado final ideal, pero le ha llegado a través del mundo material. Ha volcado su mente hacia el interior, aunque todavía puede ir más profundamente.

Cualquiera que se comprometa en un ensueño profundo, no importa cuál sea el tópico, sea uno mundano o espiritual, está practicando la meditación, justamente como puede estarlo haciendo un yogui sentado a la orilla del Río Gánges. No debemos engañarnos a nosotros mismos. Muchos hombres de negocios o profesionales europeos o americanos practican ya el yoga, aunque sin saberlo. La dificultad es que ellos meditan solamente sobre sus negocios; no llegan a escapar de lo puramente personal. Si ellos se valieran del poder de la concentración para escapar de sus asuntos personales, podrían meditar con toda fortuna y encontrar su camino hacia el reino interior del espíritu.

Todo el mundo ama la risa. La risa paga más a los comediantes que la ciencia a los científicos. El instinto es bastante justo, porque es el instinto el que nos hace escapar a las cargas personales. El método de meditación propuesto aquí es simplemente otra forma de evasión.

He ofrecido en mi pequeña obra *El Sendero Secreto*, un ejercicio sobre tal idea, basada en una pregunta: "¿Quién soy yo?" Se puede especular sobre tal tema y encontrar la respuesta a ella, si uno lo quiere. La sugería simplemente porque es parte del método más directo para llegar al propio conocimiento del yo espiritual, mientras que las otras líneas de concentración toman solamente un circuito o una ruta semicircular hacia el mismo objetivo. Ellas obran indirectamente y pueden abarcar tanto los objetos materiales como religiosos y sin embargo ignorar al Yo. Aquí, sin embargo, mientras se está tratando de desarrollar el poder de concentración, se combina el mismo esfuerzo con el propósito de acercarse más al yo espiritual.

El principal objetivo en esta primera etapa, de cualquier modo, es controlar el pensamiento, someter a la mente bajo control, de manera que cuando se haya elegido un tema, no se debe permitir que la mente lo aparte. La mente es un rebelde, como seguramente se habrá de descubrir. La gran dificultad que ha de enfrentar el principiante en el arte de aquietar la mente es la de controlar la multitud de pensamientos que incesantemente fluyen a su mente. Esta dificultad es la eterna queja que se ha hecho desde tiempos inmemoriales. Al intento de aquietar la mente, como se verá después, los más extraños e irrelevantes pensamientos persisten en presionar a uno toda vez que se sienta a dar cumplimiento a su deseo.

Cuando la mente se extravía, como lo hará a menudo al principio, debe forzársela a regresar su tema. Por el momento se verá que la atención se distrae y se va a cualquier parte, apartándose de la senda que uno le ha señalado; oblíguesela a regresar sobre sus pasos. No importa que los pensamientos se extravíen y alejen, porque ello es debido a la inherente y natural inquietud la mente, pero lo que importa es que uno debe recogerlos tan pronto como se ha advertido el cambio y de nuevo concéntrese la atención sobre el tema originalmente elegido por uno.

Finalmente, después de mucha práctica, de muchas repeticiones de este ejercicio, la mente se cansa de su rebelión, se fatiga de vagar por ahí, y pide que misericordiosamente se le deje regresar, y una vez logrado esto, se queda mansamente allí donde se la ha colocado.

Este es un logro de la concentración, porque no es fácil apartar a la mente de una serie de pensamientos y concentrarla solamente en uno, reteniéndola allí. El logro demanda abstracción mental, la habilidad de olvidar el medio ambiente y replegarse con los pensamientos, de tal modo que, por el momento, uno viva enteramente en ellos. ¡A veces se olvidará incluso que hay una habitación alrededor! A veces se perderá completamente la noción del mundo que nos rodea. Única-

mente se sabrá que esos pensamientos existen allí donde uno se halla sumergido y que son las únicas cosas que nos importan mientras dura el período de la meditación. Si uno ha logrado esto, entonces querrá decir que se ha dominado la concentración.

Ello demanda una intensidad de propósito que es, francamente, poco común. Si no se tiene suficiente intensidad, entonces se debe buscar el desarrollo mediante el continuo esfuerzo, repitiendo este ejercicio día tras día, semana tras semana, y mes tras mes, hasta lograr que se haga más fácil. Hay muchas personas que persiguen este objetivo desde hace muchos años y todavía no lo han logrado; todavía no han conseguido vencer esta tendencia del intelecto a evadirse y vagar por los campos de la fantasía mundana. La concentración abstracta mental es, por cierto, una de las proezas más difíciles de realizar.

Si se encuentra que, después de muchos y repetidos esfuerzos, la concentración resulta imposible, ¿qué se debe hacer entonces? Bien, en tal caso se procurará concentrar la atención sobre un objeto puramente físico. Esto resultará fácil para muchas personas. En lugar de tomar una idea o un tema abstracto, tómese un objeto tangible y concreto. Esto quiere decir que se habrá de mantener los ojos bien abiertos en lugar de tenerlos cerrados, y se habrá de mirar continuamente dicho objeto. No es aconsejable adoptar esta práctica, sin embargo, a menos que cada intento interior haya resultado un fiasco. Generalmente los ejercicios visuales sólo deben utilizarse después que uno ha conseguido dominar a los pensamientos. Ellos deben llegar en esta etapa, solamente, pero si se descubre que no hay otro modo de tener buen resultado, entonces se seguirá con esta práctica para lograr dominio sobre la mente.

No tiene importancia el objeto que se elija en esta etapa elemental, pero sí lo tendría si se siguiera el ejercicio en una etapa más avanzada. No importa si uno toma una imagen de Jesús, una flor, o el picaporte brillante de una puerta.

Una vez que se ha elegido el objeto, uno debe concentrarse sobre él y nada más. No se permita que el pensamiento divague acerca de sus cualidades. No se debe permitir que la vista se aparte de él. Si se permite esto, sucederá que, por acción refleja, la mente se fija sobre todo lo que se está contemplando; por decir así, la mente se concentrará sobre ello, independientemente. Repítase el ejercicio de concentración sobre un solo objeto, a menudo, y al fin el vagabundo intelecto se irá acostumbrando a concentrarse sobre un objeto y de este modo resultará más sencillo encarrilarlo.

Sea lo que fuere, elíjase solamente un objeto. No se intente la concentración sobre una multiplicidad de objetos. Recuérdese, sin embargo, que la práctica de la contemplación no resulta útil a todos nosotros, y mediante la propia experimentación se habrá de descubrir si es necesaria y conveniente a nuestra individualidad.

Recuérdese siempre: el objeto real de la concentración es de menor importancia que el grado de atención e interés que le otorgamos. De esta manera yo he descubierto frecuentemente un objeto atrayente al escuchar con intensidad el suave rodar de las ruedas de un tren eléctrico, la rítmica vibración y el repetido susurro del deslizamiento hacia adelante y del suave impulso del tren en marcha, todo lo cual inducía a una sensación de descanso que, apropiadamente nutrida por el pensamiento pronto se convertía en una profunda paz, en un arrullado embelesamiento que se deslizaba insensiblemente a una meditativa condición.

Otra práctica física que puede ayudar en distinta forma al desarrollo de la concentración es la del control de la respiración. Puede tratársela como prefación de la meditación. Obsérvese el movimiento respiratorio, intensamente por varios minutos. Váyase disminuyendo su ritmo hasta la mitad de su ciclo normal, no de golpe, sino poco a poco, reduciendo el tiempo en cada ejercicio si esta práctica da resultado. Por lo general, será fácil llegar a la mitad del tiempo empleado en un ciclo normal de respiración. Vale decir, consi-

derando que una persona sana respira catorce o quince veces por minuto, el tiempo ideal será de siete respiraciones por minuto. Pero entre los dos movimientos, inspiración y exhalación, reténgase la respiración, suavemente, por dos o tres segundos. Y durante esos breves intervalos, durante esos pocos segundos que se retiene la respiración, la mente debe aquietarse también. Debe mantenérsela en suspensión, como si estuviera pendiente de la respiración que está contemplando, y eso produce un estado de concentración interior, a resultas de la cual se logrará también que la mente se concentre con éxito.

Los faquires de Oriente, bajo el nombre de yoga, a menudo practican toda clase de contorsiones físicas, con sus miembros anudados en extraños nudos, porque cuando el cuerpo es retenido y fijado con firmeza por la fuerza de voluntad en tales posturas, eso altera y controla la respiración instantáneamente. Una vez que la respiración es retenida bajo control, por acción refleja, se controla también la mente.

No hay necesidad de luchar con ninguna postura contorsionada. Se puede entrar directamente bajo control de la respiración. Aquí también, aunque el control de la respiración ha ayudado a mucha gente, es posible que no nos ayude a nosotros. Eso se debe descubrirlo mediante la experimentación. Si se llega a saber que ello lo ayuda a uno, entonces empléeselo, pero sin olvidar que sólo es un medio para alcanzar un fin. No es un objeto principal en sí, y una vez que realmente se haya obtenido el poder de la concentración mental, puede deshacerse de todas las ayudas indirectas, yendo directamente hacia lo que se busca.

Otra efectiva práctica preliminar de ayuda para la meditación es escuchar un poco de música en un gramófono. Dicha música debe ser preferiblemente de una naturaleza religiosa y si es posible ejecutada en el violín. Hay varios discos que se pueden adquirir que ejerzan un correcto efecto sobre la mente; esa música exalta, lo eleva y finalmente lo aquieta a uno. Cuando se escuche esta música, manténgase fija la

mente en ella y cuando la misma se extingue en una última nota, empiécese con la meditación.

* * *

Existe todavía otra ayuda, de la que pueden disponer algunas personas realmente afortunadas. Es tal vez la más eficaz de todas. La misma consiste en la ayuda de un competente guía, que sea en sí un maestro en el arte. Esto es bien comprendido en el Oriente, de tal modo que, cuando aquellos que desean lograr el dominio de la concentración con propósitos espirituales, siempre recurren a las ermitas de aquellos guías y se quedan allí por algún tiempo. Saben que permaneciendo dentro de la atmósfera mental del maestro, las poderosas vibraciones de este último enviarán automáticamente la mente del estudiante hacia las profundidades de su ser. Se podría decir que el maestro irradia rayos de poder de concentración de lo cual es dueño. La ciencia ha descubierto que la telepatía es un hecho, por lo tanto no podemos dudar de esta posibilidad.

Y de esa manera, después del primer encuentro físico, el maestro puede siempre enviar esta irradiación al estudiante, no importa dónde se encuentre este último. Pone en la mente del discípulos, sin palabras, la deliberada gracia de su natural presencia. El discípulo recibirá los rayos y una urgencia interior lo obligará a ir más profundamente en su propia concentración. Con ella vendrá también la definida ayuda, el definitivo poder.

La mente del maestro retiene la mente del estudiante, parte una corriente centrípeta dentro de ella y de este modo asiste a la entrada en el estado de concentración del discípulo. Pero tal resultado sólo puede obtenerse cuando maestro y discípulo trabajan juntos y en armonía. La armonía es establecida cuando el estudiante, que ha sido aplicado, ha aceptado continuamente mantener la debida actitud mental de devoción y confianza hacia el maestro. Cada vez que el estudiante entra

en la práctica de la meditación, si él piensa por un minuto o dos en el maestro, por espontánea reacción regresará automáticamente hacia el poder de concentración y la conducción interior que viene telepáticamente de él. Esto capacita al discípulo a entrar más profundamente en sí mismo de lo que podría lograr de otro modo, incluso más profundamente que el ejercicio de la respiración o el ejercicio visual. Tal es la verdadera razón por la cual necesitamos un maestro, no solamente para que nos enseñe y nos diga lo que debemos hacer o no —acerca de este particular se ha dicho y escrito mucho en el curso de los siglos—, sino para que nos dé algo de su poder y la fuerza que necesitamos para realizar nuestro propósito.

Tal asociación con aquellos que están más adelantados que nosotros en la meditación resulta una definitiva ayuda en el desarrollo. Nosotros "recogemos", por decirlo así, las vibraciones de su atmósfera mental. Recibimos un ímpetu interior hacia un mayor desarrollo. Recibimos de ese personal contacto una verdadera comprensión de la admitida naturaleza sutil del arte de la meditación que la que podemos obtener de los libros.

En esta diaria práctica, se empieza a lograr que la mente trabaje más fácilmente sobre una huella; uno se concentra más y más, haciéndose posible la absorción interior que nos apartará de cuanto nos rodea exteriormente. Al principio puede que se lo haga bajo la impresión de un deber, y quizás hasta de un penoso deber, porque el ejercicio es fatigante. Después de algún tiempo, puede ser que hayan transcurrido meses o años, lo tedioso desaparece y uno se acostumbra a la práctica. Como resultado de la repetición, llega un momento cuando la concentración en sí misma se convierte en un estado natural, habitual. Ya no se necesita hacer un agudo esfuerzo para concentrarse, pues ello resulta perfectamente espontáneo. Los duros trabajos de luchar con los fugitivos pensamientos se hacen ya innecesarios. Y todavía llegará un momento cuando —especialmente si se trabaja con un verdadero

maestro— no se considerará ni fastidio ni un mero cumplimiento del deber, sino un verdadero placer, una real alegría, el volcarse hacia adentro y llevar la mente a su verdadero centro.

A menudo se me hace esta pregunta:

—¿Cuánto tiempo debo continuar este curso de meditación que usted propugna?

La respuesta será siempre la misma: hasta que haya obtenido el objetivo —la comprensión del yo— o alternativamente, hasta que se haya encontrado un adepto y nos hayamos convertido en su discípulo. Meses, años, incluso vidas enteras harán falta para que uno pueda disponer de su individual destino. ¿Qué hemos hecho en este sentido en las existencias anteriores? Ello alargará o acortará el período que se deba dar en el presente. Las viejas manos maduran rápidamente; los novicios necesitarán mucho más tiempo.

Gracias a los esfuerzos de concentración, llegará un día en que podamos adquirir un tolerable grado de control mental. Como una cuestión de hecho, muy pocas personas alcanzan este punto, excepto después de muchos años de esfuerzo. No es fácil, y aún después de esos años uno no puede estar en condiciones de sostener la concentración por un largo período, quizás media hora como máximo. Si puede lograrse esto, será ya una buena realización. Entonces se empezará a ver que la mente se doblega poco a poco.

¿Cuál será el próximo paso a dar? Debemos prepararnos a entrar en otra fase, que es la meditación propiamente dicha, y es aquí donde se descubrirán los reales beneficios y se encontrará el verdadero fruto de los años de esfuerzo. Hasta aquí todos han sido sacrificios y lucha. De aquí en adelante, la meditación consiste en trabajar para aquietar todos nuestros pensamientos. De ahora en más se buscará de aquietar la mente en conjunto, para abandonar la esfera de conciencia en cuanto nos entreguemos a la tarea de meditación, permaneciendo sin embargo en estado de concentración, en la misma absorta actitud interior que anteriormente se tenía.

En esta etapa uno debe preguntarse quién es el que está practicando la meditación. "¿Quién es el que está tratando de aquietar la mente?" Luego espérese, reverentemente. La respuesta será transmitida por una intuición, por una gentil sensación y por algo muy indeterminado. No se puede forzarlo. Se habrá de poner la más aguda atención y someterse a ella. Esa es la verdadera meditación: cuando se *permite* que el mundo interior se revele por sí mismo. En eso se difiere del ordinario yoga, donde se trata de hacer un fuerte esfuerzo de voluntad para llevar la mente hacia el Yo, para forzar a la mente a unirse con el Yo. El yogui común lucha. Lucha con sus pensamientos, hasta que los vence. Hay un diferente método cuando no existe lucha, esfuerzo, violencia.

La meditación debe trocarse ahora en el aislamiento del pensamiento, mientras permanece tan alerta, tan intenso y tan concentrado como cuando está en el más profundo grado de pensamiento imaginable. Se debe buscar el llevar la mente a lo más profundo de sí, para que así llegue a un punto, no a una serie de puntos, por ejemplo, pensamientos en una sola fila, sino al principio de la fila, donde se quedará en suspenso.

Durante el período de meditación debe aprenderse el arte de matar un pensamiento en cuanto se manifiesta. Un pensamiento tras otro surge en la mente, y si uno procura convertirse en un testigo impersonal, uno llega a darse cuenta del involuntario, o más bien habitual proceso mediante el cual los pensamientos se suceden unos a otros en una interminable cadena. Reteniendo con firmeza el punto de ventaja, uno se queda como un tranquilo observador del incesante correr del río de pensamientos. Habiéndose establecido completamente en este puesto de observación, el siguiente paso consiste en retirar la atención de las ideas que surgen, rehusando seguirlas hasta el último instante, y de este modo se hará un intento por matar a los pensamientos apenas nacen.

Se tendrán entonces curiosas experiencias. Se puede, por ejemplo, dejar todas las visiones a un lado, empezando a sen-

tirse flotar fuera del cuerpo, o flotando en parte fuera del cuerpo. Uno llega a tener la impresión de que se es parte del espacio. Tales sensaciones son muy buenas y constituyen evidentes signos de progreso. Son signos de que uno se está liberando del cuerpo, el cual era el lastre que mantenía nuestros pensamientos al mundo objetivo. No se tema cuando eso ocurra. En esta etapa, cuando una desconocida fuerza parece doblegar la cabeza hacia abajo, no se resista, sino déjese que la cabeza baje hasta tocar con el pecho. Y viceversa. Si tal fuerza parece levantar la cabeza, déjese que lo haga.

Existe también la posibilidad de quedarse dormido durante la meditación. Si uno está practicando solo, sin la ayuda de un obstáculo a la meditación, y debe procurarse vencer el sueño apelando a toda la fuerza de voluntad, porque el sueño en tal persona y en ese momento ciertamente no es meditación y, por supuesto, no tiene ningún valor espiritual.

En el antiguo manual de Pentajali del yoga, el sueño es considerado como uno de los cinco fundamentales obstáculos del yoga. Pero lo es solamente para las personas que lo practican sin la ayuda de un guía.

Por otra parte, si uno trabaja en compañía de un competente guía, ya sea en grupo o solo en casa, si se cae dormido durante la meditación, entonces es una ayuda y uno debe someterse a ella. En el Oriente esta condición se llama *Yoga-Nidra*, que quiere decir: Yoga-sueño. El mismo posee un valor infinitamente más grande que el sueño ordinario. El maestro está procurando apresurar nuestro progreso en el arte de la meditación y nos fuerza a desarrollarnos de la misma manera como un jardinero podría incrementar el crecimiento de sus plantas en un invernadero. Para lograrlo, deberá cerrar nuestra mente consciente por la fuerza. Lo que uno no puede hacer por su propio esfuerzo de voluntad, él nos ayuda a lograrlo y de ello resultará frecuentemente el estado de sueño.

Se tendrá la sensación de que se está a punto de caer en el sueño y probablemente se dormite por unos pocos segundos. Pero se despertará inmediatamente después. El sueño

será ligero, un dormitar sin experiencias oníricas, y después de esos segundos se tendrá la impresión de que se ha dormido profundamente durante horas. Cuando ocurra esto vendrá a través de un fuerte repliegue en sí mismo que tuvo lugar durante la meditación. Uno se olvida por completo del ambiente que lo rodea, entonces se despierta y revolotea por unos momentos en el límite; esta experiencia puede repetirse varias veces. La mente cruza en vuelo la frontera del sueño y regresa. No haya temor por ese momentáneo dormitar. No será un obstáculo, sino más bien una ayuda, porque ello pone un término a las inquietantes actividades mentales. Una pequeña ayuda que se nos da. Fuerza, en cierto modo, nuestro progreso, y eso tiene que lograr sin nuestra consciente cooperación. El Yoga-Sueño tiene un valor real en nuestro desarrollo. En tiempos antiguos de la Escuela Esotérica, experiencias similares les eran provocadas a los estudiantes como parte de su aprendizaje. Ahora no tenemos esas escuelas, pero mucho de tal aprendizaje nos será otorgado mientras mantengamos nuestro caminar y nuestro equilibrio en este mundo.

Hay un paso muy importante y comparativamente fácil de realizar, y consiste el mismo en pensar muy lenta y atentamente, y mientrás se piensa de tal modo tener la *sensación* de la quietud que hay detrás de la mente.

Trátese de ignorar las ideas que surgen y concéntrese la atención, firmemente, en el espacio o período que hay entre la formación de dos ideas. Persevérese en esto, permanézcase estable en pura conciencia, en conocimiento, y poco a poco los turbadores pensamientos irán disminuyendo en número y desaparecerán finalmente.

La meditación de los principiantes resulta así completamente diferente de la meditación de aquellos que han avanzado en el sendero, porque el inmediato objetivo en cada caso es diferente en algún grado. El principiante tiene que batallar con todos sus pensamientos para tratar de encontrar una línea central de pensamiento. Pero cuando se hace más adelantado, el propósito no es solamente buscar la verdad acerca

de lo que está meditando, sino reducir el número de sus pensamientos. Después de haber pensado en la forma más activa y concentrada posible, repentinamente lo abandona todo y desciende hacia el elemento en el cual la mente está funcionando. Esto antecede al aquietamiento mental. No sólo pensando en ello, sino dejando que los pensamientos se desvanezcan. Debe tratar de vaciar la mente de todos los pensamientos y de los cuadros mentales, incluyendo las visiones.

Cuando se tiene el coraje de proscribir, no sólo los malos pensamientos, sino *todos* los pensamientos; cuando uno osa desdeñar las interminables búsquedas del intelecto como simple curiosidad mental; cuando uno puede prosternarse solamente ante el Supremo Silencio, entonces se estará en condiciones de mirar el rostro del Dios que llevamos dentro de nosotros. Lo que se busca es la cesación de todo pensamiento, aunque esto no sea por mucho tiempo. Si se logra aquietar todo pensamiento, se habrá logrado la meditación, pero en la práctica, muy pocas personas pueden lograrlo por completo. Pero, por favor, no permitamos que eso nos descorazone.

Es casi imposible para el ser humano que debe trabajar y actuar en el mundo mantener la suspensión del pensamiento completamente por cualquier período de tiempo que sea. Si uno consigue medio minuto, o un minuto, ya es bastante importante, porque durante este breve período uno se pondrá en contacto con fuerzas que se podría decir liberarán a otras fuerzas que afectarán a nuestro ser durante el día. No es la extensión de tiempo lo que importa en el mantenimiento de la quietud, *es el hecho de que uno ha logrado entrar en ese estado,* aunque sea sólo por un minuto. Cuando se sea capaz de lograr esto, se tendrá conciencia de que nuestros pensamientos se mueven siempre tan lentamente a través de la quietud lograda con la profunda concentración. Este avance en la meditación por la mayoría de las personas que están trabajando sin la ayuda personal de un maestro significa que la parte más profunda de la mente, esto es, la mente interior, se ha puesto en foco. El progreso otorgará una creciente paz

interior, pero no debe considerarse esto como lo Esencial.

La quietud y la paz representan la atmósfera circundante del medio ambiente, la condición dentro de la cual puede manifestarse el propio espíritu. Son las emanaciones o la fragancia, por decirlo así, del Yo Superior; de ahí que cuanto más cerca llegue uno a su espíritu interior, más paz se logrará y mayor será el desprendimiento con el yo exterior.

Sentarse en un estado de inmovilidad mientras se calma la mente y se observa el surgimiento del Alma... este es el verdadero camino del propio conocimiento. De este modo se ha logrado una posición altamente crítica. Es importante comprender ahora que no se está haciendo progreso debido a los propios esfuerzos, sino por la razón de lo que el Yo Superior está haciendo por nosotros.

¡Inmediatamente que uno se dé cuenta de que está progresando, entonces deténgase! Muy pocas personas han ido más allá de esta etapa. Se sienten tan felices de haber alcanzado esta maravillosa calma que encuentran en la meditación y la cual creen haber logrado mediante sus ejercicios, lo cual constituye una sutil forma de egoísmo que repta inadvertible mientras en la misma forma se repliega el Yo Superior. Muchas personas se quedan en este punto y jamás consiguen ir adelante, por el solo hecho de que tuvieron un segundo de debilidad al juzgar que lo lograron con su propio esfuerzo.

Se debe recordar de que uno ha construido un proceso consciente que debe convertirse ahora en uno inconsciente. De la misma manera que una persona que se dedica a ser concertista de piano encuentra al principio muy difícil prestar toda su atención a la melodía, simplemente porque está obligada a prestar su mayor interés a la ejecución y al debido uso de las claves del instrumento, así también quien se dedica al arte de la quietud mental se ve absorbida al principio por las dificultades de un constante tren de pensamientos sucesivos y de resistir el impulso de desviar su atención hacia el exterior. Tales dificultades desaparecerán con la práctica, y cuando pueda prestarse toda la fuerza de la atención en

la propia abstracción, la iluminación vendrá sin mucho esfuerzo.

Debido a que se está tratando con un estado extremadamente sutil, cada analogía que se pueda establecer servirá para ayudarnos a comprender mejor. Por lo tanto, esta etapa de la propia búsqueda puede compararse también al modo de andar en bicicleta. El aprendiz, por cierto, ha tenido muchas caídas desde el principio, de modo que más de una vez se desespera de no poder retener el equilibrio sobre un par de ruedas. Pero si persiste y ejercita todos los días, al final logrará su propósito. ¿Cuál es el más grande secreto que le ha permitido triunfar? Es el mirar hacia adelante, mantener los ojos fijos en el camino que tiene al frente, y no fijarlos en la misma bicicleta. Es de la misma manera que uno debe empezar a mirar en las profundidades de nuestro ser, manteniendo firmemente el solo pensamiento del Yo Superior y no intentando contemplar el trabajo del vehículo que nos está llevando: la mente. Ciertamente, es una delicada tarea, pero como cualquier otra, se puede realizar.

La práctica de la quietud mental no es simplemente la de apartar la atención del mundo durante unos pocos segundos. Significa apartarse de todo lo que es el ser, de todo el corazón, y de la mente, alejándose cada vez más profundamente, hasta que se alcanza y se siente la unidad con el Yo Superior.

Así llega el momento de la prueba, el momento de dar una respuesta concreta y definitiva. ¿Nos entregaremos al espíritu, como empezamos a sentirlo en la fusión interior? Debemos someternos con todo, con nuestra búsqueda, con nosotros mismos, con lo que nos rodea, y así podremos concentrarnos sin ningún esfuerzo. Es como si uno se poseyera a sí mismo, completamente, y de este único modo lograremos que el Yo Superior nos responda.

Ello empieza alcanzándolo a uno a través del sentimiento. Y mientras esta sensación de fusión aumenta, y uno se entrega más y más cada día, se llega a un punto donde se detiene la fusión. Nuestro sentimiento, que parecerá haber llegado a

una crisis, se calmará y aunque se haya estado a punto de soltar las lágrimas, de pronto nos sentiremos muy contentos.

Es la sensación de nuestra energía mental que baja hacia el corazón la que produce el sentimiento de fusión, una fusión interior, como si fuera el mismo corazón el que empezara a disolverse. Cuando se llega a este sentimiento, entonces se sabrá que se ha llegado al primer y débil contacto con nuestro Yo Superior.

Déjese descansar entonces en el silencio y el contentamiento, y dejemos que venga lo que habrá de venir. Aprendamos a acomodarnos a este sagrado silencio. Descansemos allí, sin tener nada, sin ser nada, esperando solamente, pero sin esperar nada en particular. Estése contento de esperar alegremente. No se podrá progresar más con el propio esfuerzo, pero algún día sucederá algo. Será una cosa tan hermosa como una nube deslizándose por el azul firmamento.

Cuando se haya llegado a un punto en la meditación en el cual se tenga la impresión de haber llegado a un obstáculo insalvable, y que los pensamientos se han esfumado, y que incluso nuestro yoga-sueño se ha desvanecido, y se mantiene la mente obstinadamente quieta, ha llegado el momento de esperar que llegue el exaltado estado de la revelación.

Finalmente se verá todo el universo, como si estuviera representado en una pantalla. Los cuadros son ideas de otros, el universo y uno mismo. Las imágenes nunca están inmóviles, sino que vienen y se van, siempre cambiantes; pero la pantalla se mantiene fija, incambiable, todo el tiempo. La conciencia es completamente inmutable, en tanto que las impresiones se suceden. En tanto uno no se identifique con esos cuadros, no se dará cuenta de que uno es realmente la pantalla. *Cuando se llega al estado de quietud mental se llega también a poner fin a la corriente de pensamientos, dándose así una oportunidad a uno mismo de tener conciencia de la pantalla. De ahí la necesidad de practicar la concentración.* Entonces comprenderá uno que los pensamientos fueron como sueños. Uno despertará y descubrirá la *vida en sí misma.*

## Capítulo VII

## AUTOANALISIS PSICO-ESPIRITUAL

"El hombre viaja para contemplar las cimas de las montañas, las olas de los mares, los grandes ríos y la expansión del océano, acumulando maravillosas experiencias", escribe San Agustín en sus *Confesiones*.

Sin embargo, para la mayoría de nosotros aún sigue sin develar el mayor secreto del hombre. Lo que era obscuro en los primeros siglos continúa sin descubrirse en el siglo veinte.

La mayoría de los hombres morirá sin preocuparse y sin saber si la vida tiene o no significado; si el hombre tiene en sí mismo algo de divino o es un mero saco de piel, carne, huesos, nervios y músculos. Los hombres son extraños a sí mismos.

No resulta ser un pensamiento halagador para la humanidad, pero ciertamente es uno verdadero, ese de que nos hemos formado equivocadas nociones acerca de nosotros mismos. Nuestros infortunios y la mayoría de nuestras equivocaciones surge de este hecho solamente. Antes de empezar el estudio de una carrera convendría que nos estudiáramos a nosotros mismos.

Sería bueno que no solamente se escucharan conferencias sino que se las dieran. ¿Qué sería más útil y más novedoso que ir a casa y darse una conferencia a sí mismo, detenerse valerosa y francamente frente a un espejo, confesándose las desagradables omisiones, las vergonzosas debilidades y nuestra culpable ignorancia? "¡Yo!, es nuestro perpetuo proble-

ma. Y la cuestión es que hay más de un hombre debajo de nuestro sombrero. La historia de Jekyll y Hyde se vive de nuevo por todos. El deber fundamental de uno es investigar al propio yo antes de dominarlo. Entonces se comprenderá cómo se emprende mejor esa tarea.

Sería interesante hacer una pausa por un momento y preguntarse a sí mismo: "¿Qué clase de hombre llevo conmigo?" Sería muy conveniente considerarse a sí mismo como un extraño, desprenderse de la personalidad y colocarla al otro lado de la habitación para contemplarla a nuestro sabor. Por lo menos se ganará una grandeza y libertad como nunca se ha sentido.

Sócrates observó sabiamente: "Me parece ridículo, cuando no soy capaz de conocerme a mí mismo, investigar cosas irrelevantes" Durante dos o tres siglos el hombre se detuvo a estudiar a conciencia el fenómeno de la Naturaleza. ¿Cuándo se estudiará a sí mismo?

Ahora que la ciencia ha clasificado a todo el universo, tal vez dedique un poco de tiempo para probar e investigar el misterio de lo más profundo de la mente del hombre. Si investiga bastante, puede ser que alcance a vislumbrar el origen de la mente, el Principio, lo Infinito, lo Único. De este modo, la investigación interior puede convertir, involuntariamente, sus pensamientos inquisidores en verdaderas piedras miliares que lo conduzcan hasta el sublime Yo Superior, que brilla olvidado en el corazón de los hombres.

Poseemos una heredad interior de divina conciencia, suficiente para que el mundo retorne a la Edad de Oro; sin embargo, no tenemos idea de ello. Puesto que no nos conocemos, tampoco sabemos nada de este hecho de vitalísima importancia. Nuestra educación nos ha enseñado algo acerca de todo lo que nos rodea, pero nada acerca de nosotros mismos. De haber sido enseñados y entrenados para comprender a nuestro yo, hoy viviríamos con mentes serenas y rostros sonrientes, en lugar de debatirnos con ansiedad y temor en medio de los angustiosos problemas que el mundo enfrenta.

Todas las erudiciones y las culturas que consiguieron penetrar en el ámbito interior y espiritual del hombre, colocaron el develamiento de su misterio en las profundidades de sus mentes y corazones, porque solamente en ellos existe el eslabón entre su visible individualidad y lo que radica detrás de ella. De aquí que la obra a emprenderse busque el explorar este profundo lado emocional y mental al mismo tiempo que se amplía la investigación.

Todo aquél que piensa que tal actividad interior resultará siendo sólo vanas imaginaciones, está profundamente equivocado. Todo depende de la manera como se emprende la tarea, el objetivo que se persigue y la guía (sea verbal, impresa o interior) que se haya seguido, para que se sepa qué clase de resultado se obtendrá. La última puede parecer ciertamente tan poco valiosa como la niebla a un viajero, pero es posible que resulte invalorable cuando la investigación haya sido correctamente conducida.

El propósito del escrutinio espiritual es lograr que la burbujeante corriente de pensamientos se aquiete, para luego penetrar conscientemente en la región del Yo Superior, para que el silencio resulte articulado y para establecer una relación entre la mente consciente y normal del hombre y la misteriosa y todopoderosa realidad que es su divina contraparte.

Parece que existe una gran confusión acerca del autoanálisis. Todo intento de analizarse a sí mismo debe ser, al principio, uno intelectual. En esto no difiere de los esfuerzos intelectuales de los filósofos, los metafísicos y otros hombres cultos que todavía suscriben a ideas materialistas. Pero se necesita algo más. Quiero dejar claramente establecido dónde termina la tarea puramente intelectual y dónde empieza la obra realmente espiritual. Cuando se comprenda esto claramente se sabrá mejor cómo proceder.

Hay ciertos capítulos en mi obra *La búsqueda del Yo Superior* que tratan del método y la manera de analizarse a sí mismo. Se deben estudiar esos capítulos cuidadosamente. Pueden parecer áridos. La gente suele hacerlos de lado, con apre-

suramiento, para estudiar solamente aquellos que les parece más "práctico" y útil a ellos. Y es aquí donde se equivocan. En un delicado e intangible reino como es el del alma, las ideas justas son realmente de importancia. Aquellas páginas deben estudiarse, en cierto modo, muy despaciosamente. Si se llega a ellas para criticarlas debido a los prejuicios que ya sustentamos contra ellas, por supuesto, resultarán del todo inútiles.

La crítica antes de la investigación es una falta, y creer antes de la averiguación, es otra. Se debe leer con todo cuidado, sin resistir voluntariamente su contenido y sin aceptarlo ciegamente. Porque hay un poder inherente en las verdaderas palabras. A ese poder someto este libro.

No es mi propósito tratar de substanciar cada una de las declaraciones que contiene. Prefiero más bien exponer mis ideas ante un auditorio atento y lleno de simpatía, para que la exposición sea llevada con la mayor economía de explicaciones, evitando los atajos y los circunloquios de los argumentos innecesarios. En suma, deseo que este libro sea de verdadera utilidad para aquellos que mental y espiritualmente están aptos para recibirlo. No es mi deseo ejercer coerción sobre las personas, no importa sea del modo más sutil, a aceptar una posición a la cual las circunstancias de su naturaleza interior todavía no se hallan aptas, o malgastar el tiempo en explicaciones que no llevarían a ninguna parte.

Por lo tanto, debe existir la adopción previa de una actitud de simpatía a tales pensamientos antes que una sospechosa tendencia a la crítica, si es que realmente se quiere sacar provecho de la lectura. Dichos pensamientos son francamente ofrecidos como acertado conocimiento, no como una opinión teórica; sin embargo, no hay en ellos nada que no sea razonable, suponiendo que se haga uso de la razón imparcial e impersonal que rechaza confundir los conocidos pensamientos y observaciones con los otros verdaderos. Al pedir esto reconozco que es mucho pedir para algunos, por lo cual les ruego a éstos que no prosigan en la lectura. Sé perfectamente que

la gente no entra en un sendero como éste hasta que ha agotado las posibilidades de los métodos convencionales para llegar a la verdad. Por cierto, vienen poseídos de negra desesperación, apelando a un último recurso. Es solamente a esta clase de personas, a esas que sienten aguda angustia debido a su inhabilidad para entrar en las regiones espirituales, para aquellas que no encuentran ayuda en los sistemas ortodoxos, y para aquellas que acaso llevan una existencia llena de sufrimientos, a quienes están dedicadas estas páginas.

Leer los capítulos de *La búsqueda del Yo Superior* sobre autoanálisis en un espíritu de duro antagonismo o determinada oposición, buscando los defectos y sentándose a juzgar si los pensamientos son errados, tal vez constituya un buen ejercicio para el intelecto, pero no los llevará ni siquiera a la aproximación de la verdad. La tendencia a leer de tal modo, desgraciadamente, ha sido desarrollada e impulsada por la educación moderna. De ahí la advertencia de suspender, al menos temporalmente, la facultad de crítica que ha sido muy útil en la construcción del edificio de la civilización moderno, comercial y científica, *pero que resulta un impedimento cuando se la emplea en el enfrentamiento de las declaraciones que emanan de aquellos que ya han penetrado realmente en la esfera espiritual.*

No pedimos que los lectores sean insinceros consigo mismos en sus pensamientos o al destruir la facultad del juicio independiente. Por cierto, cualquiera que no esté inclinado a ejercitar su facultad de razonamiento no puede entrar en este sendero. Todos están completamente capacitados y autorizados a mantener su existente punto de vista, porque la experiencia personal de la vida los ha traído a este punto. No se les pide que renuncien a lo que necesariamente les parece una probada verdad. Quisiera dejar claramente establecido que prefiero tratar solamente con aquellos que están disgustados con sus presentes puntos de vista, porque puede ser que ellos tomen, por el momento al menos, un punto de vista racionalmente

presentado por aquellos que tienen un más alto y amplio orden de experiencia.

En tal caso se pide al estudiante que reflexione, una y otra vez, sin sospechas ni prevenciones, acerca de las declaraciones que se crucen durante una lectura detenida, hasta que se pueda asir el punto de vista desde el cual fueron formulados. Se le pide que sea imparcial y que asimile, en carácter de experimentación, por decirlo así, una perspectiva que hasta ahora no nos ha entretenido y que posee en sí misma el poder de despertar la facultad intuitiva y otorga una gran energía interior.

La contemplación, no menos que la cultura, dignifica al hombre. Este sendero empieza con un punto de partida que es común a todas las personas, en todo el mundo. Empieza con una práctica investigación de uno mismo. Religiones, razas, costumbres, clases y nacionalidades crean diferencias naturales o artificiales entre los hombres, pero cada individuo no puede escapar del hecho de su propia existencia.

No es posible condensar este método en una concisa o mejor fraseología que aquella que una vez adornó el gracioso portal del hermoso templo griego de Delfos: *¡Hombre, conócete a ti mismo!* Porque, como los sabios griegos lo declararon, todos somos rayos del central y espiritual sol, y así como no podemos separar el dorado destello de sus rayos individuales, del mismo modo no podemos separar realmente el Ser Absoluto de las individuales almas humanas que emanan de él. Debido a esta circunstancia en la naturaleza, el modo de descubrir la propia divinidad existe inquebrantable para cada uno de nosotros.

Porque si el hombre es un misterio para sí mismo, es un misterio que puede ser resuelto. La más grande realización del hombre no será construir un largo puente o volar en el espacio superando la barrera del sonido, sino conocerse a sí mismo.

El método más exacto para llegar a la verdadera naturaleza

del yo es seguir un proceso de eliminación, por ejemplo, distinguir entre el yo y el no-yo.

Hay una prevención, y una muy importante, que debo formular. Si se toma este sendero en la búsqueda del yo como una fórmula intelectual árida, entonces se cometerá un error vital y se enfrentará el fracaso en el intento de realizarla. Se debe mezclar la aspiración con la práctica; se debe ser devoto del Único Yo que se busca. Ha de emprenderse esta tarea del autoanálisis del mismo modo en que un amante de la naturaleza contempla un hermoso paisaje. Se debe creer que hay algo maravilloso, ciertamente sagrado, para ser descubierto, a condición de que la tarea se realice a conciencia, aunque el interés esté centrado en uno mismo. En consecuencia, debe recogerse y concentrarse en la ordinaria mentalidad.

El primer paso consistirá en liberarse de la obsesión de primitivo origen de que las impresiones sensóreas constituyen el yo. Esto se hace no solamente en el autoanálisis, sino también en la práctica del yoga de apartar en verdad la mente de los sentidos, cuyo método ha sido explicado en el capítulo anterior.

El primer análisis empieza con el yo físico. La investigación es esencial para encontrar la verdadera relación con este cuerpo. De dicho modo se ha ofrecido el análisis en el libro mencionado, y se lo ha presentado en un estilo sencillo de entender y a la vez practico, procurando que durante el ejercicio se pueda lograr que la mente se separe de su habitual actitud hacia el cuerpo.

Una vez que se hayan logrado los requerimientos, ya no será necesario mantener la duplicación del sendero intelectual que se acaba de cruzar. Pero se debe estar seguro, absolutamente, de que se han comprendido los puntos salientes Ellos son muy importantes. No sólo para la propia satisfacción intelectual, sino también porque, cuando se los maneja como es debido, ellos se convierten en medios que ayudarán a que

nuestra conciencia penetre por debajo de la habitual relación intelectual con nuestro cuerpo.

Este análisis se debe practicar para que uno empiece a considerar su cuerpo como algo distinto, separado y aparte. El cuerpo está ahí y es nuestro, pero es necesario aprender a desprenderse de él para así comprender que ese cuerpo no es uno.

Debido a que estamos tan familiarizados con el cuerpo que llevamos a todas partes, hemos llegado a la errónea creencia de que es nuestro yo. Debe procurarse, durante el período de análisis, adoptar una actitud menos familiarizada. Entonces se empezará a ver que este cuerpo es en verdad una cosa distinta en relación al verdadero yo.

No hay duda de que uno existe. Se sabe que uno está aquí y que se es un ser consciente, pero por lo general se da por concedido de que el cuerpo es el yo. Por eso se le ha dado un nombre. Dicho nombre lo distingue de los otros cuerpos. Esto es lo que, en suma, termina por confundir la investigación. En tanto se siga identificando uno por el nombre, del mismo modo continuamos identificándonos con el cuerpo. Lo mejor es empezar sin prejuicios en esta averiguación. Se debe olvidar uno de sí mismo y de su nombre durante los períodos de concentración y meditación, y *ser,* nada más, sin llevar un nombre o identificarse.

Cuando se dice "yo", automáticamente se está refiriendo uno al cuerpo. Ello no es aconsejable durante esta meditativa investigación para pensar de uno mismo como un ser que lleva un nombre; por lo tanto, es aconsejable que se emplee la palabra "yo" en nuestros pensamientos para designar "el yo". En otras palabras, se debe emprender la investigación en forma impersonal y poner el artículo determinado antes de la denominación. Haciéndolo así se quita el pensamiento ególatra del cuerpo. Se sabe que en tanto se tenga vida el sentido del yo-ismo continuará.

Incluso si se cortara la mitad del cuerpo y la otra mitad siguiera viviendo, la conciencia de la propia experiencia con-

tinuaría tan indivisible y poderosa como nunca. Esta es, quizás, una de las más elementales pruebas de que la conciencia del ego, el "Yo", no está inseparablemente confinado con la conciencia del cuerpo físico.

Este "Yo", el ego, puede, y algunas veces lo hace, separarse del cuerpo, sin ningún propósito o esfuerzo de su parte. Ello ocurre, por ejemplo, cuandó uno está "pensativamente ausente".

Si uno se encuentra profundamente sumergido en un pensamiento, ni siquiera alcanza a escuchar las palabras de alguien que le habla. El sentido del oído fracasa. Esto demuestra que uno está oyendo con la mente.

El hecho de que sensaciones de dolor y de placer no pueden siquiera sentirse cuando la mente está absorta en otra cosa, es una muestra de su independencia con el cuerpo.

A menos que el yo de su atención al cuerpo, éste se hace abstracto, se retira en sí mismo, esto, es, en la mente. El oído físico resulta, de este modo, un simple instrumento, y de tal modo se llega a la conclusión de que el yo que oye es sin duda más la mente que el oído. El cuerpo no es *uno mismo.* No es el alma.

Constante reflexión sobre tales verdades es un excelente medio de ayuda para ganar ese reconocimiento de *quién* y *qué* es uno. Mientras se está comprometido en tal reflexión uno se va volcando hacia adentro.

Otro punto, que puede parecer trivial, es es de que, aun cuando dice comúnmente "mi cuerpo", nunca se piensa en decir "mi cuerpo va a cruzar esta habitación". ¿Por qué, entonces, nos referimos al cuerpo en términos posesivos? Uno no tiene estricta conciencia de ello; pero algo en nosotros nos obliga a referirnos, automáticamente, como a una propiedad nuestra. Si una cosa nos *pertenece,* entonces esa cosa no somos nosotros.

¿Cuál es ese algo, entonces, que nos hace adoptar inconsciente e irreflexivamente tal actitud hacia el cuerpo? Definitivamente, no es otra cosa que el yo.

En tanto el yo vaya unido a la mente, el yo nos dice automáticamente que el cuerpo es simplemente nuestro instrumento. Es sólo entonces cuando uno llega a tener físicamente conciencia de que cree que el cuerpo es nuestro. Se puede decir que él está ligado con el yo y constituye una parte del yo, pero no se puede decir que en su totalidad representa al yo De otro modo no se tendría conscientemente la actitud de sentir de que una posee el cuerpo cuando emplea un término tal como "mi cuerpo".

Durante un sueño uno aparece como si estuviera despierto, y las características pueden ser las mismas. Sin embargo, ¿está uno físicamente presente en los sueños? Por supuesto que no; sólo está la mente. ¿Qué es un estado de ueño? Nada más que un estado mental. Es decir, una serie de ideas que pasan a través de la conciencia. Si el yo puede desprenderse completamente del cuerpo para revivir en un sueño, el cual consiste en una serie de pensamientos y cuadros mentales, entonces el sueño no es otra cosa que la mente. No se cometa, sin embargo, el error de creer, cuando digo que el yo y la mente son sinónimos, lo digo expresamente como una realidad final. Detrás de la mente hay algo más. Pero desde el punto de vista del cuerpo, hay una realidad, y esa realidad es la mente. Un sueño, si fuera suficientemente analizado por un científico, probaría que el hombre es mente aparte del cuerpo, y que el alma no es otra cosa que mente.

En el sueño profundo, el cuerpo sólo es un objeto inanimado. Entonces no se tiene conciencia del ego. El cuerpo no dice "yo", ni tampoco lo dice la mente; tampoco hay pensamientos. Cuando uno despierta, reaparece el yo. Si el yo fuera solamente el cuerpo y nada más; si no hubiera espíritu en el hombre, ni alma, nada que sobreviviera a la muerte temporal del yo que es el sueño, nunca se podría ir a dormir; y en el estado de profundo sueño, uno *tendría* completa conciencia. El cuerpo no perdería conciencia sin morir si la única conciencia fuera la suya. El hecho de que uno pierde completamente la conciencia del cuerpo durante el sueño y todavía

continúa existiendo, es prueba de que la alta conciencia ha abandonado completamente el cuerpo, mientras que el yo vive, lejos y completamente apartado del cuerpo. Eso es precisamente lo que ocurre; el alma o, lo que es lo mismo, la mente, se retira del cuerpo durante el sueño, así como se retira del cuerpo cuando muere éste. En las más profundas etapas del trance y del hipnotismo, la mente es expelida, literalmente retirada del cuerpo, y cosas curiosas suceden. Algunas veces se transporta a distantes lugares y desde allí informa lo que está sucediendo. Esto no podría ocurrir si la mente o el yo fueran una parte permanente del cuerpo. Si el cuerpo constituye la suma de la propia conciencia, *jamás se podría proyectar la conciencia sin proyectar también el cuerpo.* Pero el hecho de que la conciencia ha sido proyectada fuera del cuerpo demuestra que es algo separable del cuerpo.

Si nos concretamos a mirar, de un modo imparcial y sin prejuicio, nuestra relación con el cuerpo, y analizarlo, nos vemos *forzados* a llegar a la conclusión de que el yo no puede ser el cuerpo solamente. El cuerpo puede ser parte del yo, pero el "Yo" es algo más que el cuerpo, algo mucho más sutil.

¿Qué es lo que queda, entonces? Nuestros pensamientos y sentimientos. Mientras nuestros psicólogos prosigan sus investigaciones sobre el sueño y las experiencias oníricas, indudablemente llegará un día en que se darán cuenta de por qué existe el sueño, y que ello es realmente porque el yo se retira del cuerpo. Eso es en suma. La dificultad estriba en que la gente jamás se detiene a analizar y a reflexionar sobre la relación de sí misma con el cuerpo físico. Si se tomara esto como un hecho irreversible, no habría investigaciones.

Si uno siguiera este curso, no habría esperanza hasta tanto se empezara a inquirir y preguntar si el cuerpo representa realmente el conjunto de uno mismo. Pero en el principio de la búsqueda y la averiguación hay una esperanza de hallar la verdad. Por eso es que el análisis es importante. Uno debe hacerlo intelectualmente al principio para adoptar luego la correcta actitud mental

Dejemos el cuerpo y volquemos nuestra atención hacia los sentimientos.

Sentimientos, emociones y modos emocionales son partes de nuestra constitución interior, pero no constituyen la única parte que subsiste en nuestra vida inalterablemente como el "Yo", el ego. El hecho de que la misma persona, dentro de un período, digamos, de diez años, puede cambiar completamente y exhibir sentimientos opuestos, demuestra que los sentimientos no pueden ser el yo, porque el pensamiento del "Yo" y el sentido del "Yo" todavía continúan sin cambio. En un mismo día uno puede sentirse extremadamente feliz por la mañana y muy miserable por la noche. ¿Ha cambiado uno debido a ésta variabilidad? No, son los sentimientos los que han cambiado de este modo, no el "Yo". Persiste el sentimiento de propia existencia; no ha sido alterado en lo más mínimo. De manera que una vez más debemos ser agudos y analíticos para establecer las diferencias entre el "Yo" y los sentimientos. El "Yo", por esta razón, debe ser algo separado y distinto de los sentimientos. En consecuencia, todavía tenemos que seguir buscándolo.

Fijemos nuestra atención, entonces, en la mente. Egoísmo, individualidad, deseos y recuerdos, fundamentalmente, son meras fases de la mente. Son pensamientos. Como una cuestión de hecho, no hay diferencia entre pensamientos y sentimientos, excepto que los pensamientos cambian más rápidamente. En el curso de un día uno puede llegar a experimentar un millar de pensamientos distintos. ¿Acaso cada uno de ellos representa al yo? Decididamente no, porque mientras ellos se desvanecen, parten, mientras *mueren, nosotros* continuamos viviendo. En consecuencia, si esos desvanecidos y muertos pensamientos, y esos desaparecidos y muertos sentimientos no pueden representar a nuestro yo, debe haber otra cosa que nos dé este sentido de verdadero *yo*-ubicuo, la sensación de continuar existiendo como una individualidad propia.

En el sueño profundo, todos los pensamientos desaparecen.

Si el yo no fuera nada más que pensamientos, también debería dejar de ser durante el sueño. Los pensamientos vienen y van y, sin embargo, persisten y misteriosamente se revelan otra vez a la mañana siguiente.

Por tanto, debemos empezar separando al yo de la mente. Y este es el punto delicado de la meditación, del autoanálisis. Primero comprender que la mente consiste de pensamientos, y que debido a ello tenemos conciencia de nuestros pensamientos. La totalidad de estos pensamientos durante el día nos da, diríamos, el intelecto. Si somos capaces de detener el caudal de los pensamientos, aunque sólo sea por un segundo, todavía tendríamos conciencia de ser. Todavía tendríamos conocimiento de lo que debemos buscar, o sea, de la raíz de tal conciencia. Hay algo en nosotros que es percepción, que es conciencia, pero que no es pensamiento; algo que sin embargo nos da sensación de yo-ubicuo, la sensación de ser, de individualidad, y por lo tanto debe estar en contraste con el intelecto; este es el verdadero yo.

Cuando uno mira un libro, *¿qué es lo que ve* el libro? ¿Es un ojo físico? Ciertamente, la luz da la imagen al ojo, pero el ojo debe enviar un mensaje a lo largo del nervio óptico hasta el cerebro, y uno tendrá conocimiento y percepción de tal mensaje. Hasta tanto no se tenga conciencia de ello, no habrá libro, ni vista de un libro.

En otras palabras, la vibración física en este órgano físico tiene que convertirse en algo de una naturaleza totalmente diferente. Se convierte en una idea en nuestra mente, la idea de un libro. Hasta tanto tenga lugar esta conversión no se podrá ver el libro. Si uno tuviera que colocar un cadáver en una silla y le pidiera mirar un libro, no podría verlo, aunque los ojos físicos están allí en toda su integridad y perfección. Pero la mente está ausente. Se necesita de la mente para ver. En alguna parte, en las circunvoluciones del cerebro, las vibraciones —los mensajes de los nervios sensorios— son convertidas en imágenes mentales, en esencias espirituales. Cómo tiene lugar esta transformación de lo físico a lo psíquico, nadie lo sabe.

La mente es el conocedor, el agente veedor de uno. El ojo no es nada más que un instrumento. Una mayor prueba de esto radica en el hecho de que personas que poseen algunas facultades anormales han sido capaces de leer un libro teniendo los ojos tapados. Por lo tanto, si la mente es el agente veedor, no el órgano físico, debiéramos estar seguros de quién es el verdadero agente veedor que está detrás de la mente, si es que hay alguno. Existe el pensamiento, la idea del libro, y entonces hay algo que tiene conciencia de tal pensamiento. Ese algo que podemos llamar el verdadero veedor, el verdadero testigo en la mente, y ese debe ser, por lo tanto, el yo verdadero, y no la mente, que se compone solamente de ideas.

Sin la conciencia no podría haber pensamientos. Este es un punto muy difícil sobre el que debemos reflexionar bastante. La mente es simplemente una corriente de pensamientos. Buda hizo advertir que los pensamientos constituyen la mente mediante el constante afluir de ellos. Ahora manténgase la misma línea de pensamiento. Hay muchos y diferentes estados mentales, pero una conciencia los abarca a todos. En el curso de una semana uno puede tener quinientos mil pensamientos, pero sólo una conciencia los deja correr en la mente. Tales pensamientos son cosas fugitivas, flotantes. No pueden ser esenciales, lo último. Debe haber, y hay, una luz interior, porque nada más que conozcamos nos puede hacer tener conciencia de ellos.

Debido a que este fundamental yo es el conocedor del cambio, no debe tener cambio alguno. Si uno reflexiona al respecto se verá que debe ser así

¿Qué es lo que registra todos los cambios, ya sea los que se producen en el universo externo o en los propios estados mentales? ¿Cómo se sabe que uno está dormido durante el sueño profundo? Porque inmediatamente después que el sueño ha cesado viene una multitud de pensamientos a la mente y por contraste uno sabe que el sueño profundo fue un estado inmutable relativamente constante. Aquello que registra los

cambios debe ser algo que en sí permanece inmutable. Si el *conocedor* sufriera constantes cambios, no tendría oportunidad de conocer los cambios que se producen a su alrededor. ¿Cómo se podría saber que se producen constantes cambios en nuestros pensamientos a menos que haya algo fijo y estable en uno mismo, que por contraste le permita ver y percibir la diferencia? Debe existir alguna parte en uno que no cambia para permitirnos el conocimiento de todo lo que sucede alrededor de nosotro. Esta es la pieza de profundo análisis que se puede utilizar para la meditación. Si se logra reflexionar acerca de ello, como es debido, ello nos ayudará a tener un verdadero concepto del Yo-Testigo.

Debemos hundirnos una y otra vez en la corriente de pensamientos que nos ha traído a este punto, porque uno necesita reconocer su verdad, no como una cosa que nos ha sido impuesta, sino como algo que posee su propia e inherente razón y, por lo tanto, ha nacido con uno con todo su poder de convicción.

No empleando otros medios que los hechos de la vida humana y las experiencias del pensamiento humano en sus variadas fases, hemos llegado a la vista de la verdad de que el verdadero yo que buscamos mora en una más alta dimensión que la carne, la emoción, el pensamiento y el tiempo; que se esconde en alguna parte detrás del pensamiento-emoción "Yo"; y que él, ciertamente, debe existir más allá de todas las categorías ordinarias.

* * *

Hemos llegado al umbral del misterioso Yo-Testigo, que no es otra cosa que la apercepción o la conciencia del ser. Y es aquí donde nuestros psicólogos conesideran que la mente no puede ser vaciada de su contenido, que mente y contenido sólo son una cosa. Esto implica que ellos creen que pensamientos y conciencia no pueden ser separados, que no son dos cosas separables. Si este análisis intelectual no los con-

vence, sería conveniente que estudiaran yoga y se convencieran por sí mismos. Si se practica el yoga como es debido, es posible aquietar la mente, se puede detener el trabajo de la mente por un corto tiempo, y en tal experiencia se encontrará que se está por completo consciente, aunque no se piensa. Entonces uno en sí mismo es la conciencia. Hemos encontrado al Yo-Testigo. Esta es la respuesta del yoga.

Sin embargo, hay una gran esperanza para los psicólogos, porque ellos *continúan* investigando. Han adoptado la actitud correcta de la investigación y van en busca de la Verdad con tanto empeño como el escudriñador espiritual. Han partido desde diversos ángulos, pero eventualmente se han de encontrar en el mismo punto para encontrar la Verdad. Y acaso el sendero emprendido por ellos sea el mejor, debido a nuestra época. Será el camino de ir lentamente, paso a paso, y midiendo cada paso a dar, mientras el antiguo camino era el de completa aceptación por la fe. El hombre de hoy es mucho más crítico, mucho más intelectual. Los científicos pueden seguir el camino del crudo materialismo que lleve al descubrimiento del Yo Espiritual. Si continúan investigando, es posible que finalmente descubran la Verdad, porque no pueden encontrar otra cosa. Su sendero se hace cada vez más estrecho. Los lleva, inevitablemente, hacia el Espíritu.

El esfuerzo final durante el período de quietud mental debe hacerse ahora. La pregunta: *¿Qué soy yo?* debe ser expuesta por última vez.

La meditación no debe limitarse siempre al tema de "¿Qué soy yo?" Hay otros temas igualmente beneficiosos como senderos de investigación a seguir, tales como "¿De dónde surge el ego?", y "¿Dónde está el origen de los pensamientos?", y "¿Quién es el ser que está meditando?"

Todos los contenidos de conciencia han de ser tratados como objetos en este análisis. En efecto, todo aquello de lo cual tenemos percepción.

Ahora bien, aquello que tiene percepción del objeto es la Conciencia. ¿Quién sabe esto? ¿Qué es lo que tiene conoci-

miento de estas ideas? AQUELLO por medio del cual son percibidos y que no es percibido en sí mismo. Hay un último observador que lo observa todo pero sin ser visto. La mente es la observadora dentro del cuerpo, pero hay algo que observa dentro de la mente.

Decimos "mi mente". Eso implica que hay algo detrás de la mente. Ese algo es el yo, el Testigo de lo individual. ¿Qué es, entonces, lo que constituye el yo? ¿Son las sensaciones físicas, o los pensamientos, o los sentimientos? El "Yo" contiene todos esos constituyentes, como hemos visto, y sin embargo no está totalmente contenido en ellos Se lo puede percibir solamente a través de una sutil discriminación. Para descubrir AQUELLO uno se tiene que identificar con él.

Tal discriminación la puede hacer uno mismo. Esta es nuestra tarea. Debemos hacerlo por reflexión, usando la inteligencia y la intuición hasta los límites máximos para comprender lo que uno *no es* al principio, para luego entrar a la comprensión de lo que es realmente. Cuando uno se haya desprovisto de todas las ideas falsas y preconcebidas, de las imaginaciones erradas, entonces se verá lo que queda. Contempladlo. ¡Es el eterno Yo Superior!

El mejor modo de realizar nuestro propósito es el siguiente: debe seguir, por supuesto, al lógico "impasse" al que se ha llegado con la meditación. Hacer a un lado todos los análisis, porque se ha llegado a la etapa crítica, decisiva; cese todo pensamiento discriminatorio y discursivo, y repítase humildemente la silente pregunta: *"¿Quién soy yo?"* Hágase una pausa mientras se medite sobre cosas que no son atinentes a la pregunta. En suma, se debe hacer la pregunta y luego dejar que la responda el ser interior, mientras el intelecto se solaza con pensamientos ajenos.

Después de eso, nos volcaremos de nuevo hacia el interior, buceando, persiguiendo el elusivo sentido del "Yo". Habiendo disociado lo último de las limitaciones materiales y mentales, debemos prepararnos a entrar en el gran silencio que hay

detrás de nuestro intelecto; esto es, nos retiraremos a un reino que trasciende el intelecto.

Debe entrar en acción una intensa concentración interior para reducir el número de nuestros pensamientos, hasta que todo el intelecto se condense en un solo pensamiento, que no será otro que el pensamiento "Yo". Entonces se presionará sobre este último pensamiento para que se someta y nos diga el secreto de su fuente.

Cuando se seguía la fase intelectual de la enseñanza, era necesario pensar tan agudamente como fuera posible. La claridad de pensamientos y su formación en palabras exactas era esencial. Los pensamientos no podían ser vagos ni perezosos. Ahora se ha pasado esa fase y la agudeza intelectual debe dejarse de lado. Normalmente, nuestro cerebro está pensando todo el tiempo. Esto significa movimiento, actividad, acción, todo lo cual se trasunta en energía. Cesar en tal movimiento, aun cuando sea parcialmente, significa entrar en la paz espiritual. La Verdad sólo puede ser alcanzada en la quietud y el silencio.

Si no existiera nada realmente detrás de esta quietud, de este atolladero mental, de este analítico *cul-de-sac* y completo vacío, no podría ni debería haber una respuesta a nuestra investigación. La mente inquieta nunca podría ser aquietada. El corazón interrogante nunca podría ser satisfecho; el vacío seguiría siendo el vacío. Pero otros hombres han recibido una respuesta, la divina respuesta del Yo Superior. Lo que otros han recibido, también podemos recibirlo nosotros.

En esta etapa, cuando la intuición nos obliga a doblegar nuestro intelecto y nos ordena dejar de lado los pensamientos; cuando nos enseña que la acumulación de pensamientos constituye un velo que nos separa de la realidad espiritual, entonces se iniciará una gran contienda, durante la cual una parte de nuestro cuerpo parecerá destrozarse en pedazos; el intelecto, el hasta aquí venerado guía de confianza, dominante en todas nuestras prácticas anteriores, aparece con la intención de desertar. Consecuentemente, declara la guerra abierta

contra el nuevo invasor y está determinado a no rendir su plaza ni el trono sin una violenta lucha. Es difícil, en estas circunstancias, ver el verdadero camino y uno oscila constantemente entre la dominante intuición y el resistente intelecto, haciendo lo posible por conservar el familiar terreno y sin poder impedir, sin embargo, el avance del contrario.

Esta experiencia no puede ser evitada y por lo tanto es necesario aceptarla. Lo que puede hacerse, sin embargo, es reconocer la verdadera naturaleza de la lucha y determinar el aliarse con el alto poder que ha enviado su silencioso embajador. Uno debe comprender que la senda del humilde sacrificio intelectual y el reconocimiento mental es ahora la senda de la sabiduría, y proceder de conformidad.

La primera visitación del Yo Superior le llegará a uno del modo más humilde. Uno no sabe cómo, ni por qué, o de dónde viene. En la primera ocasión ni siquiera se tendrá noción de su presencia, pero gradualmente se irá manifestando, hasta hacerse sentir. Será algo tan suave, tan gentil que, a menos uno se encuentre completamente despreocupado y libre de preconcepciones, es posible incluso que no se advierta su llegada. Uno debe encontrarse en tal momento completamente vacío y limpio, pronto a aceptar lo que venga. Esta sagrada influencia se deslizará sobre uno, lo poseerá, lo llenará. Esto significa quc está siendo llenado el vacío de la materia y de la mente.

El último objetivo que debemos alcanzar es mantener la mente en condición enteramente libre de pensamientos, sin caer en el sueño, perder la conciencia o degenerar en la mediumnidad psíquica. Si el fundamental pensamiento del "Yo" es sostenido, aquietado, sujetado, resultará eliminado, porque no existe por sí mismo; existe solamente por virtud de la divina luz de la conciencia del Yo Superior que lo informa. Si se anula este pensamiento, todos los otros innumerables pensamientos del ego personal que hasta ahora se han centrado en torno suyo, se convertirán en ilusión; en tanto que el sentido de "YO SOY", el sentido de ser que lo informa, persistirá

¿Cómo será reconocido? Será suficiente saber que está presente. Cualquier otra cosa en el mundo puede ser conocida en otras formas, indirectamente; pero ésta es la única cosa que debe conocerse convirtiéndose en ella.

En esta etapa de la conversión, el mismo "Yo", que parecía ser el centro de nuestra existencia, la última raíz de nuestra entera naturaleza, se disuelve, se funde en el misterioso fondo. El ego personal desaparece, sus limitaciones se dividen como una roca se separa en trozos cuando el creciente roble se hincha, y el mismo es reemplazado por un sentido de existencia que posee eterna duración. Con el cambio uno sentirá una extraordinaria sensación de aligeramiento y libertad, como si todos los intereses de la personalidad, sus joyas y sus preocupaciones, sus esperanzas y temores, fueran una carga que hasta ahora era llevada ciegamente, pero que ahora la arrojamos. Es esta extraña y superior experiencia que transmuta al hombre a su más profunda naturaleza, a los fundamentos de su recóndito ser. Se halla también entre las experiencias más altas abiertas a la raza humana, mientras sigue siendo humana, porque más allá del sendero se encuentra el reino donde moran los ángeles y los dioses.

La verdadera individualidad de un hombre es la misma en todos: sagrada, divina, inmortal. En aquel elevado mundo al cual pertenece no hay nada alto ni nada bajo, porque todos participan de la misma sublimidad como las gotas de agua que componen un océano.

Descansar sin ningún pensamiento es realmente una maravillosa experiencia, y se descubrirá la posibilidad de buscar el modo de prolongarla, de ampliar esos breves y preciosos instantes cuando la mente, el "Yo", retorna a su fuente de origen, es decir, a su fundamental y divino elemento.

No existe un período fijo o formal para la meditación de esta clase psico-espiritual. Uno debe guiarse por sus sentimientos. Cuando uno vive intensamente, bastará una media hora. Pero habrá períodos en que uno se hallará cansado del análisis. En tales ocasiones no es aconsejable que se lo pro-

longue por más de dos minutos. Eventualmente, cuando se esté suficientemente capacitado en el control del pensamiento y en la comprensión del análisis, ni siquiera será necesario entrar en la meditación. Se puede empezar afirmando brevemente, pero con la más absoluta claridad de percepción, de que uno no es el cuerpo, ni el intelecto, sino que *se es* pura conciencia.

Desde allí puede empezarse la meditación, puesto que se sabe lo que es realmente el yo, con concepción clara, sin mezclarla con pensamientos y emociones que no corresponden, y entonces se descubrirá la presencia del misterioso ser que mora en el meollo de nuestro corazón.

El hombre no está encadenado al finito yo, pero él cree que sí. Esta creencia está basada en una ilusión. La ilusión de que los cinco sentidos son los agentes conscientes y en funcionamiento en la vida del hombre, y que, por lo tanto, el mundo que ellos testifican es un sólido mundo de la más absoluta realidad. Los sentidos lo engañan y él se engaña a sí mismo. Cuando clame su libertad, la encontrará. Necesita alimentar esa redención, la liberación de los pensamientos, o nunca empezará a buscarse a sí mismo, a su verdadero e ilimitado yo.

De este modo, en último análisis, está claro que es la mente la que está envuelta en la materia. Es la mente la que puede liberar al hombre de nuevo. Y esto no se logra corriendo a los monasterios o a las montañas para pasar la vida allí; se logra USANDO LA MENTE PARA INVESTIGAR EN SU PROPIA OPERACIÓN.

## CAPÍTULO VIII

# LA CUESTIÓN DEL ASCETISMO

La noción que prevaleció en la Europa del Medioevo, y una que todavía prevalece en cierto modo en el Oriente moderno, de que la espiritualidad y la actividad son incompatibles, no es enteramente cierta. Lo más importante es la actitud mental y espiritual. Ambas actividades —como finalmente lo sabremos— son menos importantes. El punto álgido de la cuestión ha sido bien expresado por Krishna, quien fue considerado como una encarnación de la deidad para los hindúes de la antigüedad y es estimado todavía en tal condición. Él declaró:

> *Uno incorrupto por el egoísmo y desintrincado, permanece espiritualmente inafectado por actos hechos en descargo del deber. Uno que se descarga del deber con su actitud mental no es tocado por ninguna actividad.*

Muchos fueron los eremitas que huyeron de sus carreras o de los placeres del mundo para entrar en un monasterio, o esconderse en los bosques, en las montañas, pensando que la espiritualidad sólo podía lograrse en aquellos solitarios y encantados parajes. Y muchos descubrieron que no podían escapar de sus pensamientos, de que habían traído con ellos su carga de egoísmo, y que tanto las carreras como los placeres que supuestamente habían abandonado se introducían persistentemente en sus mentes. De esta manera, aunque aparentemente habían abandonado el turbulento mundo, eran

incapaces de escapar a la influencia y a las atracciones del mundo.

En consecuencia, ¿eran los ermitaños más espirituales porque parecían haber abandonado el mundo material? ¿Significaba su letargia física una letargia de la ambición y el deseo? ¿No se convierten en instrumentos ideales las experiencias y los problemas de la vida (si se sabe usarlos) en el perfeccionamiento de los delineamientos del alma? La respuesta es afirmativa, porque es evidente en sí misma.

Uno no puede convertirse en santo de la noche a la mañana. Se ha empezado como pecador y se puede abrigar la esperanza de que algún día se termine en santo, pero eso es todo.

San Jerónimo se fue a una ermita en el desierto en busca de la vida contemplativa, pero finalmente regresó con los nervios exasperados y la mente irritada, tan estrecha le resultó la sociedad de los profesionales ermitaños.

Cuando yo viajaba por las cumbres nevadas del Himalaya, fui a visitar a uno de los santones que había hecho su morada en una choza que parecía como un nido colgado en la ladera de una altísima montaña. Era un hombre grave, de luenga barba, que gozaba de cierto prestigio y de reputación en el mundo tibetano. Al final de mi visita, el santón me invitó a quedarme, pero yo le dije que tenía prisa porque era mi intención viajar al sur de la India; allí me despediría de todos, recogería mis maletas antes de emprender el viaje de regreso a Europa. Me preguntó por qué deseaba volver a Occidente y le respondí que tenía mi trabajo allí.

—No, es solamente el deseo el que puede alejar al hombre de las soledades espirituales de estas montañas —me dijo. Y entonces me citó una fórmula que no conocía—: Dios más deseo, igual hombre. Hombre menos deseo, igual Dios

Le presenté mis respetos al anciano caballero y descendí las montañas con el propósito de reintegrarme al mundo del cual había huido por segunda vez. Para mí, el viejo santón representaba el antiguo ideal hindú de la espiritualidad que

no ve nada sino lo malo que hay en el mundo con sus ciudades colmadas, sus habitantes colmados a su vez de ambiciones y deseos, y que no considera nada comparable a la santidad del aislamiento en los retiros monásticos o en las soledades naturales. El viejo santón tenía razón desde su punto de vista; pero yo también la tenía desde el mío. Sólo el hombre que ya ha dominado su mente puede entrar sin temor en el mundo lleno de actividad, con sus pruebas y tentaciones. Los otros pueden huir a ellas y esconderse en lo más profundo de sus ermitas y monasterios, donde acaso no se vean tentados.

Esta apreciación no significa que uno no debe abandonar nunca la ambición y el placer cuando la voz interior lo impulsa a hacerlo; quiere decir solamente que el verdadero objetivo es el control de la mente y que ese santimonio de pulida superficie no es la espiritualidad. La actividad o inactividad física es de secundaria importancia en comparación con la obtención de tal objetivo.

Las raíces de nuestra existencia radican en la mente, y es por esta razón que la mente debe ser atacada si vamos a cambiar realmente nuestro sistema de vida. Sólo allí donde esas raíces han sido quemadas por el divino fuego del Yo Superior puede asegurarse que nunca volverán a germinar.

Los males de la civilización son obvios y deben ser admitidos, pero así como se los adquiere pueden ser abandonados. No es necesario abandonar la civilización para acabar con sus males. Para bien o para mal, debemos comer la manzana, la fruta del árbol del conocimiento, y no debemos olvidar esto. Tales cosas, que son las causas del pecado para otros, como por ejemplo el frío intelecto y el sexo ardiente, pueden incluso convertirse en las causas de la elevación del iluminado aspirante de nuestra moderna época. Ambos pueden hacerse espiritualmente significantes a través de su asociación con la técnica del descubrimiento del yo espiritual. En lugar de ser las tambaleantes piedras en el sendero de la alta obtención, pueden convertirse en instrumentos de tal logro para los sa-

bios. Dice un antiguo y secreto texto hindú: "Por aquello que el hombre cae, por ello se levanta".

Parte del aprendizaje que se debía llevar a cabo en el Oriente hace algún tiempo, consistía en la renunciación del mundo. Esto significaba o completo retiro en un monasterio o el ir a esconderse, solo, en las montañas o en la jungla. Significaba renunciar a toda actividad mundana, incluyendo todo intento de ganarse el sustento; significaba renunciación a todos los lazos humanos, incluyendo los familiares, y el cumplimiento de rígidos sacrificios en todos sentidos. Personalmente he dormido en los lechos de roca de las cuevas yoguis, así como en los lechos suntuosos de los palacios, y me he sentido tanto espiritual como mundano en ambos, como me ocurre también en mi hogar en ambos aspectos; en cualquier caso, no creo que sea contraproducente a la práctica del yoga el dormir en un buen colchón y rodeado de elegantes muebles, todo lo que constituye el hogar, siempre que uno esté rodeado de la adecuada atmósfera.

Es una equivocación imaginar que la vida espiritual sólo puede encontrarse en los monasterios, ermitas, *ashramas* hindúes y otros lugares semejantes aislados de la mundana existencia. Aquellos que tienen una natural predisposición hacia una ascética existencia pueden retirarse provechosamente en tales instituciones por tiempo indeterminado. Para aquellos que tienen un sentido ascético pero no desean renunciar al mundo, les aconsejo un ocasional retiro, además de los habituales ejercicios indicados para el descubrimiento del verdadero yo.

Quienes viven en medio de las realizaciones de la invención electrónica y el trabajo mecánico, quienes trabajan para ganarse el sustento en medio del mundo cotidiano, no pueden esperar una guía por simpatía de aquellos ascéticos que se han aislado del mundo, a menos que éstos sean verdaderamente sabios. Puesto que su sabiduría la cifran en la renunciación al mundo, juzgan equivocadamente que tal renunciación es el único modo de obtenerla. Nuestra época es nuestra

época. Nuestra aplicación de la verdad, o por lo menos el beneficio de ella, puede diferir de la de ellos, y la vida es lo suficientemente extensa para que en ella tengamos cabida todos, gracias al cielo.

En tanto nuestro desarrollo esté directamente bajo la protección de un monasterio o de la cueva de una montaña, es natural que nos veamos libres de distracciones y tentaciones; en tales condiciones resulta comparativamente fácil encontrar una medida de la paz espiritual y de la comprensión. Pero he oído hablar de algunos hombres, habitantes de los monasterios orientales, quienes, obligados por la fuerza del destino o debido a su personal elección, han sido llevados a Europa y América, y bajo la presión y contienda de las tentaciones en las grandes ciudades, donde tenían que vivir por algún tiempo, sus logros espirituales se derrumbaron y destruyeron en pedazos. Es verdad que no se trataba de logros sólidos, después de todo, porque sometidos a la ácida prueba de la actividad del mundo, no pudieron soportarla.

Considero que el punto es suficientemente claro. He llegado a esta conclusión: mientras se vive en las grandes ciudades y se lleva una existencia activa, y al mismo tiempo se tiende hacia un lento progreso espiritual, el esfuerzo y el propósito resultan más encomiables, más sólidos. Cualquier progreso que se llegue a obtener será real, no ilusorio. No será un progreso logrado esquivando la oposición del mundo material. Pero sometido a ruda prueba, no se derrumbará como el otro, porque estará construido sobre un cimiento substancial. En consecuencia, será capaz de resistir la mayor presión o tensión.

Pero la verdad es que el Lejano Oriente se ha visto de tal manera influenciado por el moderno mundo occidental, que muchas de sus antiguas costumbres están desapareciendo rápidamente. Por cierto, sería mucho más fácil para un oriental retirarse de la vida activa, de toda distracción que pueda turbar su mente y apartarla de los propósitos espirituales, y lograr de esta manera la paz interior. Pero paz no es lo mismo que Verdad.

Instituciones que se han convertido en puertos de amparo para los ascéticos del mundo no son necesariamente lugares donde lo sagrado se manifiesta. Cualquiera que haya vivido en esos lugares todo el tiempo necesario para ir más allá de la superficie y de las apariencias, sabe cuán desilusionantes y desengañadores son. A despecho que se los llame monasterios, ermitas o *ashram,* y a despecho del hecho de que los ambiciosos deseos de sus habitantes se supone han sido volcados hacia una más elevada dirección, a menudo no hay cambios substanciales en su modo de ser básico. Existen, por supuesto, honorables excepciones, en cada una de las religiosas comunidades y brillan proporcionalmente porque constituyen verdaderas excepciones. Pero no caigamos en la propia decepción... no nos imaginemos que esos lugares están libres de codicia, sexualidad, envidia, encono y sentimientos poco fraternales. La verdad es que, en muchos casos, se trata de meras miniaturas del mundo exterior, y donde se exhiben los mismos sentimientos de debilidad, sólo que en una escala más circunscrita.

El ideal monástico no apela más al hombre moderno. El mundo occidental al menos no se ve atraído en nuestros días por el austero régimen de ascetismo sino que se inclina más bien a un equilibrio entre un extremo y otro, y no a la renunciación; por lo tanto el tema sólo puede interesar a unos cuantos, aunque todavía está en vigor —un vigor que va despareciendo— en algunos países orientales.

He descubierto muchas cosas hermosas en los métodos de Oriente, pero he encontrado también muchos defectos, y estoy convencido de que esos métodos de desarrollo espiritual tuvieron resultado sólo en siglos ya superados. Pero estoy igualmente convencido de que con frecuencia resultan inútiles en su presente forma. Creo, sin embargo, que podrían y debieran ser readaptados a las necesidades de la vida moderna.

El ascetismo convierte a los hombres en fanáticos y desequilibrados, con una declarada tendencia hacia la hipocresía. Dando ciertos ideales para vivir, a los cuales muchos de

ellos encuentran imposibles al cabo de un tiempo, ellos practican la pretensión y como consecuencia degeneran en una hiprocresía religiosa, que es el peor de los pecados. Sería mucho mejor para esas personas renunciar a sus vidas religiosas y volver al mundo. Yo se que algunos se inician con toda sinceridad. ¿Por qué se convierten en hipócritas? Es porque no se dan cuenta de que vaya donde vaya, uno lleva consigo sus sentimientos, pensamientos y deseos. Es necesario vencerlos, erradicarlos de uno, y eso se puede hacer viviendo en medio de una ciudad tumultuosa como en medio del desierto. No es fácil deshacerse de ellos, sin embargo. ¿Pero facilitará la tarea el hecho de cubrirse con un manto amarillo? ¿Acaso él nos liberará de aquellos? Por supuesto que no. Entonces, ¿de qué sirve cubrirse con él? Se debe aprender que el verdadero ascetismo es un hábito de la mente, no del cuerpo. Se debe aprender que el cuerpo no es, después de todo, el verdadero yo, y lo que se busca es algo que está dentro del cuerpo y no el cuerpo. Cualquier disfraz que se adopte con el cuerpo no nos llevará al deseado estado espiritual. Y aquí es donde, de nuevo, nos hace falta el justo equilibrio.

* * *

Pero si yo no defiendo una cobarde renunciación al mundo —lo cual es completamente imposible para el noventa y cinco por ciento de los occidentales—, propugno que uno coloque su mundana existencia sobre los cimientos más sólidos. Nuestra vida tan activa nos quita mucho tiempo y energías y eso hace que el logro espiritual y la relajación sean muy difíciles.

Lo que se debe procurar es simplificar la existencia, evitando las ansiedades y disminuyendo las preocupaciones, de tal modo que pueda encontrarse más tiempo y más energía para la divina práctica.

Si se tiene una verdadera pasión por la Verdad, y al mismo tiempo surgen algunos compromisos sociales, déjese estos en aras de lo fundamental. A veces, sin embargo, ni siquiera

será necesario llegar a eso. Pero, ciertamente, si tales compromisos constituyen un obstáculo, entonces procédase drásticamente, porque la Verdad está antes que nada. No es necesario renunciar a todas las formalidades sociales. Sin embargo, es prudente renunciar a las que no son esenciales. Déjese que la vida sea tan sencilla como sea posible si de nosotros depende; entonces tendremos tiempo y oportunidad para poner en juego nuestra capacidad para encontrar al verdadero yo. Porque si nuestra mente está ocupada en tantas cosas, muchas de ellas futiles, ¿cómo vamos a pensar en buscar a la Verdad? Vivir más simplemente no significa convertirse en un bárbaro. Procúrese encontrar la mediocridad dorada y vivir libre de deseos inútiles. El momento cuando uno se deja obsesionar por los deseos de tomar parte en el juego de la sociedad, siempre existe el peligro de que ellos nos mantengan demasiado ocupados para atender a la quietud mental y a un alto estudio Hágase lo que se deba hacer, pero nada más.

Se necesita de un sentido de la proporción. Las fuerzas de la creación no trajeron a este mundo y al universo entero en lo que son por obra de una sola persona, es decir, cualquiera de nosotros. Nuestra presencia no es necesaria para la función de la máquina universal. De la misma manera, la sociedad y la civilización pueden muy bien seguir su curso sin necesidad de la cooperación de ninguno, y nosotros por nuestra parte nos sentiremos aliviados de esa penosa y difícil tarea.

La primera y fundamental necesidad en el aprendizaje del control de la mente es tener definidos períodos de retiramiento espiritual, apartarse de las actividades personales y aislarse en soledad. Esos aislamientos no hay necesidad que se prolonguen más de un día o un fin de semana por vez. De lo contrario sería lo mismo prolongarlo por seis meses, un año o más. El período no debe ser predeterminado o prescribido, pero a medida que se vaya progresando se sentirá, en cualquier momento, una presión interior que nos impulsará a soltarnos de los grilletes de la constante absorsión de

la rutina diaria. Se habrá oído decir, o acaso uno mismo lo ha pensado: "Me gustaría viajar por uno o dos meses y alejarme de todo esto". Ésta es una presionante urgencia interior. Un deseo espiritual que debe satisfacerse. Siempre que sea posible, se debe buscar una oportunidad, si ella no se presenta sola, para liberarse a sí mismo aunque sea por algunas horas.

Los hombres se hallan tan metidos en la existencia material, en la lucha por ganarse el sustento, envueltos en la distracción que supone el medio ambiente de las grandes ciudades, en las cuales se ven forzados a vivir, que en la última mitad del siglo se han hecho más y más obsesivos por su cuerpo material. El trabajo, las condiciones de vida en general, y los placeres, se han convertido en cosas definitivamente materiales que la relajación, en un sentido espiritual, se pronuncia como una excepción. Pero en el Asia y en algunas partes de África encontramos las cosas al revés. Las personas se buscan un medio de vida que les permita dedicarse a sus experiencias religiosas. Hablo de las masas. Ellas se dan cuenta de que no sólo deben vivir, sino también hacerse de una vida. No se trata de perder la cabeza en procura de encontrar las respuestas adecuadas acerca del alma, sino de buscar con pensamiento claro el ser que todos llevamos en el interior.

No hay necesidad de entrar en un monasterio... el mundo de hoy es nuestro claustro, las luchas del diario vivir nuestras disciplinas monásticas; no se trata de lo que se hace, sino de cómo se hace; no es sentarse en una ermita lo que realmente interesa, sino el sentarse en el profundo centro de nuestro propio ser. El hombre sabio puede hacer su ermita de la vida mundana y de las actividades mundanas sus medios de liberación.

Es durante los períodos de aislamiento que uno está en condiciones de relajarse y dirigir su mente hacia los canales espirituales. Si uno vive en ciudades ruidosas, siempre que sea posible escapará a un rincón apacible que le pueda ofrecer la naturaleza. Ríndase a las impresiones que le llegan a

uno del nuevo ambiente. Si se busca una guía en determinado problema, se lo encontrará así más fácilmente.

Aun cuando uno sea un humilde trabajador, sin posibilidad de escapar por más de una semana o dos durante todo el año, y apenas un par de horas en la semana, no cabe duda de que puede aprovechar bien del correcto empleo de esos cortos períodos de retiro. No se trata de la cuestión de la extensión de tiempo que se necesita para aprovechar el retiro espiritual, sino del tiempo que realmente tenemos a nuestra disposición. Tales retiros deben utilizarse antes que nada para el completo olvido de los asuntos personales. De tal modo se va preparando una conveniente atmósfera para que la impersonal alma de la naturaleza se sumerja un tanto en nosotros y nos ilumine.

El siguiente paso, durante el período de retiro, es buscar la soledad tanto como sea posible. Evítese la sociedad de muchas personas. Cada persona que uno encuentra se convierte en una fuente de distracción y diversión de nuestro propósito... salvo que la persona en cuestión sea de una estatura espiritual superior. Cada individuo está rodeado de una atmósfera que lleva a dondequiera vaya, la cual, aun cuando no es vista, es nada menos tan real que puede ser registrada por un instrumento electrónico *. Esta atmósfera personal influye en otros, en forma decisiva aunque temporal, que se acercan a uno. Puesto que la mayoría de las gentes en el mundo se inclinan a otros fines que no son los altamente espirituales que nosotros perseguimos, se debe tener cuidado de no ser sometidos por tales personalidades. El mezclarse frecuentemente con ellas, ya sea en las multitudes o en la vida social, puede llevarnos a subordinar nuestros propósitos espirituales a sus fines materialistas.

Si en uno de esos retiros se es tan afortunado como para encontrar a una persona que posea una vida espiritual más

* El *aura* de la teoría yogui-hindú, que no sería otra cosa que el reflejo de las vibraciones de la materia. (N. del T.)

poderosa que la propia, entonces el retiro probará ser mucho más beneficioso que el esperado.

¿Se ha observado la diferencia que existe entre un completo y fanático aislamiento del mundo y una separación temporal? El propio control y la disciplina son cualidades que pueden aprenderse en el mundo. Las dificultades del ascetismos son también pronunciadas, como lo he comprobado, y creo que las dificultades superan a las ventajas.

* * *

Aquellos que son impelidos a apartarse del mundo en un monástico retiro de cualquier clase que sea, son muy pocos hoy en día, pero aquellos que necesitan el replegarse en una paz interior, son muchos. Ellos pueden tener su paz —y tener su mundo también— nada más que espiritualizando su vida *en* el mundo.

El mismo acto del aislamiento en la soledad de nuestra habitación, o en un lugar quieto, pacífico, solitario y hermoso, para la práctica de la quietud mental, es, en sí mismo, una simbólica separación del mundo activo. Ciertamente, durante veinte o treinta minutos de retiro, si uno los usa correctamente, estaremos tan aislados del mundo como lo está cualquier monje en su celda monástica. No hace falta más renunciamiento que éste porque todos los necesarios cambios en nuestra vida exterior, serán hechos, inevitablemente, aunque con extrema lentitud; serán hechos por uno mismo bajo la nueva influencia desde dentro de la cual uno llegara a tener gradualmente conciencia.

El retiro espiritual temporario debe ser una fisonomía de la nueva época. Ahí deben ir los hombres, no a derrochar sus vidas, sino a ganar una más grande fuerza y sabiduría para sus vidas. Yo creo que tales retiros como lugares de ocasional aislamiento están mucho mejor adecuados a nuestro tiempo que los monasterios o ermitas.

No se permanezca por siempre en el aislamiento. Mantén-

gase un equilibrio, un ritmo, dentro del mundo. Lo que se puede ganar y aprender en un retiro absoluto se puede lograr también trabajando en la sociedad y la actividad. Lo que uno llega a producir espiritualmente en plena actividad mundana será la mejor prueba de lo que se ha obtenido dentro del corazón. Se debe probar esas obtenciones interiores. De este modo uno puede probar continuamente, en una vida de acción, la integridad de los logros interiores resultantes del aislamiento. La mente centrada crea su propio campo. Yo vivo aislado mientras paseo por Broadway o Cheapside. Porque mantengo el reposo del pensamiento en su infinita fuente. Londres o Nueva York es un lugar tan quieto para mí como la solitaria montaña hindú donde una vez encontré a mi Maestro. El sendero sabio es buscar un curso medio entre el ascetismo, que es frecuentemente un fracaso, y el hedonismo, que es a menudo un desastre. Gocemos de las comodidades y conveniencias que nos ha procurado el cerebro del hombre, y con los presentes cargados de deleites con los cuales no harta la naturaleza.

El retirarse del mundo será, en consecuencia, un asunto temporal. Después que el hombre ha obtenido un cambio radical en su visión interior, la transferencia de su espiritual centro de gravedad desde la circunferencia al centro, él puede y debiera gustar de su vida normal y tomar de nuevo su parte en las actividades mundanas.

Hemos oído hablar mucho de la necesidad de practicar ciertas disciplinas ascéticas. Aclaremos perfectamente este punto. Algunos dicen que uno no debe comer carne, otros que no se debe beber alcohol; y no falta quienes nos digan que el tabaco es un peligro o que no debemos tener un intercurso sexual. Y todavía hay muchas y rígidas disciplinas, severas formas de autotortura que se practica en el Oriente, que están lejos de la imaginación de un occidental, algunas de las cuales se practicaron en Europa en la Edad Media así como en la América pre moderna.

Ahora bien, ¿por qué se dieron esas ascéticas disciplinas

a los aspirantes espirituales? Lo diré. Les fueron ofrecidos al principiante en la práctica del yoga y la meditación como un forzado intento para romper su ligazón al mundo exterior. Sabemos que todo el esfuerzo de la meditación es volcar la mente hacia el interior y apartarla del mundo exterior. Consecuentemente, cualquier poderoso hábito, o cualquier poderosa emoción que lo atara a uno demasiado fuertemente a un mundo material, podría reaparecer durante la meditación y dominarlo, haciendo más difícil su meditación. La presión del mundo exterior existe tanto en la meditación como en la vida activa, sólo que en las primeras luchas de la meditación uno llega a tener conciencia de ello, en tanto que en la vida uno se somete.

Cuando el principiante se sienta a meditar, está retenido todavía por una serie de cuerdas que lo atan al mundo, en forma de sentimientos y pensamientos.

Las disciplinas ascéticas tienden a que el proceso de la iniciación resulta más fácil. Al aspirante se le dice que, por un tiempo al menos, debe renunciar al mundo y retirarse a un refugio de cualquier clase. Debe olvidar la existencia de cualquier nexo con el mundo, todo aquello que tienda a separarlo del yo interior. Recuérdese, todas estas disciplinas fueron dadas a aquellos que querían retirarse del mundanal ruido, que se hicieron monjes o monjas. Eran excelentes para aquellos a quienes el expediente les resultaba oportuno, pero subsiste el hecho de que, no importa el progreso que se haga fuera del terreno de prueba del mundo exterior, tiene la posibilidad de que sea ilusorio. La realidad no sólo está dentro de uno, sino también fuera de uno.

Para encontrar la Realidad, esto es, para encontrar la Verdad no solamente tendrá uno que buscarla en el interior de uno mismo, mediante la unificación de la Luz interior, que es la primera mitad de la batalla, sino también en el universo que nos rodea. Así ocurre en el caso de aquellos que habiendo llevado una vida ascética llegan a retirarse vivos y cuando retornan al mundo no son tan fuertes como para resistir las

tentaciones y las pruebas a que él los somete. No es aconsejable ir a los extremos. Retírese todo el tiempo que *se quiera*, por dos horas, dos días o dos semanas, pero regrésese tan pronto como se considere que ese aislamiento ya no produce ni satisfacción ni alegría interior. Es el afán de lucha que lo domina a uno, como antes lo dominaba el afán de retiro; se quiere probar hasta qué punto se es fuerte y cuáles son los progresos alcanzados; saber qué grado de sabiduría hemos obtenido. Es mejor regresar y tratar de encontrar el ritmo del aislamiento en medio de la actividad. Contrario a la creencia, el ascetismo es realmente sin importancia, aunque algunas veces se lo recomienda como una materia de conveniencia para aquellos que creen que deben renunciar al mundo para seguir un sendero de contemplación interior.

De este modo no hay necesidad de huir de la actividad para refugiarse en una ermita, puesto que se puede huir en el corazón. No es esencial hacerse monje o ingresar a un claustro para vivir una vida espiritual. La verdad esencial es rendirse en el más profundo de los deseos al Yo Superior; por lo tanto, uno puede seguir viviendo y trabajando en el mundo, así como la hoja azul verdosa del loto se mantiene seca aunque flota en la superficie de una alberca.

Estamos aquí para *vivir*, no para huir de la vida.

Digo que es mejor para la mayoría de nosotros llevar vidas normales, quedarse en sus ciudades y trabajar, para huir y relajarse mentalmente, emocionalmente, cuando se sienta la necesidad de ello.

* * *

En el Oriente se da por aceptado, en nueve de diez círculos espirituales, que si uno desea obtener la conciencia espiritual debe renunciar enteramente a todo intercurso sexual, a toda la vida sexual.

Aquí en Occidente, en Europa o América, aquellos que siguen las normas de Oriente como guía de su conducta espi-

ritual, llevan también una vida de completa castidad como el más elevado ideal.

Es necesario que demostremos un poco de sentido común y comprendamos el porqué de esta restricción de celibato y castidad y la causa de que se la defienda a brazo partido. El impulso sexual es lo más dinámico que hay en la naturaleza humana, y por tal razón, debido a que es de largo alcance, alguna medida de control propio se hace necesaria, incluso en una ordinaria existencia humana. En el caso de un aspirante espiritual que quiere tener a su mente bajo control absoluto, una mayor restricción es necesaria. Primero, porque tan poderosa fuerza en el carácter humano debe ser guiada. Segundo, porque el hombre necesita una cierta suma de fuerza de voluntad para vencer a la mente, para controlar sus pensamientos, para practicar la concentración. La conservación de la fuerza del sexo ayuda a lograr esta potencia. Tercero, para darle mayor control sobre todo su ser, porque si controla la cuestión del sexo, existen mayores posibilidades de controlar otras emociones menores.

Por eso es por lo que el celibato y la castidad fueron impuestos, más o menos forzadamente, a los que se iniciaban en un sendero espiritual. El punto importante es, sin embargo, que un régimen ascético era dado a principiantes que ya habían renunciado al mundo, y que necesitaban economizar todas sus fuerzas, toda su vital substancia, para este único propósito que ellos mismos se habían impuesto. En otras palabras, ellos eran monjes, y para el monje la vida de celibato y de penitencia eran sus naturales ideales.

¿Pero qué decir de las personas que viven en el mundo, ya sea por destino o debido a las circunstancias, que se ven obligadas a llevar una vida normal como las otras personas? Algunos están casados, o tarde o temprano querrán someterse al dulce yugo. ¿Es que no hay esperanza para ellos? ¿Es que el sendero espiritual está destinado a ser hollado solamente por frailes y monjas? Hay una fuerte predisposición en esta generación —especialmente en la última generación— a dejar

ir el instinto sexual, el cual se manifiesta con pocas restricciones en forma de pensamientos sexuales, de impulsos y aun actos. Tal situación, cuando se extiende y alcanza límites y profundidades que llegan a estar fuera del control, solo pueden tener funestos resultados. Dar un equivocado destino a las energías vitales será causa de una penalidad extrema propia. Las proezas de la licencia sexual son pecados contra nuestros cuerpos. La prudencia y el sentido común son apelados en la esfera de las relaciones sexuales, acaso con más energía que en otros casos, se tengan aspiraciones religiosas o no.

La moralidad sólo tiene un papel utilitario, pero recibe una indirecta y discreta ayuda de la ética practicada por los hombres espiritualmente sabios. En una época de floja moralidad sexual, debiera recordarse también que, aun cuando las convencionales leyes de moralidad pueden no provenir de las fuentes más elevadas, la ley de la justicia espiritual que regula a la humanidad hará que uno se ocupe de tener un cuidado especial en la conducta de uno hacia el otro sexo.

El hombre que lleva una vida depravada, por tal razón, no está apto para emprender la marcha en el sendero secreto; sin embargo, por otra parte, la absoluta castidad física no es de mucho valor si va acompañada de pensamientos depravados. Clamar por la franqueza en el sexo, porque se levante la bruma de la simulación y el silencio con que mentes estrechas lo han envuelto, no es necesariamente clamar por la inmoralidad. La civilización ha fijado un *standard* de decencia y restricción sobre este tema que debe mantenerse y no ser desdeñado; pero lo que debe desdeñarse es el temor del reconocimiento del funcionamiento en la existencia humana del órgano sexual opuesto. Sano realismo, si es necesario, para encarar una cuestión vital y no la ciega aceptación de teorías que se niegan aceptar los hechos y la vida.

La atracción entre el hombre y la mujer es poderosa y el sexo es de tan dinámico impulso en la naturaleza humana que, si no se le da un curso normal puede provocar profundas

alteraciones físicas y psíquicas. La mayoría de los esfuerzos por erradicar el deseo sexual enteramente, ha resultado por lo general un completo fracaso y una agravación antes que una disminución en la fuerza del instinto. La senda del medio es la mejor, y es la senda del sano reconocimiento del sexo como una función natural y de la necesidad de controlar el impulsivo instinto que automática y ciegamente se manifiesta a ciertos intervalos en el cuerpo físico. La mayoría de nosotros somos sin duda individuales e inconscientes medium para esta tremenda fuerza compulsiva que corre a través de toda la naturaleza.

Aquí en Occidente nosotros gustamos estos regalos de la libertad. Cuando hayamos tenido un empacho retornaremos a la senda media, a una existencia más sana situada entre los moralistas y los inmoralistas. No gritaremos con hipócrita horror a la mención de las naturales funciones del cuerpo, como algo que está cubierto de infame lodo, como ocurría en pasadas generaciones; ni perderemos toda la decencia y el propio control toda vez que surja en nosotros la pasión.

La noción de que la fuente de nuestra naturaleza es el pecado original y que el sexo es el diabólico elemento en nuestro ser, es apenas acreditable en el benevolente carácter del Supremo Creador. El sexo es tanto una creación divina como cualquier otro elemento que contribuya a la formación del hombre. La vida corre paralela en todo el universo; esta dualidad que se sumerje en la unidad está enraizada en la misma tierra de todo lo sagrado. Y aquello que impulsa al hombre hacia la mujer y le hace estirar los brazos para atraerla es nada ni nada menos que la fuerza que atrae al polo eléctrico positivo hacia el negativo. No existe otra noción que haga dependiente el funcionamiento del sexo de un código convencional con el cual la sociedad trata de protegerse a sí misma con más efectividad que la propia sabiduría del hombre.

Por medio de la fuerza bruta o de la fuerza mental un hombre puede dominar a una mujer cuando las almas de ambos

están sufriendo. En el verdadero matrimonio, ni el hombre domina a la mujer ni ésta a él, aunque uno de la pareja se someterá naturalmente al superior. A través de un entendimiento afectuoso y rendido amor, con el tiempo se harán ambos tan complementarios el uno del otro que se podrá afirmar que existe una sola alma en dos cuerpos.

Muchos hombres casados sólo tienen una media esposa. Encuentran una mujer para el cuerpo, pero se olvidan de buscar una esposa para la mente. Una mujer debe aparejarse al hombre tanto en el alma como en el cuerpo. Nada puede ser más romántico que las ilusiones con que muchos matrimonios empiezan. Nada puede resultar más trágico que el modo en que esas ilusiones son destruidas por fuerza cuando el matrimonio llega a un fin.

* * *

Cuando uno tiene realmente elevadas aspiraciones, entonces la parte más débil del ser obtiene un sensible y disciplinado ajuste del deseo sexual; porque la constante preocupación respecto a un factor corporal no ayudará a la mente a desprenderse de la carne y sumergirse en una región más etérea.

Una persona que no es capaz de llegar a la total renunciación y que sufre de hambre sexual, es más probable que se concentre en pensamientos relativos al sexo y la manera de obtener satisfacción de sus instintos sexuales que en una elevación espiritual. Hacer un fetiche de una castidad física, sufrir los tormentos de la supresión mientras se ansía secretamente gozar los placeres de la carne, retorcer los propios y fuertes instintos, clausurar los canales de la energía vital, todos esos casos se dice son dignos de llamarse de sublimación. Esos presuntos ascéticos terminan convirtiéndose en obsesos de todas las cosas de las cuales quieren huir o tratan de refrenar. Empiezan por exhibir al ojo observador todos los signos de frustración, neurosis e inhibiciones que se desarro-

llan inevitablemente cuando la restricción no obedece a una causa perfectamente normal. El extremo fanatismo es anormal y antinatural.

El monje que hace un fetiche del celibato hasta el punto de que le rinde culto y llega a considerar a todos los que no están en el estado monástico como seres inferiores, ese hombre ha adoptado un punto de vista materialista de naturaleza humana. Está confundiendo a la gente con sus cuerpos.

Debemos recordar que nosotros no somos el cuerpo, y por tanto nada que se haga con o por el cuerpo ha de afectar drásticamente nuestro estado espiritual. Se busca la conciencia espiritual. Es cierto, sin embargo, que alterando los hábitos corporales se hace más fácil controlar los hábitos mentales.

Cerca del espíritu está la mente, y es la mente el próximo objetivo a alcanzar. Si esta premisa es cierta, se puede ver que es perfectamente posible para uno vivir en matrimonio y sin embargo, a través del control del pensamiento alcanzar ese objetivo. Acaso resulte un esfuerzo más duro y penoso que el esfuerzo del monje. Éste tendrá menos tentaciones que resistir. Pero aunque sea más difícil para el hombre casado que para el monje el obtener la conciencia espiritual, sin embargo puede lograrlo, porque no es un crimen, no hay pecado en el intercurso sexual *per se*. No hay nada en ello sino una perfecta y natural función del cuerpo. No confundamos los principios.

Necesitamos propio control, pero no propia tortura. Requerimos restricción sexual, pero no extinción sexual, así como necesitamos el iluminado uso del intelecto y no su ascética exclusión.

Debemos hallar un término medio entre ambos extremos de la cuestión. Renunciar al mundo, darle la espalda como a una cosa abominable, se ha considerado como el camino adecuado para llegar a la espiritualidad. Es una exageración. Aceptar al mundo pero espiritualizar la propia existencia es otro camino y el cual conduce al mismo objetivo.

Necesitamos un sensible medio entre la obsesión del sexo

y la represión del sexo. Queremos la vida en su plenitud, porque el Espíritu está presente en todas partes, y no la vida en su más estrecho concepto, como lo impone el ascetismo

Pueden haber y habrán años críticos o largos períodos durante los cuales un aspirante tendrá que apartarse completamente de toda actividad sexual para concentrar todas las fuerzas de su ser para "saltar" de una fase de su vida interior a la siguiente; pero ello será temporario, y el fiel aspirante seguramente estará lleno de vida para realizar este esfuerzo, voluntariamente.

La efectiva práctica de la verdadera castidad, o sea, en pensamiento y en acción, cuando es una virtud positiva, triunfante, y no simplemente un intento negativo, cuando rehusa la disipación por medio de la fuerza interior y no por medio del temor interior, y cuando la lujuria se ha rendido para dar lugar a más elevados deseos, siempre rinde grandes beneficios de una naturaleza física y mental. Este estado evita siempre todos los sufrimientos y las ansiedades que las desdichadas complicaciones sexuales provocan debido a una restricción indiscriminada.

Puesto que el cuerpo es la sagrada habitación de la subyaciente alma, debe ser tratado con el debido respeto. Su energía fundamental debiera ser razonablemente conservada y no sujeta a cambios bruscos, si es que se quiere lograr elevados objetivos. Si tenemos el coraje y el sentido común para mantener una existencia equilibrada como se propugna aquí, el sexo dejará de ser entonces una preocupación y su aceptación no constituirá por más tiempo una subversión a la ética espiritual.

En lo que a esta senda en particular se refiere, se puede llevar una vida de perfecto casado, con una vida sexual disciplinada, y tener al mismo tiempo aspiraciones espirituales y alcanzar progresos en las prácticas. No se exige al investigador que renuncie por completo y absolutamente a tales demandas. Completa y total libertad llega a uno solamente como el fruto de una final liberación y al final de la bús-

queda, porque ella sólo puede llegar cuando uno se haya identificado con el Yo Superior. Pero al menos uno puede *querer* ser libre. Al menos se debe reconocer que las ansias sexuales no tienen un valor eterno y que son fines a los que se puede renunciar temporalmente es beneficio de nuestro objetivo. En consecuencia, cierta suma de control externo hace falta, como una demostración de que uno realmente quiere la vida que es mucho más eterna. Ciertamente, se necesita cierta cantidad de indiferencia a los objetos materiales, y a la vida material. Pero esto es totalmente diferente del ascetismo extremo. El alejarse del sexo debe ser básicamente un intento *interior*.

El hombre que está en la investigación del verdadero yo llegará a considerar el sexo como un centro de energía y virilidad que, cuando sube, le otorga un poder adicional para su concentración mental. Sin embargo, no debe ver la función sexual como un pecado o como una contaminación que debe ser eliminada de su vida. Jamás llegará a convertirse en un histérico, como ocurre con muchos, cuando se enfrente con el espinoso problema de la completa libertad versus la absoluta castidad. El sentido común acaso sea más necesario aquí que al tratar cualesquiera de los otros aspectos o dificultades de esta investigación.

Se debe ser muy cuidadoso al adoptar una actitud extrema que signifique un "más papista que el Papa". No se puede juzgar por las apariencias externas, por la apariencia de matrimonio o no matrimonio, en lo que respecta a la espiritualidad de cualquier hombre. Él es lo que es en su conciencia; es lo único que importa. Si sólo los monjes y los fakires van a ser los únicos privilegiados en ver al Yo Superior, ¿entonces qué esperanza queda al resto de la humanidad que no ha renunciado al mundo como ellos? Ninguna. Manténgase el equilibrio y recuérdese que la verdadera obra que uno debe realizar es una obra en la mente. Se debe lograr el control de la mente para que uno pueda comprender la verdad, y estas cosas nada tienen que ver con los hábitos del

cuerpo. Por consiguiente, no se haga un fetiche de la causa del ascetismo. Tiene su lugar, pero es un lugar ínfimo. Manténgasela allí, secundaria y subordinada. De esta manera el sexo tomará el lugar que le corresponde en la vida espiritual. Ello es relativo. No existe en absoluto ninguna regla. Para el aspirante que lucha por lograr su objetivo, el sexo puede ser tanto un demonio al cual hay que vencer, o una fuerza que le ayude a triunfar.

"¿Cómo se puede reconciliar el sexo con el espíritu?", preguntarán algunos castos defensores de una antigua doctrina. La respuesta es: "¿Cómo reconciliar el estómago con el espíritu?" La naturaleza en sí no es muestra notoriamente casta, pero la humanidad hace lo posible para mejorarla. El monje toma a la muerte por esposa bajo la presunción de que Dios le ha ordenado tener tan torva compañía; pero puede estar tan equivocado como el ascético que renuncia al mundo y hiere su cuerpo con las torturas físicas. No; el completo celibato no es esencial, pero si la decencia y el control sexual lo son y siempre lo han sido, inexorablemente.

Podría, incluso, parafrasear a Oscar Wilde y repetir su máxima sobre el arte y decir: "No hay cosa alguna que se pueda llamar vida moral o inmoral. La vida se vive bien o mal, eso es todo".

No hay por qué temer al instinto sexual, y dentro de los límites del correcto vivir y de la decencia social, se lo puede admitir en nuestra vida, aunque con esto no queremos decir que debemos permitir que él nos tiranice. Se debe ganar el control de uno mismo y nada es tan difícil como reganar el control del sexo.

No se debe confundir las causas con los efectos Controlar la mente es una causa que finalmente lleva a controlar los impulsos sexuales. Prescribir completa y permanentemente la abstinencia sexual como un esencial ingrediente de un método para adquirir el control de la mente, puede quizás ajustarse a cierto número de personas, pero no a muchas. Aquellos que han logrado conquistar el pensamiento y reinar

en la mente pueden también vencer, y con holguras y sin esfuerzo mayor, a la pasión. El verdadero campo de batalla está en la mente, no en el cuerpo.

Ni negando su existencia por ascetismo ni rindiéndose débilmente a la imposición del instinto sexual, podrá el aspirante encontrar su paz, sino siguiendo una senda media que no evoque ni lamentaciones ni tentaciones. Si cuando alcance un elevado grado de logro espiritual, que coloca su voluntad individual en armonía con la voluntad del Supremo Creador, el comprenderá y obrárá de una manera ciertamente sagrada en toda oportunidad. Se vea forzado o no a considerar las cosas de la carne como un horrendo e intocable pecado, o continúe viivendo como un ser normal en relación a la vida diaria, le corresponde a él decidir. A esta avanzada etapa, nadie debe osar en prescribir para otros.

El hombre que lleva una disipada existencia puede contenerse y controlarse en presencia de su madre. ¿Por qué? Porque la respeta. Algunos instintos surgen en él y otros puede dominarlos. De la misma manera, cuando uno enfrenta al Yo Superior, reprimimos nuestros deseos, nuestros pensamientos y contenemos a la mente. Nuestras pasiones mundanas, cuando entramos en presencia del Yo Superior, son retenidas y controladas por el alto poder. Por lo tanto, se debiera practicar el ascetismo, pero de un modo natural. Se trabaja para el momento de la realización, sabiendo que sólo de esa manera se logrará la verdadera victoria sobre el deseo.

Se pueden registrar y anotar las cualidades del alma, y entonces trabajar penosamente para poseerlas una por una por una. Pero aquél que tiene hambre del Espíritu y lo recibe eventualmente, recibe también cada una de esas virtudes. No hay necesidad de molestarse en conocer el largo catálogo de tales virtudes. Córtense las raíces de un árbol y las ramas se secarán por sí solas; del mismo modo, córtense las raíces de todos los vicios y ellos desaparecérán por sí solos. Porque cuando uno descubre al Yo Superior, que es la raíz de todas las virtudes, se descubrirá que estas últimas surgen por sí

mismas. Es la resemblanza de un más grande yo dentro de nuestro corazón la que controla la bestia y el réptil que dominan nuestras pasiones.

La urgencia interior que lleva a los hombres a los monasterios, sin embargo, debe respetarse, porque todos debemos someter y santificar las pasiones y las energías, aunque hay diversos modos de realizar esto. Algunos personajes superiores han nacido con una definida vocación por la castidad completa, y ellos no encontrarán paz hasta que acepten su destino. Tienen completa razón en lo que hacen. Pero la mayoría de las personas normales no sienten esta vocación ni ésta es realmente esencial, según lo he demostrado en el sendero pintado en mis libros, para convertirse en frailes o monjas.

Si yo sigo solamente los sistemas menos conocidos del Yoga sobre esta cuestión; si me rehuso a aceptar todas las imposicione de los antiguos y medioevales cultos religiosos en una era moderna; sí, en suma, soy un inortodoxo, es porque es mi deseo infundir una esencia espiritual en la actividad moderna, quitando al espiritual sendero todos sus rigores no esenciales y hacerlo así accesible al hombre en su hogar, en la oficina, en la fábrica, en la granja.

## CAPÍTULO IX

# LA ESCRITURA DE LOS YOGUIS

### *I. Renunciación*

¿Es que entre Asia y Europa sólo van a existir conflictos? ¿Es que no puede sobrevenir ningún beneficio de su contacto?

Nosotros, los occidentales, estamos orgullosos de nuestra vida, en la que asignamos la mejor parte al cuerpo, y no aceptamos ninguna otra clase de vida. El antiguo Oriente, azotado por un furioso sol, se deja aplastar y hace lo posible por evitar toda actividad física. Su actividad consiste en pensar y soñar en lo Intangible. Me parece a mí que el péndulo del mundo llegará un día a detenerse en mitad de ambos extremos; que aparecerá una nueva raza cuyos miembros activos estarán impulsados por los sueños espirituales.

Aquellos orientales que desprecian a los occidentales porque están siempre ocupados en explotar los recursos materiales de la naturaleza, cometen una gran equivocación. No es por hacer aquello que no somos sabios. No lo somos porque hemos olvidado explotar también los recursos espirituales de la naturaleza. El error no está tanto en lo que estamos haciendo, sino en el modo como lo hacemos.

Los aventureros occidentales no tienen necesidad de avergonzarse de sí mismos cuando se ponen en presencia del reflexivo orienta. Cada uno tiene algo de valor para el otro y no puede adjudicarse el mérito de haber circunscrito el insondable infinito con un compás finito. Si el ideal occidental

del progreso externo pudiera enmaridarse con el deseo místico oriental para el aislamiento dentro del alma, entonces podríamos apreciar debidamente las ricas posibilidades de una vida completa. Debemos aprender a vivir en los sentidos y en el espíritu, con ambos, sin conflictos No necesitamos ni debemos permitir que el negocio de buscarnos el sustento se convierta en una obsesión, ni que el negocio de reverenciar a Dios se convierta en una manía. Debemos mantener un justo equilibrio entre ambos extremos.

La moderna necesidad —y especialmente la necesidad oriental— es la de empujar todo el cuerpo de la doctrina espiritual en la directa relación con la vida mundana y hacer esto de tal modo que la luz y el poder del espíritu pueden hacerse provechosos para cada individuo y para que lo ayuden a sobrellevar con alivio y sabiduría su dura existencia mortal.

Hay un antiguo texto hindú que trata, de un modo remarcable, de satisfacer ambos ideales. Propugna que lo místico debe estar por debajo de los asuntos del hombre; sin embargo sus páginas han sido mal interpretadas y de este modo su valor se redujo. Este antiguo libro puede satisfacer la moderna necesidad. Casi todos los literatos yoguis de la India llevan consigo una pequeña edición de este inspirado y profundo clásico, el *Bhagavad Gita*. Si este evangelio de contemplación combinado con la acción hubiera sido interpretado en la tierra de su nacimiento como correspondía, la India estaría demostrando hoy la irradiación de su iluminación espiritual, la cual llegaría hasta los últimos confines del mundo, proporcionando una equilibrada existencia material-espiritual para todas las naciones.

El *Gitā* sumariza varias aproximaciones al Yo Superior y también lo describe. Puede ser diversamente interpretado y yo revelaré algunas selectas y representativas líneas de esotérico significado antes que religioso. La hermosa simplicidad y la elevada cualidad de esta Biblia hindú trae una

favorable y complementaria luz a lo manifestado en el Nuevo Testamento.

Arjuna, un joven príncipe que es una de las dos partes —el divino maestro y su discípulo humano— se compromete en un diálogo que se describe a lo largo de todas sus páginas, tipifica en su figura al hombre que busca la paz de la mente en medio de las ocupaciones y dificultades de la vida diaria, del mismo modo que lo hace aquel aspirante deseoso de la luz espiritual.

Sin embargo, hasta que no es colocado en un campo de batalla donde debe pelear contra sus bienamados parientes, a quienes él ve enfrentándolo en un ejército opuesto, no lanza su vehemente exclamación reclamando una respuesta a sus interrogantes. El campo de batalla, por supuesto, representa el campo de lucha de la vida en el cual hemos sido colocados en toda esa clase de circunstancias, nos agrade o no.

El discípulo clama por un guía. Sólo cuando su angustia se hace intolerable y su corazón se desgarra aparece el maestro, simbolizado por la figura del hombre-dios Krishna.

Krishna no solamente representa al maestro espiritual corporizado, sino que es el mismo Yo Superior dentro de la figura de un hombre, el Dios interior que puede iluminar todos los oscuros rincones y responder a todos los interrogantes. Él encuentra a su discípulo afligido, agitado y con los ojos llenos de lágrimas. Lo ve perplejo con sus dudas, desgarrado entre el deseo de cumplir su deber en el campo de batalla y el amor que siente por los suyos, a los cuales ve en el ejército enemigo. La ocasión sirve para dar extensas lecciones sobre el tema espiritual y las técnicas. Al final del diálogo, después de haber escuchado todas las enseñanzas, la mente del pupilo se pacifica.

—Mis dudas han sido disipadas —declara—. Destruidas han sido mis ilusiones.

¿Mediante qué mágica se ha logrado este cambio mental? Por medio tanto de la guía y la gracia recibidas de su maes-

tro, como de su propia ansiedad por buscar dentro de sí la luz.

Las dificultades que uno encuentra en la vida pueden enfrentarse y vencerse después de haber mirado dentro de sí. Sabiduría parece negociar todas las circunstancias de la vida adecuada, correctamente, y con el logro *espiritual* Esta comcomprensión del poder latente dentro de él, se convierte con el tiempo en el ancla a barlovento del hombre. Él puede hacer frente a las tormentas que trae la vida, en la certeza de que hay algo dentro de él que impedirá ahora que aquellas lo fustiguen. La inspirada vida del hombre no sigue leyes férreas ni se aferra a ningún plan inconmovible como la roca. Le es suficiente mirar dentro de sí buscando la orientación debida en todos los momentos o las circunstancias. Percibir la verdad acerca de cualquier cosa es disipar toda duda.

El profundo alivio espiritual que emana de las enseñanzas de la *Gita* se requiere particularmente en esta etapa de la situación por la que atraviesa el mundo.

> ¿De qué nos sirve el dominio, oh, Maestro?
> ¿De qué nos sirven los placeres, e incluso la vida?
> ¿Cómo podemos sentirnos felices después de matar a los nuestros?
> No, no combatiré.

El discípulo es llevado al campo de batalla donde se le ordena pelear. Pero él se muestra confuso en sus ideas, con sus dudas. ¿Para qué sirve todo esto?, pregunta. ¿Quién no se hace la misma pregunta en la tensión y la lucha de nuestra existencia del siglo veinte? ¿Puede uno entrar en la extrema competencia del mundo de los negocios, por ejemplo, y estimar todavía que no está traicionando sus mejores instintos? Obsérvese cuan simple y comprensivamente se trata este problema, el cual es respondido por el maestro en los varios versos que siguen.

Por todos aquellos que no merecían sufrir, tú has sufrido... Nunca dejé de existir, ni tú, ni los que gobiernan a los hombres; y ninguno de nosotros dejará jamás de existir. Del mismo modo que este cuerpo, el Yo pasa la infancia, la juventud, la ancianidad, y pasa a otro cuerpo... Quienquiera vea en Él al matador, y quienquiera lo vea la víctima, ambos saben que no están en lo cierto. Sin nacer, eterno, inmutable, primigenio, Él no muere cuando el cuerpo es muerto... Así como el hombre arroja sus gastadas ropas y se pone otras que son nuevas, así el Yo arroja los cuerpos usados y entra en otros nuevos... Pero aun cuando tú pienses de él como que es nacido o como que es muerto, ni siquiera entonces debes lamentarlo. Porque aquello que nace debe morir inevitablemente, y lo que muere por cierto habrá de nacer. Por lo tanto, no te aflijas por lo que es inevitable...

El maestro señala que la gente sabia no se aflige por la muerte, porque la muerte no existe. Nunca serás tú ni nunca dejarás de ser tú. Somos eternos y jamás podremos dejar de existir. Y puesto que el discípulo se encuentra perplejo ante el problema de la muerte, el maestro ilumina su mente considerando este eterno enigma. Le dice que, puesto que el ser interior es inmortal, no existe esa cosa llamada muerte. El cuerpo es transitorio y puede ser muerto, pero uno es eterno. Las circunstancias no pueden afectar al verdadero *yo*. Por lo tanto, debe enfrentárseles con valor, con sabiduría y resignación cuando son inevitables.

El discípulo recibe la orden de hacer su batalla, porque en verdad no destruirá a nadie. Sólo podrá matar los cuerpos de otras personas, pero después de todo, ellos son transitorios. El temor a la muerte no está basada en la verdad, sino en la ilusión.

Del mismo modo, al tratar con la vida de todos los días,

recuérdese que, cualquiera sean las circunstancias que tengan lugar, sólo pueden afectar la parte de uno que es transitoria, es decir que viene y se va. Manténgase el sentido de la proporción, recordando que uno tiene también un valor eterno y que esta vida fenomenal viene y se va como una sombra. Los hombres sabios pueden tener sus dificultades y problemas, puesto que el destino los reparte a todos por igual, pero ellos no se lamentan por ellos. El pesar puede venir solamente si uno se identifica con la parte inferior del ser, o sea, el cuerpo. Disgustos, dolor y muerte son inevitables, y constituyen una inevitable parte del fenómeno de la vida física. Esto es porque el *cambio* es la misma naturaleza del mundo físico.

Los problemas vienen, pero así como han venido también se irán. Si no se van durante la existencia terrenal, entonces lo harán cuando aparezca el cuerpo carnal. Por tanto, tratemos de solucionarlos mientras sea posible, de lo contrario, hagámosles frente con valor. A través de los acontecimientos de la vida uno debe tener sabiduría y debe tener valor. Se necesita coraje no sólo para descubrir la verdad, para quitar todas las ilusiones propias y aquellas otras que los demás nos imponen, sino también para *vivir* la verdad.

Una insinuación de la verdad esencial de que el mundo material no es lo que parece ser, de que es ilusorio y como una sombra comparado con AQUELLO de que está envuelto, es ofrecido de este modo incluso al principio de la *Gita.* Durante las primeras etapas de la investigación todo lo real es todavía ilusorio, en tanto que todo lo ilusorio parece real. La verdad final acerca del carácter eterno del Yo Superior no se comprende hasta el final de la indagación.

De lo irreal no hay ser;
No hay ser de lo real.
Ambos aspectos de esta verdad
Pueden ver quienes buscan la Deidad.

Esta es la final y vital verdad. Sin embargo, podemos to-

mar ciertas ilusiones como convenientes escalones que nos ayuden a proseguir hacia la verdad Absoluta. Recuérdese que, en un elevado sentido, este es un mundo irreal. La verdadera e indestructible esencia es el Yo Superior, el cual secretamente penetra todo el universo.

El discípulo recibe la enseñanza de luchar, o sea, actuar. Pero a medida que uno estudia y avanza, inevitablemente llega él a la pregunta: "¿Por qué he de obrar cuando todo esto no es más que un sueño? Tanto es bueno una cosa como otra. ¿Por qué no retirarme y dejar que los otros hagan la tarea? La vida, ciertamente, es un sueño, por lo tanto quedaré quieto y contemplándolo dejaré que el sueño pase".

Esta actitud indica progreso sobre la investigación y por cierto que es una de las más avanzadas. ¿Por qué obrar cuando uno no quiere hacerlo? Porque, aun cuando uno no lo quiera, no por ello dejará de obrar. No se escapa a la actividad retirándose del mundo, porque todavía se estará en medio de la acción mental. Uno puede sentarse y sin embargo seguir siendo cautivo del ciclo de lo finito, porque no se podrá escapar a los pensamientos. Nuestra actividad puede cambiar su carácter y convertirse en una mental.

El resultado será que uno estará siempre atado a una u otra actividad. Mientras tanto, subsiste el hecho de que, se actúe o se siente sin hacer nada, *todavía se estará en la esencia del yo*. Pero si uno sabe que no se puede destruir al yo, ¿por qué temer a la actividad física? Éntrese en el mundo, cúmplase el deber, váyase a luchar si es necesario, pero actúese. El amor y la paz constituyen nuestra verdadera naturaleza y ellos no cambian porque cambien las actividades físicas. Por todo ello, sígase siendo el testigo interior de la vida, como se quiere, pero no se la tema. No se puede matar a nadie, porque nosotros y ellos constituimos, finalmente, el único Yo Superior.

> Si tu interés se refiere a la acción solamente, nunca dará resultado. No dejes que el fruto de la acción sea

el motivo, ni dejes que la inacción sea tu realización. Realiza tus obras con devoción, oh, discípulo, arrojando de ti los logros y siendo el mismo en el éxito o el fracaso.

No se pierda el sentido de la proporción ni se suponga que nuestras acciones van a constituir una diferencia para el Testigo, el Yo Superior, que siempre permanece inmutable. El destino nos ha brindado una oportunidad de realizar nuestra parte. Hagámosla, cumplamos nuestro deber, como otros hacen con los suyos. Sea un zapatero, o un dactilógrafo en una oficina, el general de un ejército, cumpla con la tarea encomendada. No se cometa el error, sin embargo, de confundir este consejo con la noción de que tendrá que hacerlo *siempre*. Esto es completamente diferente. Lo que es justo para uno este año puede resultar siendo injusto para el año que viene.

Krishna no desdeñaba dar sus enseñanzas al joven Arjuna, tanto sobre yoga como acerca de la verdad, en el agitar y el tumulto del campo de batalla, precisamente, donde se requería la acción. ¿Por qué no impartió estas enseñanzas en una ermita? Los "santos hombres" que *sólo* pueden hallar santidad en las ermitas, se secarían el cerebro buscando una respuesta... pero en vano, porque el hecho está ahí, inapelable. La vida es todo comprensiva, y tiene amplio campo tanto para la acción como para la contemplación. Y ninguna es más sagrada que la otra.

No puede ser engañado por la ilusión de la vida, puesto que se recordará quién y qué es uno. Cuando se recuerde que se es el divino yo, se puede actuar con entendimiento. Actuar en esta condición es necesariamente difícil. Se debe estar capacitado para caer en medio de la actividad de un mercado, o de la bolsa de valores, o en el hogar, y sin embargo estar interiormente desprendido de los resultados de las propias acciones.

No importa dónde uno se halle, debe mantener la sagrada

investigación. Cúmplase con el trabajo como una cuestión de deber, pero uno no debe estar atado a ello, o al logro del éxito, que se piense que el mundo acabará porque nuestros esfuerzos se han visto coronados por el fracaso. El éxito no debe constituirse en el alfa o el omega de nuestra existencia. Para aprender cómo renunciar, cómo dejar las cosas y personas, es una lección que todos debemos aprender tarde o temprano. Si se ha aprendido a renunciar interiormente nunca será necesario renunciar exteriormente. Trátese de cortar los lazos de los deseos. Están dentro de uno, y si se puede soltarlos, ya no importará lo que esté sucediendo afuera.

Cuando se comprenda esto, simplemente se hará lo que se deba hacer —que sea lo mejor y lo máximo que la vida espera de nosotros— y luego déjese que los resultados se hagan cargo de sí mismos, no porque uno se despreocupe de ellos, sino porque se sabrá que un poder cósmico se ha hecho cargo de ellos. El resultado estará en manos del Yo Superior y del destino. Acéptese este destino con cierta resignación. No se huya de él, rehusando actuar. Ni se vaya al otro extremo y se precipite en la actividad con codicia y deseo, considerándolos los *únicos* motivos de su obrar. Es necesario prestar también atención a los propósitos elevados. Actúese, luego obsérvese los resultados de la acción, retirándose al *status* de un testigo impersonal. Se debe actuar y mover en un mundo exterior, pero el yo interior debe ser el eje invisible: sereno, reposado y quieto.

El discípulo pregunta entonces:

> ¿Cuál es, oh, Maestro, la descripción de uno de mente estable, que es constante en la contemplación? ¿Cómo habla uno de mente estable, cómo se sienta, cómo se mueve?

Para poner las cosas en claro, la anterior pregunta simplemente quiere decir: "¿Cómo es un yogui?"

Y el Maestro responde:

> Cuando un hombre, satisfecho en sí mismo de ser el único Yo, arroja completamente todos los deseos de la mente, entonces se dice de él que es uno de mente estable.

Deseos, ansias y sentimientos al final no son nada más que pensamientos. Desear un objeto es o formar una figura mental o retener una concepción abstracta en la mente. Una pasión es simplemente un pensamiento, sostenido con más fuerza e intensidad que lo son otros pensamientos. Antes de que sea formado un deseo, es necesario *pensar* en él. Cuando está formado, todavía se *piensa* en él. Los deseos, por tanto, son parte de la corriente de pensamientos. Para deshacerse de los deseos es previo deshacerse de los pensamientos acerca de ellos. Se desprende de esto que el poder que inhibe a los pensamientos y los obliga a permanecer en la condición donde el pensamiento es reducido a lo mínimo, supone la presencia del poder que puede obtener a voluntad el estado de paz. Paz es la ausencia de pensamientos y deseos. Solamente entonces es obtenido el estado de equilibrio mental que es el estado que el yogui ha obtenido al encontrar a su yo interior. Una vez que se ha ganado este poder, se puede permitir que los pensamientos nos entretengan de nuevo, pero serán ya impotentes para turbar nuestra paz.

El maestro continúa:

> Aquél cuyo corazón no está turbado por las calamidades, del cual han partido todas las ansias por los placeres, que está libre de logros, temor e ira, es llamado un sabio, un hombre de mente estable.

Puesto que hemos sido enviados aquí a la tierra, no podemos desprendernos de las calamidades de la vida material. Podemos, eso sí, evitar la reacción convencional a ellos. El mismo yo derrotado en los negocios divertirá a un hombre, pero completamente abatirá a otro. El primero seguirá luchando, el segundo cometerá suicidio. Debemos comprender

que las calamidades son inevitables, porque ellas vienen como resultado de lo que hemos hecho en otros nacimientos. Pero podemos aceptarlos en paz y con ecuanimidad, si sabemos controlar nuestras reacciones respecto a ellas. A este respecto, sin embargo, el maestro señala que si uno es capaz de resistir los efectos del dolor y la calamidad, también puede controlar la reacción hacia lo opuesto. Placer y mala fortuna, dolor y buena fortuna, son los extremos opuestos del mismo palo. Por esta razón, también se debe aprender a renunciar en lo interior a las buenas cosas de la vida. Si se llega a hacer esto de verdad, se supone que, cuando se tenga un golpe inesperado de fortuna, se podrá controlar la excitación de la mente, manteniendo la calma. Se debe ser como un actor en la escena, quien, aunque representa su parte a la perfección, recuerda siempre quién en verdad es. Interiormente nosotros somos divinos. Sigamos siéndolo.

> Él obtiene la paz, en quien todos los deseos entran como el agua entra en el océano, el cual, lleno hasta los bordes, permanece inalterable; pero no así aquél que desea objetos.

Tal es el estado del verdadero yogui. Para obtener la paz los pensamientos deben fluir dentro de la mente sin violencia ni estrépito, sin turbarlo a uno. Odiar es ser turbado por un fuerte pensamiento de la persona a la cual se odia. Vivir excitadamente es también turbación, y por ello no se puede esperar la paz. Debemos aprender a seguir el sendero del medio. La paz puede obtenerse guardando y controlando la mente.

El maestro señala a continuación:

> Lo que es la noche para todos los seres, en el interior del yo controlado es el amanecer. Donde todos los seres están despiertos, es la noche en el sabio que ve.

En esta frase, "noche" significa el mundo fenomenal que

nos rodea. El sabio ve a través de su ilusión porque está espiritualmente despierto, en tanto los otros están espiritualmente dormidos. Están engañados por su apariencia de solidez y substancialidad. ¿Qué es aquello que parece la "noche para todos los seres"? Es el trascendental ser del Yo Superior. El sabio siempre mora en esa vida, la cual es divina infinitud. Aquél que entra en él no es ni un ascético ni un hombre mundano. El sabio es un enigma para los otros, porque conoce que toda la vida invisible y toda la vida corporizada son la misma cosa para él. Él está centrado en lo divino, y en tanto el destino traza el panorama de la vida delante de él, lo comprende y lo acepta, pero permanece inconmovible, porque ha obtenido la condición de perfecta paz. El asceta y el futuro yogui pueden tratar de erradicar todos sus pensamientos, pero el sabio no intenta hacer nada. Él comprende y acepta los pensamientos, pero no está a merced de ellos, porque se da cuenta de lo que realmente son y los controla sin esfuerzo y espontáneamente.

El discípulo pregunta:

> Si piensas, oh, Maestro, que el conocimiento es superior a la acción, ¿por qué, entonces, me envías a esa terrible acción?

Desea saber por qué, si la comprensión de la verdad es tan necesaria, se le pide zambullirse en la actividad. Todavía está confuso.

Y el maestro replica:

> En este mundo me fue enseñado al principio un camino con dos senderos, uno de devoción al conocimiento y otro de devoción a la acción.

Puesto que no se puede huir a la actividad, sea física o mental, se supone que existe un sendero para el hombre de acción y otro sendero para el hombre de pensamiento.

El maestro describe entonces el sendero de acción. Hace

hincapié en la realización del deber y en la retribución de la deuda que uno tiene con la naturaleza.

El verdadero problema para el hombre espiritual es cómo rendir suficiente servicio y entregarse a su tarea en este febril y contemporáneo mundo y sin embargo permanecer leal a su llamado interior. La ceguera de introspección puede tentarlo más y más a desertar de lo externo, pero la excesiva instrospección es sólo recomendable para aquellos cuyo destino y deber han saltado del mundo para hundirse en los monasterios, las ashrams y las ermitas.

Posteriormente el maestro inculca sacrificio, pero es una clase especial de sacrificio. Es un sacrificio de servicio. Se debe servir porque es justo servir, actuar porque es justo actuar, y entonces sacrificar el resultado de nuestras acciones al destino. Esto significa que uno actúa solamente por la recompensa. Se trabaja, se cumple con el deber, no solamente por una necesidad personal, sino también con la idea del servicio. No se concentra solamente en los resultados y los beneficios personales, sino que obra también impersonalmente. Esta es una senda para practicar el yoga, porque tiende a reprimir los deseos, los egoísmos y las indulgencias propias y ayuda a liberarse de las ataduras de los sentidos.

Este sendero es peculiarmente apropiado para el hombre que trabaja y vive la vida de acción del siglo veinte. Es mi creencia que la antigua sabiduría puede unirse con la ciencia moderna. El místico de hoy debe estar preparado a volar en avión; debe llevar "la cueva de la contemplación" dentro de su corazón, mientras la presión, el ruido y las multitudes de las calles metropolitanas lo rodean. Entonces se comprenderá que si uno ha sido metido en la lucha y la contienda de la moderna existencia en una ciudad occidental, eso es porque Dios desea que uno aprenda algo, alguna lección que pueda demostrar que uno está en oposición a dogmas caducos cuyos últimos vestigios es necesario destruir, y que a través de esta contienda y el esfuerzo de vencer en ella uno aprenderá la lección que necesita.

En este sendero uno aprende el significado del deber y el sacrificio. ¿Pero hace uno realmente sacrificio? No, porque ello es el resultado de la acción, y ésta se hace mentalmente. Trabaje en el mundo, realice su deber, pero no permita que su felicidad dependa enteramente de los resultados personales o de los beneficios resultantes de nuestras acciones. Actuar de este modo es establecer un buen ejemplo para los otros, convirtiéndose de este modo en un maestro de elevado orden. Estableciendo una desinteresada norma de acción y pensando en el efecto de nuestras acciones en los otros, ellos nos imitarán y uno enseñará elevando a otros.

El tributo que por fuerza debemos pagar a la verdad se cuenta generalmente en la moneda de la alabanza solamente, pero los mejores misioneros son aquellos que viven abundantemente; los mejores propagandistas de una causa espiritual son aquellos que dan primero el ejemplo y después predican sus preceptos. El ejemplo práctico resulta el mejor tutor.

> Aquellos engañados por las energías de la naturaleza son agregados a las funciones de las energías. Aquel que conoce al Todo no debe sacudir al ignorante que no conoce al Todo.

La correcta actitud sólo resulta de la prueba de estas prácticas espirituales. Es la actitud de "agencia" o instrumentalidad antes que el hacer, el sentido de que el Yo Superior está haciendo todas las obras en uno, está actuando, hablando, trabajando a través de uno. Cuando uno puede ponerse en contacto con la divina inteligencia y permitir que opere libremente a través de uno, ella nos seguirá y lo hará debidamente; ella nos ayudará sabiamente; ella nos pacificará cuando los sentimientos personales se alteran colóricamente. Quizás nos lleva a renunciar a algún bien relativo por otro más sólido. De este modo se llega al elevado estado del Karma-Yoga. Uno se da cuenta de ello cuando se actúa; es simplemente la naturaleza que actúa y obra a través de nosotros.

> Renunciando todas las acciones en Mí, con tu pensamiento puesto en el Yo, estando libre de la esperanza, libre del egoísmo, privado de temor, haz tu lucha.

Cuando uno llega a comprender que es realmente la naturaleza la que se expresa a través de uno, entonces se renuncia a la acción, interiormente. Uno se vuelve al Yo-testigo, dejando que la naturaleza se haga cargo de los resultados. Entonces se llega a la última etapa, cuando se puede ver al propio yo haciendo su parte en la obra del mundo, sin anticipación y sin expectación. Uno se despreocupa del futuro y de sus cargas. Eso concierne a la naturaleza. Uno deja establecido el ejemplo y otros nos imitarán y saldrán beneficiados. Practicando este sendero con fe, uno puede liberarse de las acciones y del destino. Nos liberará del ciclo de nacimientos y muertes. Si se cumple devotamente las primeras etapas de esta indagación, llegará un tiempo cuando el poder del espíritu nos llevará a enfrentarnos cara a cara con el Yo-testigo. Entonces nos liberaremos del poder del concentrado destino. Pero aunque se gana bien pronto un substancial grado de iluminación espiritual, no habrá conflicto entre esta iluminación y la mayoría de las actividades mundanas. Algunas de las últimas, ciertamente, pueden parecer definitivamente poco espirituales, injustas o materialistas a los ojos críticos de los otros, sin embargo es una cuestión que no puede ser juzgada por las apariencias. Un hombre puede tomar parte en una guerra, pelear y matar y, sin embargo, concebiblemente, puede estar viviendo una vida más iluminada espiritualmente que la mayoría de la humanidad. La diferencia esencial entre él y otros soldados del mismo ejército será uno de motivo. Nuestro hombre lucha de modo impersonal, sin sentir odio ni mala voluntad de ninguna clase contra el enemigo, comprendiendo que la vida demanda tanto comprensión como buena voluntad, y reconociendo que él está cumpliendo un deber impuesto por el destino y por la

estructura social de la cual él forma parte. Fue en tal sentido que Jesús arrojó a los mercaderes del templo. No había en él sentimentalismo acerca de la hermandad humana cuando realizó este acto.

Por el contrario, otro hombre que hubiera obtenido un grado substancial igual de iluminación, puede rehusarse a combatir, y entonces habrá de prepararse a soportar interminablemente las penalidades que el Estado ha señalado para ese tipo de "infractores conscientes". Aquí también el variante destino del hombre y la simbólica relación en la que se encuentra en su propia sociedad puede necesitar tal aparente defección del deber social. Todo depende de las circunstancias particulares del caso.

La verdad es que lo que realmente importa es rendirse en el yo personal a la imposición y la voluntad del Yo Superior, y luego adoptar una postura personal. Si el Yo Superior nos manda a uno de esos grupos de parias sociales, uno debe estar preparado a ir sin un segundo de hesitación. Y si el Yo Superior nos envía al seno de uno de esos grupos de perezosos y disipados hipócritas sociales, también debemos estar preparados a ir, y si el Yo Superior nos coloca en una pesada atmósfera del sórdido materialismo financiero, o en una ruidosa fábrica, debemos seguir su mandato. Siempre habrá alguna lección que aprender, o algún servicio que prestar, o alguna obra educativa del destino, donde uno deba ser enviado. Finalmente, si el Yo Superior declara "todas estas actividades son pueriles, todas estas personas indignas, y el tiempo pasado entre ellas, tiempo malgastado", entonces también uno debe retirarse, sin vacilar, de aquel medio ambiente, sacrificar el mundo y aislarse en algún retiro espiritual, ya sea alguna cueva en la montaña o una celda monástica.

> Pero aquellos que cavilan sobre estas Mis enseñanzas no las practican, deben saber que estarán privados de todo conocimiento, como hombres insensatos condenados a la destrucción.

Destruirse a sí mismos y precipitarse en insondables abismos. Son insondables porque no hay fin en los ciclos del nacer y el renacer. Se caerá indefinidamente en ellos a menos que se siga esta investigación que nos aparte de esa condena. ¿Se puede precisar el tiempo en que empezaron nuestros nacimientos? De la misma manera, es imposible calcular el tiempo en que terminarán. Buda vio este espantoso infierno de la infinita corporización y del renacer y buscó el modo de abreviarlo. Sólo se puede lograrlo si se sigue esta indagación eliminando todas las ideas falsas, mediante el justo obrar, la meditación, y demostrando indiferencia hacia los resultados. Este es el camino que se señaló al discípulo, la práctica del cual lo conduce a un lugar donde él empieza a entrever la libertad.

Ahora llegamos a la investigación del conocimiento espiritual.

El maestro dice:

> Yo enseño este perdurable yoga..., enséñalo del mismo modo en sucesión; los reyes sabios deben aprenderlo. Recuerda, oh, discípulo, que este yoga ha sido olvidado por mucho tiempo.

¿Por qué tenía que ser enseñado este sendero del conocimiento esotérico desde el principio del tiempo? Porque la verdad esencial acerca de la vida es tan sutil y trasciende la imaginación del hombre en tal extensión que sin la revelación divina jamás él la hubiera descubierto. Primero fue dada al hombre como una revelación del ser corporizado más elevado existente entonces en el planeta. Se enseñó originalmente a los reyes adeptos de la antigua China, Egipto, la India y otros pueblos primitivos del Asia, África y América. En el tiempo en que este alto conocimiento fue impartido, hace de ello miles de años, como se menciona en la *Bhagavad Gita*, el conocimiento ya se había perdido y tenía que ser traído de nuevo. ¿Es de sorprender que incluso en la India de hoy

esa esotérica sabiduría se haya hundido hace mucho tiempo en la obscuridad y el desuso?

> Este mismo y antiquísimo yoga te enseño a ti, puesto que eres mi devoto y mi amigo; porque este es el Supremo Secreto... En toda vez que haya un decaimiento de la Espiritualidad, oh, Discípulo, y una ascendencia de la irreligiosidad, entonces Me manifestaré.

Aquí se hace una promesa definidamente, de que los Altísimos Seres se hallan entregados a la tarea de observar el comportamiento de la humanidad y al propósito ulterior de salvarla, en el verdadero y único sentido de salvación, en los momentos críticos de la historia. Si no surge un líder entre los hombres para ayudarlos, entonces los dioses bajarán del cielo y envolviéndose en un cuerpo carnal y mortal, darán a la humanidad la orientación debida. Tales tiempos llegan siempre que hay una degeneración en la comprensión espiritual, porque la lámpara de la divina verdad debe mantenerse encendida en el mundo Siempre que esta verdad escape al conocimiento humano, debe ser devuelta por los dioses, quienes se encarnarán para reencender tal lámpara entre las masas de la humanidad. El consecuente despertar a las cosas del espíritu probará automáticamente la única condición en la cual los principales problemas económicos, sociales y políticos puedan realmente reajustarse o resolverse por sí mismos.

> Para la protección de los buenos, para destrucción de los malos, para el firme establecimiento del vivir espiritual, Yo nazco en cada época.

Toda vez que la humanidad se hunde en la última profundidad de la ignorancia espiritual y hay una decadencia de la verdadera religión, entonces tiene lugar el renacimiento de un Adepto o incluso de un dios que asume la pública misión del servicio espiritual. Cuando el místico se aventura a entrar en la acción, está apto para convertirse en una dina-

mita social, explotando en todo lugar donde la letra mata al espíritu. Es fácil citar a la historia para corroborar esta verdad.

De una manera harto peculiar, en tal época hay una reencarnación en gran número de aquellos que se sumergen en una profunda ignorancia espiritual o en el excesivo deseo, quienes se satisfacen con el odio, la envidia, la codicia y la lujuria. Estos seres reencarnados contribuyen en gran modo al obscurantismo de la época. Es en este tiempo que el destino les da una mano en su educación espiritual, y ellos renacen en esta época para de este modo tener su lección más completa. Finalmente son destruidos físicamente en medio de grandes catástrofes naturales, tales como inundaciones o pestes, y especialmente por la guerra. En tales tiempos, la total destrucción por la muerte violenta es la apropiada educación que es necesaria para el desarrollo espiritual. Pero tales épocas son también para la "protección de los buenos". Aquellos que han avanzado de algún modo siguiendo un sendero espiritual se hallan a cubierto en alguna medida. Están protegidos mentalmente y apoyados en lo interior. Algunas veces esta protección se extiende de un modo milagroso y externo en los momentos cruciales. Siempre que ocurra de este modo, en esos momentos se comprenderá que en esas manifestaciones de ayuda o protección se encuentra un elevado poder; su presencia será manifestada ya sea en forma directa por el Yo Superior o a través de otra manifestación de Él. La obra del alto poder se hace más activa y más efectiva cuando lo que nos afecta es más grave. En medio de la locura, la destrucción, la ceguera y el terror de nuestro mundo, ellos se pueden encontrar dentro de sí mismos bien protegidos, en tanto los otros se hallarán desamparados y gimientes en su pavor. Entonces, en medio del más grande desastre externo, ellos tendrán conciencia de una misteriosa presencia que les dará intensa calma y coraje. Toda vez que una vida está protegida por el Yo Superior, se muestra en calma, fuerte, interiormente soportada.

> Comprende esto: mediante larga postración, indagación o servicio, aquellos hombres de sabiduría que han llegado a comprender la verdad te enseñarán sabiduría.

En la India, todo el mundo se postra en el suelo ante la aproximación de un maestro espiritual. Es un símbolo solamente del hecho de que él busca el alto poder, y que humildemente acepta lo que cree la divina verdad. La veneración y la reverencia por los hombres espiritualmente iluminados son mucho más raras en los países occidentales, para desgracia nuestra. El aspirante en serio debe buscar un maestro competente. Cuando se encuentre uno que nos incline a él, debe suplicársele la aceptación, y entonces permanecer en contacto con él hasta que nos conduzca a la verdad, no importa cuánto tiempo se demore. Krishna dice que cuando se tengan las tres calificaciones, "humildad, indagación y servicio", entonces los hombres de sabiduría, que han comprendido la verdad, nos enseñarán. Ellos nos darán de varios modos su sabiduría, algunos por medio de la palabra, algunos con sus escritos y otros, en fin, por medio del silencio, pero en lo esencial otorgándonos su gracia. Humildad significa tener la confianza y la fe máxima en el maestro, así como en sus palabras. Indagación quiere decir persistente búsqueda de la realidad por medio de atisbar a través de las ilusiones. Servicio significa ofrecer cualquier ayuda que el maestro necesite, porque él otorga su propio conocimiento sin restricciones y sin jamás pedir nada a cambio. Si estas tres calificaciones no son cumplidas, será difícil obtener genuina intuición. Cuando se lo haya logrado, no se volverá a caer en el error.

> Aunque llegaras a ser el más pecador de todos los pecadores, llegarías a cruzar el negro mar del pecado en el bote de la sabiduría.

Si uno puede encontrar un verdadero maestro y trepar los peldaños de esta investigación bajo su guía, se puede ser el

más grande pecador en el mundo y sin embargo trascender todos los pecados y obtener de tal modo la más elevada liberación. Nuestra devoción a él será pagada de mil modos. Esta es la única forma de cumplirlo.

> Así como un fuego vivo reduce a cenizas el combustible, así, oh, discípulo, la sabiduría reduce a cenizas todas las acciones.

Si uno puede proseguir en este especial camino hacia la liberación y ganar el conocimiento de la verdad, el destino no nos caudará daño. No importa cuán pecador se sea, el momento en que uno comprenda la verdad se liberará de los acumulados efectos de los pecados. ¿Qué es el destino? Nada sino la colección de tendencias de pensamiento, deseo y acción, que persisten en torno a uno y se materializan eventualmente, resultando de este modo un reajuste material o un cambio en nuestra vida. Uno los destruye de raíz por medio del conocimiento de la verdad.

> Ciertamente, no existe aquí purificador igual a la sabiduría. Aquel que se perfecciona por medio del yoga, con el tiempo se encontrará a sí mismo por sí mismo.

Esta resulta una curiosa declaración. Cuando se ha practicado meditación y se ha logrado controlar la mente, entonces es posible que se encuentre la sabiduría esotérica. Se tendrá que esperar a alguien que nos conduzca hacia la absoluta verdad, la cual nos será otorgada como una recompensa. Se nos otorgará esta iniciación al cabo de un tiempo. La meditación en sí no será suficiente. La única verdad es el conocimiento de la suprema realidad.

> Por lo tanto, con la espada de la sabiduría corta de tajo esta duda de que el Yo está en el corazón y nacida de la ignorancia, y recurre a la meditación.

Elimínense todas las dudas y los temores adquiriendo ver-

dadero conocimiento del Yo Superior. El conocimiento destruye a la ignorancia como la luz destruye a la obscuridad. Real conocimiento de la verdad no significa conocimiento del fenómeno natural. La experiencia fenomenal es interminable.

La siguiente senda es esa de la renunciación. Se aplica solamente al hombre que huye del mundo para practicar la meditación en la soledad de los monasterios.

El discípulo pregunta:

> Predicas, oh, Maestro, la renunciación a las acciones, y luego predicas la meditación. Habrás de decirme, concluyentemente, cuál es la mejor de las dos.

El maestro replica:

> Ambas conducen a la más elevada beatitud; pero, de las dos, la meditación a través de la acción se estima más que la renunciación de la acción.

¿Cómo es eso? El éxtasis es el más elevado estado de la emoción. Pero no es la más elevada verdad. Para llegar a la más elevada verdad uno debe ser iniciado en la indagación esencial Tanto la senda de la actividad como la senda de la renunciación del mundo llevan a esta beatitud. Si uno debe elegir entre las dos, sígase la senda que lleva a la actividad en el mundo. Es más difícil, pero los resultados son proporcionadamente más grandes.

En tiempos antiguos, en primitivas encarnaciones, las personas que deseaban obtener una alta dimensión espiritual se retiraban a los templos del misterio por algún tiempo y allí aprendían bajo las más rigurosas condiciones. A veces se pasaban allí la vida entera; todo se hacía más fácil para su progreso espiritual. Hoy en día no existen instituciones de esa clase y la vida misma ha tomado su lugar, de tal manera que uno puede iniciarse, buscar su propio conocimiento y desarrollar sus intuiciones en medio y a través de las mismas experiencias que nos llegan todos los días. No hay razón para decir que no se puede aprender en medio de un ambiente

materialista. Se aprende reflexionando sobre las experiencias recibidas y las lecciones que emanan de ellas, y este resulta un medio tan útil como el de las meditaciones en un monasterio. La comprensión es precisamente tan importante como el sumergirse en la meditación, y nuestras experiencias en el mundo material nos presentan las mejores oportunidades. Ambas son necesarias, por supuesto. Las condiciones evocan ciertos pensamientos y sentimientos, y uno debe elegir su dirección. Ellas nos dan una oportunidad para comprender, para confrontar, para vencer los obstáculos.

¿Por qué el maestro enseña la senda más difícil? ¡Debido a su misma dificultad! Es la senda que obliga a uno a actuar más directamente y según su propia iniciativa. Cuando se vive en un mundo de actividad, inmediatamente se prueban por los resultados todas las teorías. El hombre que renuncia al mundo puede sostener toda clase de ilusiones en su cabeza. Hablar de espiritualidad no quiere decir que uno sea espiritual. Desciéndase al plano físico de la acción dondequiera se esté, y *vívase* allí. Seguir un espejismo hecho de palabras no es seguir al Dios viviente que mora en nuestro corazón. Entonces también, si uno permanece en el mundo, se sirva y ayuda a la humanidad, dando el ejemplo. En el sentido final, sin embargo, ambas sendas son lo mismo. El hombre que actúa en el mundo impulsado por elevadas razones no es diferente del hombre que ha huido del mundo.

El Sabio debe ser un rey. Debe ser investido de real esplendor. Pero algunas veces no es nadie, sólo una obscura figura. Cualquiera sea el papel que deba representar, lo representará. Para él, lo contradictorio se ha convertido en lo complementario No se puede decirle que esté en medio del mundo en actividad, o que se retire de él y busque un lugar solitario para aislarse. Es necio e ignorante decirle a un adepto lo que debe o no debe hacer. Puede permanecer por años y años en una cueva, y sin embargo no derrochar el tiempo. Si él recibe el divino mandato, el verdadero sabio seguramente sacrificará los solitarios retiros que él ama. Si la orden viene de

adentro, descenderá a las colmadas arenas y los balbuceantes foros del mundo.

> Los niños, no los sabios, dicen que estas dos sendas son distintas. Aquel que está devotamente dedicado siquiera sea a una, obtendrá los frutos de las dos.

El maestro explica que el verdadero hombre sabio será maestro de los dos mundos —el mundo exterior y el mundo interior—, sin llegar a ser esclavo de ninguno. Será hijo de su propia época y no la imitación de algún antiguo maestro.

> En un hombre provisto de sabiduría y humildad, en una vaca, en un elefante, así como en un perro o en un come perros, el sabio ve al mismo Yo Superior.

Esta es la visión de un sabio, provisto de sabiduría y de humildad, Él ve en todos los seres la expresión esencial de la misma unidad de vida. Su visión es universal; es sin prejuicio de casta o de raza. En la India, la casta más inferior es la de los "come perros", a quienes ni siquiera se les permite vivir en las aldeas. A los ojos del sabio, quien advierte al Yo Superior en todo, estos proscriptos merecen el mismo respeto y la misma benevolencia que se otorga a un rey.

> Él sabe que el Yo Superior ni se alegra obteniendo lo placentero ni se lamenta con la desgracia... De mente estable, firme en sus convicciones, descansa en el Yo Superior.

Con su misión mental, el sabio puede resistir los impulsos del hambre y el deseo. Esta es una interesante declaración, porque implica que tales impulsos también lo asaltan a él. Pero lo asaltan, ¿y por qué? La idea común es que el sabio, adepto, o maestro, no siente tales impulsos... que ellos han desaparecido completamente en él. La idea no es correcta. Ellos lo asaltan en algunos casos porque ni el sabio se ve libre del *cuerpo*. Tales registraciones, sin embargo, son pasajeras.

Desaparecen en un solo segundo después que el maestro, espontánea y automáticamente, rehusa identificarse con tales impulsos.

La materia ha perdido su presión sobre él, y este mundo no posee más el poder de encantarlo por completo. Puede vagar a través de la materializada civilización del mundo, desde Moscú a Madagascar, pero en lo interior jamás se verá afectado.

> Con el Yo no afectado por contactos externos, él encuentra la alegría que está en el Yo; con el Yo comprometido en la contemplación del Yo Superior, él obtiene interminable alegría.

El sabio o adepto no depende de las cosas externas solamente para la alegría y la felicidad, pero, por otra parte, es completamente capaz de apreciarlas cuando es necesario. Está satisfecho, sea que se siente en una cueva o viviendo entre los hombres en una ciudad moderna. Tal es el estado de aquellos que han obtenido el reconocimiento del Yo Superior.

> Los sabios obtienen la bendición del Yo Superior... Son aquellos cuyos pecados han sido destruidos y sus dudas extirpadas, que se controlan a sí mismos y procuran el bienestar de todos los seres.

No tiene más dudas. Han sido extirpadas porque ha encontrado la verdad y se ha unido a ella. Las dudas son pensamientos, opiniones y teorías. El sabio se eleva por sí mismo sobre ese reino. Sus dudas han sido disipadas por la luz del claro conocimiento. Es innecesario encender una luz en una habitación que ya está iluminada. Ni es necesario para un sabio retener las teorías y `opiniones cuando está perpetuamente iluminado por la trascendente radiación del Yo Superior.

> Deja que el yogui... permanezca en aislamiento, con la mente y el cuerpo controlados, libre de deseo y sin tener bienes terrenales.

Hemos llegado a la descripción de la práctica de la completa meditación en la senda para un hombre que ha renunciado al mundo, aunque el ejercicio puede ser practicado de cuando en cuando por otros.

Nosotros, los del joven y activo Occidente, debemos aprender la relajación de la antigua civilización del Oriente, aunque esto no es decir que tal senda es superior a la otra de la actividad. Mi creencia es que ambas pueden, y deben, contribuir complementarios factores hacia la equilibrada estructura de la nueva y elevada civilización, que es la urgente necesidad del mundo.

Estamos procurando encontrar la más alta conciencia mientras vivimos la vida diaria muy trajinada de aquellos que viven en grandes y colmadas ciudades, durante este complejo siglo veinte, no retirándonos a los monasterios, ermitas o cuevas en las montañas o en la jungla, sino viviendo en el mundo. Admitamos que esto es difícil, definitivamente más difícil. Pero el destino nos ha presentado con esta existencia y debemos continuar con ella, procurando seguir adelante de la mejor manera posible. No necesitamos soñar que un día, cuando escapemos de todo, encontraremos un rápido y fácil camino a la libertad espiritual. La cuestión no es simple. Dondequiera uno escape a sí mismo, siempre llevará la carga de sus faltas encima; los hábitos mentales vendrán también y se quedarán con nosotros, obstinadamente, tanto en la selvatiquez, en la cueva de un ermitaño, como en las grandes ciudades. La verdadera batalla tiene lugar en la mente. Los retiros son convenientes y ayudan durante algún tiempo, pero no son aconsejables como moradas permanentes. El retiro es una cosa que se puede realizar en cualquier momento, por media hora o una hora, aislándose en una habitación o en un solitario paraje. Olvídese el medio ambiente que lo rodea

a uno; sumérjase en un estudio profundo, o en un ensueño, y así realizaremos nuestro retiro, nuestra evasión.

Para aquel que emprende el ascético sendero de la renunciación, sin embargo, todos los lazos mundanos y familiares deben cortarse. No debe comprometerse en negocios ni mantener un hogar. Debe estar completamente libre para dedicarse a buscar el equilibrio mental a través del esfuerzo mental.

No debe mostrarse ansioso acerca de los bienes terrenales, ni sentirse turbado por el deseo de ellos. De este modo dejará a su mente completamente libre para volcarse hacia el interior.

> Teniendo un lugar limpio establecido como un firme asiento, ni demasiado alto ni demasiado bajo, con ropas, pieles y hierba alrededor.

Su tarea ahora consiste en que la mente se fije en un punto, permaneciendo sentado por muchas horas diariamente, practicando la concentración del pensamiento. La práctica de mantener el cuerpo no es una muy sencilla; es, en verdad, la primera batalla. Cuando se ha llegado a dominar este ejercicio, entonces se pasa a la práctica de la concentración. Mantenerse erecto y sin movimiento, debe cerrar los ojos o mantenerlos fijos en la punta de la nariz, haciendo lo posible para restringir la mente. No debe comer mucho, ni poco. Comer mucho hará que su cuerpo se ponga pesado y torpe; en tanto que, no comiendo nada, el resultado será el hambre físico, que turbará a la mente. No debe dormir mucho, pero tampoco mantener prolongada vigilia. Debe ser moderado en todas las cosas, yendo siempre por el camino del medio, el camino equilibrado. Sus alimentos, la recreación y los ejercicios deben ser moderados. El propósito será el de conservar las energías con propósitos mentales. Debe contener los pensamientos y concentrarlos en una lógica cadena sobre un determinado tema. Más tarde aprenderá a mantenerlos en un punto. La mente concentrada o mantenida sobre un punto

ha sido comparado con una lámpara colocada sobre una repisa, a cubierto, por lo cual no brilla. El objeto de estas prácticas es retirar la mente hacia el interior, lejos del cuerpo y de los sentidos, y de nuevo traerla a su lugar. Hacer esto con éxito significa constante práctica que puede durar meses o años. Pero mediante la constante y paciente disciplina de la mente vagabunda, será posible descubrir un día que los pensamientos pueden ser aquietados y mantenidos así. Al llegar a este punto de los ejercicios, la mente debe estar libre de pensamientos, completamente quieta. Este es el estado de meditación, donde uno descubre que no tiene cuerpo y que la mente no tiene forma. El medio más seguro para lograr éxito en esta senda es la práctica constante y regular, junto con la indiferencia acerca de los rápidos resultados.

Uno no debe sentirse desilusionado cuando no obtiene rápidos resultados. El logro del gran objetivo suele llegar en forma completamente repentina y cuando menos se lo espera.

El maestro responde a las quejosas preguntas del discípulo sobre las dificultades del yoga:

> Ciertamente, es difícil mantener a la mente restringida y quieta, pero ello puede lograr con la indiferencia.

La mente vagabunda se cansa de resistir y finalmente se somete. No obstante, aun cuando no se lograra su sometimiento, la recompensa aun será valiosa, porque

> Habiendo llegado a los mundos de lo justo, y habiendo morado allí durante años eternos, aquel que fracase en la concentración volverá a nacer en la casa de los puros y de la riqueza.

Ningún esfuerzo se ha de perder, y todo lo que se haya hecho, todo lo que se haya obtenido durante el sacrificado aprendizaje, no será otorgado en el próximo nacimiento. Además, si es posible, se volverá a nacer en una familia espiritual, donde será más fácil obtener éxito en los nuevos empeños. Tal nacimiento, sin embargo, será muy difícil de obtener.

> De todos los yoguis, aquel que se dedique por entero y fielmente a Mí, que en su interior me rinda culto, será considerado por Mí como el más devoto.

El culto más íntimo es ese de descansar en el Yo Superior. Entonces es cuando uno se convierte en el mayor devoto. Si se siente que mediante el rito y la ceremonia se obtiene mejor resultado, entonces no se vacile en adoptarlos. Pero al final será preciso renunciar a ellos. Porque cuando uno se llega a dar cuenta de que el Señor del Mundo está celebrando el festival del universo, y que este rito es observado en todas partes, uno no querrá estar limitado a la misma y formal ceremonia, sino tomar su lugar en el gran templo de este mundo, recordando siempre y rindiendo culto a Dios en el corazón.

Así termina la primera sección de este maravilloso e instructivo diálogo, y ajustándose a sus enseñanzas será posible dominar los detalles del arte de la quietud mental. El mundo quedaría sorprendido si supiera que muchas de sus más famosas figuras, tanto del pasado como del presente, han realizado diariamente este aislamiento y de tal modo se han refugiado de sus onerosos deberes y pesadas responsabilidades, encontrando en sus momentos de meditación la fuerza necesaria para soportar su inevitable destino, y una segura guía en medio de sus perplejidades, cuando los otros hombres se debatían en una innecesaria ceguera. Un solo ejemplo servirá para ilustrar lo que afirmamos.

Han transcurrido muchos años desde que tuviera lugar la sensacional muerte del mariscal de campo lord Kitchener, cuando el navío de guerra *Hampshire* fue misteriosamente hundido; no quiebro ninguna confianza cuando revelo que este distinguido soldado no desdeñó buscar y recibir secreta iniciación en las prácticas del yoga oriental durante su largo servicio al comando de las fuerzas militares británicas tanto en la India como en Egipto.

Hay una pequeña isla en el río Nilo, cerca de la antiquí-

sima ciudad de Assuán, que lleva su nombre. Aquí creó Kitchener un delicioso retiro espiritual, reservado, durante los días de su vida como el virtual dictador de Egipto y el Sudán, a su uso particular. Él plantó arbustos y árboles muy raros que hizo traer especialmente de la India, así como rodeó su retiro de palmeras de grandes y hermosas hojas, haciendo del conjunto un hermoso retiro. En el centro de la isla hizo construir un paqueño pabellón. Cuando habían terminado las tareas del día, se embarcaba en un bote y en él llegaba a este pintoresco y pacífico lugar, completamente solo y sin tener a su lado siquiera un soldado que lo custodiara.

Aquí, en medio del silencio quebrado tan sólo por el musical zumbido de los insectos, y bajo el soberbio cielo azul del Egipto meridional, él olvidaba sus pesadas cargas y tareas y se entregaba a la contemplación, retirando su mente hacia el centro de su ser interior.

Durante el servicio de lord Kitchener en la India, construyó un retiro semejante al pie de las colosales montañas del Himalaya, cerca de Simla. El lugar era encantador, inolvidable; el gran soldado llamó a este refugio "Hall de la Flor Silvestre". Él fue uno de los pocos pero afortunados seres que oyeron el profundo llamado del Yo Superior y fueron lo suficientemente sabios como para responderle. Uno de sus ejercicios favoritos era la práctica yoga que los hindúes llaman *trataka* y a la cual el autor ha descrito brevemente en su breve referencia a Kitchener, en la página 107 de *El Sendero Secreto*. Kitchener usaba este ejercicio de la contemplación como un medio para fijar la mente, porque así se sumergía profundamente en sí mismo y olvidaba por completo su mundo exterior. Era un hombre solitario y procuraba siempre estarlo, incluso mientras realizaba sus tareas de soldado. Aquí, en este refugio de la isla, debió verse más de una vez cara a cara con la gran Soledad.

Qué fuerza interior logró alcanzar puede ser medida recordándose que sobre sus hombros pesó la grave responsabilidad de organizar toda la campaña militar de Inglaterra du-

rante los primeros años de la primera Guerra Mundial. El pueblo británico acostumbraba a quejarse de su solitaria naturaleza, de su falta de sociabilidad, pero ese pueblo no comprendía que él había logrado pasar el umbral que lleva al yo interior a través de la alta iniciación de los brahmanes, cuando el sacerdote dice al candidato:

> Él es la Soledad que hay en ti... Estás solo frente al sagrado fuego, y a partir de este momento estarás siempre solo, en la Soledad con él. ¿Estás dispuesto a aceptar esta soledad?

En un lenguaje más asequible esto significa que el iniciado, a partir de ese momento supremo, habrá de mirar siempre dentro de sí, en busca del sagrado yo interior, para que él le ayude, le dé luz, amor y fuerza, y sólo después de obtener eso podrá volver al lado de los hombres mortales y frágiles. Esta es realmente la mejor forma de liberar al propio ser, porque de este modo se logra que los altos poderes obren en los asuntos de nuestra vida personal.

Un divino propósito pulsa a través de todo el conjunto de la Naturaleza. Aquel que aprende el arte de la correcta meditación se pondrá esencialmente en armonía con dicho propósito, el cual lo utilizará a él como a un sagrado instrumento en su tarea de expandir la verdad entre las ovejas descarriadas de la humanidad. La universal conciencia del Yo Superior que está presente en todos los otros, automáticamente lo lleva a entrar en perfecta simpatía con los demás, y de ahí que le resulte fácil asomar en sus conciencias y hacerles ver la realidad. Puesto que ellos viven en un mundo físico y en un cuerpo físico, el mejor medio de lograr sus propósitos es por medios físicos, lo cual significa una vida de inspirada actividad.

## Capítulo X

# LA ESCRITURA DE LOS YOGUIS

### *II. Revelación*

La segunda parte de la *Bhagavad Gita* está iluminada por la alta revelación hecha por el Maestro, de que el Yo Superior está en todas partes, existe en todas las cosas, y que todo el conjunto de la lucha humana es realmente una inconsciente búsqueda de la satisfacción que ofrece solamente su protección. Esto es usado como una base para su profundo y apropiado mensaje, que se ajusta a nuestro mundo de hoy, de inspirada actividad.

> Con la mente intensa en Mí, practicando el yoga, y encontrando refugio en Mí, ahora plenamente convencido de que me conocerás, eso es lo que habrás de oír.

Uno debe practicar la meditación no solamente en los momentos indicados sino incesantemente, recordando los beneficios de la aspiración.

Nunca se olvide lo que uno desea obtener: la sagrada remembranzo del yo. Cuando se tenga siempre presente esta remembranza se logrará éxito en la meditación.

Hasta tanto se alcance esta etapa debe dedicarse una parte del día al intento de sumergirse en uno mismo, en esos pensamientos, por el momento.

¿De qué buscamos refugio? De todo lo externo. De todo lo que no es el verdadero Yo. De todo lo que no es puro Espíritu. No solamente de los desengaños y de los sufrimientos es que debe buscar refugio uno, sino también de todo aquello que el mundo considera como agradable y bueno.

En otras palabras, uno aspira a encontrar paz, esa paz que sólo es posible hallar en el centro interior y más profundo de nuestro ser. Para lograr esto es preciso desprenderse de todas las experiencias humanas. Aceptémoslas, pero no permitamos que ellas nos dominen. El refugio que uno busca debe encontrarse solamente en las profundidades del corazón, donde el espíritu mora.

Para tener éxito en la indagación, la mente debe volcarse hacia adentro, buscando un descanso en el centro mismo del corazón, mientras con la mente superficial se vivirá la activa existencia.

De este modo se logrará paz, es decir, informándonos en esa hermosa calma que nos ayudará a capacitarnos para aceptar inmutables, con perfecto equilibrio, lo que la vida nos depara.

Obtenido esto, se tiene la afirmación del maestro de que "sin duda llegarás a conocerme". El Espíritu, que mora en lo más profundo de nuestro ser, nos proporcionará esa paz, y no las elaciones emocionales. Estas últimas son estados que ya se superaron durante las primeras etapas de la investigación del yo.

El maestro continúa:

> Entre miles de hombres, uno solo, por casualidad, logra buscar el camino de la perfección; y entre esos que buscan la perfección y son perfectos, sólo uno, por casualidad me conocerá en Verdad.

Pocos, muy pocos, en verdad, buscan lo verdaderamente espiritual o luchan por alcanzar la perfección. Enamorados de lo que parece la realidad de la mundana existencia, la gente se hunde en las satisfacciones que nada tienen de espirituales.

No hay nada de inherentemente malo en la búsqueda del bienestar material, porque nos es dado vivir en un mundo material. Pero no debemos dejarnos absorber por completo por este afán, se trata solamente del aspecto superficial de nuestras vidas. También debemos realizar un esfuerzo para comprender el propósito de nuestra encarnación, así como debemos luchar por obtener la Realidad.

Obsérvese a las multitudes que buscan a Dios, a la Verdad, en las religiones ortodoxas y en los cultos no ortodoxos del mundo. ¿Cuántas han obtenido la plena realización de su divino objetivo? Hay centenas que lo han buscado por diez, quince o veinte años, sin encontrar la Verdad. Porque la Verdad es tan sutil que muy pocos pueden obtenerla. Pero una vez que se la haya logrado, todas las dudas desaparecerán para siempre.

> Engañados por estas... cosas... todo este mundo no Me conoce como distinto de ellos e inmutable.

El mundo que nos rodea representa en sí el gran poder que nos ciega. La Naturaleza, en sí, es la gran ilusión.

> Por cierto, resulta difícil precisar esta Divina ilusión de Mí. Quienquiera me busque a Mí solamente, llegará a pasar sobre la ilusión.

La razón para que sólo muy pocas personas puedan encontrar la Verdad es debido a que resulta la cosa más difícil del mundo penetrar la cósmica ilusión con que la Naturaleza nos enfrenta.

Esta universal ilusión sólo existe en nuestras mentes. Es aquí donde debemos vencerlas. La primera decepción es que la impresión de este al parecer sólido mundo es la última y final etapa del ser.

La ciencia de hoy reconoce esta impresión como ilusoria. Se ha sabido al fin la verdad de que incluso los objetos materiales no son las cosas sólidas que parecen ser. Se sabe, por

ejemplo, que una cosa como una mesa no es nada más que una serie de descargas eléctricas.

La materia, como tal, no existe. Porque si todo está compuesto de fuerza, ¿dónde está entonces nuestra sólida materia? Los científicos han analizado la naturaleza de la materia. Han comprobado que se desvanece en la fuerza. Pero todavía no han resuelto ni descubierto la naturaleza de la fuerza.

Eventualmente, la ciencia será forzada a llegar a la conclusión de que la fuerza es una corriente que existe en nuestra propia mente. No existiría a menos que *uno mismo* llegara a tener conciencia de ella. El conjunto del universo, en consecuencia, sólo existe puramente a través de nuestra mente. Y mientras más se piensa en ello, así resulta ser.

En tanto se piense y se crea que la materia es real, así es para uno. Pero en el momento en que uno piensa que no es la cosa sólida que parece ser, se empieza a ver la ilusión.

Véasela tal cual es y de este modo se vencerá toda ilusión. La mente debe ser comprendida y el mundo examinado. Cuando se comprenda cuál es la verdadera naturaleza de uno, entonces se verá también lo que es el mundo. Para lograr esto se requiere de algo más que decir oraciones o cantar himnos. La religión es sólo un paso en el camino.

> El hombre sabio, lo considero, es el mismo Yo; porque con la estabilidad de su mente él recurre a Mí solamente como al objetivo finalmente esencial.

Si uno busca la Verdad como objetivo, se está buscando lo más elevado. Se descubrirá que la Verdad proporciona su propia recompensa, porque todos los otros beneficios van detrás en fila. Como dijo Jesús: "Busca primero el reino de los cielos, y todas las cosas te serán otorgadas". Tal es la raíz de toda la materia.

El maestro comenta luego:

> Aquellos cuya sabiduría los ha apartado por este o aquél deseo, recurren a otros dioses, se comprome-

> ten en éste o en otro rito, constreñidos están por su propia naturaleza.

Uno debe decidir finalmente si desea aceptar verdades parciales o la única y más alta verdad. Estas son las etapas por las cuales debe pasar necesariamente el iniciado.

Al final, compelido por las experiencias de la vida, uno buscará la única Verdad. Pero habiéndose tomado la decisión no debe permitirse ser apartado por la búsqueda de poderes ocultos, o alejado por la indulgencia que se encuentra en los éxtasis emocionales. Cuando uno llega a darse cuenta de que sólo está buscando la Verdad, se está en el justo camino de encontrarla.

El maestro quiere que su discípulo busque solamente la Verdad, porque aquel que procura obtener sólo las cosas finitas no podrá lograr infinitos resultados. Lo finito es limitado, pero el único Yo Superior no puede ser medido. Es infinito e ilimitado.

> Con la mente y la razón fijos en Mí entonces, indudablemente, tú vendrás a Mí solamente.

Razón significa aquí discriminación. Fijando resueltamente los pensamientos sobre el objetivo y persiguiéndolo pacientemente, rehusando abandonar la búsqueda, los firmes esfuerzos se verán colmados, aunque el día del premio está determinado por el destino. Tales son los procedimientos mediante los cuales será posible hallar al imperecedero Yo Superior que nos soporta y es la vida corriente en todo el universo manifestado.

> Habiéndome obtenido a Mí, ellos no volverán a obtener nacimiento, que es el sitio del dolor y no es eterno, porque ellos habrán logrado la más alta perfección.

Uno que ha llegado a tal estado no necesitará más volver a nacer. Se habrá librado de las ataduras de la materia.

¿Por qué dice el Maestro que el nacimiento en este mundo

material y en el cuerpo es el asiento del dolor? Lo hace porque es un hecho que quien desciende a la vida material llega bajo la dominación de la ley de oposición. Esta ley trabaja rítmicamente, en ciclos. Todo placer debe ser seguido por el dolor. El uno equilibra al otro. Por lo tanto, mientras vivamos en el mundo material debemos esperar dolor y sufrimiento, en alguna forma u otra, corporal o mentalmente, en un tiempo o en otro.

Para liberarse de la condena del renacimiento uno debe trascender el pensamiento y el cuerpo y llegar hasta el Yo Superior.

> Todos los mundos, incluyendo el más alto, están sujetos a retornar de nuevo, oh, discípulo, pero en alcanzándome a Mí, no habrá renacer.

Hay mundos espirituales que existen en los reinos interiores del ser. Conocemos el mundo material, el exterior. También existe un denso mundo espiritual y una más fina región espiritual, ambos de los cuales pueden ser llamados mentales.

Los seres existentes dentro de esos tres mundos se mueven en un círculo reencarnación. Si uno quiere alcanzar la paz eterna, debe liberarse de las ataduras de esos tres mundos. Se puede lograr esto sólo encontrando al Yo Superior.

Esos tres mundos, vastos como son, constituyen el conjunto de la ilusión de la Naturaleza. Los seres espirituales no están necesariamente libres de las ilusiones, pero aquellos que enfrentan son mentales, mientras que nosotros enfrentamos otros materiales.

Para lograr la verdadera liberación, se debe encontrar lo Ilimitado, el Yo Superior, "el cual está ilimitado por las formas, las conformaciones, los nombres y por los objetos".

Puesto que uno tiene una forma, está viviendo en el mundo de lo finito y naturalmente sujeto a la ilusión de la Naturaleza. Ella nos engaña haciendo que la veamos como a una ilimitada Realidad de la cual han surgido todas las formas.

El verdadero reino de los cielos es la Realidad Inmanifes-

tada. No está hecho con las manos. Informe, es lo eternal en los cielos. Se lo puede conocer solamente por verdadera experiencia. Cuando tal experiencia le llegue a uno, se desdeñarán todas las ideas. Uno no será esto o aquéllo. Nada más, se *será*. Se podrá decir "esto es", pero no se podrá calificar diciendo "esto es bueno", porque ello denota lo opuesto, malo, y de nuevo traerá a nuestra mente al reino de la relatividad.

> Para ti, que no cavilas, ahora te declararé esto, el más grande secreto combinado con la experiencia, el cual, una vez que lo conozcas, te liberará de la ilusión... La soberana Ciencia, el soberano Secreto, el supremo Purificador, es éste: inmediatamente comprehensible, inopuesto al deber, muy fácil de realizar, sempiterno. Personas que no tienen fe en esta doctrina, oh, discípulo, sin alcanzarme, permanecen en la senda del mundo mortal. Todo este mundo es atravesado por Mí, siendo informe Mi forma. Todos los seres moran en Mí; y Yo no moro en ellos.

El "Mi" quiere decir el Yo Superior: la única Realidad de la cual han surgido todos los objetos, todas las creaturas de este mundo, y la cual lo penetra todo.

Esto debe comprenderse en el justo sentido. Significa que todas las cosas se mueven y actúan en razón de haberse prestado la corriente de vida del Yo Superior. Pero la verdadera forma de Dios no está manifestada porque es inexpresable y trasciende todas las imaginarias formas y manifestaciones.

"Todos los seres moran en Mí", significa que todos los seres extraen su corriente de vida del Yo Superior; todos los seres y las creaturas existen en la mente, y la mente existe en el Espíritu, por esta razón el último no vive directamente en ellos.

Esta "mente" es simplemente una colección de pensamientos que vienen y se van. Puesto que son impermanentes, son irreales y tienen su existencia en lo irreal. Su existencia es ilusoria, similar a la de un sueño. Cuando se despierta de

las ideas limitadas del universo, se verá la realidad, la Única Verdad. No se puede limitar lo Inilimitable y decir, por ejemplo, que *Ello* está morando en una mesa. Todo lo que existe es sólo nuestra idea. Más allá de eso está la Única Realidad.

> Sosteniendo todas las cosas, pero no morando en ellas como Yo Mismo, la causa de todos los seres.

Nuestros pensamientos e ideas, que para nosotros constituyen el universo, extraen su existencia de la realidad que somos. Pero su existencia es ilusoria. Estamos sostenidos por el Yo Superior, pero Él no mora directamente en ellos porque no reconoce formas ni limitaciones. Conoce solamente su propio yo-realidad, aunque es la causa de todo.

Lo que se conoce del universo es sólo una idea de ello. Tomemos un ejemplo. Un cadáver sentado en una silla tiene los mismos órganos físicos que uno mismo. ¿Por qué, entonces, no ve las cosas que lo rodean? Es obvio porque carece de mente. Por consiguiente, vemos que es la mente, que está detrás de los sentidos, la que realmente percibe el universo, y no los órganos físicos, los ojos. Pero la mente que los percibe está hecha por la suma total de las ideas. Por lo tanto, puede decirse en verdad que sólo es nuestra idea la que representa el universo.

La vida corriente no depende de los pensamientos para su existencia. El hecho es que ocurre precisamente lo contrario.

La verdad de una realidad, de la unidad del espíritu, es algo que uno puede captar sólo después de haber tenido alguna experiencia en avanzada meditación. En tal etapa se puede empezar a tener una idea del hecho de que todo existe en la mente y que todas las ideas finalmente existen dentro del Yo Superior, la única cosa que verdaderamente ES.

> Los sabios, oh, discípulo, participando de la naturaleza de los dioses, me rinden culto con la mente sólo concentrada en Mí, reconociendo en Mí como la sempiterna fuente de todas las cosas.

Los sabios, o adeptos, que son los seres más elevados, rinden culto al Yo Superior sin pensar en otra cosa que en Él. No practican ninguna dualidad, sino que rinden culto y viven en lo Único que es la fuente de todas las cosas.

El hombre ordinario ve el mundo que parece sólido y real y se queda satisfecho con la aparente substancialidad de su experiencia. El científico dice que debe descubrir lo que realmente es, y da un paso más adelante en la investigación. Pero el que busca la Verdad debe ir todo el camino hasta la última Fuente para aprender su esencial naturaleza. Esto puede hacerse mediante una mente aguda y concentrada. Habiéndola encontrado se dará cuenta de que es la única procedencia de donde surgen todas las cosas.

> A esos hombres que, meditando sobre Mí como indivisible, me rinden culto en todas partes, a los que son siempre devotos de Mí, les aseguro beneficio y seguridad.

Cuando se comprenda que la realidad del Universo no está separada de uno mismo, que está en las mismas profundidades de uno, se empieza a conocer la Verdad. Conociendo esta alma universal se comprenderá que corre en uno y en la totalidad de la materia.

Profunda investigación es necesaria para obtener este resultado. Haciéndolo así se comprenderá el verdadero propósito de la vida. Ese "beneficio" de que habla el Maestro es la única cosa permanente en la vida. Todo lo demás es ilusorio y llegado el momento lo abandonará a uno; incluso lo que el destino no se lleva, se llevará la muerte.

Pero cuando se ha encontrado la Verdad se obtiene seguridad y amparo en algo que no puede serle arrebatado a uno. Nada más en la vida es seguro, porque lo que aparece ser existe sólo por el momento. Se ponga la fe en posesiones materiales, en la forma de dinero, por ejemplo, o en cualquier otra forma de aparente seguridad, se sabrá que las pérdidas y ganancias en la vida material están dictadas por el destino.

El destino nos dará o nos quitará, no importa lo que hagamos para evitarlo. Obsérvese el estado del mundo de hoy. La gente pierde fortunas de la noche a la mañana. No hay seguridad actual en nada. Sólo existe la ilusión de ella.

Real seguridad existe sólo en el Yo Superior, en la Realidad y en la Verdad. Sólo allí, en nuestra conciencia, podemos encontrar un sentido de seguridad del que no podrá separarnos nadie. Nadie puede causarle daño al verdadero Yo. Descúbrase la permanencia propia en el Yo Superior. Es el único sendero de la vida digno realmente de seguirlo.

Sígase este sendero y se descubrirá la vida subyacente y la recompensa siempre será satisfactoria. Es el único camino que los maestros antiguos y modernos han señalado a la humanidad a través de los siglos. Si miramos en la dirección correcta, con seguridad lo encontraremos, porque no está lejos sino en el interior de nosotros. Allí está nuestra garantía de que algún día lo encontraremos.

> Yo soy el Mismo para todos los seres; para Mí no hay odioso ni adorable; pero aquellos que me rinden culto con devoción, ellos están en Mí, y yo también estoy en ellos.

Cuando se ha comprendido la más profunda Verdad y se ha encontrado la vida en el Yo Superior, se considerará a toda la gente, sin excepciones, como que comparten la vida con uno. Ya no se supondrá que los otros están afuera, cada uno en su propio y egoísta mundo, y por lo tanto ya no se estará en conflicto con ellos.

Y eso ocurrirá porque se reconocerá el propio yo en ellos. De ahí se supone que se demostrará perfecta comprensión y simpatía tanto hacia nuestros congéneres como a todos los otros seres.

En este verso el maestro hace una maravillosa promesa. Y se verá que, esencialmente, es la misma promesa que hizo Jesús:

> Si incluso una vida mala me rinde culto a Mí, sin recurrir a nadie más, ciertamente lo estimaré como a un hombre justo, porque habrá demostrado proceder con justicia.

El presente estado no es importante. Se puede ser el peor de los pecadores, pero si se empieza a buscar la Altísima Verdad, entonces se merecerá la recompensa de la Gracia.

Esta paz eterna es para cualquiera. No importa quién o qué se es, uno también puede obtenerlo. Si uno cambia sinceramente y busca la más alta Realidad, ella se hará cargo de nosotros, seamos santos o pecadores, sabios o ignorantes.

> Hallen refugio en Mí incluso los mal nacidos..., porque también ellos obtendrán el Supremo Objetivo.

El Maestro continúa:

> Fija la mente en Mí, sé devoto de Mí, hazme sacrificio, prosternate ante Mí. Afirmado de este modo, conmigo como el Supremo Objetivo, tú alcanzarás a tu propio yo, al Yo Superior.

Haciendo de la búsqueda de la más completa Verdad el objetivo de nuestros pensamientos, podemos llegar a ella, porque es nuestro propio Yo. Mírese hacia adentro, sin cesar. Entonces se empezará a encontrarlo en nuestro corazón, y se podrá verlo también en el mundo exterior, puesto que sólo hay una realidad y ella es universal.

En el siguiente capítulo el Maestro enumera varias de las cualidades de carácter que son necesarias en esta búsqueda. Señala que la más esencial es la devoción, luego la inteligencia, que informa la habilidad para discriminar entre las cosas que aparecen ser y las que realmente son.

Será necesario después poseer sabiduría, un sentido de la debida proporción. Conveniente resultará sopesar bien las cosas y aprender a darles la liviandad para lo eterno. También se necesita paciencia, porque se está buscando algo que

es muy, muy sutil, tan sutil que "pocos lo encuentran". La paciencia debe ser maravillosa en algunas personas, pero así y todo no se confíe ni se tenga mucha esperanza en ella, porque se está buscando lo real y no lo ilusorio. Nunca se renuncie a la indagación de la Verdad. Apréndase a valuarla sobre todas las cosas.

La propia restricción es la siguiente condición. Lleve a su cuerpo y a sus pensamientos bajo el mismo grado de propio control. Será necesario luchar con uno mismo, porque se han edificado hábitos a través de las encarnaciones anteriores que delinearon nuestra personalidad. Debe aprenderse a resistirlas, declarando· "Esos hábitos no son *Yo*, son de la mente y del cuerpo".

Se debe tener calma. Procúrese obrar calmosamente en la vida, especialmente en medio de la actividad, el momento en que más se la necesita. Practicando la calma se descubrirá que la misma nos lleva a otras virtudes. La más importante razón para practicarla, sin embargo, es que el Yo Superior, con el cual se está buscando una unión consciente, vive dentro de nosotros en un estado de intensa quietud y paz. Cuando se está calmo uno se convierte más sensitivamente al estado del Yo Superior, haciendo posible de este modo una unión cada vez más próxima.

Luego el Maestro menciona el placer y el dolor, los dos opuestos. No se puede dejar de experimentarlos, y cuando eso ocurra uno se preguntará: "¿*Quién* está experimentando este placer o este dolor?" No se busquen las dos condiciones, pero tampoco debe temérselas. No se huya del placer, porque luego de él vendrá el dolor y entonces se aprenderá que son necesarios en el aprendizaje; pero no es necesario identificarse con ellos.

Gradualmente, con mucha lentitud al principio, se empezará a desarrollar un sexto sentido, un sentido de una mística Presencia en toda oportunidad en que uno se pregunte: "¿Quién está experimentando estas cosas?"

Apréndase a cultivar la resistencia y la indiferencia a la

fama y a la vergüenza. Ninguno puede hacernos daño; nadie puede lastimarnos. Pueden herir nuestra reputación, pero eso pertenece al yo personal y no nos compete. Cuando sucede una cosa de éstas, deberá ser utilizado como una oportunidad para disociarse conscientemente del yo personal.

De la misma manera, cuando se es objeto de alabanzas y halagos, se debe cultivar la indiferencia y no dejar que ellas nos afecten. Están dirigidas solamente a un yo personal que no somos nosotros. La Verdad vencerá a la falsedad; uno puede darse el lujo de esperar. Aquellos que intentan lastimarlo a uno se están lastimando a sí mismos. Tarde o temprano se darán cuenta de ello, porque les llegará el momento de expiar su error.

El discípulo pregunta al Maestro:

> Tú, oh, Supremo Maestro, que Te conoces a Ti Mismo como el Yo, Tú, oh, Fuente de los seres.. Por cierto, Tú podrías decirme sin reservas de Tus Divinas Glorias, mediante qué Glorias penetras continuamente todos estos mundos.

Y el Maestro replica:

> Ahora te hablaré de Mis Glorias celestiales, en su prominencia, oh, el mejor de los discípulos; no hay límite a Mi extensión. Yo soy el Yo, oh, discípulo, sentado en el corazón de todas las cosas; soy el principio, el medio, y así también el fin de todos los seres.

Siempre que se observa la vida en cualquier creatura, se comprende que se está viendo la universal Realidad. Se trate de un mosquito o de Dios en los cielos, la única verdadera Vida está allí. Quien conoce al Yo Superior como es en Realidad, conoce su poder y su gloria. Está infinitamente sobre todo lo que la mente puede imaginar.

El Maestro ofrece entonces una descripción de las formas ilimitadas, y de las miríadas de sistemas solares de los cuales el Yo Superior es el Secreto Impulsor. El nacimiento cósmico

y la muerte cósmica son hechos de la naturaleza. Los universos se manifiestan, viven y mueren. El Yo Superior permanece Único. Si ELLO se manifiesta en un universo y éste llega a un fin, también ELLO llegaría a su fin. Pero tal no es el caso. Aquellas manifestaciones aparecen dentro del Yo Superior.

Del alfabeto la letra "A" soy YO.

La letra "A" simboliza que el universo no tiene principio. Y puesto que nada viene de nada, se supone que la letra "A" surge de algo, el cual no tiene principio. "A" es el símbolo de lo eterno en la mayoría de los idiomas orientales.

Aquí sigue una curiosa declaración:

> Soy el juego de los fraudulentos.. Soy la bondad de lo bueno.

Se puede comprender que el Yo Superior sea la "bonda de lo bueno". Pero es difícil comprender que sea también juego de los fraudulentos.

Sin embargo, examínese la cuestión más ampliamente. ¿Por qué juega un hombre? ¿Acaso no es porque necesita dinero para comprar el placer del cual él cree que resultará la felicidad? Si es así, no está jugando por dinero, sino por felicidad. Jugador, místico, pillo, santo, todos buscan la única y misma cosa, aunque todos tienen diferentes ideas acerca de la misma El jugador la confunde con cierta cosa llamada dinero, mientras que el santo piensa que es algo a lo cual se lo llama Dios.

El Yo Superior es la felicidad que busca el jugador, sólo que la busca en forma de dinero o de placer. Algún día buscará donde debe..., dentro de sí mismo. La misma existencia del divino yo que que hay dentro del jugador lo impulsa a buscar inconscientemente. Algún día despertará y entonces comprenderá qué era lo que realmente estaba buscando.

El ebrio consuetudinario puede creer que en la botella de whisky hallará la felicidad. Pero él también, sin saberlo, está buscando la bendición del Yo Superior. La cosa esencial que

busca la humanidad en todas las cosas de la vida es la felicidad. Y la felicidad sólo puede encontrarse en el Yo Superior. Para encontrar al Yo Superior hay que volcarse hacia adentro, en quietud..., la quietud donde el pensamiento no es un intruso. En ese gran silencio nos enfrentaremos al Yo Interior. Entonces el fin de la búsqueda estará próximo y finalmente se alcanzará la felicidad.

> ¿Pero qué beneficio te reportará a ti este vasto conocimiento, oh, discípulo? Yo estoy sosteniendo todo el mundo sólo por una parte.

En efecto, pregunta Él: ¿para qué citar el interminable catálogo de las cosas fenomenales dentro de las cuales puede ser encontrado Él? Él manifiesta que, aun cuando sostiene el universo entero y su increíble y vasta fenomenología, lo hace solamente por la parte de Él. El Yo Superior queda sin disminución porque es Infinito.

En ese infinito está nuestra verdadera naturaleza. El mundo finito es sólo nuestra piedra pasadera para llegar a él.

En el siguiente capítulo, cierta iniciación se da al discípulo por el Maestro. La vista espiritual es temporalmente otorgada y el pupilo puede establecer por medio de su personal experiencia algunas grandes verdades.

El discípulo *ve* en una divina visión la realidad que hay detrás de la materia, la cual, sin embargo, no es la misma cosa tal como se la conoce. El Yo Superior no puede ser visto en ninguna visión. Es necesario *estar* en él para conocerlo.

La visión es de Dios, el Supremo Creador, en la cual Él es visto como una infinita Luz. Y verdaderamente Dios es Luz. Sólo como Luz puede ser conocido.

La Luz es el primer estado de la materia. En un análisis final, los científicos descubrirán que la materia no es nada más que la condensación de la luz. Todos los objetos existen y son hechos de esta raíz de luz que es Dios.

Es una terrible revelación para el discípulo descubrir por medio de esta visión espiritual que la declaración del Maestro

es real; de que sólo el Yo Superior está presente en todas las cosas. Implora perdón al Maestro por dudar, diciendo:

> Estoy contentísimo de haber visto lo que nunca antes se vio; y sin embargo mi mente está confusa con el temor.

Recuérdese que la *Bhagavad Gita* trata el problema de un discípulo, de un espiritual aspirante que se enfrenta con el mundo y con los problemas de la vida en el mundo; el cual no puede ver de un modo normal de que hay una divina actividad en el mundo. En consecuencia, tiene que creer por medio de la fe o la intuición.

Habiendo visto la exaltada verdad por medio de la visión espiritual, encuentra la revelación demasiado tremenda. Se le muestra no solamente lo que se llama bueno, sino también lo que se llama malo. Ve luego la vida en su futuro estado de muerte. El principio es descubierto, lo mismo que el medio y el fin de las cosas.

Cuando la visión del Yo Superior se ha desvanecido, el Maestro dice:

> No temas ni te espantes de haberme visto bajo tan terrible forma; la próxima vez que tengas una visión de Mí, que sea sin temor y con el corazón contento.

Agrega que la revelación que el discípulo ha recibido es una de muy rara naturaleza, que se ha otorgado solamente a unos pocos elegidos.

> Aquellos que, fijando su pensamiento Mí, me contemplan siempre devotos, con suprema fe, esos, en mi opinión, son los mejores yoguis.

La devoción es excelente. Sin embargo, no es el sendero más elevado. La devoción del pensamiento puede ser dado, pero la concentración de todos los pensamientos en lo Absoluto es más difícil.

> Pero aquellos que Me rinden culto, renuncian todos los actos en Mí, me consideran Supremo, meditan acerca de Mí con exclusiva devoción, para aquellos cuyo pensamiento está fijo en Mí, me convertiré, oh, discípulo, en el salvador que los saque del océano de la mortal ilusión.

Obsérvese que se debe renunciar a todas las acciones. Hágase lo que se haga, entréguese la vida al Altísimo. Cúmplase el deber, luego sométanse los resultados de las propias acciones como un devocional sacrificio en el altar del Yo Superior. Esto no significa que uno debe encerrarse en un monasterio. Por el contrario, se debe actuar y vivir en el mundo, pero manteniéndose inconmovible ante los resultados.

Si se sigue este sendero con intensa devoción, finalmente se nos conducirá a otro más elevado como premio a nuestros sacrificios.

Y cuando se esté en el sendero más elevado, transcurrirá un tiempo relativamente corto hasta que se tenga contacto con el Yo Superior. Antes de mucho Él nos habrá sacado del océano de mortal ilusión.

Este sendero de la Verdad es el último. El discípulo pregunta entonces:

> ¿Qué ocurre si un hombre es incapaz de recorrer ese elevado sendero?

El Maestro responde diciéndole que si no puede concentrarse completamente durante todo el día, debe realizar el gran juego de la fe; vivir la vida por medio de intensa fe, hacer todo en el espíritu de servicio.

> Considérate como un instrumento a través del cual se expresa lo Divino por sí mismo. Haz lo que puedas durante el día, obedeciendo los más altos impulsos de tu elevado Yo... Si no eres capaz de hacer esto, entonces refúgiate en devoción en Mí, abandona los frutos de todas las acciones, contrólate.

Si uno rinde los frutos de todas las acciones, trabajando en el mundo, haciendo la mejor cada día, abandonando mentalmente el deseo esperado como recompensa, ciertamente se podrá ganar la paz, si no la más elevada Verdad.

Para lograr la Verdad sólo hay un camino: el sendero del propio conocimiento seguido por la sabiduría; del cual el Maestro vuelve a presentar un cuadro a su discípulo.

> Aquél que no se regocija, no odia ni se lamenta, que renuncia a lo bueno y a lo malo, ése está lleno de devoción y Me es muy querido. Aquél que es el mismo para el amigo y el enemigo, y también en el honor y el deshonor; que es el mismo en el frío o el calor, en el placer o el dolor; que está libre de afanes; a quien la censura como la lisonja le son iguales; que es callado, contento con todo; sin hogar, de mente estable, lleno de devoción, ese hombre Me es muy querido.

Tal es la condición resultante de la manifestación del Yo Superior en el hombre. La conciencia del Yo Superior está presente en todos los seres, aunque no todos tienen conciencia de su presencia. Él da al hombre que lo ha descubierto una perfecta simpatía hacia todo. Su liberación de afanes resulta de este descubrimiento y ya no busca solamente la vida externa para la obtención de la felicidad.

## Capítulo XI

# LA ESCRITURA DE LOS YOGUIS

### *III. Realización*

El tema general de los discursos de esta sección final de *Bhagavad Gita* es la realización del supremo ser del hombre.

> De este modo, oh, discípulo, el cuerpo es llamado el campo; aquél que lo conoce, a él todos lo llaman "el conocedor del campo".

El término es usado aquí simbólicamente, como que representa el cuerpo y todo el conjunto del mundo material o físico. El cuerpo es una buena parte representativa del mundo, conteniendo como contiene muchos de los elementos que también se encuentran en el resto del mundo material.

> Y tú también haz de conocerme como "el conocedor del campo", en todos los campos, oh, discípulo. El conocimiento de los "campos" y el "conocedor del campo" son estimados por Mí como el conocimiento de la Verdad.

El conocimiento sobre el cual se hace hincapié en este párrafo es ese del Conocedor que mora en todos los cuerpos. Es el mismo Yo-testigo. El Maestro explica que la verdad, toda y la absoluta verdad, es el conocimiento tanto del ser interior como del universo externo, incluyendo en el último

los mundos mental y espiritual, porque ellos no son la Unica Realidad. En otras palabras, quien ha encontrado el yo interior sólo ha encontrado la mitad de la verdad, y no toda la verdad. El yo interior es el rayo, pero no es el sol. Es una parte y posee las mismas cualidades del conjunto, pero todavía difiere en grado. Toda la verdad se halla sólo cuando se encuentra al Yo Superior.

Místicos y yoguis han descrito sus éxtasis, pero ello no es suficiente, porque no es toda la verdad. Ellos sólo llegaron hasta la puerta que permite el paso al Yo Superior.

Lo que se tiene que hacer es no solamente penetrar en el yo interior, por medio de la meditación y apartándose del mundo, sino también examinar el mundo por medio de la propia luz de uno. El mundo material fue olvidado porque era un sueño que uno olvida al volcarse hacia el interior, pero que regresa cuando con la lámpara de la comprensión interior que se lleva en la mano, se descubre que este mundo es también divino y real.

Es tanto una parte de la suprema unidad como el yo interior, sólo que aparece de diferente modo. Cuando se descubra esto, no existe más un sentido de dualidad, ni divorcio entre el espíritu y la materia. Hay una sola realidad en la Verdad, la cual no puede ser dividida en dos. El místico que ha penetrado en el yo interior, pero no ha llegado más allá de esta etapa, establece tal separación entre espíritu y materia, y considera el mundo exterior como malo. Una más profunda examinación y comprensión demostraría que él es tan divino como el maravilloso reino interior que ha sido encontrado dentro del iniciado. No existe una verdadera separación entre los dos. Sólo hay una Unidad.

Muchas personas que alcanzan este estado del alejamiento, se apartan del mundo exterior. Piensan que debe ser evitado como una cosa mala. Esto impide que lleguen a tener toda la verdad. Nada debe dejarse de lado si el propósito es obtener la verdad. Debe abrazarse toda la verdad, porque Verdad es la realidad. La realidad es lo Único, y lo Único involucra

todo el universo y no solamente la parte que mora dentro de uno. El misticismo religioso puede llevarlo a uno a una elevada etapa, pero ello no es suficiente. Cuando uno sea capaz de regresar y examinar el mundo exterior sin temerlo, se descubrirá que existe como parte de la única realidad. Se ve por medio de la ilusión y ya sabemos lo que ello significa.

Entonces, cuando se lo vea en verdad, no habrá razón para huir de él. Se puede vivir en el mundo o en la jungla..., eso no importa. El místico que vive en la jungla está todavía rodeado por el mundo. Cuando salga de su trance, es forzado a ver de nuevo el mundo que tiene al frente, de modo que, ¿para qué huir de él? Cuando esta comprensión le llega a uno, se puede vivir tan normalmente como todas las personas lo hacen, pero uno hallará la inspiración hacia una más elevada vida interior.

El objetivo es la verdad que lo comprende todo, incluyendo el mundo. Si uno logra conocimiento y regresa y aprende a vivir en el mundo material con ayuda de esta elevada luz, entonces no se crea otro destino y se vive tan inafectado como la flor de loto que nace en el fango. Se es libre, porque después de todo nuestras ataduras ya no son externas. No se está atado a las cosas externas porque se viva en una gran ciudad. La atadura al destino está en la *mente*. Uno puede ir a enterrarse en la jungla o en un monasterio y continuar todavía ligado, porque es la mente la que lo ata a uno. Obsérvese la constante reiteración en la *Gita* sobre la necesidad de la acción inspirada, y de la indiferencia sobre los resultados de la acción. Los resultados de nuestras acciones no deben ser causa de preocupación. Hágase las cosas lo mejor que se pueda y déjese el resto al destino o al altísimo poder.

> Humildad, modestia, inocencia, paciencia, justicia, solicitud, pureza, estabilidad, control.

Algunas de las virtudes que ayudarán al estudiante a entrar en la comprensión del Yo Superior son las que acabamos de ver. Recuérdese, sin embargo, de que ninguna virtud por

sí misma nos dará comprensión. Lo más que pueden hacer es prepararlo a uno. Más esencialmente, lo que se requiere es la meditación o la aquietación de la mente y la reflexiva indagación. Este es un doble proceso que se debe llevar a cabo durante el día. Las virtudes nos ayudan a tener un justo estado mental. Se supone, sin embargo, que ciertas cualidades de carácter impedirán a veces que uno llegue a obtener esa quietud de la mente y el propósito concentrativo que se necesita.

Para evitarlo, precisamente, están esas virtudes. La primera cualidad es la de la humildad. Esta condición lo coloca a uno en la actitud mental de un niño que quiere aprender. Sin humildad, no se puede adelantar en la investigación, porque eso quiere decir que no se ha logrado asir lo que está más allá de nuestra presente visión. Es necesario que se sienta la humildad y se comprenda que hay un ser superior hacia el cual uno aspira y en comparación del cual uno no es nada.

Después de la humildad viene la virtud del "no causar daño". Se debe adoptar la actitud de ayuda y compasión que tiende a disolver la fuerza del egoísmo personal. Si se empieza a practicar esta virtud de no causar daño a nadie, se habrá comenzado a manifestar aquello que tendrá que manifestarse cuando se tenga conciencia de la unidad de vida. Incluso antes del logro, ayuda a reflexionar de que uno está con el Yo universal.

La virtud de la paciencia es difícil de adquirir y algunos se cansan de practicarla cuando se obtienen rápidos resultados. No se cansarían si estuvieran comprometidos en la obtención de un éxito mundano, que a menudo requiere de años de esfuerzo y sacrificio antes de verlo realizado. ¿Por qué, entonces, se ha de esperar que un elevado y más importante motivo de realización humana y espiritual, la realización del Yo Superior, requiere menos paciencia?

Se debe tener confianza de que un día llegarán el gran premio y los grandes resultados, y de que llegarán en su

momento justo. El tiempo exacto lo habrá de determinar el destino. Paciencia significa que uno no debe abandonar esta búsqueda, incluso cuando las condiciones parecen desesperadas. Entonces se habrá de saber que cuando ha pisado en el sendero, la ayuda vendrá de todos modos, tarde o temprano.

La siguiente virtud es la Justicia. Eso quiere decir que si uno está buscando la Verdad, se debe vivir una vida verdadera, tanto mental como materialmente. Afírmese al ideal de la Justicia, no importa las tentaciones que se reciban. Si se quiere encontrar la Verdad, vívase con la Verdad.

Solicitud, dice el siguiente concepto, y se refiere al servicio que se debe prestar al Maestro, en el reconocimiento de que él está haciendo por nosotros mucho más de lo que cualquier hombre haría. Al servirlo a él también estamos sirviendo a la humanidad, porque el Maestro también sirve a otros. En verdad, a través de él el estudiante sirve a la humanidad. Obténgase la Gracia dedicándole devota solicitud y nuestro desarrollo será más rápido.

Estabilidad viene después. Se debe ir a través de una etapa de disciplina para llevar al cuerpo y a la mente a una condición de firmeza. Tómese el fumar como un ejemplo. Si uno puede controlar y regular la afición al tabaco, no es nada más que un modo de ayudar a ganar el control mental, que se necesita para investigar la verdad. Cuando se ha logrado controlar la mente, entonces no importará si se fuma o no.

> Ausencia de afán de logro a los objetos de los sentidos... Incambiable devoción a Mí... recurrir a lugares solitarios... Constancia en el propio conocimiento, percepción del fin del conocimiento de la verdad.

Si uno está esclavizado por los objetos externos, es difícil dirigir la mente y llevarla al estado de calma necesaria al descubrimiento de la Verdad. La verdad es sutil y la mente no debe ir de acá para allá. Debe ser llevada a un punto y dejada allí con firmeza. Sólo entonces se habrá de buscar la Verdad, sin verse distraído por los deseos. Por eso es que

se pide ausencia de afán de logro; la mente debe estar libre de ansias y apetencias mundanas para encontrar la verdad. No es que haya nada de malo en los objetos materiales. Una vez que se haya encontrado la verdad, se puede regresar a ellos. Sólo por un tiempo será necesario renunciar a tales cosas. Sólo estando libre la mente se puede encontrar la verdad.

"Constancia en el propio conocimiento, percepción del fin del conocimiento de la verdad". El conocimiento del yo lleva al conocimiento de la verdad". El conocimiento del yo lleva al conocimiento de la verdad. Primero es conveniente conocerse a sí mismo y luego seremos llevados al conocimiento del Yo universal. Para conocer a sí mismo se debe practicar la meditación y la propia observación, hasta que finalmente se llegue a la comprensión del ser interior. Cuando se haya encontrado esta luz se debe procurar hallar, con su ayuda, la conciencia del universo en el cual vivimos. Esa es la conciencia de lo Único, porque todo lo que no es la única realidad sólo es un producto de la mente, una idea. No importa cuán maravillosa nos parezca, seguirá siendo una idea, producto de la ignorancia.

Ignorancia quiere decir que uno confunde lo irreal con lo real, y que uno toma las impresiones sensorias, los pensamientos, las opiniones o visiones, por una permanente realidad que es inmutable. Habiendo una única realidad, todo lo demás es ignorancia. El conocimiento de la realidad es conocida inmediatamente, de una vez por todas. Las cosas que se enseñan de palabra o en los libros, pertenecen a la esfera de la ignorancia. La realidad se la conocerá como un formidable renacimiento, y después de eso no hay nada más en esta esfera que pueda conocerse. Todo lo demás es comparativa ignorancia. Se trate de espiritualismo o ocultismo, será todavía ignorancia porque estará aún en la esfera del plano mental. El maestro quiere que el discípulo busque el más alto conocimiento. Cuando lo conoce, se hace inmortal. Todo lo demás es mortal, y por tanto, ilusorio. Todo tiene un prin-

cipio y un fin, pero la verdad fundamental no tiene principio ni fin. Cuando se descubra esto, se sabrá que siempre está ahí. Está en uno, fuera de uno y es uno mismo.

> El Yo Superior existe y lo cubre todo... desinteresado y sin embargo sosteniéndolo todo; privado de cualidades... Dentro y fuera de todo ser; lo inamovible y también el movimiento.

El Yo Superor es inamovible. ¿Dónde puede ir? No tiene dónde ir, porque llena todo el espacio. Es también movimiento, porque toda creatura viviente está en movimiento en virtud de la prestada vitalidad del Yo Superior. Es también excesivamente sutil, porque no se lo puede ver, ni oír o tocar. No puede ser percibido por ninguno de los cinco sentidos; ni siquiera el intelecto es capaz de asirlo o esbozar una figura mental de él.

> Cerca y bien lejos está Aquello.

Nada puede estar más cerca de uno mismo. Y sin embargo está tan lejos, porque, difícil es apreciarlo, nada resulta más difícil de encontrar. Parece más fácil ir al lugar más remoto de la tierra que encontrar el Yo Superior. Lo Absoluto está cerca y está lejos, porque abarca todo.

> Indivisible, y sin embargo dividido como si fuera varios seres; soporte de todos los seres lo es también, es Aquello, lo cognocible; devorador y a la vez generador.

Esta no es una descripción que se pueda hallar en la meditación, atribuible al yo interior. El maestro describe aquí el Yo esencial. Es indivisible porque es Unico, y, sin embargo, *parece* dividido, porque cada ser, cada creatura, cada planta, tiene un fragmento de esa vida. Pero esta división de vida es sólo una apariencia que no existe en la actualidad. Es devorador, porque existe la muerte en todo. Pero cuando las creaturas mueren, ¿qué sucede con ellas? Se ha visto que la forma

muere y cambia, convirtiéndose en polvo, ¿pero que se ha hecho de su vida? Ha regresado al Yo Superior.

> Luz de luces, se dice de Aquello que está más allá de la obscuridad. Conocimiento, lo cognocible, el Objetivo del conocimiento.

"Luz de luces" se llama al Yo Superior, porque, como se ha establecido antes, la luz primigenia es la raíz del Universo. Es la raíz de la materia y de la vida; es nuestra primera manifestación de Dios. Llena el espacio, y puesto que el espacio es infinito, cubre todas las formas posibles. Incluso eso tiene una vida finita, en el sentido de que aparece y desaparece. Se convierte en ser cuando la creación del universo y desaparece con la disolución del mismo. Ello emana de un solo Yo Universal. El último, en su más elevado sentido, es el único Dios, y todos los otros Dioses derivan su vida de Aquello.

En los siguientes pasajes el discípulo aprende que todo el proceso de evolución e involución, creación y disolución, es interminable.

> Aquél que conoce el Espíritu y la Materia con sus cualidades, ése no volverá a nacer.

De este modo, cuando se llegue a conocer la verdad, uno quedará libre de la ilusión del ego personal y quedará liberado. No se volverá a nacer porque no habrá nada que lo sostenga a uno. No se sentirán fuertes deseos que lo impulsen a uno a renacer.

> Y sin embargo otros, no sabiendo esto sino de oídas, que rinden culto, ellos también cruzarán más allá de la muerte, porque habrán adherido a lo que oyeron.

Puede ser que no se conozca la Verdad por medio de la experiencia personal. Sin embargo, se oye a quienes la conocen; en este caso será como si uno fuera transportado por encima del río de la ilusión, llegando de tal modo a conocer

la Verdad. El maestro enseña que, más importante que el tomar parte en ritos, ceremonias y oraciones es el oír de la Verdad a través de competentes guías.

> Él ve, quien ve todos los actos de la Naturaleza y sin embargo el Yo no actúa.

Después de todo, el Yo Superior es el Absoluto. ¿Qué tiene que hacer? ¿Qué puede hacer? ¿Cómo puede actuar? Todo aquello que se ve realizado en el mundo, lo ha sido hecho por la naturaleza. El Yo Superior no obra realmente. Parece que lo hiciera, pero es la naturaleza la que actúa. La naturaleza es la mente cósmica. Ella crea todos los procesos y las formas alrededor de nosotros. El Yo Superior nada tiene que hacer al respecto. Está pleno de suficiencia propia. No debemos perder de vista la esencial Verdad de que el conjunto del mundo no es nada más que una apariencia mental, porque el Yo Superior no tiene nada que hacer por sí mismo. Es autosuficiente en sí mismo.

> Cuando un hombre se da cuenta de que toda la variedad de seres descansan en este Único, y como una evolución de Él solamente, entonces se convierte en el Yo Superior.

Cuando uno ha dejado de ser engañado por la multitud de apariencias, cuando se sabe que todo es como una manifestación, entonces se habrá destruido la ilusión. Uno se convierte en la Verdad y será liberado. Para ver esto uno no debe satisfacerse con el punto de vista de todos los días, sino que será preciso buscar y encontrar lo real. La primera gran ilusión es la ilusión cósmica que nos presenta la naturaleza. Esas sólidas formas materiales no son sólidas y materiales como parecen ser. Son ideas esenciales de solidez y materialidad existentes en nuestra mente. Se descubrirá luego que tales ideas han sido creadas por la mente cósmica. Debe recordarse siempre que entre el aparente movimiento de evolución, el único Yo nunca cambia y nunca pierde su natu-

raleza. No importa lo malo que pueda un hombre parecer, aquello de divino que hay en él jamás será tocado.

> Aquellos que han logrado este conocimiento, que han obtenido la unidad conmigo, ellos no volverán a nacer con la creación ni serán turbados por la disolución.

El mundo se mueve a través de tremendos eones de tiempo que van a través del proceso cósmico de la creación y la disolución. De la misma forma, los individuos nacen y mueren, de tal manera que todo el universo y todos los sistemas pasan a través de la real existencia del nacimiento y de la muerte. Pero aquél que ha obtenido el supremo conocimiento, estará libre de todo eso. Los sistemas del mundo no podrán sujetarlo. Estará libre de las evoluciones de la rueda del mundo, porque ellas pertenecen a la esfera finita. Pero él se habrá convertido interiormente en infinito. En tanto se piense solamente en términos finitos, durante todo ese tiempo se volverá a nacer, una y otra vez. Se debe aprender a cultivar la intuición o la conciencia cuatridimensional. Al procurarlo, desarrollaremos las mismas facultades que nos ayudan a obtener realización. El maestro describe el estado de aquellos que han llegado a este conocimiento:

> Es aquél para quien el placer y el dolor son semejantes, el que mora en el Yo, a quien un puñado de tierra, una piedra y el oro le son iguales, para quien lo deseado es lo mismo que lo desdeñado, que es un hombre de sabiduría, a quien le significan lo mismo la vituperación que la alabanza.

Si uno vive en el Yo Superior está desprendido. Si se ve al mundo tal cual es en realidad, querrá decir que ya no podrá ser engañado. Se sabe que es transitorio todo lo que el mundo nos presenta en forma de sensaciones agradables o dolorosas. El desprendimiento debe lograr secretamente, en el corazón. Se adjudicará al dinero el valor exacto que

tiene y se necesita, pero sin atarse a él indebidamente. Se debe tener siempre presente que bajo nuestra forma exterior está el yo divino. Se trate de un feroz tigre o de un hermoso ciervo, en ambos mora también la divinidad. Acépteselos a los dos como manifestaciones del Yo Superior, sin odiar a ninguno. Uno debe mantenerse desprendido e indiferente, porque uno no depende de las cosas exteriores para obtener la felicidad. Dentro de la profundidad en que uno se encuentra a sí mismo, se pone en contacto con la paz de lo eterno.

La gente puede decir lo que quiera en su crítica. Están hablando de nuestro yo personal. Se debe dejar también que nuestro ego personal lo sienta por ello, no nosotros. Y si se da el caso de que nos alaban nuestra personalidad, nuestra actitud debe ser la misma, es decir desprendernos del ego personal y dejar que éste los acepte, y eso porque habremos aprendido a no identificar nuestro verdadero yo con la personalidad. Ni la crítica ni la alabanza significarán nada para nosotros. Incluso será preferible la crítica a la alabanza. La cuestión esencial es asumir un punto de vista impersonal.

> Lo mismo en el honor o en la desgracia, lo mismo hacia los amigos que los enemigos, abandonando todos los compromisos, se dice de él que ha cruzado más allá de la naturaleza.

Es la naturaleza la responsable de que la humanidad obre como lo hace. Cuando un hombre ha conquistado la naturaleza y cruzado más allá de ella trascendiendo la mente, entonces él se habrá desprendido de todo lo que signifique honores o desgracias, permaneciendo impasible. Cualquier cosa que el mundo le de, no podrá robarle del conocimiento de su yo. Sus enemigos son tan divinos como sus amigos, y a todos da él la bienvenida con ecuanimidad y desprendimiento. Eso no quiere decir que habrá de ser un necio, porque no dará a los enemigos las mismas oportunidades

que a los amigos. Pero los comprenderá y no sentirá odio por ellos.

> Aquellos que luchan por el conocimiento con la ayuda del yoga, perciben a lo Absoluto morando en su yo; aquellos que luchan por conocimiento pero que no han cultivado el yo, aunque estén llenos de sabiduría, no lo percibirán.

A menos que se haya conseguido inmovilizar la mente, purificándola de todos aquellos prejuicios y deseos que afectan su equilibrio, nunca se podrá ver la verdad ni encontrar al Yo Superior. Es tan sutil que será necesario acercarse con la mente centrada e individida. Si algo impulsa la mente a esto o aquello, no se podrá hallar la verdad. Refinar el Yo significa entrenar la mente, para que así ella no pueda entrar en este estado altamente concentrado y equilibrado que se mueve directamente hacia el objetivo. Refinar el Yo significa liberarse de las ilusiones, eliminar las falsas ideas. Las ilusiones mentales son las más grandes. Cuando uno llega a deshacerse de ellas es cuando lo percibe más claramente. La ilusión y la ignorancia moran en la mente y deben irse. Ésta es, por tanto, la razón por la cual el maestro dice que el ascético que meramente practica la propia mortificación y no libera la mente de la ilusión, no encuentra la verdad.

> Estoy sentado en el corazón de todos...

Ésta es una verdadera afirmación, porque cuando uno encuentra al Yo Superior, su actual residencia está en nuestro corazón. Es en el corazón donde encontramos el átomo que constituye para nosotros la puerta por donde conocemos al Yo cósmico.

> Por Mí son memoria, conocimiento, así como sus pérdidas.

Todas las funciones mentales operan sólo por virtud de la vida y la luz que se han restado del Yo Superior. La mente funciona debido a esta vida prestada, tomándola directamente del átomo divino que está en el corazón; de otro modo el cerebro no podría trabajar y no habría memoria ni conocimientos. Finalmente, el proceso mental obtiene su funcionamiento y su poder de la vida divina.

> Soy yo quien debe ser reconocido en todas las escrituras; yo soy, ciertamente, el autor de las escrituras, así como el conocedor de ellas.

¿Por qué son escritas todas las escrituras? En primer lugar no para construir iglesias ni mezquitas, sino para guiarnos a la entrada al alto sendero de la vida. Esas grandes revelaciones contienen también una proporción esotérica. Han sido escritas, en muchas instancias, mediante la luz del Yo Superior.

> De este modo, esta muy Secreta Ciencia ha sido enseñada por Mi, oh, discípulo; conociéndola un hombre se hace sabio, y todos sus deberes habránse cumplido.

La secreta ciencia es la sabiduría esotérica, la cual distingue la ilusión de la realidad. El conocimiento de la metafísica debe ser abierto a todos cuanto lo deseen, pero el sendero secreto ha de ser reservado para unos pocos. De ser otorgado a muchos, habría turbado sus mentes. Se ofrece solamente a cuantos estén prontos y preparados a recibirlo, y es por eso que hasta ahora ha permanecido siendo un secreto. La humanidad ha cambiado mentalmente, sin embargo, y eso que la humanidad no estuvo en condiciones de captar antes, está más preparada a obtenerla ahora.

Siguiendo el Sendero Secreto un hombre se hace sabio. Se puede poseer un conocimiento enciclopédico; se puede ser el miembro más destacado de una universidad y no tener verdadera sabiduría. Pero cuando se llega a tener apercepción del Yo Superior en nuestra más íntima conciencia, entonces

nuestros deberes han sido cumplidos. Se ha completado la ley de la encarnación.

> Ostentación, arrogancia y petulancia, iracundia así como insolencia e ignorancia, pertenecen a quien, oh, discípulo, ha nacido de un pareja demoniaca.

Las diferentes clases de humanidad han sido descritas por el maestro. Las divide en dos órdenes, la alta y la baja. Atrapado por la más negra ilusión, el tipo inferior de la humanidad no posee nada de la divina luz que guía al tipo superior, posee inertes o violentas cualidades de carácter, y son más arrogantes que sus más espirituales hermanos, quienes siempre son modestos y humildes. Dependiendo por completo de las cosas materiales, se convierten en bribones. Son gobernados por violentas pasiones. También son ignorantes, porque piensan que la vida presente es la única vida, y que este mundo es el único real.

> La divina naturaleza estima la liberación; la demoniaca busca la encadenación.

La encadenación es aquella a la cual está condenada la clase inferior de personas. Regresarán en centenares de nacimientos, porque nacen para sufrir. Pueden tener placeres, pero tendrán mucho más dolor, porque la continuada reencarnación es últimamente una forma de sufrimiento.

> Desde este punto de vista, estas ruines almas de pequeño intelecto, de fieras hazañas, se levantan como enemigos del mundo, para destruirlo.

El término "pequeño intelecto" es empleado aquí con la significación de pequeña comprensión. Ellos toman las apariencias como la realidad, de ahí que se pueda decir que son limitados en sus visiones, que son de pequeñas mentes. Son almas ruines, porque no están realizando el propósito de la reencarnación y no hacen tampoco ningún intento en tal sentido. Debido a ello no alcanzan a tener verdadero

éxito en la vida. Puede ser que, aparentemente, tengan éxito por algún tiempo, pero sus empresas terminarán generalmente en ruina, porque eso tiene que ser una parte de su educación espiritual. Sin embargo, todavía son utilizados para el propósito del destino, que obra a través tanto de la creación como de la destrucción. El destino los usa como instrumentos para realizar los propósitos destructivos.

> Llenos de insaciables deseos, de hipocresía, de orgullo y arrogancia, defendiendo tenazmente falsos y equivocados puntos de vista, ellos trabajan con una impía resolución.

Esto expresa la natural visión de los materialistas. Están engañados, porque lo que imaginan como real es nada más que un sueño que se desvanece.

> Aturdidos por muchas fantasías, enredados en la serpiente de la ilusión, adictos a la gratificación de la lujuria, ellos caen en un sucio infierno.

Esto describe su inevitable fin. Aquello que buscan esencialmente los traiciona. Porque ellos deben aprender. En el mundo espiritual o en el estado después de la muerte, ellos serán atados a una estaca y compelidos a rendir culto vanamente a lo que tan ardientemente buscaron en esta vida. De este modo aprenderán. Sólo será por un tiempo, sin embargo, porque no existe un infierno perdurable.

> El alimento que es rancio, sin gusto, pútrido y mal oliente, impuro y despreciado, es muy estimado por el ignorante.

El maestro habla sobre ciertos aspectos materiales de la existencia que conducen a una vida espiritual más elevada. Él califica los grados de lo bueno en malo, bueno y mejor.

Alimentos de tan mala calidad sólo interesa a gentes de los tipos más bajos de la humanidad. Los alimentos que

ingerimos construyen el cuerpo y es un axioma que nuestros cuerpos no son otra cosa que lo que comemos. Es también un hecho que existe un sutil elemento, un magnetismo, en los alimentos que levantan y afectan la mente. De este modo, aquellos que ingieren alimento burdos y groseros tienden a poseer mentes burdas y groseras. Por ello es que, siempre que es posible y cuando puede ser hecho sin mucho inconveniente, una dieta sin carnes es generalmente preferida por los estudiantes de yoga. La naturaleza nos ha provisto con suficientes alimentos en el reino vegetal para mantener nuestros cuerpos en buena salud. Esta es una cuestión que no interesa mucho a las masas, pero cuando se está en la senda del yoga, la mente es más sutil y tiende siempre a una más elevada vibración. En este caso es conveniente sino esencial que utilicemos alimentos que ayudarán a este propósito. Cuando se renuncie a la carne se tendrá un motivo más para llegar más pronto a la pacificación de la mente. Una vez que se haya encontrado la verdad, sin embargo, no importará mucho si uno come carne o no, aunque probablemente se preferirá continuar con la dieta vegetariana por otras razones.

> Este culto se practica con el objeto de ganar buena recepción, honor y respeto, y con hipocresía que es de este mundo, sólo se es medio ignorante, inestable e incierto.

¿Qué es esto sino hacer de la religión un mostrador al otro lado del cual está Dios? Aquellos que rinden culto a lo que realmente merece rendirse culto y no porque se esté buscando premios o recompensas materiales, pertenecen al tipo más elevado.

> Esa austeridad que es practicada como una necia noción con la propia tortura... es declarada ser ignorante.

Quienes practican el ascetismo de este modo representan el tipo más bajo de la humanidad. He visto un hombre en la

India haciendo rodar su cuerpo en el suelo, kilómetro tras kilómetro, en la esperanza de que así agradaba a Dios, quien le recompensaría con el tiempo con alguna ganancia material. Ese hombre era un necio.

> El premio que es otorgado en un tiempo o en lugar erróneo, a personas indígnas, sin respeto o por medio del insulto, esto se declara estar dictado por la ignorancia.

Incluso este tema de otorgar recompensas debe llamar nuestra atención. Debe ser hecho con inteligencia. No se otorgue un don espiritual o intelectual a una persona que no está lista a recibirlo. Si uno da instrucción a alguien que no está maduro para esta investigación de la verdad, se está procediendo tontamente. Recuérdese la admonición de Jesús: "no arrojes perlas a los cerdos". Debe haber un justo momento, un lugar adecuado y una persona indicada para que el don a otorgarse resulte perfecto. Cuando se lo otorga a alguien que no lo merece, se está fomentando la ignorancia y procediendo neciamente. La persona de elevado tipo da cuando sabe que es un deber dar, y no porque esté buscando una recompensa. Esto cubre todo el campo de los premios, material, intelectual, verbal y espiritual.

> Los sabios saben que el renunciamiento ha de ser la renunciación a todas las obras interesadas; el abandono de los frutos de todas las obras...

La renunciación de los resultados simplemente significa cumplir con el deber y luego permanecer inafectado por lo que suceda después, sea el éxito o el fracaso, la recompensa o la desilusión. Uno ha cumplido su deber y eso es bastante; después de eso, acéptese lo que el destino nos ofrece. Tal renunciación es una entrega interior. Es la única y verdadera renunciación y solamente eso es lo que interesa.

La práctica del culto, de los dones y de la austeri-

> dad no deben renunciarse nunca; son enteramente necesarios, pues son los purificadores de los sabios.

La religión tiene su lugar. Es necesaria, porque purifica a las masas y las eleva de un grosero materialismo a algo más elevado. No hay necesidad de abandonarla con el solo objeto de buscar la verdad. Actúa como un purificador, demostrado que esté que uno realice sus prácticas religiosas sin buscar otros premios. No se pida nada a Dios en recompensa por nuestro culto. Hágaselo como reverencia a un más alto poder. Por ejemplo, no se done al templo local una larga suma de dinero, simplemente porque se desee que Dios le de a uno un hijo varón. En la India, los padres estiman más a los hijos varones que a las mujeres. De esa manera los sacerdotes se ven colmados de regalos proporcionados por los supersticiosos que de tal manera esperan tener un hijo varón y no una niña.

Las formas externas y las costumbres de una religión fueron instituidos para crear hábitos de estados internos mentales y espirituales que correspondiesen a las formas. El verdadero propósito de aquellos que establecieron el gran péndulo de las reglas y los ritos, fue para instilar y perpetuar tales esfados en los hombres; no para perpetuar las reglas entre los hombres para toda la eternidad. Porque cuando un rito pierde su poder sobre los hombres, entonces pierde el propósito para el cual fue creado.

Cuando uno obtiene sabiduría, jamás volverá a tener dudas. Por ello el maestro hace esta declaración:

> Ciertamente, no es posible para un ser corporizado abandonar por completo las acciones; aquel que abandona los frutos de las acciones puede ser llamado ciertamente, un abandonador.

Es imposible para uno que tenga cuerpo renunciar a la actividad. Incluso en la jungla está actuando uno con la mente de uno. Desde el más elevado punto de vista, la actividad mental es una forma más sutil de la actividad mate-

rial. Desde que no es posible escapar de ella, actúese con justicia y sebiamente, pero con renunciación interior.

El maestro procede luego a analizar y graduar los diferentes tipos de acción. Explica que si la acción es necia y ciegamente realizada sin pensar en sus consecuencias, es del tipo más bajo e ignorante. Yendo a un grado más elevado, dice que, en efecto, si se actúa porque se quieren ciertos placeres o beneficios, aun cuando nos cause dificultades el obtenerlos, esto es un grado más alto. El maestro define el más elevado tipo de acción aquel que está libre de todo afán y que es, por tanto, una forma de actividad espiritual. Comprender a la naturaleza es entender las fuerzas que llevan al hombre a la acción.

> Recluido en un lugar aislado, comiendo moderadamente, discurso, cuerpo y mente sometidos, siempre comprometido en meditación y concentracióu, desapasionado.

La mente debe ser restringida y llevada a su propio lugar en el corazón. La propia indagación es un ejercicio intelectual al principio, pero una que lleva finalmente a la abolición de la tiranía del intelecto. Se debe aprender a decir no a los pensamientos, a rehusar la continuación del mismo proceso del pensamiento, a rechazar las interminables demandas del intelecto y encontrar la paz.

El Yo Superior es tan sutil que uno no puede descubrirlo por medio del intelecto ordinario, que siempre trata de cosas concretas, con figuras y formas. Este intelecto es demasiado grosero; no puede captar lo abstracto. El Yo ha de ser captado por algo más delicado que la mente, la cual la utilizamos en la vida diaria. ¿Cuál es la mente más fina? Es algo que uno descubrirá a través de la meditación. Una delicada sensibilidad desarrolla en tiempo cuando la mente es retirada de sus tendencias exteriores, y en lugar de pagar incesante atención al mundo exterior, se practica dando la

vuelta la mente sobre sí misma. Esto desarrolla la sensibilidad espiritual.

> Convirtiéndose en el Yo Superior, o el sereno yo, que no desea ni se lamenta, tratando a todos los seres por igual; él obtiene suprema devoción hacia Mí.

El sabio no puede evitar de tratar a todos por igual, porque él ve al Yo Superior en todos. Él no diferencia en el corazón entre aquellos que le agradan o que le disgustan. Tal discriminación no tiene ningún significado para él.

> Mediante la devoción él me conocerá de verdad, qué y quién soy; luego, conociéndome en verdad, hará lo imposible por entrar en Mí.

No es suficiente decir que creemos en Dios; debemos conocerlo *en conciencia*. Eso es lo que tenemos que descubrir, este elevado conocimiento. Sabemos que el mundo entero, sea material, mental o espiritual, no es otra cosa que un juego de la mente. Su apariencia es el resultado del trabajo interno de nuestra mente y de la mente cósmica. No se olvide que la mente es todavía una ilusión. Se puede haber tenido maravillosas experiencias en este mundo mental, pero no son reales en su verdadero sentido. Para conocer a Dios uno debe convertirse en Dios, y éste es un estado de conciencia que no se puede perder una vez obtenido.

> Haciendo continuamente todas las acciones no importa la que ellas sean, tomando refugio en Mí... por Mi Gracia él alcanza la eterna y perdurable Morada.

A partir de este momento uno se encontrará libre y sin ataduras. Nadie nos dictará lo que debemos o no debemos hacer, ni se nos señalará cuáles habrán de ser nuestros actos. Haremos lo que el mismo Cristo nos dicta, no lo que el mundo pretende hacerlo. Nuestra vida no debiera ser una apología en sí misma, sino una afirmación; no una continua

demanda de favores, sino una oferta de ellas. Pero esto sólo se puede hacer cuando uno se ha encontrado a sí mismo.

> Fijando tu corazón en Mí, deberás cruzar, por Mi Gracia, todas las dificultades; pero si tu obrar es egoísta, no oirás hablar de Mí y perecerás.

El mensaje final de Gracia llega al final del libro. Es verdad que sin gracia no hay entrada. Se puede lamentar y llorar, pero a menos que la gracia haya descendido sobre uno, no se podrá cruzar la puerta del Cielo. Ella está en lo más profundo de nuestro ser, y nuestra tarea debe consistir en aquietarnos, dejándonos sumergir en nuestro interior. Esto significa que se tiene muy poco que hacer en el sentido del principiante, sino lo que se debe hacer justa e inteligentemente. Se debe comprender lo que se está haciendo. Recuérdese que esta etapa es como hundirse internamente. No se trate de asirse a nada durante el camino, sea como visión o experiencia. Tenemos muchas concepciones acerca del yoga, que son buenas en tanto se aplican en su debido lugar; pero ellas no pertenecen a *este* sendero. No nos aferremos a ellas. Manténgase la mente flexible. Cómo y cuándo vendrá la Gracia depende en parte de nuestro destino personal y en parte de Dios o de su instrumento humano (el maestro). El consejo final que el maestro da al discípulo es no preocuparse. Él aconseja liberarse a sí mismo de la pesada carga del ego y renunciar a todo.

> Resignando mentalmente todas tus proezas a Mí, considerándome como a lo Supremo, recurriendo a la concentración mental, fijarás por siempre tu corazón en Mí.

El mensaje que hay detrás de estas palabras es idéntico al de Jesús, cuando dijo: "Vengan a mí todos los que trabajan y están pesadamente cargados, que yo les daré descanso". Si uno lo hace y se encomienda a sí mismo al Altísimo, la Gracia le vendrá. Acaso no venga el momento en

que uno lo desea, pero la recompensa llegará con el tiempo, porque el Yo Superior quiere que nos unamos a él tan completamente como sea posible. Entonces se vencerán todas las dificultades, una por una. El propósito de esta lección es fijar el corazón en lo más alto y nada más.

De esta manera, el hombre iluminado se mueve a través de la calle de la vida. Las escenas cambian y nos proporcionan ora penas, ora placeres, pero el iniciado permanecerá en calma, como un simple espectador. Las vicisitudes de la fortuna pueden vencer a otro hombre, pero el iniciado se mantendrá impasible porque extrae fuerzas de su propia alma.

> Abandonando todos los deberes impuestos, búscame como al Único refugio; Yo te libraré de todos los pecados; no te aflijas.

Aquí tenemos una definida promesa de la Gracia. Si uno lo busca en el corazón y en la concentración mental; si se es resuelto, si se entrega todos los días a la investigación, durante meses o años, seguramente llegará la hora cuando recibimos la Gracia a través del maestro.

> De este modo la sabiduría, más secreta que todo lo que es secreto, ha sido declarada a ti por Mí; reflexiona sobre todo ello y procede como te plazca.

Se puede ver a través de este verso que el verdadero maestro nunca interfiere con la libre voluntad del discípulo. Si cometemos un error de juicio, entonces el sufrimiento resultante como consecuencia nos educará. El verdadero maestro no trata de imponer su voluntad sobre la del discípulo, sino que le da la libertad de obrar sin coerciones.

> Oye tú de nuevo Mi palabra suprema, la más secreta de todas; porque tú eres Mi mejor amigo, por ello te diré lo que es bueno.

Esta es la más elevada enseñanza que el maestro puede dar

a su discípulo, porque es la verdad y nada hay más alto. El maestro siente la devoción y la confianza que le otorga el discípulo, y es por ello que el discípulo gradualmente se convierte en algo querido para él y por eso le imparte la Verdad.

> Todo lo que se te ha enseñado está privado para todo aquél que evita las austeridades, para el que no es devoto, ni para aquél que no realiza servicio, ni para el que habla mal de Mí.

La enseñanza impartida no ha de ser esparcida por el mundo, hay ciertas personas que no deben conocerla. Aquéllos que son completos y absolutos materialistas, atados a todos los deseos, no están listos para recibirla. En cualquier caso, no serían capaces de captarla, porque ellos quieren algo que agrade a sus deseos. La mente no puede captar tan sutil enseñanza hasta que haya sido purificada en alguna medida. Las gentes que no buscan la verdad no deben recibir esta enseñanza. Ni debe ser otorgada a quien no ha expresado el deseo de oir al maestro y sus enseñazas. Ahogamos nuestros mejores pensamientos ofreciéndoles lo que ellos no desean. Es preferible mantenerlos con uno y reservarlos solamente para los que estén dispuestos. Aquellos que no quieren recibir esa enseñanza, deben ser abandonados a su suerte. Esta enseñanza nunca habrá de ser forzada. Aquéllos que no ven ninguna utilidad en la vida espiritual y tal vez hablan mal de ella, no deben aprender la doctrina. De otro modo se perdería el tiempo lastimosamente, con el único resultado del menosprecio. De cualquier modo la verdad es imperecedera, porque está escrita, no en las páginas de libros efímeros, sino en lo más profundo del corazón del hombre. Por tal razón, los dioses esperan con inconmovible paciencia que sus parientes mortales lleguen a reconocerlos, porque ellos saben que ningún acto del hombre puede barrer esta sempiterna e invisible escritura. Los dioses esperan mientras los hombres luchan entre sí y las mujeres lloran, porque es una

ley universal de que nadie puede entrar en el cuerpo de la Verdad salvo por su propia voluntad.

Por otra parte, léase la otra fase de esta afirmación:

> Aquél que con suprema devoción a Mí enseñará este Supremo Secreto a Mis fieles devotos, entrará en Mí.

Si uno encuentra gentes devotas de la verdad y que la buscan, y están maduras para entenderla, entonces podremos enseñarles, porque tal será nuestro deber. Si uno lo hace así, recibirá su recompensa.

> No hay entre los hombres uno que Me haga un servicio más estimable; y no habrá en la tierra otro que Me sea más querido que él.

Es el don más grande que se puede otorgar a nadie. Si uno da este pan de la verdad espiritual a aquellos que tienen hambre, ¿qué mayor servicio puede prestárseles? En tal sentido uno llena y ayuda a llenar el propósito de la encarnación material. Cuando las condiciones estén maduras, entonces revélese la verdad, ganando también para uno mismo un buen destino.

> ¿Lo has escuchado, oh, discípulo, con mente atenta? ¿Has destruido el error de la ignorancia, oh, buscador de la verdad?

La verdad ofrecida en estos versos no es una evidente. Es tan sutil que a menos uno se concentre en su interpretación, podría perderla. El discípulo replica:

> Destruido está el error, y yo he ganado reconocimiento a través de tu Gracia, oh, Maestro. Estoy firme, mis dudas se han disipado. Yo difundiré tu palabra.

La *Bhagavad Gita* es una de las pocas escrituras en el

mundo que definitivamente y a propósito explican los principios y las prácticas del evangelio de la acción inspirada.

Ahora el discípulo tiene una base para la vida, porque está cimentada en la verdad y la realidad. Él permanece firme, porque no tiene más dudas. Cuando no renace en la suprema verdad, toda la posibilidad de duda desaparece. La razón para esto es que la duda surge en el intelecto y puede venir solamente para el hombre que está viviendo en el intelecto. Pero para aquél que entra en la trascendente realidad, no puede haber más dudas. Esta es la última bienaventuranza que espera el hombre: que él llegará por último a la posesión de sí mismo. Todos los demás son puertos de recalada y no el puerto final.

Finalmente, el maestro da su bendición:

> Allí donde haya un Maestro Divino, allí donde haya un discípulo humano, allí habrá prosperidad, paz, y otras bendiciones que serán establecidas.

¿Cómo se puede saber que uno ha encontrado su objetivo? ¿Con la experiencia de la súbita iluminación? No se puede obtener realmente súbita iluminación. Lo que se puede obtener es una repentina cesación de ignorancia; una repentina precipitación del egoísmo; una repentina caída de todas las ideas falsas y de los errores. Cuando ellos se hayan ido se tendrá conciencia de lo que siempre está dentro de uno. La divina luz está siempre allí; está allí incluso en este momento. No es nada nuevo lo que uno ha de ganar u obtener. Es algo que está con uno, como la mente, lo que la oscurece e impide que la veamos. Nos corresponde adelantarnos y descubrir nuestra propia luz.

La lección final dice que la Divinidad está en todas partes. Se puede hallar a Dios en todas partes, y Dios es bueno.

## Capítulo XII

## ERRORES DEL INVESTIGADOR ESPIRITUAL

Existe un concepto erróneo muy difundido en América, un concepto falso que está mucho más difundido que en cualquier otro país que yo conozca. El mismo consiste en que, si uno obtiene la espiritualidad, si llega a descubrir el divino yo, entonces automáticamente se tendrá prosperidad, salud perfecta y una buen fortuna perdurable. Esto —que probablemente constituye el error más grave que puede cometer el investigador de la Verdad— es creído por millones de americanos. Es una doctrina que lleva todo el brillo pero muy poco de su peso en oro. Tratemos de comprender la implicación de esta pretensión.

Si la prosperidad ha de ser el criterio de la espiritualidad de uno, entonces Jesús fue un fracaso, un fracaso espiritual. Él no gozaba de ninguna prosperidad. No llevaba un bolsillo con dinero, no poseía capital alguno. Buda renunció a todo lo que tenía, así que él también fue un fracaso espiritual. Jesús jamás prometió a quienes lo siguieran que los haría ricos. ¿Entonces porque prometen tales cosas los profesados continuadores de Jesús en nuestros días?

Si la salud perfecta ha de ser hecha un criterio de la espiritualidad, entonces debemos admitir que algunos de los más grandes santos de la historia cristiana, después de todo, no eran santos. En el Oriente tenemos varios ejemplos de varios sabios como Ramakrishna y el Maharishee, quienes

no gozaban de buena salud y sin embargo se los consideraba los más grandes sabios.

Hay un medio, conocido por los yoguis, para obtener una salud perfecta; se puede convertir al cuerpo como si fuera de acero, resistente a todas las enfermedades; se puede hacerlo tan fuerte como ningún otro cuerpo humano; se puede prolongar la vida mucho más allá de lo normal. Existe un medio, sí, pero para practicarlo habrá que renunciar a todo lo demás, sacrificarse, porque la disciplina necesaria para obtener esta condición demanda todo nuestro tiempo, todas las energías, y el más severo régimen de ascetismo. Demanda un completo aislamiento monástico, un retiro total del mundo. El precio es alto como el premio. Pero resulta un medio impracticable para nosotros los occidentales, de modo que abandonemos la idea.

En consecuencia, resolvamos primero si estas cuestiones significan algo para nosotros, o no significan nada. Algunos hombres, responderán algunos, han realizado maravillas de curación espiritual, tanto sobre sí mismos como sobre otros. Esto es verdad; pero es el resultado de un oculto y no de un espiritual poder, y todos los poderes ocultos son poderes de la mente, no del Yo Superior, poderes latentes o poco conocidos, pero que siguen siendo poderes de la mente y de esa parte de ella que he dado en llamar La Mente Superior. No hay tal cosa como una curación espiritual en el sentido de directa curación espiritual, pero indirectamente, sí.

Para un Adepto o para un hombre que ha obtenido la conciencia de lo Eterno, el hacer uso del poder oculto lo hace descender un escalón hacia el mundo, sea en forma, en tiempo o ilusión. Desde el punto de posición de un hombre que ha conocido la Verdad, todos los poderes ocultos son del ilusorio yo y dignos tan sólo de exponer una vez que se haya tenido aquella revelación. Que posea o no tales poderes depende de la línea de evolución que ha logrado en otras vidas anteriores. Si ha trabajado por esos ocultos poderes, posiblemente los obtenga ahora; pero si no los ha buscado, no los tendrá

ni vendrán a él. Pero tendrá todavía un poder, el poder del Yo Superior, y tal es la raíz de todo poder.

Por manera que debe comprenderse que es posible obtener la conciencia del espíritu y sin embargo no poseer poder curativo, excepto para curar los corazones, las mentes y las almas. Pero no se espere que todo hombre que haya entrado en el espíritu obtendrá al mismo tiempo salud perfecta, o que tendrá capacidad para otorgársela a otros. Puede o no puede, y esa es enteramente una cuestión del destino, ese destino en particular que nos hemos ganado a través del resultado de la evolución.

Hasta tanto no se haya terminado con la investigación no habrá otra cosa que opinión, teoría, fantasía, porque sólo hay un amanecer extremadamente graduado que nos llevará poco a poco hacia la verdad. El final es un repentino renacer entre el reino de los cielos, y una vez que llega llegará como la luz de un relámpago.

Desde el punto de vista de un hombre que vive en la verdad, el cuerpo es una cosa efímera. Él sabe que el cuerpo morirá tan ciertamente como ha nacido, que quizás ha tenido otros cuerpos, centenares de veces, y mira sobre todo eso, como contempla el resto del material universo, como nada más que una idea que pasa a través de la conciencia, nada más que como una figura mental, que nace y muere.

Desde el punto de vista de la verdad, que también lo es el de la realidad, el universo entero no es otra cosa que un sueño. Toda la vida es casi un fantasma, una figura mental, algo que flota a través de la conciencia y luego se va. ¿Cómo puede entonces sobrevalorar el cuerpo un hombre que vive en la eterna conciencia, hasta el punto de estimar que un perfecto estado de salud es solamente una perfecta demostración del espiritualidad? Él tendrá suficiente sentido común para saber que la buena salud es deseable y necesaria, pero él no permitirá que tal convicción lo lleve al engaño de creer que el cuerpo, efímero como es, puede imponerse al Espíritu eterno. El Espíritu sólo tiene un poder, el cual es la fuente

de todos los otros poderes. Los poderes mentales son, en definitiva, poderes que vienen del poder del Espíritu, pero vienen solamente para aquellos que los buscan, y no necesariamente a quienes no lo hacen.

¿Una fortuna perdurable puede ser un criterio espiritual? ¿Se puede estar a tono con lo Infinito y procurar luego nada más que la buena fortuna? ¿Es posible que todos los dones de los dioses nos caigan en la falda; que nunca sepamos lo que es la desgracia; que todo en el jardín de la vida será hermoso y encantador hasta el día de la muerte? Todo esto, y siento decirlo, no es otra cosa que ilusión. Este efímero mundo es definitivamente un mundo de mezclado sufrimiento y dicha, porque es un mundo transitorio, un mundo que tiene un principio y un fin. Es por eso que no se puede encontrar en él una felicidad perdurable, o una buena suerte continua, a menos que se la busque dentro de uno mismo, en el yo interior. Nada puede permanecer perfecto por siempre; ni la buena suerte puede seguir indefinidamente.

Hay que personas que han fundado cultos en toda América, con adherentes que suman millones. La fundadora de uno de esos cultos, que daba buenas enseñanzas intercaladas con falsedades, murió después de dos años de enfermedad. Durante toda su vida ella enseñó que la conciencia del Espíritu infaliblemente aseguraba una buena salud. Sólo que no se la pudo procurar para ella. Comprendiendo que los resultados tangibles no encuadran con la teoría, su enfermedad fue mantenida en secreto. Lo digno de un culto espiritual no debe ser medido por su amplitud.

Un conferencista, quien se dirigía a miles de personas cierto día y en cierta población que yo visitaba, dijo a sus oyentes que si ellos se ponían a tono con el Infinito ellos podrían eliminar inmediatamente todo su mal destino, y que de ahí en adelante todo sería hermoso en la vida: nada de enfermedades, de pobreza, o de mala muerte, ni carencia de ninguna clase. Poco después el hombre en cuestión suspendió sus conferencias y clases, desapareció por todo el in-

vierno, pero regresó después, ofreciendo charlas todavía más brillantes. ¡Sólo podía ofrecer charlas! Había sufrido una crisis nerviosa, la cual también debía ser mantenida en secreto. Decía a sus oyentes que el estar a tono con el Espíritu significaba poseer una vida armoniosa y en perfecta salud; pero no pudo impedir su destino de que lo abatiera una nueva crisis nerviosa.

Diré a mis lectores qué es lo falso en esas enseñanzas, y qué hay de verdad en ellas. Si resulta que uno ha sido miembro de una secta u otra por más de veinte años y ha formado una serie de rígidas nociones, tales como que existe una hermandad de adeptos en el Tibet, o que existe una continuación de la existencia terrenal después de la muerte; si uno cree firmemente esas cosas, está bien, pero si las cree a pie juntillas o las toma como verdades absolutas, entonces está mal. Se puede aceptar en principio tales afirmaciones, pero si la verdad llega y dice: "Eso no es verdad", entonces se debe abandonar aquellas creencias y delicadamente proceder al despido masivo de los creyentes que nos han seguido, aunque sea por más de veinte años. Si no se adopta esta delicada posición significará que uno se ha hecho dogmático sin siquiera tener la menor idea de lo que es realidad o de lo que es creencia.

Algunas personas vienen a mí y me hablan de ocultismo y exponen cuestiones que mejor podrían resolverse en los centros o cultos que practican. Bien, hay algo de bueno en las enseñanzas de ese tipo que se pueden conceptuar como correctas, pero también hay mucho de incorrecto en ellas; no me agrada el modo en que han complicado simples verdades; han hecho más difícil la búsqueda del reino de los cielos que la ascención del Monte Éverest, que es la altitud más impresionante que he visto jamás.

Gentes crédulas siguen esas enseñanzas y se hacen sujetas a alucinaciones que ellas glorifican como verdades. Porque siento por todos aquellos que se han perdido a sí mismos en

un bosque de doctrinas falsas y necias, escribo este capítulo, en un esfuerzo por ayudarlos a escapar de allí.

Antes que nada, se debe tener precaución de no caer cautivos de dogmas implantados en nuestras mentes por otros. Se debe tener prevención de personas que se embaucan a sí mismas y engañan a otras por medio de especulaciones nada científicas que no se pueden probar siquiera a sí mismos, las cuales son envueltas en un innecesario manto de misterio. Se debe rehusar aceptarlas sin una extrema y aguda crítica.

Jesús dio pruebas de su carácter y poder diciendo: "Por sus frutos los conoceremos". Los científicos siguen la misma regla: si no pueden demostrar sus teorías, las descartan. La ácida prueba de todas las teorías espirituales está en el laboratorio del diario vivir. Allí es donde se debe probar, para afirmar su valor, las pretensiones de algunos cultos.

* * *

La omisión del factor del destino en muchos de esos cultos se debe a ignorancia. Aquí es donde Asia nos enseña algo. Meter la cabeza en la arena como avestruz y rehusar ver la existencia de un elemento de predicción en la mayoría de los mayores sucesos de nuestra vida personal no anula su existencia. La predestinación existe, está allí.

El hombre vive una doble existencia, una material y otra interior, mental y emocional. Sus proezas y actos exteriores son simplemente el resultado de sus pensamientos y sentimientos internos. Tomará siglos para que ellos se materialicen, a menudo hasta el último nacimiento, pero finalmente ocurrirá. El mundo que no vemos, el invisible mundo del pensamiento y del sentimiento, es el verdadero mundo de causas; el mundo que vemos alrededor de nosotros es el mundo de efectos.

Puesto que el hombre tiende a expresar su yo interior por medio de sus actos exteriores, puede decirse con toda seguri-

dad que su vida exterior corresponde a su vida interior. El mundo en conjunto no es nada más que la expresión de la Divina Ideación, el mismo pensamiento de Dios expresado. El hombre, en su pequeño modo de ser, es también un creador y está creando su propio mundo —el mundo de sus propias experiencias—, la expresión a través de la cual vive. Esa cadena de causal conexión entre el pensamiento interior del hombre, su sentimiento interior, y su experiencia exterior, es invisible. Pero está allí, y está allí por medio de una fuerza sutil, la ley del destino.

El destino es algo enteramente creado a sí mismo, enseñado a sí mismo, ya sea para lo bueno como para lo malo. Si el hombre no sabe que todo cuanto haga en la vida mundana le será devuelto con creces por el destino, eso no lo excusa. La naturaleza nunca excusa la ignorancia. El hombre es el constructor de su propia vida, el creador de su propio destino, tanto exterior como interiormente. El destino no es una fuerza ciega; es una expresión de la Inteligencia cósmica más grande que regula el universo. Tiene un propósito que cumplir, y tal propósito, en lo que concierne al hombre, es uno educativo. El destino es como una balanza, si uno presiona sobre un lado, el otro se levanta en la misma proporción de la presión. El destino restablece el equilibrio en la vida del hombre, porque quiere que el hombre se comprenda a sí mismo, sus poderes y posibilidades, así como el hecho de que está aquí para cumplir el elevado propósito de su encarnación.

El destino es completamente impersonal y universal. No tiene sentido de retribución. No hay motivo de castigo en esa poderosa fuerza. Como un hombre crea su destino por medio de sus pensamientos y sentimientos y acciones, obtendrá irreversiblemente de la vida lo que él le haya dado a la vida. No hay escape posible.

Estamos aquí para aprender, para saber qué y quién somos. Tal es el fin de la encarnación, y las experiencias de la vida son las lecciones que finalmente nos enseñarán. La mayoría

aprende a ciegas e inconscientemente, pero aun así aprende.

Es una desgracia que el hombre aprenda más de los sufrimientos que por medio de los placeres. Desgracia porque raras veces aprende con una sola desdicha. Los sufrimientos tienen que repetirse, tal vez haciéndose peores en cada repetición, hasta que la lección llega al corazón y se quema en la mente.

Hasta tanto no se haya llegado al verdadero yo, uno se ve distorsionado y retorcido; no se puede pensar ni obrar verdaderamente. Regrésese y mírese hacia el pasado; se verá cómo, incluso en este nacimiento, se ha creado mucho de la experiencia a través de lo que se ha vivido. Muchos de aquellos mismos defectos han estado presentes en vidas anteriores; reaparecen en vidas subsiguientes y con ellos traen lo que el destino les ha otorgado.

El destino que se ha emprendido en vidas anteriores se verá correspondido en nuestra vida presente, ahora. No hay manera de evadirse a ello; pero sí existe la posibilidad de que nuestro actual destino pueda ser modificado o alterado.

Hay una segunda clase de destino: el que se ha formado a través de anteriores encarnaciones y el cual le será aplicado en alguna vida terrenal futura. Eso representa la más grande masa de destino que sea posible aplicar a un solo individuo, porque, naturalmente, él sólo puede acumular un poco en cada vida. Eso no lo afecta a uno ahora, pero sin duda le afectará en su próxima existencia terrestre.

Trataré de explicar esto de otra manera. Si uno hace fuego en la jungla, disparando contra un objeto en la creencia de que es un tigre, y después de haber tirado del gatillo y la bala ha partido, uno ve que se trata de un hombre, nada menos que de un amigo, ya no se puede ir en pos de la bala ni hacerla regresar a la recámara del rifle. La bala seguirá su curso. El cuerpo en el cual hemos nacido en esta encarnación, junto con las circunstancias y los medios ambientes que le corresponden, es la bala que fue disparada desde el

pasado, *y el pasado no puede volver otra vez.* Seguirá su curso, cada vez con mayor velocidad.

Todos los futuros disparos, sin embargo, pertenecientes a las vidas que están por venir, pueden ser evitados, pueden ser desviados de su curso, o detenidos en su mismo origen. Esto es, sería posible crear un nuevo destino así como erradicar la posibilidad de futuras encarnaciones, porque todavía no han empezado.

En tanto nuestro cuerpo está aquí su destino está agregado a él. Pero se puede alterar nuestra reacción a él. Se puede reaccionar a la desgracia de perderlo todo lo que uno ama y posee tomándolo con calma. Se puede decir: "Termina otro ciclo de mi vida y debo empezar otro, uno nuevo; en consecuencia, me readaptaré al nuevo ciclo sin temor. Haré todo lo que el sentido común me aconseje, para enmendar las cosas y hacer frente a los resultados". O, en estado de profunda depresión, creyéndose uno terminado, que la vida no tiene más esperanza para uno, se puede cometer suicidio. Ambas actitudes son la expresión de su propia elección, pero el suceso que uno enfrente es uno y el mismo para los dos modos.

El mejor modo de escapar es irse a la región donde aquellas fuerzas no obran, para verse libre del destino. Se puede lograr esto retornando a nuestro divino centro solamente y quedándose allí. Si se hace esto mientras se está con vida, entonces el vasto almacenaje de destino que estaba esperando para la entrega en futuras encarnaciones, se disolverá y desaparecerá. ¿Por qué? Porque es el destino del ego personal, y cuando se ha eliminado la tiranía del último se habrá eliminado también la tiranía del destino agregado a él; uno es libre y con la muerte esa vasta masa de acumulado destino desaparece completamente. Eso es lo que Buda quiso decir cuando dijo que uno entra al Nirvana para escapar al terrible ciclo de interminables nacimientos.

Si se desea evitar las desgracias, las desagradables experiencias de la vida, se debe aprender a aplacar el llamado destino funesto. Si se vive en el mundo material, entonces

deberá ir a través de las experiencias mundanas. Pero se puede vencer al propio destino interiormente. Se puede renunciar tanto al placer como al dolor, de tal modo que ellos no lo afecten a uno en su ser más íntimo. Desde una posición interior, uno puede convertirse en mero espectador de los procesos de la vida, y aunque tales experiencias sean de uno, se podrá apreciarlas por lo que son y asignarles su verdadero valor.

Encontrarse a uno mismo es hallar el perfecto equilibrio mental. Incluso si los más grandes sufrimientos nos están reservados, no podrán ellos turbar nuestra paz. Como tampoco podrán turbarnos los placeres más grandes. Uno estará enraizado con el centro divino, el cual es el único lugar donde se puede hallar la paz. No hay fuga posible de uno mismo, excepto hacia el *interior* de uno.

Esto es lo que sucede al adepto. Todo el inmenso depósito de destino que se ha venido acumulando a través de las vidas anteriores hasta llegar a la presente encarnación en la cual vive, es barrido; pero no aquel destino que pertenece a su cuerpo actual. Dicho destino tendrá que soportarlo y así lo hace. Pero hará frente al mismo con más entereza, con una diferente actitud que lo haría el hombre común. El pesar no significa pesar para él; la buena suerte no significa tal cosa para él. Está desprendido de todo. Contempla tanto el placer como el dolor con ojos calmos. No importa por las que esté pasando su yo personal, él gozará perpetuamente la conciencia de la vida eterna, de modo que interiormente es feliz. Él no va en procura de la buena fortuna. Le dará la bienvenida si llega y la aprovechará; no ha perdido la capacidad de hacerlo. Pero si el dolor o la pena le fueran adjudicados al cuerpo, tampoco objetaría. Él hará todo lo que el sentido común se lo aconseje para modificarlo o alterarlo, pero aquello que no pueda ser modificado ni arreglado lo aceptará resignadamente.

El adepto rehusa ser llevado de aquí para allá por el destino, y ni los más grandes placeres ni las más grandes des-

gracias pueden quebrantar su maravillosa calma. Nosotros también podemos reproducir la misma actitud viviendo tan cerca de la Divinidad como sea posible. No se elimina el presente destino cuando se entra en lo que eterno; pero lo que se elimina es el destino que ha sido acumulado a través de incontables vidas; no de la vida terrenal que ahora se está viviendo.

Pero recuérdese siempre que está dentro de nuestro poder modificar o alterar nuestro destino. La vida no es una cosa de hierro fundida, porque el destino es sólo *una* de las fuerzas en juego en nosotros. También está la fuerza de la libre voluntad, y el estímulo resultante es una mezcla de ambas. Un libre albedrío creó nuestro presente destino, de manera que se puede crear otro incluso ahora.

El destino señala las circunstancias de nuestra vida; los mayores eventos son traídos por el destino, tales como el nacimiento, la muerte, el matrimonio, el encuentro con un maestro espiritual, todo esto nos adviene como consecuencia, pero está en nuestro poder que sea para bien o para peor. Y de este modo no se caería jamás en la letargia fatal en que han caído muchos en el Oriente, que se sentaron abandonados de la esperanza y diciendo con acento de triste resignación, cualquiera sea la desgracia que los aflige: "Es la voluntad de Dios; nosotros no podemos hacer nada. Debemos sentarnos y soportar hasta el amargo final".

De este modo ellos repudiaban su propio poder divino interior. Esta ha sido su degradación. Esto explica por qué han caído en tal estado de servilismo, como muchos de ellos se encuentran hoy. Si la India fue una nación esclavizada por muchos años y la presa codiciada de los invasores extranjeros por muchos siglos, se debe en parte a la propia culpa de ese país. El abuso o el mal uso de la verdad del destino es la causa de muchos inconvenientes. No se sentirá uno débil si llega a conocer la verdad; ¡pero sí se se será débil por ignorancia! ¡Seamos fuertes!

Frente a frente con el adverso destino tenemos que apren-

der dos cosas: cuándo es necesario aceptarlo y cuándo hay que resistirlo. Hay momentos en que uno debe resignarse a las circunstancias funestas, procurando tan sólo aprender la amarga lección. Pero hay otros que resultará más conveniente luchar contra el destino con el coraje de un león. Uno deberá descubrir por sí mismo cuál es el momento justo. Tal sabiduría viene solamente en su perfección para el adepto. ¿Por qué? Porque él aprendió a mantenerse aislado de lo puramente personal.

Hay ocasiones en que las desgracias son capaces de bendición y deben aceptarse. También hay veces cuando los buenos dones resultan copas de veneno, y deben ser rechazados como tales. Sólo haciéndose absolutamente impersonal se puede juzgar entre ellos. El "Yo", el ego, es nuestro enemigo; debemos hacerlo nuestro amigo. Es nuestro enemigo en tanto monopoliza nuestra atención; es nuestro amigo cuando se pone de nuestro lado y dice: "No se haga mi voluntad sino la Tuya". Si uno mira lo que está detrás del yo personal, de la vida personal, de la mente, del cuerpo, y se ve lo que es verdadera realidad y espíritu, allí se encontrará paz. Nadie podrá robársela; nadie podrá quitárnosla. Se habrá encontrado la vida eterna.

* * *

La principal y beneficiosa contribución de los cultos antes mencionados, los cuales presumen enseñarnos mucho más que Jesús y Buda, pues ellos olvidaron citarlo, es su envalentonamiento para que adoptemos actitudes de coraje antes que de cobardía; su constante reiteración de que los pensamientos optimistas, positivos, constructivos y alegres, son más valiosos para el hombre que los pesimistas, negativos, destrutivos y sin esperanza; y su frecuente remembranza de que es bueno oír lo que los silenciosos minutos de quietud mental tienen que decirnos.

Aparte de eso, algunos de los movimientos de hoy, los

cuales procuran espiritualizar el materialismo, lo único que han logrado ha sido materializar la espiritualidad.

Esto sucede particularmente cuando ellos degeneran en sistemas que convierten los pensamientos en cosas, las imágenes mentales en realidades físicas, y aeríferas nadas en sólidos algos... ¡sólo creyendo en ellos!

La mágica transformación de la pobreza en la prosperidad, de la enfermedad en la buena salud, casi de la noche a la mañana, es frecuentemente proclamada por los teóricos de estos sistemas, pero nunca comprobados por los discípulos La cuestión es algo complicada por el hecho de que hay alguna verdad entremezclada con la falsedad, alguna sabiduría con el disparate, y alguna virtud con sus vanas afirmaciones.

La raíz de la cuestión, sin embargo, es que ellos llegan a polarizar la satisfacción de los deseos personales del hombre, mientras le aseguran que al mismo tiempo lo están llevando al reino de los cielos. De este modo le proporcionan un método de realizar lo mejor en ambos mundos. La cosa puede hacerse, por supuesto, pero no de esa manera. Hay una vital diferencia de aproximación y de resultados en ambos modos. La diferencia estriba en la actitud a adoptarse hacia el ego personal.

Este concepto errado debe ser aclarado a menos que uno mismo quiera engañarse. La gente ansía aferrarse al yo personal incluso cuando desea hacer su entrada en el reino de los cielos, el reino de la verdad espiritual, el cual puede ser obtenido solamente con la sumisión del yo personal. Nunca será posible hallar el espíritu a menos que se esté dispuesto a renunciar a la personalidad. Si se ha encontrado la vida espiritual, y entonces creer que se ha demostrado que la ganancia material es una consecuencia, simplemente uno se está engañando a sí mismo, y tarde o temprano la vida nos desilusionará severamente; porque no es la verdad. Es mejor buscar la verdad, sea ésta agradable o penosa. Amemos la verdad y aceptémosla, y no decir que la verdad siempre será agradable. Aceptemos la verdad por sí misma, sea que nos

traiga graves problemas o buena salud. Si se busca la verdad solamente por los beneficios que pueda reportar, entonces no se va en busca de ella, porque lo que se busca son los beneficios y no la verdad en sí misma. La verdad es como una orgullosa y exclusiva dama que nunca se entregará a uno a menos que se la busque por sí misma.

Hemos oído hablar a veces de resultados beneficiosos obtenidos en medio de muchos fracasos. Pero en general oímos hablar siempre de los éxitos, y no de los fracasos, que en número abruman a los primeros. Los éxitos son reales, pero pocos, y ellos pueden ser sumados por la parte superior de la mente, la llamada subconciencia. Son logrados por los poderes de la Mente Superior.

A menos que tales personas comprendan que está tratando con los latentes pero pequeños poderes de la mente humana y no con los poderes del divino yo, ellas serás justamente como lazarillos ciegos que llevan a otros ciegos. Y al tratar con tales poderes mentales se debe tener la precaución de no caer en la magia negra o en el hipnotismo. Muchos de esos cultos practican inconscientemente la magia negra. Es fácil utilizar el hipnotismo, para influenciar a otras personas, pero siempre hay un precio, una penalidad que pagar.

Cuando se tiene acceso, por medio de algún modo de fuerte concentración o de propia absorción, a la mente superior planetaria, y se comparte temporalmente sus poderes, en tal momento se pueden realizar milagros; milagros que pueden ser materiales, o acaso sean mentales; pero ellos nunca serán más altos que lo mental, nunca serán espirituales.

Del mismo modo en lo que respecta a las llamadas demostraciones de prosperidad. Esto se hace por medio de la concentración de la mente sobre el dinero. Si se puede concentrar de modo arduo y por mucho tiempo, y si se desea la propia absorción con la Mente Superior, algunas veces se obtendrá dinero. Se logrará obtenerlo porque se está demostrando un poder mental. Pero si se intenta hacer estas cosas por cuenta propia, se corren ciertos riesgos, y los riesgos no

siempre son de desear. Mediante la concentración se puede obtener lo que se busca, pero con ello pueden venir cosas que no se desean. Se puede desear la demostración de buena salud, y morir al día siguiente. Yo no digo que habrán de morir, sino que, puesto que se desea tratar con poderes que no se conocen, procúrese al menos estudiarlos antes de utilizarlos. Y no se engañen a sí mismos pensando que están utilizando poderes espirituales. Son poderes puramente mentales, no espirituales.

Si se puede representar a la Mente Superior como un gran océano con miradas de caletas, cada una representando una mente humana, se está en camino de comprender la fuente del oculto fenómeno y del principio de telepatía. Conocemos muchos casos de manifestación de poderes ocultos. Y la gente cree que el desarrollo de tales poderes es o un necesario complemento de la investigación del divino yo, o deseable en sí mismo. Los poderes ocultos nada tienen que ver con nuestra investigación. En tanto buscamos al Yo Superior no debemos detenernos en la *ruta*. Todos los poderes ocultos pertenecen al plano de la mente. Son fenómenos dentro de la región de mente superior planetaria. Si se obtiene acceso a las regiones de la Mente Superior se obtiene acceso a los poderes ocultos.

Pero la Mente Superior no es el Yo Superior. Está en un plano inferior. Si se va a permanecer dentro de la región de la Mente Superior, nunca se alcanzará al Yo Superior. ¿Qué es lo que se quiere? ¿Se desea el reino de los cielos? Entonces prosígase buscando. Debe dejarse la Mente Superior detrás de uno y con ella todos los poderes ocultos. Apréndase a entrar por la puerta angosta, donde todo se deja atrás: tanto las posesiones materiales como las mentales.

Si uno se aferra a los poderes ocultos nunca podrá pasar a través de la puerta que conduce al reino de los cielos. Tales poderes no deben interesarnos, puesto que vamos en procura del Yo Superior. Algunas personas emplean su tiempo y su energía en la obtención de tales poderes, pero muy pocas

consiguen alcanzarlos. Por otra parte, si se logra éxito, éste impedirá que prosigamos en la búsqueda espiritual. Y nos detendremos hasta que renunciemos continuar con las experiencias ocultas. Es fácil comprender cómo tantos cultos se forman siguiendo a líderes que se han detenido en varios puntos a lo largo del camino en la búsqueda de la verdad.

La curación puede ser posible, sí. El poder de la mente superior es tal que lo puede salvar a uno de las garras de la muerte, en aquellos casos incluso en que los doctores han renunciado a toda esperanza. He visto, repetidas veces, cómo se ejercitaba este poder con el mayor de los éxitos. Pero el secreto es que obraba a través de un canal humano que no estaba puesto ni deliberada ni egoístamente para curar, debido a lo cual la curación era buena y permanente.

La curación mental sólo se puede justificar cuando crea una más elevada visión en el paciente, cuando se le hace comprender a éste que no se trata solamente de su cuerpo, que su verdadero yo es algo no material.

Jesús prometió todas las cosas que uno puede obtener si busca el reino de los cielos. De modo que se puede ver que una manera más elevada de obtener demostraciones, una manera más elevada que exige que uno busque el reino de los cielos. Y si uno quiere encontrar tal reino, se debe renunciar al yo personal, y si se renuncia a él también se debe renunciar al deseo de las cosas materiales. Se tienen ciertas necesidades materiales, pero entonces será necesario confiar en el Padre que está en los cielos, y Él se hará cargo de aquéllas. Pero si uno cree que es más sabio que el Padre que está en los cielos y se intenta, por medio de la concentración mental, imponerle órdenes y condiciones, entonces Él dejará que uno descubra las cosas por su misma experiencia.

O se sigue el método de Jesús, o se sigue el método de esos cultos; son dos caminos diferentes. Y aunque los cultos usan el nombre de Jesús y pretenden ser sus continuadores, no es lo mismo. Los métodos son diferentes. Las demostraciones materiales son posibles en ambos casos, pero algunas

no. Dios es quien tiene la última palabra, no nosotros. Pero lo primero es el modo de rendir la propia voluntad y de esta manera ganar siempre la paz interior y la fortaleza para soportar nuestras dificultades, sea que tengamos suerte o no en atraer la buena fortuna o la salud. El segundo es el modo de *usar* el ego personal para satisfacer los deseos personales; y siempre trae como consecuencia inquietud mental e incertidumbre, con los cuales será necesario hacer frente a los problemas. El primer modo es divino y *correcto*; el segundo ególatra y *equivocado.*

En tanto aquellos propósitos se basan en el principio de que el pensamiento concentrado tiende a ser creativo en un plano objetivo, se los puede estimar como correctos. Sin embargo, tal enseñanza no es verdadera, porque el noventa y cinco por ciento de las personas que lo estudian lo hacen por la simple razón de que sus pensamientos no son suficientemente poderosos para hacerse rápidamente creativos. Esta doctrina es cierta sólo en el caso de un adepto, cuyos pensamientos están llenos del poder creativo de la mente cósmica. De aquí que sólo aquellos continuadores de esos cultos que han practicado yoga hasta un grado avanzado y han atraído este poder universal pueden empezar a materializar sus pensamientos.

Si un adepto posee poderes mágicos es porque se ha concentrado sobre ellos y los ha buscado, no solamente en este nacimiento sino en encarnaciones anteriores. Esta fue su línea de desarrollo, de manera que cuando obtuvo su graduación de adepto esos poderes llegaron al mismo tiempo, porque él los había buscado y la realización de la Verdad se lo otorgó como una recompensa. Si hubiera buscado solamente la Verdad, no habría obtenido tales poderes, porque su conciencia hubiera sido real y eterna, y para él el mundo físico, no obstante lo omnipresente que parece ser, no constituiría realidad, sino que tendría el valor de un sueño.

El adepto que tiene ocultos poderes los busca como poderes-sueños. A él no le importan mucho, porque para prac-

ticarlos tiene que descender de su elevada conciencia. Es para él una forma de propio sacrificio valerse de la curación o de los poderes ocultos, porque no pertenecen al plano del espíritu eterno; pertenecen al plano de la mente, que es inferior.

La vanidad es la primera de las serpientes que yacen esperando a la persona que tiene medio desarrollados los poderes ocultos. Lo sobrenatural es simplemente la incomprensión de lo natural. Cada mente finita es sólo un remolino, un vértice, en la infinita Mente Superior. Ella no tiene dis tinta y separada existencia en realidad, en substancia, pero es como el seno entre dos olas en el océano, diferente en forma solamente. Nunca, en ningún tiempo, se ha separado de la Mente Superior.

Por tanto, no se cometa la común equivocación de esperar ocultas maravillas de un adepto, o nos veremos desilusionados. Él utilizará esos poderes ocultos cuando lo crea conveniente y necesario, pero no de otra manera. Hay una cosa que debemos recordar, y es que el hombre que ha encontrado el divino espíritu ha encontrado la fuente de todo poder, incluso los poderes ocultos. Los poderes mágicos son en sí mismo menores expresiones de los altos poderes del Yo Superior, porque finalmente sólo hay un poder, y una fuerza en todo el universo, así como hay una sola mente Cuando esta fuerza desciende y se condensa, se divide también en fuerzas inferiores, las que a su vez se diversifican en otras más débiles y al fin en las varias fuerzas y energías que conocemos.

Un adepto puede no haber desarrollado, por ejemplo, el poder curativo. Puede haber obrado solamente por el poder del Yo Superior, que es el más grande poder en el mundo. Con tal poder puede realizar él los más grandes milagros, mucho más grandes que los cumplidos por un ocultista. El más grande milagro que puede obtener un adepto es el de ayudar a otros a cambiar su conciencia, porque con ello ayuda al despertar de la ilusión a la verdad. Sin embargo,

es tal el poder del Yo Superior, que es la base de tcdas las cosas, que puede y a veces realiza los más asombrosos milagros, a través de la agencia de la Mente Superior, por supuesto. Aquellos que han aparecido en este mundo, y que han realizado milagros y maravillas, generalmente no han sido adeptos en el mejor sentido. Ellos no encontraron la vida eterna. Si tales personas quieren convertirse en verdaderos adeptos, si ellos quieren llegar a ser como Jesús lo fue, entonces sólo hay un paso que pueden dar, y es renunciar a sus poderes y emprender la marcha por el más elevado sendero. Tales poderes se convierten en tambaleantes bloques cuando se empieza la búsqueda de algo más elevado. Son poderes mentales y para encontrar el plano del espíritu los buscadores deben trascender el plano de la mente. Logrado el espíritu, esos hombres, si han trascendido la mente y renunciado a los poderes, descubrirán después que los mismos han regresado a ellos. El Yo Superior los utiliza para cumplir milagrosas hazañas en las que no habrá el menor vestigio de egoísmo. Tales poderes serán utilizados solamente como una expresión de la voluntad del Yo Superior, no del yo personal, lo que significa una diferencia fundamental.

Hay un gran misterio vinculado con la conciencia espiritual, un misterio que la gente occidental encontrará muy difícil de entender, y el mismo radica en la sumisión del ego, o como Jesús dijo: "renunciar a la propia vida". Cuando se somete el ego y se obtiene la verdad, ya no se obra por sí mismo sino que obran a través de nosotros; ya no se habla por sí, mas hablan por nuestro intermedio. Ello quiere decir que el Yo Superior ha encontrado un medio y una salida para expresarse en este mundo material. Tal es el milagro. El Yo Superior está en todas partes, es omnipresente. Es la base de todas las cosas; lo atraviesa todo en el espacio.

El observador común ve los milagros realizados por Jesús, de modo que piensa que Jesús quería deliberadamente que ciertas cosas ocurrieran. Jesús no quería nada, pero permitía que lo utilizaran como un canal. El Yo Superior, que es el

único espíritu presente en otros seres milagrosos así como en Jesús, sabiendo perfectamente qué debía hacerse, cómo debía servirse, quiso en esos momentos que tales milagros se realizaran, y ellos se cumplieron.

Obsérvese el modo con que Jesús enseñaba, es decir rendía el ego, el yo personal. Nuestro Padre sabe de nuestras necesidades. Él nos puso en este mundo. Si nosotros lo sabemos, estad seguros que Él también lo sabe. Seguid esta búsqueda sin aprensión, porque no tenéis nada que temer. Habéis sometido vuestra vida, en su integridad, a Dios. Lo habéis hecho esto no solamente por un acto de fe, sino también por comunión consciente. La carga que la mayoría de los mortales llevan sobre sus mentes y dentro de sus corazones no os abruman. De aquí que viváis como hombres o mujeres inspirados, escuchando los dictados del Cristo que lleváis adentro.

Sólo cuando hayamos encontrado el reino de los cielos tendremos salud, fortuna, amor, poderes ocultos, si está en nuestro destino el tenerlos. Se puede recogerlos sin el menor esfuerzo. Sólo entonces será justo que los poseamos. Estarán perfectamente seguros en nuestra posesión, porque tales bienes estarán siempre en su lugar. Ellos representarán una subordinada y secundaria parte en nuestras vidas, cuando hayamos terminado la investigación. Pero hasta entonces no se los busque por medios sobrenaturales. Es prudente no hacerlo.

Confíese en el Yo Superior. Sometámonos a él y se encontrará alivio. Perderemos nuestro sobrecargado yo, y no importa lo que venga, incluso la muerte, la aceptaremos. Porque el conocer al Yo Superior es la oculta razón de nuestra existencia Incluso en el sufrimiento lograremos contemplar cosas hermosas. Algo del espíritu eterno estar´ con nosotros.

CAPÍTULO XIII

# EL EVANGELIO DE ACUERDO A SAN JUAN

Consistirá una interesante tarea estudiar el esotérico significado de varios de los pasajes más sugestivos del Evangelio, de acuerdo a San Juan.

El primero trata de una de las cuestiones más profundas.

> En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.

"El Verbo" representa la primerísima noción del Poder Creativo. El término "Dios" no quiere decir lo Absoluto, el Gran Vacío, que es lo Esencial de todas las cosas, sino que individualiza al creador de un universo.

Para comprender propiamente este versículo, debemos comprender también algo del proceso de la creación y darnos cuenta de que al principio no había nada excepto el Gran Vacío, el verdadero Absoluto, dentro del cual todo era quieto, vacío, silente y sin vida, y donde había eterna obscuridad. Era la estática Raíz Esencial de la cual emergieron todas las creaciones transitorias y todos los individuos mortales.

El infinito y eterno Yo Superior no conoce las divagaciones de la mente ni los cambios de apariencia, puesto que siempre Es. Ni se expresa como materia ni se improvisa en sí mismo como evolución. Todos estos conceptos son nociones humanas, las cuales desaparecerán cuando lo Absoluto y la Verdad Esencial sean conocidos. El Yo esencial *no es* el creador, es el Único, el cual por siempre será el Único.

En ese indiferenciado, inmutable y silente Vacío, en el cual no había condición, pensamiento ni individualidad, y al que los orientales simbolizan por medio de la concepción del espacio infinito, en Eso, de alguna manera, apareció un misterioso punto de Luz, el nacimiento primigenio, ¡Dios!

Dios debe ser visto bajo dos aspectos, o bien como un Dios personal o como un Dios impersonal, sin origen. Como Dios personal él es el creador del universo y no podemos separarlo de su creación. Como Dios impersonal, no es sino la Infinita Realidad. Hay muchos dioses personales, porque hay muchos universos, pero solamente hay un Dios absoluto, su creador.

El Creador tiene para el sabio el mismo valor que el mundo. Todos esos Dioses existen en tanto existan los mundos. Considérese a Dios como la vida del mundo, ¿pero de dónde vino Dios? Proviene del absoluto Yo. No importa cuánto se lo exalce a Dios, Él tuvo que emerger de ESO. Luego de Dios emergió el universo y todo lo demás. Este Dios tiene una forma y tiene un nombre. Pero el único Absoluto no tiene ni forma ni nombre. Ni puede ser visto.

Permítaseme aquí interpolar que Dios, sin embargo de que es exaltado, sigue siendo un individuo. Porque mientras desde el punto de vista humano no hay sino un Dios, desde el punto de vista del Yo Absoluto hay muchos Dioses, porque hay muchos universos, cada uno de los cuales viene de su creador particular —o Dios— y tiene su propio y separado ser. Pero todos los Dioses individuales y seres han emergido de la incondicional y esencial Obscuridad Absoluta.

Después de su primera aparición, el punto de Luz se extiende y desarrolla. El Creador del universo ha nacido como un cuerpo de Luz. Con su aparición, y no antes, empieza la posibilidad de todas las otras creaciones y de la evolución.

Porque lo Absoluto no tiene nada que crear, siendo en sí mismo suficiente no busca nada y no tiene propósitos dentro de los límites de la creación.

Pero Dios, que es un ser circunscrito dentro de lo Absoluto, aunque sea vasto, tiene un propósito. Aparece. Es individua-

lizado. Es el creador del universo, a quien San Juan se refiere como Dios en el primer versículo de su evangelio, y no el Verdadero Absoluto, del cual surgió Dios.

Con un bien definido propósito, el creador empieza la creación del universo a base de la substancia Luz que constituye Su ser y su cuerpo, desplegándola como la araña despliega su tela extrayendo la substancia de su propio cuerpo.

Dios proyecta primero su idea del Universo.

"El Verbo", cualquier verbo, representa un pensamiento, una idea, o un cuadro; incluso una pintura mental es la expresión de una idea.

Por manera que el texto significa que al principio la *idea* de la creación estaba con Dios. Sin esta divina idea no hubiera habido creación, porque todo tenía que ser hecho primero mentalmente. Por eso Juan escribe:

> Este era en el principio con Dios. Sin él nada de lo que es hecho fue hecho.

Porque Dios hizo el mundo de su propia substancia-Luz, y siendo así, esta afirmación es exacta. La ciencia lo ha verificado al descubrir que la materia puede ser convertida en su primerísima entidad, la cual es la radiante energía, nada menos que la luz. Esto prueba que la luz es el último estado de la materia. Dios dijo:

> Hágase la luz.

Después de eso se hizo el mundo.

La luz es vista por los místicos cuando ellos dicen que ven a Dios, que es todo lo que pueden ver de él, que es tanto el alma como el primer estado de la materia.

Además, la ideación cósmica expresada por Juan como el "Verbo", no es solamente al principio sino también al fin, e incluso en el medio. Y es así porque esta idea es el verdadero y firme prototipo del universo del material del cual no es sino una reflexión y una sombra.

Todo lo que conocemos de este universo es nuestra idea

acerca de él, no lo que aparece ser en materia. La prueba de esto ha sido ofrecida por tales filósofos y metafísicos como Kant, Schopenhauer, y el obispo Berkeley; también por sir James Jeans, en el capítulo final de su libro *El Misterioso Universo.*

La ciencia se ha visto obligada a declarar que este es un universo mental. La materia se disuelve delante de los ojos del investigador que escudriña detrás de su apariencia eventualmente para descubrir que existe en la conciencia del hombre.

Qué es lo que puede existir dentro de la conciencia de un hombre? ¿Qué otra cosa sino las ideas que son afines a la mente, la cual es capaz de asir solamente aquello que es de su propia naturaleza?

La divina idea del universo, en consecuencia, es la más firme realidad que hay detrás de él. Entrar en el mundo del Espíritu es entrar en el mundo del proceso primario. Todo lo que percibimos no es sino una materialización de la creativa Mente cósmica. La apariencia material es la reflexión y nada más que una masa de electrones que a su vez se convierten en electricidad, energía.

No hay nada substancial en él, sólo una sensación mental de substancialidad y solidez.

Ahora bien, no se puede tener movimiento sin sonido. De aquí que el silencio de lo Absoluto se haya quebrado por el *sonido* de la creación de Dios. Se lo oiga o no, está allí. En el universo hay sonidos que no se oyen, como también hay de los otros.

El sonido es el acompañamiento con el cual el juego creativo de Dios sigue su curso, y el sonido es fuerza. No es una fuerza que obra sola. Aparece simultáneamente con la aparición de la divina ideación. De este modo el *poder* creativo de Dios y su *pensamiento* creativo, el "Verbo" al cual se refiere Juan, son gemelos.

En Dios fue vida, y la vida fue la luz de los hombres. La divina energía es tanto el poder creativo sostenedor de todo

el universo, como la primaria corriente vital de todas las creaturas. Nos ha sido transmitido a nosotros, y de ese modo podemos rendir la mayor actividad posible en lo mental y en lo físico. Es la vida del cuerpo, de la mente, de la conciencia. Sin ella todo, desde el universo al átomo, caería en colapso y desaparecería de nuevo dentro de la primaria obscuridad del Ser Infinito.

Esta corriente fluye a través del sistema nervioso humano como una verdadera corriente de luz, imperceptible a la vista, debido al alto grado de vibración.

Así como nuestra misma existencia en este planeta es dependiente de la alimentación que obtenemos de él, así como el poder de alimentación de este planeta depende a su vez de la energía que recibe del sol, de la misma manera nuestra vida material y mental se hallan sostenidas finalmente por la divina luz, y por ella solamente.

Moisés dijo a su pueblo esta misma verdad sobre la existencia del Yo Superior como la secreta fuente de la corriente de vida en el cuerpo físico del hombre, cuando dijo:

> El Señor tu Dios en la vida y a lo largo de tus días.

El apóstol Pablo impuso idéntico pensamiento en las siguientes palabras:

> ¿No sabes que eres el templo del Dios viviente?

El Yo Superior está aquí, ahora y siempre. Está en todas partes y en ninguna parte. Es la siempre presente Realidad. Se debe mantener esto como el pensamiento clave. Si uno se limita a pensar de una manera intelectual y humana, se limitará el progreso hacia la verdad. Para desarrollar la intuición es necesario trascender el intelecto. Será necesario conocerse a sí mismo, completamente, a través de la intuición, y no solamente a través del intelecto. En este mismo momento, en nuestra mente interior, si se desea, está Eso que se halla siempre presente y que es lo Único Esto quiere decir que está presente en todas las multitudes de separados egos,

pero en sí mismo es solamente uno. Existe siempre en un estado de perfecta armonía, imperturbable. Es como la profunda masa de agua del océano. Las olas, la agitación y la espuma provocan un tremendo ruido en la superficie, pero en la profundidad se mantiene calmo.

> Y la luz en las tinieblas resplandece; mas las tinieblas no lo comprendieron.

En términos generales, esto se refiere a la Conciencia Infinita que trasciende todo el pensamiento mortal, toda la experiencia mental. Los pensamientos no pueden asirlo, de ahí que esté siempre envuelta en la obscuridad. Este incondicionado fundamental generalmente está más allá de la comprensión de todas las creaturas físicas y finitas. Ellas no lo conocen, ni reconocen su presencia ni realidad. A despecho de eso, debemos declarar y afirmar que *es*.

Pero en el sentido humano, este versículo significa que el cuerpo tiende a comer, a caminar, a trabajar, a conversar y a sentirse enteramente autosuficiente. Vive como parte del ego persona y piensa: "Hago esto; hago aquello, y lo hago por mi propio poder". Pero no podría hacer nada, ni siquiera existiría, sino fuera porque funciona la primera corriente de vida de Dios, radicada en el corazón-átomo, dentro de sí mismo.

Animado por esta prestada corriente de vida, el cuerpo, falsamente, cree que trabaja por su propia existencia. No comprende que la luz que causa su existir no es propia sino derivada de una Fuente sin personalidad.

Esta es la verdadera luz que "iluminó a cada uno de los hombres que vinieron al mundo". Esto sumariza la misma cosa. La substancia-Luz que es Dios forma el átomo-Yo Superior en el corazón de cada hombre; ella "ilumina a cada hombre" hasta la extensión de que su desarrollo espiritual lo hace capaz de captarla.

> Juan dio testimonio de él, y clamó diciendo: Éste

> es del que *yo* decía: El que viene tras mí, es antes de mí, porque es primero que yo.

Juan anuncia la llegada de Jesús. Él no está solo. Los antiguos oráculos de Roma, los Oráculos Sibilinos, habían predicho su llegada, para luego enmudecer y caer en un ominoso silencio.

En otras palabras, Juan el Bautista recibió un grado de iluminación que lo capacitó a reconocer que un avatar, una encarnación, había aparecido; Juan tenía que encontrarlo a Él.

> Porque la ley fue dada por Moisés, pero la gracia y la verdad por Jesucristo.

La ley de Moisés, que éste presentó a los judíos, era enteramente adecuada y ajustada para su tiempo y para los judíos, a quienes estaba destinada, pero el pueblo evoluciona o sufre al no comprender el propósito de la evolución. Por lo tanto, Jesús enseñó a un pueblo más evolucionado y le instó a perdonar en lugar de practicar la antigua ley de "ojo por ojo".

De ahí que Juan dice que Jesús viene a otorgar gracia y verdad. Y nadie sino un avatar o un adepto podía hacer esto.

Jesús no proclama que los milagros que él realiza prueban que es hijo de Dios. Los milagros no son suficientes.

> A menos que un hombre nazca de nuevo no podrá entrar en el reino de los cielos.

Es obvio que nacer de nuevo significa el renacer interior, el cambio interior. Primero se debe morir en la ignorancia y la ilusión antes de que uno pueda renacer espiritualmente. Este proceso de morir toma un tiempo muy largo. Algunas veces varias encarnaciones. Pero gradualmente, con la ayuda del Maestro, uno llegaa vencer tanto las ilusiones como la ignorancia, con sus errores de pensamiento y sentimiento, y a liberarse de las limitaciones, con lo cual se renace repentinamente en el reino de los cielos.

Un Maestro no es esencial. Nuestro yo superior es sufi-

ciente. Necesariamente, ello reclama muchas existencias, pero cuando la mayor parte de esas obstrucciones son eliminadas, el renacimiento llegará de pronto.

Esta experiencia jamás se volverá a repetir. Cuando se llega a renacer, se permanece así. Es permanente y empuja al ser interior, para que uno obre ahora en la comprensión de la Realidad y la Verdad.

Pocos han obtenido este renacimiento, pero lo lograrán todos aquellos que entran en el reino de los cielos.

Por ello, cuando el necio y obtuso fariseo Nicodemo le preguntó si un hombre que llega a viejo puede entrar por segunda vez en el vientre de su madre, para nacer de nuevo, Jesús le respondió:

> Cierta, ciertamente te digo, que aquél que no ha nacido del agua y del espíritu, no podrá entrar en el reino de los cielos. Lo que nace de la carne, carne es; y lo que nace del Espíritu, Espíritu es.

No se puede suponer que este renacer tiene una medida finita, porque cuando sucede se descubre con gran asombro que el misterioso elemento del Espíritu y la Divina Realidad en el cual emerge uno conscientemente, siempre ha estado en uno y con uno.

Procediendo con la característica para instruir al inconstitucional Nicodemo, Jesús continúa:

> Porque Dios no envió a su hijo al mundo para condenar al mundo; sino para que el mundo se salve por medio de él.

No hay condena ni castigo en el destino. Esta es una idea humana. El destino es una fuerza impersonal. La venida de Jesús, o cualquier avatar, está acompañado de una espada de la Verdad de doble filo, que ayuda y despierta a los receptivos y castiga a los que la rechazan.

El destino que esparce Jesús entre los judíos les da la oportunidad de aceptarlo o de rechazarlo a su propio riesgo. El

rechazo significa automáticamente castigo, lo cual no debe atribuirse a Dios, cuyo deseo es salvar a todos.

Del mismo modo, un Mesías no viene a castigar, sino a salvar. Viene a redimirnos de la falsedad, de la ignorancia y de la ilusión, y a restaurarnos nuestra original condición espiritual.

Jesús explica que al rechazarlo a él, los judíos se condenan a sí mismos al castigo. Dice:

> Aquél que cree en él (el Hijo de Dios) no es condenado; pero aquél que no cree ya está condenado.

Continuando, Jesús declara:

> Todo el que hace mal odia la luz, nunca se somete a ella.. Pero el que ama la verdad viene a la Luz.

Esto es verdad. Esta es la ley. La vemos ilustrada por la manera en la cual el pueblo instantáneamente gravita alrededor de esos ideales y condiciones mejor adaptadas a él. Un mensaje de la Verdad atraerá a todos aquellos que poseen ideales de verdad, en tanto que los falsos siempre irán en pos de los que sustentan falsos ideales.

Sólo aquellos que son dignos de ella aceptan la luz. Los codiciosos, los cultores de los placeres mundanos, los egoístas, y por lo tanto los malos, los que no se han preparado para recibirla, ellos mismos se cierran el acceso a ella.

En el cuarto capítulo de San Juan, cuando relata el incidente con la samaritana en el pozo, Jesús le dice a ella:

> Dios es Espíritu, y aquellos que le rinden culto deben hacerlo en espíritu y en verdad.

Jesús se movía entre gente que, contrariamente al practicado culto de un ídolo, se adhería a todos los dogmas muertos, formalizaba verdades nacidas de su espíritu interior. De este modo rendía un culto semimaterialista.

Jesús deja establecido que Dios debe ser adorado de diferente modo, "en espíritu y en verdad", sin rito o ceremonia.

Deja bien claro que ningún sacerdote humano puede ser un substituto para la directa comunicación entre el alma de un hombre y el Divino Espíritu.

En el siguiente capítulo nos enteramos que los judíos persiguen a Jesús y lo buscan para matarlo, porque ha quebrantado el sabat al curar a un hombre y también porque ha dicho que Dios es su padre.

Jesús se justifica de ambos cargos, diciendo:

> Mi Padre hasta ahora obra, y yo obro.
>
> No puede el Hijo hacer nada de sí mismo, sino lo que viere hacer al Padre.

Inflexiblemente formalizados y acollarados a sus costumbres, los judíos no comprenden que para Él todos los días son sagrados y que al mismo tiempo en ellos se puede realizar la obra del omnipresente Espíritu. Los judíos pretenden limitar lo ilimitable por medio de sus mezquinas normas y reglas.

> ...el Hijo no puede hacer nada de sí mismo, sino lo que viere hacer al Padre.

¿Quién es el Padre sino el Yo Superior? Y seguramente cada uno de nosotros representa un hijo; incluso aun cuando no reconozcamos nuestro divino parentezco.

Jesús señala que el hijo nada puede hacer por sí mismo. Esto es porque cada uno de nosotros vive solamente por el poder de la central corriente de vida del Yo Superior, la cual está en el corazón. Sin ella, caemos en el colapso y morimos.

Jesús sabe que el Padre, por último, hace todo por intermedio del hijo, y éste deja que el Padre obre libre y completamente por su intermedio, sabiendo que él no puede hacer nada.

Tenemos que comprender que el fragmento de la corriente de vida que se manifiesta a través de uno como el yo personal es diminuto y atómico en comparación con el Yo. En el yo personal nosotros expresamos sólo una chispa de la poderosa llama, pero Jesús brilla y resplandece con toda la llama.

Los hombres ignorantes suponen que se bastan a sí mismos. Los Adeptos son más sabios. Ellos saben que pueden hacer sólo lo que Dios quiere hacer por intermedio de ellos. Y porque le permiten utilizarlos libremente, se convierten en perfectos instrumentos y en canales para la expansión de su Verdad y su Poder, en tanto que los hombres que aún no han despertado son simplemente instrumentos y canales para la expansión limitada de su personal poder.

Debido a que el Adepto se mantiene el margen y permite que el Yo Superior funcione a través de él, en tal sentido él es igual a Dios, puesto que está cooperando con Dios. Todos los que deseen encontrar al Yo Superior, que desean convertirse en la conciencia del Yo Superior, deben aprender a estar separados del yo personal y a convertirse en adecuados medios para que él pueda expresarse con libertad.

El sendero espiritual es simplemente en esencia. Sus realizaciones nos permiten escudriñar en las profundidades de nuestro ser y sacar a la superficie y manifestar sus ocultas verdades.

Para realizar esto con toda suerte, es necesaria la práctica de la quietud mental, la meditación. En tanto uno se mantiene constantemente activo, mental y físicamente, esas profundidas no pueden surgir y manifestarse, pero por medio de la quietud de la mente y del cuerpo se proporciona la debida oportunidad para que el Espíritu se manifieste. Después que el aprendizaje nos haya demostrado que somos capaces de hacerlo como es debido, entonces podremos volver a la actividad sin que ésta interfiera con Su manifestación.

Jesús declara:

> No puedo yo de mí mismo hacer nada; como oigo, juzgo, y mi juicio es justo; porque no busco mi voluntad, mas la voluntad del que me envió, del Padre.

Los más grandes hombres son los más humildes. Los más pequeños, los más arrogantes. Los verdaderos sabios son siempre modestos, no proclaman superioridad y ellos siempre van

detrás de los otros. Esto es porque han silenciado al yo personal y se han convertido en niños, dejando que ESO que está detrás se manifieste por sí mismo.

Los oyentes de Jesús no podían entenderle. Continuaron las persecuciones. Él les dijo:

> Mas yo os conozco, que no tenéis amor de Dios en vosotros... Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibís: si otro viniera en su propio nombre, a aquél recibiréis.

Jesús representa al Yo Superior, pero en su ignorancia ellos no supieron comprenderle.

Por eso el pueblo se condenó a sí mismo por su incredulidad y su falta de intuición. Sólo por la intuición y no por la apariencia se puede reconocer a un profeta.

Jesús también reitera:

> Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, mas la voluntad del que me envió... Y esta es la voluntad del que me envió, del padre: que todo lo que me diere, no pierda de ellos, sino que lo resucite en el día postrero... Que todo aquél que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna.

Tal es, entonces, la voluntad del Padre y la razón por la cual ha venido Jesús. Aquellos que ven y creen en Él recibirán la gracia que Él está pronto a dispensar a todos, pero que sólo alcanzarán aquellos que lo aceptan en sus corazones con fe y devoción.

Porque aun cuando el Yo Superior envía un Mesías en la encarnación para ayudar a la humanidad, debemos cooperar con él para obtener beneficio. Él no pide nada excepto fe y devoción.

Jesús sabe que obra solamente por disposición de Él. Dice:

> Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera.

Esto es muy sencillo. Aquellos afortunados que pudieran ser encarnados en Su tiempo y en Su tierra, pueden ponerse en contacto con Él por medio de un reconocimiento interior y responder a su llamado.

Aquellas gentes habían empezado a buscar al Padre y aunque de un modo no muy definido, habían entrado en comunión con Él. Jesús sabía que su Yo Espiritual las estaba atrayendo a Él. Otros vendrán y lo perseguirán, pero Su hijo vendría y se quedaría.

Luego Él dice:

> El que cree en mí tiene vida eterna.

A aquellos creyentes que lo aceptan y siguen el sendero, Él les demuestra que pueden recibir Su gracia. Eventualmente, ellos llegarán a tener la percepción interior de la presencia de la Realidad eterna que es la perdurable vida de Jesús. Entonces lo conocerán por su verdadero ser.

Se habrá advertido en este libro que Jesús, repetidamente, señala que Él es un instrumento Incluso el más grande Mesías es esto, un canal, sin poder si depende de su propio intelecto o de su mente. De acuerdo a ello, Jesús afirma:

> Mi doctrina no es mía, sino de Aquél que me envió.

Les dice, en efecto: esta verdad no es mía, me ha sido dada por el Poder que me ilumina. Vosotros, también poseéis ese poder dentro de vosotros y podéis convertiros en Su instrumento. No pide nada para Sí mismo.

Jesús vino a buscar a los pocos que conocían su propio Yo, sabiendo que solamente ellos eran competentes para recibir Su mensaje.

A ellos les dice cosas que las masas no comprenden, y les ofrece claras y directas verdades en lugar de hablarles en símbolos y parábolas que emplea cuando instruye a las multitudes.

Aquellos pocos que están en relación especial a Él son destinados a hacer frente a la cruda persecución desatada contra

los primeros cristianos. Debido a ellos son iniciados en los misterios del reino de los cielos. Ellos parten de la fuerza de su luz y reciben el poder que los capacita para imponerse sobre la persecución.

> Mas el que entra por la puerta, el pastor de las ovejas es... A éste abre el portero y las ovejas oyen su voz; y a sus ovejas llama por nombre y las saca... Y como ha sacado fuera todas las propias, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz.

Jesús sabía, antes de ser encarnado, que estaban aquellos que por medio de una anterior evolución habían alcanzado el punto donde el roce del Maestro los despertaría a la conciencia espiritual.

Esos pocos serán los depositarios de lo que Él dejará a la humanidad. Ellos son encarnados dentro del período de existencia terrenal de Él, para que Él los pueda encontrar. Ellos no son meramente sus continuadores, sino que se constituyen en sus discípulos.

Jesús sabe que cuando sale a predicar por las calles, entre el gentío hay tres o cuatro que le pertenecen a Él. No a Él personalmente, sino al poder que está obrando por medio de Él.

¡Encuentra a Sus semejantes! Aquéllos destinados por su búsqueda de Dios y de la Verdad en anteriores encarnaciones y destinados a ser encontrados por el Maestro. Aquéllos que están listas a recibir de Él el premio de la iluminación. La iluminación... Él llama a sus ovejas por su nombre y se las lleva.

Jesús prosigue:

> Mas al extraño no seguirán, antes huirán de él; porque no conocen la voz de los extraños.

Adiestrado para conocer la voz del pastor, el rebaño no seguirá a otro. Al encontrarlo, sus semejantes sabrán que han encontrado la verdad que buscaban. Advirtiendo el poder que

se expresa por sí mismo a través de Él, ellos escucharán sólo su voz.

Predestinados desde el nacimiento a ser discípulos de su Maestro, cualquier otro que intentara atraerlos sería "un ladrón y robador" para aquellos que no pertenecían a su rebaño. Ningún maestro que ha obtenido la verdad buscará llevarse a aquellos que no le pertenecen. Y si lo hacen sin obtener su propósito, será un lazarillo ciego para ciegos.

Jesús y sus discípulos reencarnaron en el mismo tiempo como un solo grupo. Perdidos en la materia, identificados con el cuerpo, los discípulos pasaron muchos años sin saber que esperaban regresar a su Maestro. Pero, finalmente, cumplido su destino, llegaron a él:

Jesús les dijo:

> De cierto, de cierto os digo: yo soy la puerta de las ovejas... Todos los que antes de mí vinieron, ladrones son, y robadores; mas no los oyeron las ovejas.

Aquí el Maestro señala que ningún otro guía, ningún sacerdote ortodoxo, o maestro, puede ser el destinado líder de "lo Suyo". Todos ellos son ladrones y robadores.

> Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo y entrará, y saldrá, y hallará pastos.

No solamente para sus discípulos, sino para todos los oyentes que quisieran tener completa fe en él, Jesús es la puerta; la salida a través de la cual el Yo Superior puede entrar en contacto con sus mentes.

El Yo Superior está en todas partes, pero antes de que se tenga conciencia de ello debe haber un canal que nos lleve a él Una puerta a través de la cual se pueda pasar. El canal debe estar en la carne. Un ser humano en quien el Yo Superior es el poder en acción. Ningún maestro en el mundo invisible lo hará.

Jesús dice:

> ...el que por mí entrare, será salvo.

¿Qué es la salvación? Seguramente consiste en encontrar la verdad espiritual que nos sacará de la ignorancia y de la materialidad; fuera de la creencia de que sólo somos intelecto y física. La ignorancia constituye la causa de nuestra pesada cargo del destino, que se ha ganado durante las existencias anteriores sobre la tierra. Cuelga sobre uno como una sombra, almacenada, esperando el reconocimiento, ahora o en alguna otra vida futura.

Este destino demanda expresión, reajuste en esta tierra, siendo causa de reencarnaciones seguidas.

De aquí que salvación tenga un doble significado: liberarse a sí mismo del propio destino y de los resultantes renacimientos en un cuerpo físico, y ser elevado del estado de ignorancia espiritual en el cual uno existe.

> El que por mí entrare, será salvo.

Esto significa que si uno encuentra a su Maestro y le sigue fielmente por la senda que él nos indique, seremos liberados de nuestro destino y elevados sobre nuestra espiritual ignorancia.

> He venido para que ellas tengan vida y para que la tengan abundantemente.

Esto no significa una existencia física. Jesús vino a darnos vida eterna en el Yo Superior, sin un principio y sin un fin.

Pero tiene un más profundo significado. He dicho que Dios es la Luz. La luz es la primera substancia del universo. Al encontrar a nuestro yo interior encontramos a la primigenia corriente de vida. Hasta tanto se haya hecho eso, se está viviendo parcialmente, se está viviendo en el cuerpo y en el intelecto.

Cuando Jesús establece que ha venido a traernos vida más abundante, quiere decir que ha venido a llevarnos a la fuente de ella. La corriente de vida que fluye a través del universo y a través de la humanidad. La corriente de vida capacita

a nuestro cuerpo y a nuestra mente a funcionar, como el fuego hace que el hierro se caliente al rojo.

> Yo soy el buen pastor; y conozco a mis ovejas, y las mías me conocen.

Esto quiere decir que el Maestro encuentra a sus discípulos que Él sabe son suyos. El discípulo puede saberlo también, pero al principio no tan claramente como el Maestro, aunque podrá tener conciencia de algo que lo conturba o lo regocija. Durante este período de incertidumbre su intuición se hará cada vez más clara y finalmente sabrá que ha encontrado a su Maestro.

> ...el buen pastor su vida da por las ovejas.

En cumplimiento de la misión por la cual ha venido, en la que está involucrado el destino del mundo, así como su obra de iluminación de sus discípulos y de convertirse a sí mismo en un canal para que ellos tuvieran más vida, Jesús tenía que rendir su vida física. Tenía que ser crucificado.

Esto tenía que ser. No solamente como el acto simbólico, sino que estaba asociado con el destino de un pueblo en particular, con el Él se había encarnado. Como también el destino de la humanidad en aquellos países donde habría de aparecer el cristianismo.

> También tengo otras ovejas que no son de este redil, aquéllas me conviene también traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor.

Aquellos que en futuros tiempos iban a recibir la corriente de vida de Jesús a través de sus discípulos, eran aquellas "otras ovejas". No estaban presentes en la vida de Él. Vendrían a la tierra mucho tiempo después. Él les daría su corriente de vida interior, la cual sólo puede ser lograda en estado de vigilia en el mundo material.

El desarrollo espiritual, en lo que concierne a nuestro planeta, debe obtenerse aquí. Deberá ser hallado en el estado

de vigilia, o de otro modo debió obtenérselo sin encarnación en los mundos espirituales.

> Nadie me la quita (la vida), mas yo la pongo de mí mismo.

Todo esto ha sido predispuesto. Las gentes sólo son instrumentos en las manos de un destino más elevado.

Más adelante, Jesús dice:

> Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar.

Tiene el poder de materializar su cuerpo físico, para vencer a la muerte y para triunfar sobre la vida material. Demuestra este poder por medio de la resurrección de Su cuerpo tres días después de su muerte.

Jesús agrega luego:

> Este mandamiento recibí de mi Padre.

El destino preordenaba su misión. Él obedecía el mandamiento de Su Padre Dios, el Yo Superior, o aquel Gran Ser por intermedio del cual obra el Yo Superior.

Tal es la parábola del buen pastor. Cuando uno comprende su significado esotérico, se llega a la comprensión de que cuanto sucedió al principio de la cristiandad fue algo completamente preordenado. Fue la visible realización de un drama que ya se había representado en mundos más elevados. Para cristalizarlo y convertirlo en lo que debía ser, era necesario exhibirlo en el mundo material.

> Os lo he dicho, y no lo creéis; las obras que yo hago en nombre de Mi Padre, ellas dan testimonio de mí.

Jesús tenía una misión pública que cumplir. Debido a ello Él debía mezclarse con la multitud, en los caminos, en los mercados. Al hacerlo, Él conoció a toda clase de gentes: creyentes, incrédulos y otros simplemente asombrados.

Esas gentes le preguntaron a Jesús, para aquietar sus dudas: "Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente". Para ellos, Cristo significaba el Mesías, el Mensajero enviado por Dios.

> Mas vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas, como os he dicho.

Ahí estaba en lo cierto. Sus discípulos, las ovejas que creían en Él, al principio habían dudado. Pero los otros tenían ningún nexo interior con Él. No podían creerle.

> Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen... Y yo les doy vida eterna: y no perecerán para siempre, ni nadie las arrebatará de mi mano.

Son suyos. Él los tiene en una mano, Su conciencia, Su corazón y Su mente. Los retiene con firmeza y ningún hombre podría arrebatárselos. Luego la altísima conciencia los tomaría a su cargo y ellos recibirían la vida eterna que Él viniera a traerles.

> Mi Padre que me las dio, mayor que todos es: y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre.

Obsérvese que ahora están en la mano del Padre. Previamente había dicho que estaban en la Suya. Pero Él lo explica:

> Yo y el Padre una cosa somos.

Cuando se logra el estado de unidad del Yo Superior, el ego —el yo personal— se mezcla, sin disolución, en una sola cosa con el Yo Superior. No hay conflicto de voluntades. El ego se rinde: "Hágase tu voluntad".

El yo personal no es eliminado. Permanece en tanto uno tiene el cuerpo. Pero se convierte en un canal a través del cual funciona el Yo Superior, convertido en un agente del Yo Superior, y de ahí que forme una sola unidad con él.

Jesús representa al Yo Superior, al Padre, y les permite obrar a través de él. En esencia son la misma cosa, pero hay

una diferencia fundamental en apariencia. No es por sí mismo que retiene al rebaño. Es por su Padre.

Nunca se descubrirá al yo espiritual en tanto se vean visiones. Tales visiones se pueden tener, pero el único modo de descubrir el yo es convirtiéndose en él, siendo él.

Tales visiones denotan dualidad. Algo que está fuera de uno. No necesariamente fuera del cuerpo, sino dentro de la mente de uno.

Todas las visiones vistas por la mente son visiones psíquicas vistas desde adentro. La mente no es el yo. Es por eso que permanece afuera. Todas las visiones psíquicas, incluso las superpsíquicas, están en la mente. De ahí que no constituyan el yo.

El yo es el veedor, y no puede ser lo que se ve. El yo-espíritu, eso es lo que somos. Uno se puede dar cuenta de ello convirtiéndose en ello. Sumergiéndose conscientemente en el Yo Superior. Entonces podremos decir con verdad: "Yo y el Padre una cosa somos".

Comprendiéndose la relación entre espíritu, mente y cuerpo, se comprenderá lo que quiso decir Jesús cuando afirmó que Él y el Yo Superior retenían al rebaño. Él se había unificado con el Yo Superior.

Para las gentes materialistas que representan a Dios como a una gigantesca figura humana sentada sola en algún lugar del espacio, la exhortación de Jesús de ser una sola cosa con Dios parece una blasfemia.

> No juzguéis de acuerdo a la apariencia; sino juzgad con recto juicio.

De este modo reprocha Jesús a los judíos por su completa ceguera a las cosas del corazón y de la mente que realmente importan; por su adhesión a la letra "que mata", y su descuido del Espíritu; por la alharaca que hacen de externas trivialidades.

Él les recuerda su partida.

> Sin embargo, poco tiempo estaré con vosotros, pues volveré junto a quien me envió.

Su presencia es una divina oportunidad, porque no todos los días aparece entre los hombres un Mesías, un Avatar o un Adepto.

De nuevo les recuerda:

> Me buscaréis y ya no me encontraréis; y allí donde yo esté vosotros no podréis entrar.

La venida de un Maestro que es enviado por el Yo Superior es como el dar un ultimátum. ¡Aprended la lección y dejadlo! ¡Recibid las enseñanzas y seréis benditos; rechazadlas y seréis castigados!

Tremendas fuerzas están centradas en el Maestro, las cuales lo utilizan. En caso de recibirlas, uno percibirá a su vez una recompensa multiplicada. No porque lo quiera Él, sino porque las fuerzas centradas en Él le devolverán mil veces lo bueno o lo malo que se haya dado al enviado.

Por otra parte, si no se le da crédito y se lo rechaza, no solamente se cierra uno mismo la puerta de la verdad, sino que se hunde más en la ignorancia. De lastimarlo o herirlo el mensajero, recibiremos a su vez un terrible castigo físico, porque por medio de espontánea reacción recibiremos una recompensa infinitamente mayor, y en la misma moneda, de cuanto le hayamos dado a Él. Por eso es que los judíos fueron condenados a sufrir.

Jesús asegura al pueblo que Él no tiene personal interés en castigarlo. Deja tal tarea a los poderes superiores.

> Nosotros juzgamos después de la carne; yo no juzgo al hombre.

Recuerda a esas gentes que la oportunidad de salvación ha llegado, pero así también se irá.

> Por tanto os diré en verdad, que moriréis con vues-

> tros pecados; porque si no creéis que yo soy Él, moriréis en pecado.

Al rechazarlos Él con sus pecados, en lugar de obtener la salvación por medio de Él, naturalmente permanecerán y morirán en la ignorancia. Si ellos aceptan Su Luz, serán salvados de los ya señalados y continuos ciclos del nacimiento y de la muerte.

Esto es lo que Jesús quiso decir al prevenir al pueblo que si no creía en Él, moriría con sus pecados. No es una cuestión de creencia ortodoxa en su cuerpo físico, sino de tener creencia en lo que Él afirma, porque ESO obra por intermedio de Él y lo acepta como canal para SU expansión.

La mera creencia de que Jesús existió una vez físicamente no es bastante. Él no pudo morir por nuestros pecados a menos que estuviera entre nosotros. Debemos tener un divino maestro. Jesús señala que la presencia de un maestro viviente debe ser tomada como una bendición. Dice:

> Aún por un poco estará la luz entre vosotros; andad en tanto que tenéis luz, porque no os sorprendan las tinieblas...

Aprovechad la presencia del Maestro. Cuando él ya no esté aquí, tendréis que caminar y buscar el camino en la obscuridad.

A aquellos pocos que tienen los ojos espirituales abiertos y lo aceptan, Jesús les dice:

> Si propagáis mi palabra, por cierto que sois mis discípulos... Y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres.

"Propagáis mi palabra" significa seguir y practicar Su enseñanza. Si se persigue este propósito con fe, haciéndolo lo mejor posible, el Maestro hará el resto, conduciéndonos hacia la verdad que finalmente nos liberará de la ignorancia, de las ilusiones y de la infelicidad; la verdad que es Realidad

no trae felicidad ni infelicidad, sino una condición de paz inconmovible.

Jesús expresa la modestia y la humildad que son esenciales no sólo en los primeros pasos en el sendero, sino que también constituyen un factor decisivo:

> Si me honra a mí mismo, mi honra no significa nada; es mi Padre quien me honra a mí.

Comprendemos, entonces, la necesidad de humildad. Se debe renunciar a toda autosuficiencia y convertirse como un pequeño niño ansioso de saber, para que entonces el Gran Poder pueda entrar en nosotros y trabajar con libertad a través de nosotros.

Hasta tanto no se haga esto, Ello estará ausente, llevando por nuestra cuenta la llamada sabiduría personal, hasta que comprendamos, por medio de los sufrimientos, que ello no es suficiente.

La gente cree que un Adepto es un Adepto sólo porque posee poderes mágicos, tales como los de curar a un enfermo o convertir el agua en vino. Jesús debía realizar milagros que viese y comprendiese la gente.

Los milagros, sin embargo, no son realizados por el poder del Yo Superior, sino del poder de la mente. Su uso involucra el empleo de facultades inferiores y no la facultad del Divino Yo. Esto sabe el Adepto, porque expresa la verdad y la verdad no es un estado mental.

En el sendero se empieza por encontrar al maestro. Encontrar al maestro en la carne es una gran realización. Si se logra, él nos enseñará el modo de hallar a *Él*, que es nuestro maestro interior. Para hacer esto será necesario comprender que Él no es el cuerpo que uno ve, sino el alma que lleva adentro. Al principio se lo ve en Su forma exterior. Luego se lo representa en la mente por medio de una imagen mental. Finalmente se tendrá éxito descubriéndolo como la presencia del Espíritu en nuestro corazón.

Esta es la etapa más deseable que uno puede encontrar.

Ver al Maestro no importa dónde uno se encuentre, aunque sea a miles de kilómetros de distancia, y verlo como si estuviera junto a nosotros, en forma visible.

Existe, sin embargo, una etapa superior. Gradualmente se empieza a eliminar esta figura y a sentir la presencia del Yo. Finalmente llega el gran día cuando viene el Maestro y nos dice: "Hice mi trabajo. Ahora me retiro, para que encuentres a tu propio yo".

Entonces uno se olvida de su presencia. Entonces uno se encuentra a sí mismo, comprende que es su propia luz. La obra del Maestro se ha completado.

Jesús dice:

> Creed que yo estoy en mi Padre, y que mi Padre está en mí.

Aquí hay una paradoja. No solamente el Divino Átomo del Yo Superior está en uno, presente en nuestro corazón, sino que uno existe dentro del Yo Superior como del Yo Universal.

El Espíritu es lo que atraviesa todo, lo que llena el espacio, y sin embargo está presente en nuestro corazón como un punto minúsculo. El Padre está en uno y uno está en el Padre.

Sin embargo, será preciso encontrar el Espíritu del Padre dentro de uno. Hasta tanto no se lo logre, no se encontrará el Espíritu en el universo.

Hay dos etapas en esta investigación. La primera, que se puede llamar misticismo, es el descubrimiento del Padre en uno mismo; el descubrimiento del Alma, del Divino Átomo, dentro del corazón. Esto se logra por medio de la meditación, con ayuda del yoga, la aspiración y la oración.

Algunas veces estos expedientes resultan elusivos. Pero si uno se mantiene firme en la investigación, Dios nos premiará llevándonos al Último Sendero, en el cual el Maestro nos iniciará.

La segunda etapa es ésta. Ella nos llevará al descubrimiento del universal, del omnipresente Espíritu, y así completaremos

el ciclo. Se han encontrado las dos mitades de la verdad. La que está en el interior de uno y la que está afuera.

A aquellos que lo han logrado, Jesús les dice:

> Al Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no lo ve, ni le conoce: mas vosotros lo conocéis; porque está con vosotros, y será en vosotros.

Intangible, invisible, imperceptible, el Infinito Yo Superior no es recibido por el mundo porque el mundo no puede verlo, y como Jesús dice, "ni le conoce". Sin embargo, aunque no sea el más acérrimo materialista del mundo, así y todo no podrá separarse del Yo Superior. Estamos en él y él está en nosotros. Por eso dice Jesús: "...mas vosotros lo conocéis, porque está en vosotros y será en vosotros".

Dirigiéndose a sus discípulos, Jesús les dice:

> La paz os dejo, mi paz os doy...

Esta paz es su gracia. La otorga solamente a sus discípulos, porque nadie más es capaz de recibirla. En los discípulos, esta otorgación de la gracia se manifiesta como siempre ocurre al principio, encendiendo la aspiración por medio de la realización espiritual. Cuando el Maestro alienta la chispa de la ansiedad espiritual en el corazón del principiante, éste empieza a buscar con más ahínco que antes.

Su aspiración ha crecido intensamente debido a la otorgación de gracia del Maestro, pero iniciado deberá pasar por un período de inquietud, de insatisfecho anhelo de logro.

Esta sed y el hambre de la realización espiritual son el resultado del contacto cumplido con el Maestro en el corazón. El contacto puede resultar tan violento que algunas veces nos asaltarán deseos de llanto que pueden presentarse por largos períodos.

A través de todo eso encontrará el iniciado una extraña paz interior. Cuanto más experimente períodos de llanto, mayor será la gracia que se le otorgue. Las lágrimas son la

expresión de un inconsciente reconocimiento de la distancia entre la presente etapa y la última que se busca y que será nuestra verdadera morada. Aunque dure semanas, meses, años incluso, según los individuos, esta etapa pasará.

Cuando llegue la segunda, toda inquietud y ansiedad habrán pasado también, y la paz del Maestro crecerá inconteniblemente en el corazón. Por eso dice Jesús: "...mi paz os doy".

Esta misma paz, sin embargo, puede empezar como la más insufrible agonía espiritual.

> Estad en mí, y yo en vosotros... Yo soy la vid y vosotros las ramas. Si estuviéreis en mí, y mis palabras estuvieren en vosotros, pedid todo lo que quisiéreis, y os será hecho.

Estas palabras de Jesús significan que desde el momento en que uno encuentra a su predestinado maestro, uno debe entregarse completamente a su vida interior. No a la de él, sino al altísimo poder que obra a través de él. En él se tiene un puente por medio del cual se puede alcanzar el Yo Superior. Se debe usarlo, confiando siempre en ese gran poder y en su inteligencia.

Para lograr la realización del poder, se debe pensar solamente en el maestro Jesús lo define de este modo: "...mis palabras estuvieren en vosotros..." Esto quiere decir que su verdad está en nosotros.

La verdad del Maestro empezará a vivir en nosotros. Por medio de su gracia extraeremos de él las condiciones que necesitamos. Al principio, periódicamente, luego, después de un tiempo, se podrá pedir todo lo que se quisiere, y nos será hecho.

Gradualmente se empezará a desarrollar algo del poder creativo consciente que posee el Maestro. Pero esto resulta una espada de doble filo, porque si verdaderamente estamos en contacto con ese poder, no seremos capaces de pedir cosas

que antes deseábamos. Renunciaremos a ellas..., "...hágase tu voluntad y no la mía".

Lo personal no significa nada para Jesús. Todo lo que la gente ama, odia, alaba o vitupera, le importa poco a Él.

> Acordaos de la palabra que os dicho... El que me aborrece, también a mi Padre aborrece.

Jesús habla de su última enseñanza cuando dice:

> Estas cosas os he hablado en proverbios: la hora viene cuando ya no os hablaré por proverbios, pero claramente os anunciaré del Padre.

Esto señala gran iniciación. Aquellos que son fieles a la verdad y que diligentemente practican el volcarse hacia adentro en meditación, son puestos en el último sendero, desde donde podrán ver claramente al Padre, porque el Maestro los llevará a enfrentarse cara a cara con su divino yo, y con su Yo Universal. Ellos recibirán de él la más elevada verdad esotérica. El Maestro no necesitará instruirlos con parábolas ni con proverbios, la enseñanza de las apariencias Ni tratará tampoco con métodos de técnica, porque su enseñanza tratará la verdad fundamental, que es en Sí mismo lo Esencial.

Finalmente, Jesús dice a sus discípulos:

> Estas cosas os he hablado, para que en mí tengáis paz.

Esto indica que en tanto retengan interiormente el poder del Padre en el Maestro, por medio de la fe y el interior reconocimiento de ello, conocerán la paz del Espíritu. Tendrán una estabilidad y una paz que jamás poseyeron.

## Capítulo XIV

## EL MISTERIO DE JESÚS

El adepto que mora en su soledad está siempre seguro; pero el adepto que se aventura en la noticia del público estará siempre en peligro. Estará en peligro de ser incomprendido. Un vagabundo adepto galileo sufrió la incomprensión hasta el punto de que aquellos que quisieron salvarlo lo condenaron. Tratemos de obtener una mejor comprensión de Jesucristo.

Cerca de dos mil años han transcurrido desde su muerte, y tenemos muchas historias e interpretaciones de vida. Sin embargo, nuestra comprensión de Él ha disminuido en lugar de acrecentar. Si uno lee los escritos corrientes acerca de Él y de sus dichos, obtenemos distorsiones y falsedades y, sobre todo, incomprensiones.

Uno puede darse cuenta de ello leyendo un libro como el Nuevo Testamento; todas sus partes no son iguales en inspiración y valor. Debido al tiempo transcurrido desde que fueron compilados, encontramos en tales escrituras interpolaciones, adiciones, malas interpretaciones e incluso falsedades.

En vista de tales hechos, necesariamente llegamos a la conclusión de que no todas las palabras que componen esos textos son sagradas y que, por lo tanto, debemos valernos de la intuición y de la facultad crítica para discriminar lo que realmente importa de lo que no tiene valor.

Cuando se considera que transcurrieron algunos siglos después de la muerte de Jesús para que se coleccionaran ciertos

libros y un concilio electo a sí mismo los compilara como el Nuevo Testamento; que este mismo concilio rechazó otros libros, poco debe asombrarnos que existan hoy malas interpretaciones.

Hubo gran controversia acerca de si los libros y dichos eran auténticos. Algunos de los integrantes del concilio defendieron la tesis de que se incluyera la reencarnación en la doctrina de la cristiandad. De no hacerlo así, no se justificaban algunos pensamientos y dichos de Jesús. Sin embargo, eran minoría, de modo que la doctrina de la reencarnación fue rechazada. Hoy en día ha desaparecido completamente de la religión cristiana. ¡Supóngase que esa minoría hubiera resultado triunfante! En nuestros días, muchos de los que se escandalizan a la sola idea de ello, tendrían que aceptar la reencarnación en la doctrina cristiana.

Examinemos los libros del Nuevo Testamento. Se encontrará muy poco en ellos respecto de la personalidad de Jesús. Cuando se estima la importancia que le fue asignada a él, y su lugar en la historia de la religión de ese tiempo, es extraño que se haya escrito tan poco acerca de su personalidad. Esto indicaría que se sabía muy poco acerca de él; que su prestigio fue local y limitado a una pequeña esfera; que se difundió solamente después de su muerte.

No falta quienes duden acerca de si verdaderamente existió Jesús; señalan que la exigüidad de las pruebas históricas son convincentes testimonios de la ficticia naturaleza de la historia de su vida. Yo puedo decir que la tal exigüidad sólo indica cuán desconocido era, y que ningún gran movimiento se promueve en el mundo, como lo ha hecho la cristiandad, si no tiene la inspiración y el ímpetu de una gran persona detrás de él. Nada proviene de nada. Y si algo se promueve es porque algo lo impulsa. La religión cristiana vino originalmente de Jesús, "el Cristo". Yo sostengo que Jesús existió, que fue un hombre viviente y de origen divino, que nos dejó verdades inmarcesibles y pagó el precio de su coraje muriendo crucificado entre dos palos sangrientos.

Los más groseros errores existen en Occidente acerca de esos seres, sean históricos o no, a quienes llaman variamente: Maestros, Adeptos, Profesores, Sabios e incluso Mesías. Se dice en el Oriente que sólo un adepto puede comprender a otro adepto y eso es verdad. La razón para esto es que no tenemos normas para juzgar. Los únicos que conocemos son aquellos que han perecido, que pertenecen a la desvanecida historia. No conocemos a ninguno en nuestro medio, de modo que no podemos tener un criterio exacto. Algunas personas creen que un adepto es alguien que se oculta en una cueva, en la selva o en un monasterio, y que vive en trance perpetuo. Otras piensan que se trata de un hombre capaz de realizar los más sorprendentes milagros, que con un solo toque pueden convertir el agua en vino, el plomo en oro, o curar a los enfermos. Otros creen, como en el Oriente, que el adepto es glorificado vidente. Todas estas son meras opiniones y no trasuntan ningún conocimiento.

Lo mismo ocurre con las personas que pretenden probar que Jesús no existió nunca. Hablan vanamente, porque la cuestión está más allá de su limitado rango de experiencia. Pueden ofrecer expresiones de teoría, pero no certezas.

Los historiadores modernos, que no tienen nada en qué confiar, han centrado los haces de su linterna eléctrica sobre este remoto período de mito y lobreguez... pero en vano. Se nos ha dicho que las ideas gobiernan el mundo. Pero las ideas deben tener un foco, deben aparecer vívidamente demostradas en la vida y en la persona de *un hombre*, el que aparezca como progenitor de sus continuadores. El trillado símil de los rayos del sol derrochando su poder, pero que se convierten en altamente efectivos cuando se concentran en un lente, es en este caso el más a propósito.

El Espíritu del Yo Superior se expande alrededor de nosotros, pero no tenemos noción de su existencia hasta que de pronto lo encontramos en la vida de un hombre o en la página de un libro, así como somos capaces de percibir los rayos de

luz que pasan invisibles a través del espacio hasta concentrarse sobre un objeto.

El conocido retrato de Jesucristo es puramente fantástico, y refleja más bien la idea de lo que algunas gentes quisieran que fuese Jesús, y no realmente lo que fue. Lo mismo sucede con cualquier otro gran sabio. Tuve la suerte inmensa de ponerme en contacto con algunos de estos sabios y observé cuán incomprendidos eran incluso por los mismos que los rodeaban. Fábulas y leyendas se tejen alrededor de ellos durante su existencia, de modo ¿qué se puede esperar cuando mueren? Si las gentes que han estado en relación directa con ellos nos los supieron comprender, o falsean los hechos o circunstancias. ¿qué se puede esperar que suceda después de decenas y aun centenas de años de la desaparición?

Reconozcamos que Jesús proviene de obscura ascendencia. Esto es suficiente para tomar en cuenta lo poco que se conoce de su primera infancia y de su niñez. El corriente y convencional retrato que nos presentan de él es el de un hombre-Dios. venido al mundo para cumplir una misión especial, con un parentezco peculiar con Dios, como ni gún otro hombre había tenido jamás y ningún otro volverá a tener. Por eso se le llamó Hijo de Dios.

Se dice que su madre, María, lo concibió siendo virgen, y que siguió siéndolo después del parto. Tal creencia se ha difundido en otras tierras, en otros tiempos Los egipcios. por ejemplo, creían que cada una de sus deidades, Osiris, por ejemplo, habían nacido en circunstancias similares. Y si repasamos las mitologías. especialmente la griega y la romana, encontraremos leyendas semejantes a granel. En la India se habla también de nacimientos de igual naturaleza, y lo mismo podemos decir de otros antiquísimos pueblos donde existía la creencia de que algunos de sus hombres más representativos habían nacido de virgen teniendo por padre al sol, o a Dios.

Todo esto debe hacernos mostrar muy cautelosos antes de aceptar semejantes historias. Porque aparecieron otras semejantes antes y después de Jesús en otros lugares del mundo.

Es necesario comprender que hay algo de universal antes que local significación de este hecho. Y cuando se comprende que las tradiciones mitológicas y religiosas se encubren con supersticiosas historias simbólicas o esotéricas de este tipo, entonces uno debe mostrarse muy cuidadoso de investigar tales fantásticas historias si se quiere encontrar la verdad.

Fisiológicamente es imposible un parto en virginidad. Sin embargo se nos dice que fue un milagro de Dios. De aquí surge la cuestión de qué o de cuál Dios se trata, y cuando se empieza a comprender esto, se llega a la conclusión de que éste no es el modo como obra Dios. Él obra a través de leyes, estableciendo leyes universales. De otro modo el universo no podría existir. Todo sería errático, un verdadero caos.

Algo poco común se conectó con la personalidad de Jesús, y de la única manera que sus biógrafos podían dar expresión a la idea fue repetir las fantásticas y maravillosas fábulas para darles un cariz más serio. No ha de suponerse por ello que todo sea absolutamente falso. Existen algunos indicios de que durante la vida de este hombre ocurrieron algunos hechos notables, en relación a su personalidad. Por lo demás, un gran número de los sucesos descritos en los Evangelios son alegorías y deben ser interpretados a la luz de ello; algunos de los dichos de Jesús son interpolaciones, en tanto que otras frases del Maestro fueron tergiversadas, mal comprendidas, y de ahí que la verdad resulte tan difícil de establecer.

Siento desilusionar a muchos de mis lectores, pero cuando sepan cuál es el esotérico significado de la virgen-madre se conocerá, sobre bases espirituales por qué, enteramente aparte del sentido común, Jesús no pudo haber sido concebido de modo tan milagroso. Sin embargo, no es esto lo que importa. Lo esencial es saber quién y qué fue Jesús, y lo que en realidad hizo. Como otros grandes seres que bajaron a enseñar a nuestro mundo, él no pertenecía a nuestro planeta.

Si uno contempla el cielo de noche se verá que hay otros planetas además del nuestro, y puesto que el nuestro está habitado, no hay razones para suponer que los otros no lo

estén. ¿Por qué sólo nuestro planeta iba a tener este glorioso privilegio? Los otros planetas están también habitados y aquellos planetas que están cerca del Sol —el Sol físico— tienen seres más evolucionados que los nuestros *. Los planetas más alejados del Sol están habitados por seres menos evolucionados, y el Sol, para todos los intentos y propósitos, puede ser tomado como el corazón del Supremo Creador.

Las Inteligencias de algunos planetas —los llamo así porque no son seres humanos en nuestro sentido, sin embargo son individuos— están muy adelantados a nosotros en la compensión de la vida y de lo que llamamos espiritualidad. Tales seres poseen naturalmente gran poder y entendimiento, y es posible para ellos, porque tienen este poder, comunicarse a veces con otras partes del universo y observar la precisa condición espiritual de esos mundos. Deben sentir una gran compasión por aquellos que pueden ser considerados como planetas retrógrados. Si sucede así, deben ofrecerse al Yo Superior para ser utilizados como instrumentos y los envían como tales para prestar ayuda a las partes menos evolucionadas del universo.

Algunos de esos seres procedentes de otros plenetas superiores tuvieron piedad de la humanidad terrestre y vinieron voluntariamente a este planeta para auxiliar espiritualmente a sus moradores. Para realizar aquello que los hombres no podían hacer por sí mismos. Fue el Yo Superior que los envió, los utilizó para traer ayuda al hombre. La maravillosa comunicación telepática a través de él es tal que en la única Mente cósmica no hay distancia ni separación. De aquí que la necesidad y la falta que se experimentó en la tierra provocó que desde otro distante planeta se enviara uno de esos grandes Maestros. Fue un eco en respuesta a una vibración. El Yo

* Muy interesante como teoría formulada hace treinta años, pero la ciencia moderna ha demostrado la imposibilidad de la existencia humana en los planetas de nuestro sistema solar, sin negar empero la posibilidad de que hayan otros mundos semejantes al nuestro en algunos de los miles de sistemas solares del universo. (Nota del traductor.)

Superior los envió aquí de la más hermosa manera, haciendo que tuvieran conciencia de nuestra necesidad, provocando su piedad y su voluntario deseo de venir en nuestra ayuda.

Tales seres, por lo tanto, se han encarnado en nuestro planeta provviniendo de otros más elevados. Lo hicieron incluso antes de que Jesús naciera. Buda y Osiris fueron Mesías. Tal es el verdadero significado del nacimiento en una virgen. Ello indica que hay algo poco usual acerca del nacimiento de esta determinada persona, algo sobrehumano. No son seres ordinariamente humanos. Vinieron de planetas donde moran los superhombres. Para dar énfasis y simbolizar este hecho. circularon historias acerca del nacimiento en una virgen y del origen divino. El "Nacimiento en una Virgen" es una doctrina muy a propósito para que las mentes simples capten el elevado origen de tales seres espirtuales. Pero nosotros que hemos madurado debemos descubrir los hechos concretos. El siglo veinte no tiene tiempo para las simbólicas declaraciones cuando la inteligencia puede captar realidades.

Jesús vino de tal planeta y encarnó aquí. Esto es, su Espíritu se encarnó en un cuerpo humano en este planeta, Tierra. Lo hizo voluntariamente, porque quiso ayudar a la humanidad.

Jesús no pertenecía a nuestra tierra. Provino de una estrella donde los hombres viven en una existencia muchísimo más elevada, una existencia que está cerca de la belleza, la dignidad, la verdad y la realidad del Yo Superior.

Mas se debe recordar que para tales Seres el venir a nuestro mundo es una forma de propio sacrificio. Significa que deben habituarse a una menor vibración en todo sentido — física, mental y espiritualmente—, y eso sólo puede significar un intenso sufrimiento. Jesús fue crucificado incluso antes de ser colocado en la cruz. Fue crucificado mental y espiritualmente. Él sabía que su crucifixión física habría de llegar, pero para Él era lo de menos. Incluso antes de que Jesús fuese encarnado, los grandes Seres que observan y controlan la evolución espiritual y el destino material de la humanidad

de este planeta, así como la gobernación de la tierra, le mostraron un cuadro de lo que Él tendría que hacer aquí, de cuál sería su experiencia, y cuál habría de ser su fin.

Esos misteriosos seres espirituales son cuatro. Son los verdaderos ejecutivos que hacen cumplir las leyes que Dios ha impuetos para ciertos departamentos de este planeta. Su tarea consiste en ver en conjunto cómo evoluciona, a través de las varias experiencias, hacia el objetivo que se le ha señalado. Aparte de esto, han compartido la carga de la vida y el destino de la masa de la humanidad. Jesús aceptó la tarea que le señalaron los cuadro poderosos arcángeles. En profunda visión Él vio la obra esencial que se le requería y el destino obscuro que le esperaba.

Muy poco puede decirse de aquellas cuatro Inteligencias. Ellas sufren por dedicarse a una obra de bien entre especies menores: el hombre. Han descendido desde reinos más elevados en beneficio de la humanidad. La Suprema sabiduría espiritual está bajo su custodia y protección, y todos los iniciados reciben inspiración sobre su búsqueda de la ayuda general que ellos imparten.

Jesús se había ofrecido para el propio sacrificio que entrañaba la tarea de implantar la paz en el corazón de los hombres. Era en realidad un instrumento en manos de los Cuatro Sagrados.

Él sabía la tarea que le esperaba, pero debía pagar la pena de la incorporación carnal y pasar a través de la pérdida de la divina memoria que tales encarnaciones traen a la mente. Pero esta pérdida de memoria fue momentánea en el caso de Jesús.

Qué fue en su infancia y en su niñez, es cosa que no nos concierne, porque no representan al Jesús que vino a traernos su mensaje. Eso sólo fue el principio. *Jesús tenía que encontrarse a sí mismo,* del mismo modo que uno tiene que encontrarse a sí mismo.

Pero no Dios; ninguna Deidad puede encarnarse en un cuerpo y tomar forma humana como una criatura sin sufrir las

limitaciones de una criatura; sin tener que aprender a operar su conciencia gradualmente a través de la infancia y en la madurez, como ocurre con todos los seres humanos. Las leyes de la naturaleza son inexorables. El único modo de evitarlo es asumiendo el cuerpo desarrollado de un adulto, y esto solamente puede lograrse bajo las más raras circunstancias, cuando un cuerpo ha sido especialmente preparado para recibir un alma altamente avanzada.

Cristo tenía que crecer; ellos no nacen ya listos para la tarea. Son simplemente Flores Perfectas de la humanidad. Incluso los ordinarios seres humanos tienen que pasar penosamente los primeros veinte años de su vida preparándose para su madura existencia. ¿Debe asombrarnos, entonces, que Jesús no haya anunciado su venida hasta cumplidos los treinta años? Tenía que preparar al hombre espiritual y se tomó todo ese tiempo.

Un hombre como Jesús, que vino para una misión especial, una que comprendía la salvación de la humanidad, y especialmente de las masas, no pudo haber hecho otra cosa. Él tenía que saber cómo era la vida humana. Tenía que saber cómo era la niñez y cómo era la juventud si su obra sería la de ayudar a la gente común. Él tenía que comprender qué clase de vida llevaban las masas. Tenía que nacer entre ellas.

De manera que llegó de un modo natural y pasó a través de las privaciones de la conciencia humana, a través de todas las limitaciones siendo lo que Él era, sufriendo por haber nacido bajo una ordinaria forma humana, el desarrollarse de la misma manera y gradual y lentamente despertar a la luz interior.

Despertó un tanto más rápidamente que otros. Tanto que por el tiempo de su pubertad Él había empezado a pensar, a reflexionar, a buscar y a comprender algo de la significación espiritual de la vida. Jesús, el niño, sin maestros, pudo confundir a los profesores académicos del templo judío. Pero todavía no se había encontrado a sí mismo.

No fue sino hasta la edad de trece años y medio que Él

empezó a darse cuenta de que debía establecerse conscientemente para encontrarse a sí mismo y reganar su elevada conciencia. La gente supone que Jesús parece hacer desaparecido completamente entre los doce y los treinta años, cuando reapareció de improviso y se hizo conocer en la tierra donde había nacido. Bajo intuitiva guía, dejó el hogar de sus padres y se dirigió a Egipto. Trabajó y estudió bajo las condiciones más diversas y duras. Fue estudiante en las escuelas, donde asimiló las enseñanzas del pasado. Fue un joven trabajador que debió ganarse el sustento con la dura labor de sus manos.

El mundo sabe poco de esos años juveniles. Los libros que ofrecen los fragmentos de la mundana existencia que tiene la historia de Jesús no fueron escritos durante su vida. Por tal motivo no existen escritos históricos contemporáneos registrados durante el tiempo en que tales hechos ocurrieron. Mucho tiempo después de la muerte de Jesús los autores de esos libros declaraban que escribían lo que ellos creían era la historia de Jesús.

Una vez estuve bajo el árbol donde el niño Jesús había estado mientras su madre descansaba en la huida a Egipto Y me asombré del milagro del tiempo. La república de Roma y el reino de Caldea habían revoloteado a través de la historia como fugaces mariposas; el imperio de Babilonia y la civilización de Sumeria se habían convertido en seco polvo. Dentro de un siglo, el más grande conflicto del mundo no significará más que la descripción de las guerras napoleónicas en los libros de historia que nos entretenemos en consultar hoy.

Egipto, su vecino, tenía una cultura mucho más antigua. Los judíos unieron una tierra con otra. Un capítulo y medio del Libro de los Proverbios del Viejo Testamento ha sido copiado palabra por palabra del texto del sabio egipcio Amenemope.

Éntrese en una sinagoga judía de hoy y se verán símbolos, geométricos y de otro tipo, los cuales se pueden ver también

en cualquier templo egipcio del pasado. Es un impresionante pensamiento, y sin embargo cierto, de que la religión que Moisés dio a los judíos fue una rama lateral de la religión de Osiris, la cual, a su vez, vino al África de Atlantis. Asístase, si se puede, a una reunión de una logia masónica y se encontrarán las mismas herencias espirituales.

El primer monasterio cristiano fue establecido en Egipto. Era inevitable que Jesús debiera enfrentar a la Esfinge. Él fue a Egipto porque en aquellos días esa nación todavía tenía las tradiciones de la cultura espiritual y el secreto aprendizaje en una vista escala y de gran antigüedad, y esto no podía hallar Él en su propia tierra. Pero Egipto había caído en malos tiempos, comparados con la grandeza de su pasado. Había quedado muy poco de la perdida grandeza que pudiera proporcionarle alimento para su alma.

Estudió y practicó los ejercicios que se le enseñaron. Viajó por varias provincias. Parte del tiempo él trabajaba en el más humilde de los menesteres y en trabajos manuales. Dejó la artesanía a la edad de dieciocho años y se comprometió en un estudio puramente intelectual. Los patéticos remanentes de las Escuelas Ocultistas y de los templos egipcios abrieron sus puertas para que entrara el joven extranjero.

En la costa del Mediterráneo Él encontró a un grupo de místicos, filósofos, estudiantes y maestros, reunidos en la ciudad de Alejandría con el propósito de investigar la Verdad. La comunidad mística a la cual Él se unió en Alejandría practicaba la meditación dos veces al día, al amanecer y en el crepúsculo vespertino. Al salir el sol oraban para que el resplandor del sol llenara sus mentes con la luz espiritual. A la puesta del sol oraban para que sus mentes pudieran retirarse en las profundas honduras de la concentración sobre la Verdad.

En aquellos tiempos la famosa ciudad no solamente era el centro de la cultura cosmopolita, sino también el puerto de mayor importancia. Naves cargadas de granos y especias iban y venían constantemente. Esos barcos mantenían comunica-

ción con Roma y Grecia y otras partes de la Europa meridional. A ciertos intervalos llegaban barcos al punto más cercano a Alejandría, sobre el lado sur del istmo de Suez. Las embarcaciones eran arábigas, indias, y generalmente procedentes del sur de la India. Por aquel tiempo existía un gran comercio en especias y sedas de la India, las cuales eran llevadas a Alejandría a través del istmo, después de ser desembarcadas.

Retratos con figuras de hombres y mujeres hindúes han sido desenterrados en Memfis. Los egipcios comerciaban con Musiris, la moderna Crangamore, el puerto del sur de la India. Moisés se refiere a la canela y a la cañafístula como elementos que se empleaban en el culto. Estos son productos peculiares en la costa malabar donde desembarcó Santo Tomás. La Diosa Madre fue adorada, originalmente, en la forma de una vaca, en Egipto. La vaca ha sido siempre sagrada para los dravidianos. El toro sagrado de Egipto tiene su analogía en el toro de Siva. Las instituciones sociales de loa nayars, una prominente rama dravidiana, fueron duplicadas por aquellas representadas en la literatura egipcia como existentes allí primitivamente. Los papiros y las plumas de escribir de hierro fueron comunes tanto en Egipto como en el sur de la India. El antiquísimo culto de Egipto se compara con el antiquísimo culto de los dravidianos de Malabar.

Aquellos barcos traían a veces pasajeros. De cuando en cuando llegaba un mercader indio que sabía algo de las enseñanzas de su Escritura por haberlas escuchado de los labios de los brahmanes, la casta de los maestros espirituales de la India. Los brahmanes no venían por sí mismos, porque les estaba prohibido viajar. Pero los mercaderes, que escuchaban a sus sacerdotes en los templos locales y a sus guías de familia, sabían o habían aprendido algo de los aspectos espirituales de su propia religión, y en contacto con los filósofos de Alejandría cambiaban impresiones y referencias.

Los años pasaron y después que Jesús completó su aprendizaje y de haber sido iniciado en la más alta doctrina esoté-

rica, regresó a su pueblo. Hizo a un lado todo su saber y se fue solo. Solamente entonces se encontró a Sí mismo.

Por aquel tiempo Jesús tenía veintiocho años. Recordó su sagrada misión de servicio y despertar y se preparó para dar su mensaje a todos aquellos que estuvieran listos a recibirlo. Los grandes maestros sólo vienen a ayudar y a bendecir a todos. No hacen diferencias ni otorgan privilegios a nadie. Su amor y conocimiento fluye para todos Ellos imparten la misma enseñanza esencial de devoción a lo divino a todos por igual. Cristo enseñaba a todo aquel que buscaba su ayuda. Dio sus perlas a los pobres e ignorantes del mismo modo que a los que estaban en una condición más elevada.

Antes de empezar su pública misión, tenía que pasar Jesús por la prueba que tocaba a todos como Él; Satanás, voz de la sociedad convencional, ofrece a Jesús convertirlo en Rey. Pero Dios, voz de los lugares solitarios, destinó a Jesús para algo más importante: para la tarea de recorrer campos y ciudades propalando verdades irrefutables, aunque eran incomprendidas y no deseadas.

Desde el momento en que Él entró en los mercados de las aldeas de la llamada Tierra Santa, Jesús empezó su misión. De este modo quebró Él su largo silencio y retornó a convertir a los hombres. La misteriosa mágica que se desarrollara en Él durante aquellos años sin pronunciarse categóricamente, se desplegó en cada una de sus palabras y proporcionó al corazón de los hombres la divina verdad de cada frase, de cada sentencia. Como es una costumbre en el Oriente, que siempre ha reverenciado a los verdaderos místicos tan profundamente como el occidental reverencia a las estrellas de cine, se extendió rápidamente la noticia de que había llegado un hombre que era Dios personificado. Devotos y peregrinos empezaron a asediarlo, pidiéndole ya su ayuda, ora su bendición, y algunos de ellos recibieron permiso de convertirse en sus discípulos. Aunque su enseñanza estaba destinada a esparcirse sobre muchas naciones y la mayoría de los continentes, a pesar de ello no era una misión universal. Nunca

habrá un mundo cristiano, porque la cristiandad no fue organizada para todo el mundo, sino solamente para Occidente. El carpintero de Nazareth vino aparentemente para convertir a una pequeña secta de Palestina; tuvo fortuna en convertir a todo el mundo occidental.

Sin embargo, Jesús sabía dónde se extendería su doctrina, y sabía también que ello no ocurriría hasta después de su muerte. Jesús se hallaba en una relación particular geográfica a su época y a las épocas subsiguientes. Cuando Krishna habla, su mensaje se esparce por el oriente, desde la India a Java, Sumatra, Cambodia e incluso hacia el sur, hasta Ceylán. Cuando habla Buda, su mensaje se extiende hacia el extremo oriente, a la China y el Japón, al norte hasta el Tibet y hacia el sur hasta Ceylán. Pero en ningún caso estos mensajes se extendieron hacia occidente. Moisés dijo también su mensaje, pero éste no fue en ninguna dirección, porque los judíos se lo guardaron para sí mismos. Para ellos, en su arrogante orgullo, el resto de la humanidad no pertenecía a una raza elegida.

Jesús no quiso trabajar para cierta clase de personas, para determinado pueblo solamente, por el solo hecho de que estaba cooperando con la ley del destino. Interiormente, él no tenía conciencia de ser un judío. Pero las palabras de Jesús fueron escuchadas en todo el Occidente. Jesús no se limitó a ningún pueblo, o a ninguna nación que contara con sus simpatías. Él no quiso salvar en particular a Roma o a Grecia. Él sabía que comparativamente habría pocos durante su existencia terrenal que aceptarían sus palabras de verdad. Él buscó a esos pocos. Lo estaban esperando ardientemente. Porque un verdadero sabio es muy difícil de encontrar, porque él mismo no se da cuenta de que lo es y nunca se autotitula como tal. Nunca dirá él quién y que es, excepto cuando los dioses le dan una misión especial en este mundo, como en el caso de Jesús. Es enteramente justo que Jesús proclame públicamente: "Yo y mi Padre somos uno". Pero a menos que tal misión ha de cumplirse públicamente, el sabio no dirá nada y dejará que

los hombres lo descubran. Todos aquellos que llevan un mensaje no convierten y no quieren convertir. Pero para encontrar a esos pocos, Jesús tuvo que hablar a muchos. Y de esa manera Él apareció entre las multitudes.

Nosotros no necesitamos solamente un maestro, sino un inspirador. Necesitamos, según la frase de Emerson: "Alguien que nos haga hacer lo mejor que hay en nosotros". Dejad que el hombre aparezca y lo seguiremos. Que nos traiga no solamente provecto mensaje de Dios, sino divino fuego que se esparza entre nosotros.

Desde el mismo principio supo Jesús lo que habría de suceder. Conocía tal oposición y la persecución que tendría que soportar. ¡Una torva perspectiva, en verdad! O quizás el destino había ordenado tal acontecimiento. Sin embargo —tal es el poder del divino amor—, Él tenía que encontrar a los suyos, a esos pocos que tendrían que ser portadores de su Espíritu y de su Obra cuando Él hubiese partido.

Al encontrarse a Sí mismo, ¿qué encontró Jesús? Encontró al Yo Superior. Encontró al ser que mora en lo más profundo de nosotros. puesto que sólo hay un Yo Superior, sólo un Espíritu Universal, encontró dentro de sí mismo aquella misma condición que nosotros podemos encontrar también. No hay dos Yo Superior; hay *uno solo.*

Es una existencia universal, no una personal, algo que se pueda dividir y separar en dos diferentes personas. No es un estado mental ni uno físico, sino Algo sin limitación, forma o figura. Cuando Jesús, a la edad de veintiocho años, se encontró a sí mismo y se reconoció como ESO, descubrió su misión en la vida. Porque hasta tanto no se encuentre uno a sí mismo, o al menos hasta que uno empiece parcialmente a descubrir y conocer al Verdadero Yo, no se puede empezar la verdadera obra en la vida. Hasta entonces uno sólo estará vegetando.

El sentido de identidad con el yo universal reemplaza al ego. Es por eso que el hombre que comprende quién y qué es, no puede ayudar sino sólo desear el bienestar de todas las creaturas, y él no se sentirá satisfecho con el mero deseo,

*hará* algo acerca de ello cada día de su vida. Esta es la prueba final de la realización, este servicio del mundo, sea secreto o público, y es por esto que Jesús se movió y enseño incesantemente entre aquellos que *Él sabía* le habrían de premiar un día con la cruz. Pero cada clavo que utilizaron para su tarea iba a ser clavado también en su obscuro destino futuro.

¿Cuál fue la obra de Jesús? En los tres años previos a la llamada muerte, Jesús pudo hacer aquello para lo cual había venido. Que no es lo que los cristianos piensan. Él no vino a fundar una nueva organización o a establecer una nueva iglesia. Él vino a plantar una invisible semilla en el corazón de los hombres, una semilla que alcanzaría su máximo desarrollo, pero como todas las plantas o árboles, el crecimiento estaba destinado a florecer por un tiempo y luego decrecer. Jesús no fundó ninguna organización religiosa, ninguna iglesia. Él aconsejó a sus continuadores que rezaran en privado, no en iglesias. No nombró clérigos ni sacerdotes. Toda la superestructura de la organización humana fue empezada por otros.

Aquellos que Jesús trajo al mundo están ahora en proceso de decadencia. Hombres como Lenin y Hitler fueron productos de su época, porque simplemente eran instrumentos del destino, en tanto que un Mesías como Jesús crearon *Su* época. Él dio lo que vino a dar. Era algo intangible, invisible. Algo que Él plantó en el corazón de los hombres, lo cual sólo podemos llamar Espíritu. Él trajo un nuevo don del Espíritu a este planeta. Todo lo que se ve de la cristiandad es la fragmentaria manifestación de ese Espíritu luchando por expresar su palabra.

El mundo cree, como siempre, en la fuerza. Siempre estuvo lista la fuerza a doblegar o quebrantar a un hombre al que ella quería someter a su voluntad. De ahí que siempre buscara la humanidad por un salvador que la obligara a levantar y caminar hacia su salvación, a despecho de sí misma. El mundo está desengañado. Jesús nunca interfirió con la libre voluntad de ninguna persona. Estimuló a las almas ha-

cia la verdad; dio un ímpetu hacia el propio descubrimiento; demostró a los hombres cómo era en realidad la vida espiritual, pero jamás obligó al hombre a adoptarla.

Lo que Jesús hizo, por lo tanto, es algo que no puede medirse por su realización exterior, tanto en su tiempo como en los que lo sucedieron, porque es algo que vive para siempre en el interior del corazón de los hombres. Es profundo y de valor inestimable.

El Nuevo Testamento trae algo de la esencia de este hombre divino Las páginas de los cuatro evangelios están inspiradas; ellas brillan como lámparas. Aunque Jesús desdeñó dar al mundo ninguna filosofía sistemáticamente armada, nos ha legado algo mejor: su propia realización interior, de la cual trasciende toda su filosofía. Aquellos tersos párrafos se ven lustrosos con la iluminación. Él dice la última palabra y nosotros no tenemos nada más que decir. Los delicados pensamientos de Jesús son captados, asegurados y sumarizados en breves sentencias, las cuales no se olvidan fácilmente. No es necesario enhebrar estos pensamientos sobre una cinta de lógica, porque por sí mismos son soberbiamente explícitos, innegables, divinamente autoritativos.

* * *

La idea del posiblemente advenimiento de un Mesías ha sido la causa de que surgieran una multitud de falsos maestros y fanáticos, profetas. Porque los últimos crearon, consciente o inconscientemente, futiles aceras que sirvieron para que sinceros buscadores de la verdad se extraviaran, perdieran sus energías y vieran morir sus aspiraciones.

Hay varios personajes en el momento que se han proclamado públicamente como Mesías, y debe haber algunos más que esperan su oportunidad de hacerlo y que trabajan en tal sentido. El efecto resultante de todo esto es que su obra en conjunto sólo sirve para mistificar el pensamiento correcto y desviar por completo a los que no piensan en estos pro-

blemas. Pero cuando la verdad se divulga, todos los ilusos y los engañados se desvanecen en la insignificancia y el público se desinteresa de ellos y los olvida. Las estupideces que desviaron a la humanidad y los sofismos que la engañaron, no durarán por siempre.

Esos hombres no tienen nada que decirnos, aunque abran las bocas con frecuencia. ¿Qué pueden decir comporable con la destellante declaración del Maestro: "El reino de los cielos está dentro de ti"? Esta verdad que Él ofreció a sus oyentes es luminosa. Su lucidez es semejante a la de un relámpago. Porque la mayoría de nosotros hemos perdido la cabeza y hemos hecho de la senda que seguimos, de los ritos que observamos, de los dogmas que defendemos, de mayor importancia que la salvación que debemos obtener.

El único hombre que puede recibir culto como un Mesías es aquél que tiene el poder. De él puede adquirir uno un nuevo impulso. Solamente él es digno de recibir mi más elevada oblación. La enseñanza no me conmueve, pero aquél que me puede dar una nueva orientación en carácter, o apartar mi voluntad de las necedades humanas, o abrir las ventanas de mi mente para que la altísima conciencia pueda brillar en su interior... entonces le rendiré culto y aun adoración.

La venida de Jesús fue una bendición para el mundo. Él enseñó e inspiró a los hombres. Les enseñó los más profundos secretos de la vida y los urgió a tomar el divino sendero. Ejemplarizó con su diaria existencia una santidad que arroja una sombra sobre nuestra vida común.

En tanto miro los cuadros de la historia del pasado y veo Su figura junto a mí, llevando en su ceño la alta dignidad de la marca apostólica impresa en él, recibo renovada confianza y seguridad. No hemos quedado solos; Dios nos envía aún compañeros que nos ayudan a sostenernos sobre nuestros vacilantes pies, y apóstoles del infinito para que orienten nuestras mentes.



# ÍNDICE

# ÍNDICE